This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

GIFT OF
C. W. Whittemore

Univ. of California
Withdrawn
Bancroft Library
University of California
WITHDRAWN

...nda Oriental 174
...ny ...rolto 178-180
...erra 259-275-276-...
 ...-309-300-303-...
 320

...a di San ... 2...

... 276-

Dorrego 44/7 9/47 155 ... 123 ... 162
... 70
... 196
Guemes 165-198-244-...
 339-3...
Alvear 172-177
... 173-195-...
Alvarez 179
Rodriguez 212
Pueyrredon 2...
...
San ...
Carrera 337-338- 316-3...-323-328-...
Artigas 318-32...-3...
Ramirez 3...
Busto 334-...
Ibarra 320-3...-339-348

MEMORIAS PÓSTUMAS

JOSÉ M. PAZ

Nació en Córdoba el 9 de septiembre de 1791, iniciándose en el estudio del derecho, de que le apartaron los sucesos militares de la revolución argentina. Después del desastre del Desaguadero, fué enviado al ejército del Norte, incorporándose a las órdenes del general Viamot. Fué adscripto como teniente al cuerpo de Húsares formado por Pueyrredón y tomó parte en la batalla de Tucumán (24 septiembre de 1812) con el ejército de Belgrano, siguiendo toda la campaña del Norte contra los realistas. En Venta y Media (21 octubre de 1815) fué herido en el brazo derecho, de cuyas resultas quedó manco; a ello debió el ser generalmente conocido por "el manco Paz". Hizo más tarde la campaña del Brasil y en enero de 1829 regresó a Buenos Aires con la segunda división del ejército, poniéndose a las órdenes del gobierno revolucionario de Lavalle, triunfante por los sucesos del 1.o de diciembre. Con esas fuerzas invadió las provincias del interior, siendo nombrado Gobernador de Córdoba, en cuyas funciones derrotó los ejércitos de Facundo Quiroga en La Tablada (22 junio de 1829) y Oncativo (25 febrero de 1830). En 1831 marchó con su ejército contra el caudillo López, de Santa Fe; fué sorprendido en un reconocimiento y, boleándole el caballo, lo tomaron prisionero. Permaneció preso en Santa Fe y en Luján, hasta 1839, en cuya fecha Rosas dispuso su libertad, trasladándolo a Buenos Aires bajo ciertas condiciones de seguridad y vigilancia. Pronto consiguió evadirse, incorporándose a la campaña libertadora de Lavalle, pero quedando luego al frente de la resistencia en Corrientes, donde fué vencedor en la batalla de Caaguazú (28 noviembre 1841). En 1843 se encontró dirigiendo las fuerzas que defendieron la plaza de Montevideo, volviendo luego a renovar la guerra contra Rosas, desde Corrientes. La política turbia de los caudillos locales frustró sus propósitos y Paz acabó por desamparar su empresa. Regresó a Buenos Aires después de Caseros (1852) y tras una fugaz actuación en la cosa pública se retiró a la vida privada, en que acabó sus días.

Durante su prisión el general Paz comenzó la redacción de sus famosas "Memorias", que siguió redactando hasta mucho tiempo después, con interrupciones impuestas por su vida agitada; se publicaron después de su muerte y constituyen el más valioso documento de la historia argentina, para las campañas militares y la guerra civil. No se han publicado aún dos partes importantísimas, relativas a la campaña contra el Brasil y al sitio de Montevideo. Además de su valor histórico, poseen las "Memorias" verdadero mérito literario, siendo notables muchas de sus descripciones y agudísimos ciertos bosquejos de caracteres. Su palabra lleva siempre el sello de una gran probidad; sus juicios son sentencias que, en lo esencial, respetarán las nuevas generaciones que prefieren la historia a la leyenda.

Las "Memorias", reeditadas en 1892, abarcan tres períodos de la historia argentina:

1.o Campañas de la Independencia.
2.o Guerras Civiles.
3.o Campañas contra Rosas.

Aunque esa división no coincide estrictamente con la reedición de sus "Memorias" en tres volúmenes, no habría manera de dividirlas diversamente; y, para distinguirlos, así como para no hacer temible la lectura misma, por su cuantía, cada volumen de la presente reedición llevará el título de su correspondiente período.

El general Paz falleció en Buenos Aires el 22 de octubre de 1854; en su tumba pronunció el entonces coronel Bartolomé Mitre la "arenga fúnebre" que figura al frente de esta reedición.

"LA CULTURA ARGENTINA"

GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ, 1791–1854

Memorias postumas, v. 1

Campañas de la Independencia

Memorias Póstumas -- Primera Parte

Reedición precedida por una arenga del
GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1917

mf inst.
chk. done
file

F2843.
.P3
1917
v.1

Gift of
Andrew Whitemore

Bancroft Library
University of California
WITHDRAWN
42828
Bancroft Library

ADVERTENCIA DE LA PRESENTE REEDICIÓN

Las «Memorias Póstumas» del General José María Paz fueron reeditadas por D. Ireneo Rebollo en tres volúmenes, imprenta «La Discusión», La Plata, 1892. El texto de esa segunda edición apareció «exactamente como en la edición anterior, con la única modificación de dividirlo en capítulos precedidos de sumarios, que lo extractan fielmente». Esa variante de distribución, que en nada afecta al texto y facilita le lectura, ha sido conservada en la presente reedición, mejorándola con la división en *Partes*, que tratan de períodos o asuntos diversos.

Con esta leve mejora los tres volúmenes de las «Memorias Póstumas», comprenderán las siguientes materias:

TOMO PRIMERO

Parte I.—Campañas de la Independencia

Cap. I.—Salta.
Cap. II.—Tucumán.
Cap. III.—Vilcapugio.
Cap. IV.—Ayohuma.
Cap. V.—Pretensiones y debilidades.
Cap. VI.—Indisciplina e insubordinación.
Cap. VII.—Venta y Media.
Cap. VIII.—Ultimas campañas del Alto Perú.

Parte II.—Comienzos de la Guerra Civil

Cap. IX.—La guerra civil.
Cap. X.—Sublevación de Arequito.
Cap. XI.—La guerra de caudillos.
Cap. XII.—La guerra de caudillos (continuación).

Apéndice

1.—Cartas referentes a los escritos del General Paz sobre la campaña del Brasil y sitio de Montevideo.
2.—Datos relativos a estos sucesos (por D. F. Sarmiento).

TOMO SEGUNDO

Parte III.—Campañas de Córdoba

Cap. XIII.—Campaña de Córdoba.
Cap. XIV.—La Tablada.
Cap. XV.—Trabajos políticos y militares.
Cap. XVI.—Oncativo.
Cap. XVII.—Las Memorias del General Lamadrid.

Parte IV.—Memorias de la prisión

Cap. XVIII.—El general Paz prisionero.
Cap. XIX.—Casamiento del general Paz.
Cap. XX.—Cautiverio del general en Luján.

Parte V.—Las campañas de Lamadrid

Cap. XXI.—Campañas del general Lamadrid.
Cap. XXII.—Batalla de Rodeo del Medio.

Parte VI.—Buenos Aires en la época de Rosas

Cap. XXIII.—El año 1840 en Buenos Aires.
Cap. XXIV.—Evasión del general Paz.

Parte VII. — Expedición de Lavalle

Cap. XXV.—El ejército libertador.
Cap. XXVI.—Error militar del general Lavalle.
Cap. XXVII.—Formación del ejército en Corrientes.

TOMO TERCERO

Parte VIII.—Campañas contra Rosas

Cap. XXVIII.—La Guerra contra Rosas.
Cap. XXIX.—El «Ejército de Reserva».
Cap. XXX.—Caaguazú.
Cap. XXXI.—Carácter complicado de la guerra.
Cap. XXXII.—Momento histórico de la Revolución.
Cap. XXXIII.—El fatal error de Ferré.
Cap. XXXIV.—Marcha del general Paz por la provincia de Entre Ríos.
Cap. XXXV.—Rosas opone el terror a los extravíos de sus opositores.
Cap. XXXVI.—El general Paz en Corrientes.

Cap. XXXVII.—Corrientes y los hermanos Madariaga.
Cap. XXXVIII.—Plan del general Paz para la defensa de Corrientes.
Cap. XXXIX.—Invasión de Urquiza a Corrientes.
Cap. XL.—Traición de los Madariaga.

Apéndice

Indice de los principales sucesos y personas a que se hace referencia en los tres tomos de estas «Memorias». (Especialmente compilado para la reedición de «La Cultura Argentina»).

Se ha creído inútil reproducir al principio del Tomo Primero los fragmentos de las memorias de Belgrano, que inspiraron a Paz la redacción de las propias, pues no las ilustran ni complementan; fueron agregadas oficiosamente al hacerse la segunda edición.

Los escritos del general Paz relativos a la Campaña del Brasil y al Sitio de Montevideo, que se encontraban en el Archivo de D. Andrés Lamas, permanecen todavía inéditos. Encontrándose actualmente dicho Archivo en posesión de D. Luis Melián Lafinur, en Montevideo, D. Alvaro Melián Lafinur ha tenido la gentileza de informarse acerca de la posibilidad de darlos a luz en la presente reedición de «La Cultura Argentina».

La gestión no ha sido afortunada. Esos fragmentos de los escritos del general Paz no se encuentran en la actualidad en el Archivo; han sido entregados para su publicación, la que no se ha llevado a cabo hasta la fecha de efectuarse esta tercera reimpresión.—L. C. A.

Buenos Aires, 1917.

INTRODUCCIÓN

EL GENERAL PAZ

He aquí otro antiguo veterano de Mayo que deja un nuevo claro en las filas raleadas por el infortunio y la metralla; he aquí otro atleta de la revolución americana, que cae exhausto de fatiga al pie de su bandera; he aquí al más ilustre soldado de la patria de los argentinos vencido por la muerte, que sólo la muerte pudo vencerlo y desarmarlo. La espada que ha caído de su brazo ha resplandecido en su diestra por el espacio de cuarenta y cinco años, y el espíritu inmortal que lo animaba ha volado al seno de la divinidad, dejando impregnada nuestra atmósfera con el perfume eterno de sus virtudes y de sus glorias.

Ya nunca más el nombre glorioso del general Paz se oirá repetir con entusiasmo entre las masas populares; ya nunca más resonará su voz en los campos de batalla, ni será saludado vencedor laureado por las falanges que condujo a la victoria, ni se le verá dictar la ley entre los próceres de la patria y marchar con paso seguro hacia los altos destinos que le esperaban; pero el lamento de un pueblo entero, pero las bendiciones de la posteridad resonarán eternamente en torno de ese melancólico sepulcro, y este apoteosis sublime de la muerte vale mucho más que las vanas pompas de la vida.

Ese ilustre muerto que descansa por siempre tendido en su sepulcro, jamás aspiró a esas pompas: profesaba la religión austera del deber: no buscaba la efímera gloria de la popularidad, ni pedía la gratitud, ni temía la reprobación, porque a su conciencia rígida bastaba llenar cumplidamente su deber, y lo ha llenado cumplidamente, como no lo llenó nadie en esta

tierra, como no lo ha llenado ninguno de los que en este momento rodean su sepulcro. En presencia de esta tumba, que encierra en breve espacio medio siglo de trabajos y de infortunios, la capacidad militar más vasta de la América del Sud, la gloria más excelsa de nuestra patria, las ideas más elevadas del patriotismo, la probidad más severa, y lo que vale más que todo esto, la virtud más acrisolada del ciudadano; en presencia de ese sepulcro, señores, somos bien pequeños los que lo rodeamos. El general Paz nos lega la más rica herencia de su nombre y de su gloria, y en cambio nada le hemos dado, nada nos ha pedido, ni poder, ni riqueza, ni gratitud, ni nada de lo que puede halagar la vanidad humana; bastaba a esa alma tan bien templada la satisfacción de cumplir con su deber. El no pidió a su patria sino un lugar entre los combatientes de la buena causa; el no pidió al poder sino los medios de servir a su patria; él no pidió a las armas sino la fuerza para hacer triunfar los principios de su credo político; él no pidió al corazón de los demás sino la firmeza para perseverar en la religión austera del deber. Modesto y desinteresado, lleno de esa sublime abnegación que caracteriza a los hombres predestinados para llevar a cabo grandes cosas, es el tipo, el símbolo más alto del sacrificio sin ostentación, que derrama a manos llenas su existencia a lo largo del camino de su vida, sin esperar más recompensa que la aprobación silenciosa de su conciencia. Por eso ha muerto pobre, por eso ha sido desgraciado, por eso no ha probado en su vida la embriaguez del mando supremo; esta circunstancia es la bella aureola que rodea su frente inanimada, porque para coronar tan noble vida, para completar tan sublimes sacrificios, para hacer comprender que su nombre nada debía a las formas exteriores que rodean al poderoso, era lógico, era necesario que se presentara así a presencia de su Dios, del Dios que le envió a esta tierra infortunada para llenar una misión de que ha sido el apóstol armado. Sí, era lógico, era necesario que muriese así despojado de ese falso brillo, dejando rica a la tierra con su gloria, y muriendo pobre, sin deber nada a nadie, debiéndole a él todos su existencia y su libertad, porque servicios tan eminentes como los del general Paz, porque virtudes tan excelsas como

las de ese ilustre muerto que duerme el sueño de la eternidad, no tiene el mundo precio con qué pagarlos. No culpamos por esto a la ingratitud de los pueblos: la Providencia lo ha querido así, sin duda para darnos en ese ejemplo de una existencia tan gloriosa como infortunada, tan pura como borrascosa, una lección viva que muestre de lo que es capaz el patriotismo, y aliente en la escabrosa senda del deber a los que marchan tras sus huellas luminosas. Bello destino que envidiarán las almas fuertes que no ven la felicidad en la satisfacción de sus apetitos: vivir, cumpliendo con su deber; morir, con mansa resignación, envuelto en el manto de una gloria que fué la obra exclusiva de sus altas inspiraciones.

Al fin, reposa en el sepulcro ese infatigable trabajador de nuestra felicidad, que hace cerca de medio siglo no ha tenido una sola hora de descanso: vivió en medio de las borrascas que nos han agitado, y jamás desertó el puesto de la labor común. Alma sensible, formada para gozar y comprender las dulzuras de una existencia tranquila, ha pasado los últimos cuarenta y cinco años de su larga y fatigosa carrera o bajo la tienda del campamento militar, o en el calabozo del cautivo, o en las tristes mansiones del destierro: esas han sido sus posadas sobre la tierra, la postrera es la tumba. Era preciso que así fuese para que el sacrificio magnánimo brillase en todo su esplendor.

Permitidme arrojar una mirada retrospectiva sobre la brillante y melancólica carrera de ese muerto laureado por la victoria y ungido por el infortunio.

Hace cuarenta y cuatro años que esos fríos despojos que yacen en el sepulcro, sustentaban a un joven lleno de vida, de entusiasmo y de esperanzas. La centella de la revolución de Mayo había incendiado su alma en el fuego santo del patriotismo, y, poseído de ese noble aliento que templa los caracteres varoniles, ese joven había ceñido la espada y marchaba a incorporarse a las legiones de la patria en el Alto Perú. Salido de Córdoba, la tierra querida de su nacimiento, ese joven era conductor de las armas con que debían armarse las

legiones inermes del Alto Perú, porque en aquella lucha de gigantes los hombres se lanzaban a la pelea sin más armas que sus brazos, y con ellos triunfaban. A treinta leguas de Córdoba, el joven oficial, que no era otro que el mismo don José María Paz, que entonces apenas tenía diez y seis años, se encontró con el mayor Tollo que traía a Buenos Aires la noticia de la batalla de Suipacha, del primer triunfo que coronó las armas de la nación argentina. El joven Paz dijo al mayor Tollo que él marchaba a incorporarse al ejército del Alto Perú, para participar de sus peligros, y ayudar a sus hermanos en la magnánima empresa que habían acometido. El mayor Tollo, parándose sobre sus estribos, con toda la arrogancia de un vencedor le contestó:

—"Ya es tarde: las armas de la patria han triunfado completamente en Suipacha"; y siguió su camino, dejando a Paz desalentado y sumido en la más profunda melancolía. Le he oído repetir varias veces este suceso, y me ha asegurado que casi lloró de tristeza en aquél momento. En su inexperiencia de la vida, en la sublime aspiración de una alma devorada por el amor de obrar el bien, creyó que ya no había lugar en las filas para un nuevo combatiente y que las puertas de la gloria se le cerraban para siempre. No le fué dado en aquél momento presagiar, al través del tiempo, el porvenir de su patria, que, en su primitiva inocencia de la vida pública, creía que había conquistado la libertad y la paz en un sólo combate; y sin embargo, ese joven que así desesperaba de los altos destinos que le esperaban al pisar el umbral del templo de la gloria, es el mismo que hace cerca de medio siglo no ha cesado de combatir por los principios de Mayo, es el mismo que en tan largo espacio de tiempo ha sustentado con vigor en su mano la bandera de la civilización en estos países, y cuya espada ha estado dando golpes repetidos sobre las cadenas de nuestra esclavitud por el espacio de cuarenta y cinco años, desde el 25 de Mayo de 1810 hasta el 22 de Octubre de 1854, época infausta de su muerte.

En el curso de tan larga y fatigosa carrera, el general Paz

ha representado dignamente la fortaleza y el sacrificio, de que ha sido siempre la más bella y más alta expresión. Poseía esas calidades sobresalientes del guerrero y esa fe incontrastable que siempre anima al justo, que inoculan en los pueblos el aliento para salvarse obedeciendo a la mano poderosa que los conduce. En esos momentos solemnes de que está llena nuestra historia, cuando el poder de la buena causa se ocultaba entre el polvo de la derrota, cuando los lauros de la libertad se marchitaban, cuando los corazones pusilánimes renegaban de la esperanza y los cobardes desertaban de las filas, próximas a ser debeladas por la tiranía y la barbarie, allí se nos presenta la noble figura del general Paz con la severa intrepidez que cuenta con los recursos de su genio para levantar del polvo la bandera caída, para reanimar la antorcha moribunda que se apagaba, para templar de nuevo los corazones al calor de su incontrastable corazón, para conquistar nuevos lauros y salvar la causa que parecía perdida.

Tal ha sido la misión que ha llenado entre nosotros ese guerrero que yace inanimado en el sepulcro.

Recorred las páginas inmortales de su vida política y militar, y le veréis constantemente rehaciendo falanges derrotadas para conducirlas nuevamente a la victoria.

En 1828, él repara en el interior con sus triunfos los desastres de su partido en Buenos Aires, combatiendo contra los caudillos que atormentaban a los pueblos, y habría tal vez coronado su obra si esa fatalidad que siempre le ha perseguido en medio de sus más gigantescas empresas no hubiese paralizado el desarrollo de sus atrevidas concepciones políticas y militares.

En 1839, él, obscuro fugitivo de Buenos Aires, que huía, no de la muerte, sino de los favores con que el tirano de su patria pretendía mancharlo, llega al campamento del general Lavalle en los momentos en que el ejército libertador acababa de ser batido en el Sauce Grande, el mismo que más tarde fué derrotado en el Quebracho, y cuyas últimas reliquias se han arrastrado batallando hasta los Andes, marcando su itinerario con un ancho reguero de sangre generosa,

hasta conducir a la tierra extraña el cadáver de su heroico general. Mientras esto sucedía, el general Paz organizaba un nuevo Ejército Libertador en la Provincia de Corrientes, que parecía exhausta de recursos; reanimaba el espíritu público decaído, y preparaba modesta y silenciosamente la rehabilitación de la libertad argentina. Cuando todos habían caído, cuando el tirano Rosas aparecía por todas partes triunfante, y cuando parecía que ya nada había que hacer sino tender el cuello a la cuchilla del verdugo, entonces, en ese momento aterrador y solemne, el general Paz desplegó la enseña de los libres del otro lado del Paraná, y el triunfo espléndido de Caaguazú, resultado de sus profundos cálculos militares, restableció nuevamente el equilibrio de la lucha contra la tiranía, haciendo concebir la esperanza de un desenlace próximo y favorable.

Cuando ya parecía que tocaba el término de sus arduos trabajos, otra de esas fatalidades que siempre le persiguieron, le separó de la escena pública y todo se perdió en el fúnebre campo de batalla del Arroyo Grande. Montevideo fué entonces la última esperanza, el útimo refugio, el último baluarte de la libertad y de la civilización del Río de la Plata, y en esos momentos desesperados en que casi todos se preparaban a tender las manos a las cadenas, allí también se presentó sereno el general Paz para clavar con denuedo en lo alto de la brecha la bandera de la nueva Troya, que por el espacio de diez años ha desafiado el poder de Rosas desde los muros de Montevideo, de cuyo centro partió más tarde el movimiento que dió en tierra con él.

Más tarde le vemos otra vez en los momentos del conflicto reorganizar las indomables legiones de Corrientes, reunir bajo sus banderas doce mil soldados, y ser de nuevo paralizado en la carrera ascendente de sus triunfos por otra de esas fatalidades que sólo a él le estaban reservadas. Desapareció él de la escena y todo se perdió. En medio de este naufragio, la libertad argentina, vencida en todas partes, alzaba el último fanal de la esperanza sobre las murallas de Montevideo, salvadas bajo el escudo de la pericia militar del vencedor de Caaguazú.

Pero aún faltaba la última prueba a esta vida de abnegación y fortaleza, que nunca desertó las causas perdidas, que simbolizaban los altos y generosos principios de su fe política. Restituído al seno de la patria, permaneció tranquilo sobre sus armas hasta que sonó la hora del verdadero peligro. Sitiado Buenos Aires, rotas nuestras falanges en San Gregorio, perdida toda su esperanza de un avenimiento honroso, la situación era casi desesperada: entonces el general Paz aparece por última vez en la escena pública para salvar a Buenos Aires, para acompañarlo hasta el día del triunfo, y retirarse después modestamente a la obscuridad de la vida privada, pobre como ha vivido, pobre como ha muerto.

Pero, al menos, ha muerto en el seno amoroso de la patria, ha muerto a la sombra de su vieja bandera, en medio de los suyos, rodeado del amor, de la veneración y de las bendiciones de todo un pueblo que le ha acompañado en su lenta y dolorosa agonía, y que le acompaña hasta este momento en que va a descender para siempre a la mansión misteriosa del sepulcro.

¡Leve le sea la tierra de la patria que tanto amó! Al darle nuestro último adiós a las puertas de la eternidad, rieguen nuestras lágrimas esa gloriosa tumba, para que, como se dijo al borde de un sepulcro húmedo todavía, nos las retorne en esas misteriosas bendiciones de los muertos que alientan la virtud cuando flaquea, la energía cuando desfallece y la perseverancia cuando desespera.

¡Adiós por siempre! ¡Gloria en el mundo y paz en el sepulcro a las cenizas del brigadier general argentino don José María Paz!!

BARTOLOMÉ MITRE.

23 de Octubre de 1854.

MEMORIAS PÓSTUMAS

NOTA DE LA PRIMERA EDICIÓN

Al publicar las «Memorias Póstumas» del Brigadier general don José María Paz, que comprenden sus campañas, padecimientos, y señalados servicios prestados a la causa pública, desde la guerra de la Independencia hasta su muerte, con variedad de otros documentos inéditos, de alta importancia, los Editores no alterarán en lo más mínimo el texto autógrafo del ilustre General, ni tampoco descuidarán la circunspección debida, en la publicación de los interesantes documentos relativos a los últimos años de su vida pública. Cuando fuere necesario intercalar alguna observación, se pondrá ésta en nota separada, o entre comas.—LOS EDITORES.

Vida del general Paz, hasta la época de sus Memorias

«Don José María Paz nació el 9 de setiembre de 1791, en la ciudad de Córdoba de Tucumán. Sus padres, don José de Paz y doña Tiburcia Haedo, natural aquél de Buenos Aires, y ésta de Córdoba, le proporcionaron desde sus más tiernos años, una educación esmerada, no sólo preparando su entendimiento para adornarle con útiles y variados conocimientos, sino infundiendo en su corazón delicados y generosos sentimientos, que supo conservar toda su vida en medio de tantas vicisitudes, y en posiciones bien difíciles.

» En aquella época, sabido es que pocas carreras se abrían a la juventud; la eclesiástica y la del foro eran las preferentes. Paz se hallaba dispuesto para adoptar la que más le conviniese, habiendo frecuentado las aulas de filosofía y teología, en la universidad de Córdoba y cursando el tercer año de derecho, cuando estalló en Buenos Aires la revolución que dió en tierra con el poder de los Virreyes, Los estudiantes de la universidad de Córdoba, su patria, estaban ya tocados del movimiento político que debía muy luego abrasar toda la extensión del virreinato del Río de la Plata y conflagrar en seguida toda la América Española.

» Paz participaba de las nuevas ideas, con todo el ardor de la juventud, pudiendo decir que nadie le aventajaba en entusiasmo patriótico. Así fué que desde entonces perteneció a la causa de la revolución, o sea de la independencia política de nuestro país, con todas las fuerzas de su alma. Contribuyó a fortificar estos sentimientos la decisión de sus padres por la misma causa, a la cual nunca dejaron de ser adictos.

» Su hermano don Julián, poco menor que él, y que seguía tam-

bién los estudios, estaba en el mismo caso. Así fué que al llegar a Córdoba la primera expedición libertadora, y luego que se instaló el primer gobierno patrio en la provincia, que lo desempeñó el entonces coronel don Juan Martín Pueyrredón, tanto ellos como su familia se distinguieron por sus sentimientos liberales y patriótícos.

» Inmediatamente que este señor se recibió del Gobierno, se propuso formar un batallón de milicias. En él fueron nombrados oficiales los dos hermanos. Don José María entró de Teniente, pero muy luego ascendió a Capitán.

» En esta graduación se hallaba en los últimos meses del año 10, cuando llegó la triste noticia del descalabro que habían sufrido nuestras armas en Santiago de Cotagaita, al mando del mayor general don Antonio Balcarce.

» Tal era el entusiasmo de aquellos tiempos, que sobraban soldados voluntarios, pero faltaban fusiles y otras armas. En Córdoba se preparó un convoy y municiones de guerra y se encargó a Paz conducirlo hasta el ejército.

»Unas treinta leguas de Córdoba encontró al mayor Tollo, que traía la noticia de la victoria de Suipacha, que no sólo había vengado la afrenta de Cotagaita, sino que abrió a nuestro ejército las puertas de todo el Alto Perú. Paz creyó, candorosamente, que habían concluído para siempre las batallas y la guerra, y el mayor Tollo le confirmó en esta idea, cuando al darle la noticia, se empinó sobre los estribos orgullosamente y le dijo: *Va usted ya tarde, pues todo está concluído.*

» Sin embargo, él continuó su marcha y llegó a Jujuy, donde encontró el ejército, porque el general en jefe Ocampo, que no estuvo en la batalla, se había detenido allí y debía regresar por órdenes recibidas del gobierno de Buenos Aires.

» A Paz se le mandó también que volviese a su provincia, como lo verificó con su compañía, dedicándose sin pérdida de tiempo, a su arribo, a la continuación de sus estudios, conservando siempre su grado y dispuesto a presentarse donde la patria lo reclamara.

» A mediados del año siguiente (1811), su madre tuvo que pasar a Buenos Aires y él la acompañó. Con este motivo, se encontró en el célebre bombardeo de los marinos, que tuvo lugar en la noche del 15 de julio, siendo esta la primera vez que sintió el estrépito del cañón. La noche la pasó patrullando con otros jóvenes y haciendo escaramuzas a las bombas, que de cuando en cuando arrojaban los bombarderos españoles.

» Al mismo tiempo se tuvo noticia del fatal desastre del Desaguadero, lo que obligó al Gobierno a poner en ejercicio todos los medios de reconstruir y aumentar el ejército vencido. Paz tuvo entonces orden de volver a Córdoba y marchar al ejército del Perú, con una compañía de milicias de artillería, cuyo mando se le dió, y cinco piezas de montaña que había en la provincia. Así lo verificó en setiembre del mismo año.

» Durante la marcha tuvo ocasión de experimentar uno de esos lances, que tan frecuentemente ponen a prueba la firmeza de un oficial, y que, si no sabe expedirse en ellos, peligra su reputación militar.

» En el Fuerde de Cobos, a inmediaciones de Salta, hubo de sublevarse su compañía, lo que era tanto más temible cuanto que el mismo día y a su presencia acababa de sublevarse otra, que marchaba con el mismo destino, a cargo del antiguo oficial Eustaquio José Gonzá-

lez. Sin embargo, logró contenerla y al otro día pudo llegar al Cuartel General de Jujuy, en donde estaban los restos del ejército a las órdenes del general Viamont.

» Este General dispuso que la fuerza que iba a sus órdenes, pasase a un cuerpo de infantería y que su hermano y él quedasen agregados a la Plana Mayor. Así permanecieron algunos meses, casi olvidados, hasta que obtuvieron colocación en el Escuadrón, que podía llamarse Regimiento de Húsares de la guardia del General.

» Había sido elevado a este destino don Juan Martín Pueyrredón, quien, no sin emplear medios de su fina y astuta urbanidad, los comprometió a renunciar al pensamiento de regresar a su casa y aceptar el servicio con un grado menos del que tenían, en atención a ser sólo oficiales de milicias.

» Poco después se recibió del mando del ejército el general don Manuel Belgrano, y destinó su cuerpo con otros a la vanguardia que ocupó la posición de Humahuaca. Entretanto, había llegado el barón de Holemberg al Cuartel General, y recibídose del mando de la artillería. Sin que Paz lo conociese, le pidió al General para que pasase a servir a dicho cuerpo. Paz recibió una orden para ser agregado a este cuerpo, sin dejar de pertenecer al suyo, del que jamás quiso separarse, aunque se lo propusieron.

» Desde esta época comienzan los voluminosos manuscritos que ha dejado el General, como un tierno recuerdo a sus hijos, y que nosotros conservamos, como el más piadoso de los legados. Al publicarlos creemos honrar su memoria y añadir una página más a la gloriosa historia del pueblo americano».—LOS EDITORES.

PARTE I

CAMPAÑAS DE LA INDEPENDENCIA

CAPITULO I

TUCUMAN

Origen de estas Memorias.—El barón de Holemberg.—Cualidades eminentes del general Belgrano.—Don José R. Balcarce.—Deplorable estado de la caballería.—Desavenencias entre Belgrano y Balcarce.—El teniente Escobar.—Retirada del ejército.—Acción de las Piedras.—¡Honor al general Belgrano!—Movimiento de los realistas.—Fuerzas de los beligerantes.—Disposiciones para el combate.—Peripecias de ambas líneas de batalla.—El teniente coronel Dorrego y el mayor Torres.—Extraño comportamiento de la caballería.—Papel de Holemberg en la jornada.—Su separación del ejército.—Nieblas de la victoria.—Comisiones del teniente Paz.—La vanguardia al mando de Díaz Vélez.—El general Arenales.

La lectura del fragmento de una Memoria sobre la batalla de Tucumán, escrita por el virtuoso y digno general Belgrano, me ha hecho recordar aquellos hechos de que fuí testigo y actor, aunque en una edad muy temprana y una graduación muy subalterna, y excitado el deseo de hacer sobre ella algunas observaciones y, si me fuese posible, concluirla. Me esforzaré a llenar mi intento, pero advirtiendo: Primero, que hace más de treinta y seis años que tuvieron lugar aquellos sucesos; Segundo, que no tengo para referirlos otro auxiliar que mi memoria: Tercero, que siendo entonces un teniente y estando en el primer aprendizaje de mi carrera, no pude juzgar sino por lo que ví u oí a algunos oficiales jóvenes como yo (con poca excepción), ni debí apreciar los hechos, como me ha sucedido después, con el auxilio de la experiencia. Es, pues, en cierto modo, una ventaja que esta ocurrencia me venga tan tarde, y además, concurre la de que no podían entonces ni ahora agitarme las pasiones de ese tiempo, de modo que puede casi decirse que me ocupo de sucesos de que no soy contemporáneo.

Será conveniente advertir, que cuando la acción de Tucumán era yo teniente 1.° de un cuerpo de Húsares que había

formado el general Pueyrredón, antecesor del general Belgrano, y me hallaba en esa misma vanguardia de Humahuaca con mi cuerpo, cuando llegó al ejército el barón de Holemberg (ahora don Eduardo Holemberg, residente en Buenos Aires), a quien el general Belgrano dió el empleo de Comandante General de Artillería, y aún se le llamaba Jefe de Estado Mayor, sin que entonces ni ahora haya podido saber lo que se entendía bajo esta denominación.

Los Estados Mayores no estaban conocidos en aquel tiempo, y las funciones de éstos estaban encargadas a los Mayores Generales y Cuartel Maestre, según la ordenanza española. Sospecho, pues, que al dar al Barón un título que nadie entendía, sólo se quiso halagarlo, porque se tenía de él la más alta idea en punto a conocimientos militares y práctica de la guerra (1).

El que más participaba de este concepto era el general Belgrano, quien tenía la más absoluta deferencia a cuanto decía o hacía el Barón. Además, se aconsejaba de él para las operaciones militares, y seguía sus opiniones, casi sin examen. Yo, que (como después diré), fuí ayudante del Barón en la campaña, y que lo acompañaba frecuentemente al Cuartel General, soy testigo de las consideraciones que se le dispensaban, y lo persuadido que él estaba de cuánto valía su voto en materias militares. Pienso que una de las cosas que más contribuyó a captarle la confianza del General fué el empeño que manifestaba de establecer una disciplina severa (punto que no podía menos de agradar mucho al General), llegando a tanto, que quería aplicar sin discernimiento a nuestros ejércitos semi-irregulares, los rigores de la disciplina alemana. Con esto consiguió hacerse odioso en el ejército, y despopularizar, hasta cierto punto, al General, por la ciega protección que le daba. Al fin se vió precisado a sacrificarlo, como después veremos, separándolo del mando, y mandándolo a Buenos Aires, de un modo muy desairado.

Llegado el Barón a Jujuy, e investido de esta privanza, quiso traer a la artillería algunos oficiales de otras armas, que por sus conocimientos pudiesen ser útiles a aquélla, y tomando informes, no sé quién se los daría tan favorables de mí, que le persuadieron pedirme al General. El hecho es que, sin otro antecedente, recibí en Humahuaca la orden de pasar a conti-

(1) Puede ser que el título de Jefe de Estado Mayor no le fuese conferido oficialmente; pues, estando yo en la vanguardia cuando la llegada del Barón al Cuartel General, no recuerdo cómo fué dado a reconocer. Lo que es exacto, es que la artillería, parque, maestranza, casa de bustos, etc., estaban a sus órdenes.

nuar mis servicios en la artillería, en clase de agregado, pero conservando la efectividad en mi cuerpo. Posteriormente se me propuso pasar a ser efectivo de artillería, pero jamás quise consentirlo. En consecuencia de la orden que se me había comunicado me incorporé provisoriamente a la fracción de artilleros que estaba en la vanguardia, y sólo fué cuando se emprendió la retirada que me reuní al cuerpo del ejército y conocí al Barón personalmente.

Casi con la revolución de Mayo tuvieron nacimiento los partidos que han despedazado después la República.

El movimiento del 5 y 6 de Abril, de que hace mención la Memoria, fué el primer paso anárquico, después del establecimiento de la Junta Provisoria del año de 1810. Por poco que se medite, un ojo medianamente ejercitado puede entrever en esos primeros partidos, no obstante las infinitas y aun esenciales modificaciones que han sufrido, el origen de las dos fracciones que hasta ahora dividen la República Argentina. ¡Qué mucho es, pues, que desde entonces veamos estar en oposición al general Belgrano y al entonces teniente don Juan R. Balcarce, y mucho más si intervenían motivos personales, como lo aseguró el primero? El señor Balcarce pertenecía, como el general don Martín Rodríguez, y otros muchos, después acérrimos unitarios, al partido que se decía de Saavedra, mientras el general Belgrano (sea dicho en su obsequio), no era hombre de partido, y no simpatizaba con él. Reunidos ambos Jefes en un mismo ejército, a cada momento se resentían sus relaciones de los servicios de los partidos a que pertenecían y que estaban todavía en lucha.

Nada tiene, pues, de extraño esa desconfianza mutua que mediaba entre ellos, y que ésta, al fin, diese los malos frutos que patentiza la Memoria. Entre tanto, diré algunas palabras sobre los caracteres y méritos de ambos contendores. El general Belgrano, sin embargo de su mucha aplicación, no tenía, como él mismo lo dice, grandes conocimientos militares, pero poseía un juicio recto, una honradez a toda prueba, un patriotismo el más puro y desinteresado, el más exquisito amor al orden, un entusiasmo decidido por la disciplina, y un valor moral que jamás se ha desmentido. Mas, a estas cualidades eminentes, reunía cierta ligereza de carácter para juzgar de los hombres con quienes trataba, que le produjo equivocaciones muy notables, como se deja entrever en varios pasajes de su misma Memoria. Las primeras impresiones tenían en él una influencia poderosa; de modo que si en sus primeras relaciones con una persona aquéllas eran favorables podía con-

tar ésta por mucho tiempo con la benevolencia del General; y, por el contrario, cuando había formado mal concepto de alguno, por algunos actos, que aunque fuesen reprensibles no merecían una eterna reprobación, era difícil volver a obtener sus buenas gracias. De aquí resultaba que se dejaba alucinar con mucha facilidad, y hemos visto oficiales, y aun individuos de tropa, que no eran más que charlatanes, que le merecieron un gran concepto de valientes y arrojados. Por ejemplo, cuando quería mandar hombres intrépidos que descubriesen al enemigo, bastaba para captarse su estimación, ofrecerse a ir hasta el medio del ejército contrario, sin que después se cuidase mucho de averiguar de si había o no llenado su compromiso, y sin que le trajese mucha responsabilidad la inexactitud de sus noticias. Lo mismo sucedía con un jefe u oficial, que en teoría allanaba las dificultades de una operación, o que se ofrecía a ir a batir una fuerza enemiga, con otra de la mitad de su número. La primera impresión que esta charlatanería había producido en su ánimo era por lo común duradera.

Tenía también más facilidad de la que era conveniente para expresarse con respecto a un oficial en punto a valor, y principalmente cuando se acercaba el momento de una acción lo hemos visto muchas veces herir la susceptibilidad de un hombre delicado con poco motivo. Si a esto se agrega la falibilidad de sus juicios (1) en razón de lo que acabo de exponer poco antes, se verá el peligro que había de cometer una injusticia.

Del señor Balcarce puedo decir menos porque lo he tratado poco; pero a lo que juzgo, por lo que he visto y oído, era un hombre honrado, patriota sincero, de pocas luces y cortos talentos. Era de aquellos pocos americanos que desde el tiempo de la monarquía habían seguido la carrera de las armas, y de consiguiente, tenía la pretensión de ser considerado como un veterano, quien por lo común mira en menos a sus noveles compañeros. No era un genio para la guerra, pero lo he creído capaz de llenar los deberes del puesto que se le confiase y de desempeñar medianamente comisiones de tal cual importancia; en una palabra, era un hombre mediocre. Tampoco pienso que tenía un carácter intrigante, co-

(1) En el año 17, cuando yo era teniente coronel, y que de consiguiente podía aproximármele más, recordando la batalla desgraciada de Ayohuma, dijo estas terminantes palabras: "Perdí esa batalla por cinco jefes cobardes que no correspondieron al concepto que yo tenía de ellos". No los nombró, pero sé positivamente a quienes aludía. Sin embargo, ellos habían merecido antes sus distinciones y su plena confianza.

mo dice la Memoria; mas, imbuído en la antigua rutina de la milicia española, no podía amoldarse a la impulsión que el general Belgrano quería dar, y a la nueva organización del ejército. De aquí provenía esa resistencia que el general clasificó de insubordinación e intriga, y que pudo haber degenerado hasta tal punto, sin que yo me halle en estado de juzgarlo.

Con este motivo me permitiré una observación que hirió mi imaginación desde mis primeros pasos en la carrera de la milicia. Ella no es en todo común a don Juan R. Balcarce, que nunca estuvo en Europa, pero sí a sus otros hermanos que estuvieron en España durante la guerra de Napoleón, y sirvieron un tiempo a las órdenes de Wellington.

¿Se creerá que estos oficiales que siempre pertenecieron al arma de caballería no diesen, de regreso a su país, nociones útiles sobre ella? Hasta que vino el general San Martín, nuestra caballería no merecía ni el nombre, y dotados nuestros hombres de las mejores disposiciones no prestaban buenos servicios en dicha arma, porque no hubo un jefe capaz de aprovecharlas. Afortunadamente lo mismo sucedía en el ejército enemigo, en donde hasta que vino el general Canterac, su caballería aún era peor que la nuestra, porque los peruanos ni aun saben cabalgar, y en esto consintió la ventaja relativa que siempre se dió a la caballería de los ejércitos patrios, y en nada otra cosa. Me persuado, pues, que las cualidades características de don Juan R. Balcarce eran comunes a sus hermanos (debo exceptuar a don Diego, que murió en edad temprana, de prendas sumamente estimables, y amigo mío; si alguna vez continuare esta ocupación de escribir me haré un placer en hablar de él). Todos ellos eran hombres honrados, de juicio, con tal cual instrucción pero de limitados talentos, lerdos de genio, y, de consiguiente, incapaces de inventar algo, ni aun aplicar en su país lo mismo que habían visto en otros. Acaso esta observación pudiera extenderse a algunos otros oficiales que se hayan visto en las mismas circunstancias, pero no los recuerdo en este momento, al menos de los que hayan pertenecido al arma de caballería.

Volviendo a la Memoria del general Belgrano, diré que no tengo conocimiento del papel que dice le pasó Balcarce, después de la acción de Tucumán, de que tanto se ofendió; pero sí puedo decir algo de las desavenencias que ocurrieron, cuyos pormenores llegaron a noticias de todos. Como en dicho papel, según la Memoria, se habla de la expedición

que Balcarce hizo con una fuerza de caballería hasta Cangrejos, referiré lo que hubo.

Mientras nuestra vanguardia se hallaba en Humahuaca, la enemiga permanecía en Suipacha, distante cuarenta y cinco leguas; mas no es extraño que algunas partidas recorriesen una parte del terreno intermedio, sin que jamás llegasen a incomodarnos. Repentinamente se dió orden a los Húsares y Dragones que allí había, que serían como trescientos hombres, y una compañía de infantería montada, de estar prontos a marchar. Efectivamente lo hicimos, poniéndose a la cabeza el señor Balcarce, jefe de vanguardia. Haciendo nuestras marchas muy cómoda y pacíficamente, llegamos a Cangrejos, y no Cangrejillos, como dice la Memoria (1), e hicimos alto por cuatro o seis días. En este tiempo se desprendió una partida a cargo del entonces capitán don Cornelio Zelaya, a quien le acompañó el teniente don Juan Escobar, la que llegó a Yabí, que dista nueve leguas de Cangrejos, y arrestó a un anciano, tío del marqués, que estaba descuidado en la hacienda. Es verdad que el marqués servía en esa época en el ejército enemigo, y acaso se creería que el tío participaba de sus opiniones o de sus compromisos. Sea lo que sea, este fué el único trofeo y el manifiesto de esta pequeña expedición, además de la alarma y cuidados que pudo dar al enemigo nuestro movimiento. Por grande que esta fuese, la operación no era de importancia. y en consecuencia, es ridículo que el señor Balcarce se vanagloriase de ella, y la citase como una acción meritoria. Es preciso que un militar sea muy pobre de servicios y de gloria, para que se envanezca de hechos tan comunes.

He nombrado al teniente entonces, don Juan Escobar, y no quiero pasar por alto el despreciable rol que jugó en esa época, como en otras posteriores. Era ayudante del señor Balcarce, pero seguramente era un espía que tenía cerca de él. Al general Belgrano, es fuera de duda, que le trasmitía cuanto chisme podía reunir, y lo que es peor, que él mismo provocaba algunas conversaciones inconvenientes, para hacerle el mérito de la demanda. Yo mismo tuve que sufrir inocentemente, puedo decir, por causa de ese desgraciado, por no decir depravado joven. El caso fué el siguiente:

Por las noches nos reuníamos varios oficiales en casa del capitán don Francisco Casado, que estaba enfermo, y como es natural, se tocaban puntos militares y se emitían juicios

(1) Cangrejillos está dos leguas más allá de Cangrejos.

sobre nuestros generales. Casado era un charlatán entretenido, y al mismo tiempo tenía la opinión de muy cobarde; frecuentemente gustaban muchos de los concurrentes, y Escobar el primero entre todos, de trasmitirle noticias inventadas de gruesas divisiones enemigas que nos rodeaban, y de aumentar las fuerzas del ejército real. Al mismo tiempo, Escobar, que iba y venía con frecuencia al cuartel general, aseguraba que el señor Belgrano estaba resuelto a admitir la batalla, y aun a buscarla, aunque fuese con mil hombres contra diez mil. El susto de Casado llegaba a lo sumo con estas noticias, y en un momento de exaltación llegó a decir: *Es preciso contener a este tal* (hablando del general Belgrano), *para que no haga con nosotros lo que hizo con el ejército del Paraguay, al que comprometió en términos que solo salvó por un milagro.* El asunto no era tan sencillo, si hubiese tenido los caracteres de formalidad que se le quiso dar, pero no había tal, al menos como yo lo comprendí, porque más era una burla que Escobar, más que otro alguno, quería hacer a Casado; pero aun cuando él tuviese toda la gravedad que quiera dársele, el rol de Escobar fué infame, y digno de un miserable intrigante.

El resultado fué que una noche fuimos sorprendidos siete oficiales, siendo Escobar uno de ellos, y puestos incomunicados y en rigurosa prisión; se procedió inmediatamente a formar un proceso, y el mismo Balcarce fué quien tomó las primeras declaraciones; antes de las veinte y cuatro horas, después de haber dado la mía, se me levantó la incomunicación y quedé arrestado en mi alojamiento. Lo mismo se hizo con don Alejandro Heredia, después General; don Domingo Arévalo, después coronel; con Escobar y demás. A los ocho días fuimos puestos en libertad, después de una seria admonición, menos Casado, cuya causa continuó, hasta que al fin se le mandó a Buenos Aires. Solo la declaración de Escobar lo condenaba cruelmente, y tuvo la desvergüenza de quererme persuadir a que yo lo hiciese, traspasando los límites de lo justo y razonable; mas no lo consiguió. Casado continuó sirviendo en Buenos Aires hasta que cometió una falta mucho más grave y de otra especie, que le costó el empleo, y pudo costarle la vida, si no fuga. Después de muchos años lo encontré en la Banda Oriental, y estuvo de vivandero en el Cerro Largo.

De todo esto infiero que nunca hubo verdadera confianza entre el general Belgrano y don Juan R. Balcarce, y que tampoco se pusieron los medios adecuados para estable-

cerla. Entretanto, vino la invasión del enemigo, y el cuerpo de vanguardia emprendió su movimiento retrógrado: quedando un cuerpo de caballería, se incorporó lo restante al ejército en Jujuy el mismo día que este emprendía el suyo para Tucumán. Recuerdo que atravesamos el pueblo de Jujuy en toda su extensión, sin permitirnos separarnos, ni aun para proveernos de un poco de pan. Acampamos durante tres o cuatro horas a la inmediación de la ciudad, y tampoco se nos permitió entrar, ni mandar nuestros asistentes a proveernos de lo más preciso: tan riguroso y severo era el general Belgrano, como lo que acabo de decir.

Continuó la retirada el ejército, marchando casi de día y noche, porque la proximidad del enemigo lo requería.

Es indudable que el general Belgrano desconfiaba de la exactitud de los partes que se le trasmitían, como lo prueba la lentitud de sus movimientos, sin que la ida del general Díaz Vélez, a mandar la vanguardia convertida en retaguardia, le diese muchas más seguridades. Este se había recibido del mando en el mismo Humahuaca o sus inmediaciones; pero eso de pensar llamar la atención del enemigo con movimientos parciales sobre sus flancos, sobre ser sumamente peligroso, era absolutamente impracticable. El mismo general dice que el enemigo sabía tanto o más que él de nuestro ejército, y, ¿cómo poder entonces darle una idea exagerada y falsa de nuestras fuerzas? ¿Cómo ocultarle movimientos que era preciso que no conociese hasta determinado tiempo? En aquella situación cualquier movimiento de esa naturaleza hubiera comprometido la fuerza que lo hacía, y el ejército, todo, sin la menor utilidad. Es más bien de creer que en los ardientes deseos que tenía el general de hacer algo por el honor de nuestras armas y de nuestro ejército, que daba la espalda al enemigo para emprender una retirada, se proponía un movimiento cualquiera que desdijese la idea de debilidad que podía atribuírsele, y que los jefes de la vanguardia no supieron pintarle la verdadera situación de las cosas, o que él creyó sus relaciones. Pero volvamos a nuestra marcha retrógrada.

A distancia de veinte leguas de Jujuy, en Cobos, hubo una alarma, la que provino de haberse incendiado una carretilla de munición, de unas cuantas que marchaban adelante del ejército, como a una legua. La sucesiva explosión de los cajones de cartuchos se asemejaba a disparos de cañón, lo que a ser cierto hubiera debido el enemigo habernos cortado la retirada completamente. A las tres leguas de

Cobos está la Cabeza del Buey, que fué donde nuestra retaguardia, perseguida vivamente por el enemigo, se incorporó al ejército; éste se dispuso a una batalla, pero el enemigo, o mejor diré, su vanguardia, se retiró poco antes de llegar donde estaba el grueso de nuestras fuerzas. En ese día y los anteriores habíamos perdido seis o siete oficiales que habían sido prisioneros: don Máximo y don Francisco Zamudio y el célebre Escobar (1) eran de este número. Este mismo día se pasó a los enemigos don Manuel Benavídez, habiendo hecho lo mismo en Humahuaca su hermano don Venancio, que murió meses después, en la acción de Salta; orientales ambos, que habían venido de su país a servir en el ejército, que abandonaron por resentimientos personales con el jefe de su cuerpo.

Desde allí nuestra vanguardia fué reforzada, habiéndose puesto alguna infantería montada y dos piezas muy ligeras de artillería de montaña. A los tres o cuatro días, hallándose el ejército en el río de las Piedras, y la vanguardia o retaguardia a dos leguas de distancia, fué embestida por la enemiga, al mando del coronel Huici, y puesta en fuga, perdiendo algunos prisioneros y sus dos cañones, sin que hubiesen disparado un tiro. Esta tropa, en la mayor confusión y desorden, se replegó sobre el ejército y pasó a formarse a retaguardia. Nosotros estábamos en una buena posición y no teníamos que temer de una división enemiga, compuesta de mala caballería en su mayor parte; así fué que nos mantuvimos firmes, y el enemigo no se atrevió ni con mucho a forzar nuestra posición. Se contentó con tomar momentáneamente una altura que estaba al frente, y tirotear a mucha distancia. Visto que el enemigo no avanzaba hizo el general Belgrano salir dos fuertes guerrillas de

(1) Llegado Escobar a Potosí y colocado en la cárcel con sus otros compañeros, fué sacado un día y llevado a la capilla de la misma cárcel, donde se hallaban reunidos el Gobernador Intendente, el Vicario eclesiástico, los prelados de los conventos, los delegados de la Inquisición y otros señores de categoría. Luego que entró, se le preguntó cuál era su religión, y se le exigió su profesión de fe. El hecho es enteramente público, pero estos pormenores los he sabido por él mismo. Como no pudiese expedirse con facilidad, por la extraordinaria conmoción que le había causado tan solemne aparato, le mandaron que dijese el credo, y después de pronunciar las primeras palabras, cayó en tierra, enteramente privado de sentido. Cuando volvió en sí, la reunión se había disuelto, y él se encontró en manos de un eclesiástico que tenía el encargo de catequizarlo; lo doctrinó muchos días, le dió largos ejercicios espirituales, le administró los Sacramentos, y por remate de cuentas, casi se le trastorna el juicio. Sólo cuando lo vieron en este deplorable estado, se compadecieron de él y lo sacaron de la cárcel; lo tuvo el General unos

cien hombres cada una, por los costados por donde el terreno era quebrado, y un poco de caballería por el camino que quedaba al centro; el enemigo, a su vez, se puso en retirada y fué perseguido, tomándole quince o veinte prisioneros y matándole otros tantos. Sin embargo que nuestra pérdida había sido menor, como el desenlace había sido la retirada del enemigo y la captura de algunos prisioneros, primeros que veíamos después de mucho tiempo, se celebró como una importante victoria, y contribuyó a alentar el ejército. El enemigo se hizo también más circunspecto, y no volvió a incomodar nuestra retaguardia; no obstante lo cual tuvo una pérdida mayor que la que había experimentado, del modo más raro y casual, al menos así me pareció entonces; mas después que yo caí prisionero, de un modo más o menos semejante, diez y nueve años después, durante la guerra civil, ya no me ha parecido tan extraño.

Nuestro ejército, consultando la comodidad del camino, dejó el de la posta a la derecha, y tomó el de carretas, que va por Buro-Yaco; todo esto contribuyó a dar más confianza al jefe de la vanguardia enemiga, que seguía el camino de posta, que con razón suponía enteramente abandonado. Al avistar Las Trancas, pueblo que dista veinte leguas de Tucumán, se le ocurrió al coronel Huici, que la mandaba, adelantarse unas pocas cuadras de la cabeza de la columna, y entrar primero que todos a dicha villa. Una pequeña partida de paisanos que, al mando del capitán don Esteban Figueroa, se retiraba al acercarse la columna, vió llegar tres hombres y desmontarse en una casa que hallaron habitada; creyeron tener tiempo de apoderarse de ellos antes que los socorriese la columna, y así lo hicieron; eran el expresado coronel Huici, un porta-estandarte Negreiros y un capellán.

---

cuantos días en su casa, hasta que lo volvieron, sintiéndolo algo restablecido, a un cuartel, adonde habían trasladado a sus compañeros. Quizá me equivoque en decir que tuvieron compasión de él las autoridades españolas. Es probable que la variación favorable provino de la noticia de nuestra victoria de Tucumán, en donde se les habían tomado jefes y oficiales prisioneros, entre ellos al coronel Barreda, primo de Goyeneche; entonces solo fué que trasladaron a los otros prisioneros, de la cárcel a un cuartel. Sólo con los prisioneros de nuestro ejército se guardó el derecho de gentes; todos los que se hacían a los insurgentes peruanos eran ahorcados como traidores. Pero, se me dirá: ¿Por qué con Escobar se particularizaron? Voy a decirlo: Cuando se retiraba el ejército derrotado en el Desaguadero, se detuvo Castelli unos días en Chuquisaca, y sus ayudantes, de los que uno era Escobar, acompañados de otros oficiales locos, pasando una noche por una iglesia vieron una cruz en el pórtico, a la que los devotos ponían luces; alguno de ellos declamó contra la ignorancia y fanatismo de aquellos pueblos, y otro propuso, para ilustrarlos, arrancar la cruz y destruirla: así lo hicieron, arrastrándola un trecho por la calle. Este era un caso de inquisición.

Luego que los hubieron tomado, los obligaron a montar a caballo, y los hicieron volar más que correr; todo lo que hicieron sus compañeros para alcanzarlos y recuperarlos fué inútil. Esto había sucedido a las cuatro de la tarde; a las doce de la noche estaban en Tucumán.

Allí se hallaba nuestro ejército desde el día antes; la infantería y artillería habían acampado en la plaza principal; ya no era un misterio que allí aguardaríamos al enemigo para decidir la cuestión en una batalla. La decisión del pueblo y campaña aumentaba la confianza del ejército, y aunque nadie ignoraba la superioridad numérica del enemigo todos esperábamos la victoria.

Todo cuanto dice el general Belgrano en su Memoria sobre lo que precedió a la batalla es de la más rigurosa exactitud, pero ha callado mucho de lo que dice relación a su persona.

El puesto del general Belgrano, durante toda la retirada, es eminente. Por más críticas que fuesen nuestras circunstancias, jamás se dejó sobrecoger del terror que suele dominar las almas vulgares, y por grande que fuese su responsabilidad la arrostró con una constancia heroica. En las situaciones más peligrosas se manifestó digno del puesto que ocupaba, alentando a los débiles e imponiendo a los que suponía pusilánimes, aunque usando a veces de causticidad ofensiva (1). Jamás desesperó de la salud de la patria, mirando con la más marcada aversión a los que opinaban tristemente. Dije antes

(1) Se me ocurre referir lo que me sucedió poco más de un año después de la acción de Tucumán, la antevíspera de la acción de Ayohuma. Teníamos al ejército enemigo en las alturas del frente, y las guardias avanzadas se relevaban de noche para que el enemigo no pudiese calcular la fuerza. Poco más de la media noche, se oyeron unos cuantos tiros en los puestos enemigos; mas como no se notase movimiento, no pasé el parte de aquella ocurrencia; pero después llegó a visitar las guardias el Jefe de Día, que era el mayor de mi regimiento, don Máximo Zamudio, que había oído también los tiros. Ya se comprenderá lo que se me pasaba decir: que yo estaba de servicio en los puestos avanzados, y que mandaba, como capitán que era, otros dependientes subalternos.

El Jefe de Día, luego que hubo inspeccionado mi guardia, me preguntó si había dado al General el parte de los tiros que se habían oído; y sobre mi contestación negativa, me ordenó terminantemente que lo hiciese, como lo verifiqué, sin que se me diese otra contestación, que el quedar enterado. Pasado el medio día, de resultas de haber ido una pequeña partida nuestra a explorar el campo intermedio, hubo un movimiento en los puntos avanzados enemigos, y se trabó un tiroteo bastante sostenido; con este motivo, dejando mi guardia, que era la principal, a cargo del inmediato subalterno, me fuí a los puestos más avanzados para juzgar mejor lo que sucedía y dar mis partes con la posible exactitud. Cuando todo hubo pasado, regresé y supe que el General en Jefe había estado en la guardia principal, atraído también por la novedad; por lo pronto, nada me dijo mi subalterno de lo que había oído al General, porque sin duda

que estaba dotado de un gran valor moral, porque efectivamente no poseía el valor brioso de un granadero, que lo hace muchas veces a un jefe ponerse al frente de una columna y precipitarse sobre el enemigo. En lo crítico del combate su actitud era concentrada, silenciosa, y parecían suspensas sus facultades: escuchaba lo que le decían, y seguía con facilidad las insinuaciones racionales que se le hacían; pero cuando hablaba era siempre en el sentido de avanzar sobre el enemigo, de perseguirlo, o si él era el que avanzaba, de hacer alto y rechazarlo. Su valor era más bien (permítaseme la expresión) cívico que guerrero. Era como el de aquellos senadores romanos que perecían impávidos sentados en sus sillas curules.

En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del general Belgrano, fué siempre de los últimos que se retiró del campo de batalla, dando ejemplo, y haciendo menos graves nuestras pérdidas. En las retiradas que fueron la consecuencia de esos contrastes desplegó siempre una energía y un espíritu de orden admirables (1); de modo que, a pesar de nuestros reveses, no se relajó la disciplina ni se cometieron desórdenes. No fué así en otras retiradas, como la del Desaguadero y Sipe-Sipe, en donde hubo escándalos de toda tamaño, porque desbandada la tropa sólo se vino a rehacerse después

---

no le dió mucho valor, pero en el curso de la conversación, me contó que entre otras cosas, había dicho: "Vea usted, o vean ustedes; anoche, un oficial de guardia me mandó el parte de que había oído unos cuantos tiros, y le mandé contestar, que si tenía miedo, se atase los calzones". Yo pude muy bien creer que aquellas expresiones se habían dirigido a mí, sin embargo que no había recibido semejante contestación, y llegué efectivamente a persuadírmelo. Entonces me creí herido en lo más vivo de mi honor, y se apoderó de mí el más amargo pesar y una desesperación parecida a un frenesí. Las tres o cuatro horas que pasaron hasta que fuí relevado, fueron terribles, y luego que llegué al campo, sin aproximarme a mi tienda, me dirigí a la del Jefe de Día, para que me acompañase, si quería, a la del General, para testificar que sólo había mandado el parte porque él me lo había ordenado terminantemente; quería, además, decirle que mis calzones estaban bien asegurados, sin necesidad de atarlos; que era un hombre de honor, que no necesitaba esos consejos para cumplir mi deber, y qué sé yo que otras cosas más; en la inteligencia, que si rehusaba ir conmigo, yo me iba solo. El Jefe de Día me oyó con dulzura y me trató con amistad; no se ofendió de mi aire descompuesto, y procuró calmarme, imponiéndome de lo que había ocurrido; el mismo General había hablado con él al darle su parte, y había sido instruído de que el oficial a quien había dado tan insultante contestación era de infantería, que mandaba una guardia de prevención en la misma línea; "por el contrario", me dijo, "hoy hemos hablado de usted, y tiene el mejor concepto". Yo quedé satisfecho.

(1) Recuerdo que al día siguiente de la derrota de Ayohuma, hizo formar en círculo, después de la lista, los menguados restos de nuestro ejército, y colocándose en el centro, rezó el rosario, según se hacía ordinariamente. Fuera de los sentimientos religiosos que envolvía esta acción, quería hacer entender que nuestra derrota en nada había alterado el orden y la disciplina.

de ochenta y aun más de cien leguas. De allí provinieron esos horrorosos combates, ya individuales, ya en escala mayor, entre el paisanaje y los indios por un lado, y los soldados que habían roto el freno de la obediencia por otro; los unos, por defender sus personas y propiedades, los otros por invadirlas, los que hasta cierto punto eran disculpables; pues no marchando en cuerpo, no habiendo distribuciones regulares para satisfacer sus necesidades, habían de pedir o quitar, y ya se deja entender el camino que esto abría a los abusos.

¡Honor al general Belgrano! El supo conservar el orden tanto en las victorias como en los reveses. Cuando él mandó en esos días de luto y de desgracia, los paisanos y los indios venían pasiblemente a traer las provisiones al pequeño cuerpo que se retiraba; tan lejos de manifestarnos aversión, sólo se dejaba percibir en lo general un sentimiento de simpática tristeza. No hubo entonces riñas fratricidas, no pueblos sublevados para acabar con los restos del ejército de la Independencia; nada de escándalos que deshonran el carácter americano, y manchan la más justa de las revoluciones. Pero, ¿a dónde voy? Quizá excedo los límites que me había propuesto; más tarde, si escribo sobre las campañas del Alto Perú, en que me hallé, explanaré más estas observaciones.

Después de lo que acabo de exponer será fácil explicarse cómo el ejército, después de una retirada de ciento treinta leguas, nada había sufrido en su moral; por el contrario, recibió con gusto el anuncio de que hacíamos alto en Tucumán, y que esperábamos al enemigo.

En los planes del General entraba conservar la plaza y la batalla a la orilla de la ciudad, apoyándose en ella. Se fosearon las bocacalles de la plaza y se colocó la artillería que no llevábamos a la acción. El capitán, comandante de artillería don Benito Martínez (después General), fué destinado a mandar la plaza, con treinta o cuarenta hombres, fuera de los artilleros, de los menos útiles, que se le dejaron. Esto no podía servir para una defensa, si perdíamos la cuestión, pero era para conservar aquel punto mientras se decidía.

El 23 de Septiembre el enemigo estaba en los Nogales, cuatro leguas de Tucumán, y el ejército salió de la ciudad y se formó dando frente al norte, a caballo, sobre el camino que debía traer el enemigo. Después de pasar todo el día se supo, al ser de noche, que el enemigo había acampado y que no proseguía por entonces su marcha. Nuestro ejército volvió a la ciudad y pasó la noche en la plaza, donde he dicho que tenía su campo. A la madrugada del 24 nos movimos para tomar

la misma posición de la víspera, pero a eso de las ocho de la mañana se supo que el enemigo, dejando a su izquierda el camino principal y evitando la ciudad, se dirigía a los Manantiales (arroyo cenagoso, que tiene un puente, y que queda legua y media al sudoeste de la población). El enemigo, por este movimiento, se había colocado ya casi sobre nuestra retaguardia, que pensaba cortar, y el general Belgrano, para salirle al encuentro, tuvo que contramarchar en la dirección conveniente.

Según todos los datos que se recogieron, y los que indicaban los procedimientos del general Tristán, no se le había pasado por la imaginación que nuestro pequeño ejército le ofreciese una batalla campal, y solo creía, que encerrado en la ciudad y cubierto con algunas obras, estaría a la defensiva. Estaba, pues, muy lejos de creer que tendría que combatir ese día, y solo se proponía colocarse a nuestra espalda, acampando sobre el río de Tucumán, al sur una legua de la ciudad, desde donde pensaba dirigir sus ataques con mejor conocimiento de nuestra posición, en los días sucesivos. Así fué que cuando nuestro ejército, después de verificada su contramarcha, se presentó casi sobre su flanco, nada tenía el enemigo preparado para el combate; la artillería venía cargada en las mulas (1), los cuerpos traían la marcha y paso de camino; fué, pues, una especie de sorpresa, el verse atacado cuando no lo esperaba, lo que sin duda fué una tal cual ventaja para nosotros; digo tal cual, para que no se entienda que fué una verdadera sorpresa, pues tuvo el tiempo bastante para prepararse de prisa.

Nuestro ejército, que tendría como novecientos infantes y seiscientos caballos, incluso la milicia (las milicias eran lo que son hoy día) y lo que se decía caballería veterana, formarían mil quinientos hombres, teniendo el enemigo más del duplo, cuyos cinco sextos eran infantería, con trece cañones, de los que dos eran los tomados en el río de las Piedras. Nosotros solo llevamos cuatro cañones, habiendo dejado los restante en la plaza; de modo que aunque de menor calibre la artillería enemiga, pues la nuestra era de a seis, siempre estuvo la ventaja de su parte. Nuestra poca infantería estaba fraccionada en cuatro pequeñas columnas, de las que tres estaban en línea y una en reserva; la caballería cubría

(1) Como los caminos del Perú no permiten rodados, la artillería que se usa es por lo común de montaña o muy ligera, y que de consiguiente, puede cargarse a lomo de mula. Cuando es de más calibre, son prensas-zorras, que es aún mayor inconveniente para armarla pronto.

las dos alas, y una fracción menor estaba adjunta a la reserva. La artillería distribuída en los intervalos de las cinco fracciones de la línea. La caballería de la derecha la mandaba el teniente coronel don Juan R. Balcarce; la de la izquierda, el capitán graduado de teniente coronel don José Bernaldes Palledo; la de la reserva el capitán don Antonio Rodríguez. La primera columna de Independencia, que era la de la derecha, se componía del pequeño batallón de Cazadores, al mando del mayor don Carlos Torres; la del centro, compuesta del batallón número 6, al del teniente coronel don Ignacio Warnes; la de la izquierda, que la formaba el batallón de Castas, la mandaba el teniente coronel don José Superi; la de reserva, que se componía de piquetes extraídos de los otros cuerpos, estaba a las órdenes del teniente coronel don Manuel Dorrego. En este orden marchamos al enemigo; a la distancia conveniente desplegó nuestra línea y, previo el fuego de algunas guerrillas, se dió principio a la batalla.

Debo advertir que, por las singulares peripecias de este sangriento drama, es el de Tucumán uno de los combates más difíciles de describirse, no obstante el corto número de los combatientes. Pienso que para hacerlo comprender mejor es preferible decir en pocas palabras que la izquierda y centro enemigos fueron arrollados; nuestra izquierda fué rechazada y perdió terreno en desorden, en términos que el comandante Superi estaba prisionero por una partida enemiga, que luego tuvo que ceder a otra nuestra, que la batió y lo represó. El enemigo, por consecuencia del diverso resultado del combate en sus dos alas, se vió fraccionado, a lo que se siguió una gran confusión. Su ala derecha, que había obtenido ventajas, y que además tenía la de flanquearnos con el martillo de que hace mención la Memoria del general Belgrano, tuvo que seguir, al fin, el movimiento retrógrado de lo restante de su ejército, dejando abandonada en este desorden una buena parte, que fué muerta o prisionera. Lo mismo sucedió al centro y a la izquierda, a lo que también contribuyó poderosamente el espantoso desorden en que había puesto nuestra caballería la retaguardia enemiga, cayendo sobre sus bagajes y reservas. El general Tristán, a quien no faltaba valor, hacía esfuerzos positivos por rehacer sus tropas; mas no lo pudo conseguir hasta más de una legua del campo de batalla, donde se le reunió otra columna de su ejército, que antes de la batalla había destacado a tomar el camino que conduce a Santiago del

Estero, con el fin de cortarnos. Viéndose perseguido débilmente por una fuerza diminuta, cual era la infantería nuestra, que había quedado disponible, hizo alto y volvió a darnos el frente. Nuestra infantería hizo también alto; resultando un nuevo combate sumamente desventajoso, por la disposición del número, y que exponía las ventajas que se habían obtenido. A su vez se puso en retirada sobre la plaza, en la que entró con algunos cientos de prisioneros, cinco cañones tomados al enemigo, banderas y otros trofeos. Tristán la siguió entonces hasta las goteras de la ciudad, donde se estableció, recorriendo segunda vez el campo de batalla y, en rigor, quedando dueño de él por entonces, pero sin separar un hombre de su nueva línea, y sin contar más que con unos pocos hombres de caballería.

¿Se creerá que estas operaciones nuestras, cuyo acierto es incuestionable, no fueron ni fruto de una combinación, ni emanadas de las órdenes de ningún jefe del ejército? El general Belgrano, como él mismo dice, se vió separado de aquel teatro para encontrarse, sin saber cómo, reunido a la caballería que estaba a retaguardia del enemigo. El general Díaz Vélez se ocupaba, según su costumbre, en dar carreras inútiles y desacordadas con que, dándose un aire de energía, se ponía en punto de apreciar la situación de las cosas en toda su extensión, para tomar sus medidas de seguridad. Así es que, aunque por resultado él fué quien se vió a la cabeza de las fuerzas que ocuparon la plaza, y de la enérgica defensa que esta se preparó a hacer, los que tuvieron los honores de la jornada fueron el teniente coronel Dorrego y el mayor Torres.

Entretanto, ¿qué hacía, o qué había hecho nuestra caballería? Es lo que vamos a ver. Nada puedo decir de lo que hizo o dejó de hacer la caballería de la derecha, porque no pude verlo, pero creo que es exacto lo que dice la Memoria del general Belgrano, al menos en cuanto dice relación a la resistencia del señor Balcarce a cargar la infantería enemiga, pero no estoy conforme en el todo con sus juicios. Quien sepa lo que era nuestra caballería (aun ahora no es fácil conducirla contra infantería) no debe extrañar que rehusase echarla sobre las bayonetas enemigas, y aun cuando Balcarce hubiera sido un Murat, que era el mejor oficial de caballería de los ejércitos imperiales, no lo hubiera conseguido. Por lo demás, sea caracoleando, sea oblicuando para ponerse sobre el flanco enemigo, el resultado fué que la

caballería de Tristán (1) huyó, dejando a la nuestra señora del campo; lo que me hace creer que la división de Balcarce se esquivó de la infantería enemiga para lanzarse sobre la caballería, para lo que no necesitaba mucho esfuerzo; pues, como he dicho antes, era peor que la nuestra. Debe también decirse que las armas de los soldados de caballería no estuvieron ociosas, y que ellas fueron teñidas en sangre, aun antes de que nuestra infantería hubiese arrollado la enemiga, lo que confirma mi modo de pensar. Convengamos, pues, que la caballería de la derecha no hizo todo lo que hubiese hecho una buena caballería, pero que hizo lo que debía esperarse de lo que ella era. Luego volveremos sobre esto.

De lo que puedo hablar con más propiedad es de la caballería de la izquierda, pues me hallaba inmediato a ese costado. Por esa parte no recuerdo haber visto caballería enemiga que se le opusiese, al menos si la había sería poquísima, pues no figuró en el combate; pero la línea de infantería sobrepasaba con mucho de la nuestra. La caballería de Bernaldes, que cubría este costado, tuvo orden de cargar, y efectivamente hizo un corto movimiento de frente, pero hizo luego alto, contenida por los fuegos de la infantería enemiga, y al fin se retiró completamente. Abandonando entonces su resistencia el costado derecho de la línea enemiga, y dando una media conversión a su izquierda, resultó el martillo de que habla la Memoria. En cuanto a la carga de la caballería de la reserva, al mando del capitán don Antonio Rodríguez, nada puedo decir, porque no he visto; pero presumo que estos movimientos sucesivos, si no rompieron la línea enemiga, contribuyeron a aumentar el desorden, que confesó en su parte el general Tristán.

Diré algo sobre un personaje, de quien no he hecho mención en la jornada que voy detallando, pero que jugó un rol particular. Hablo del barón de Holemberg, cuyo ayudante era yo. Con este motivo fuí enviado frecuentemente con partes y otra clase de mensajes al general en jefe, quien, como he dicho, prestaba a sus indicaciones la más completa deferencia. Por supuesto que en todos los movimientos preparatorios tuvieron parte sus consejos. Cuando se avistó el enemigo se adelantó solamente acompañado de mí a reconocerlo, y se aproximó tanto que si una partida ligera de caballe-

(1) En prueba de lo que expreso, hago memoria que el parte del general Tristán atribuía, no su derrota, que nunca confesó, pero sí su retirada momentánea, "a la cobarde caballería de Tarifa, que fugó vergonzosamente, dejando un claro, del que, aprovechándose el enemigo, puso en algún desorden los batallones".

ría se hubiese desprendido con oportunidad pudo hacernos prisioneros, por lo menos a mí, que cabalgaba un malísimo caballo, además, muy cansado por el incesante servicio que de día como de noche me exigía el barón. En los momentos de romper sus fuegos la infantería me ordenó buscase al general (1) y le dijese que mandase cargar la caballería de la izquierda; lo que, cumplido por mí, me contestó: *Dígale usted que yo mismo voy a hacerla cargar.* Vuelto después a donde estaba el barón, lo encontré algunos pasos avanzado de nuestra línea, sufriendo el terrible fuego que hacía la enemiga, en frente precisamente del cañón que mandaba el teniente Santa María, el cual le gritaba con toda la fuerza de su voz: *Quítese usted, señor Barón, que voy a hacer fuego a metralla.* El peligro era común a mí, que me había colocado a su lado, y me apresuré a repetirle lo que decía Santa María; se quitó al fin, y el cañón hizo su disparo, al que siguieron otros.

Viendo el barón que la caballería de la izquierda no había cargado, me ordenó nuevamente que volviese a buscar al general y le dijese por segunda vez que la mandase cargar. Para cumplir esta orden me dirigí al rumbo que me pareció conveniente; mas ya todo el orden de primera línea estaba alterado, o por mejor decir, no había línea. Los movimientos parciales que habían hecho los cuerpos, habían variado enteramente las respectivas posiciones, y el campo solo presentaba una espantosa confusión. En medio de este caos me fué imposible hallar por lo pronto al general, sin embargo que en prosecución de mi intento corrí verdaderos peligros, dando equivocadamente con los enemigos, de quienes pude escapar con trabajo (2). Tampoco supe más del barón hasta después.

---

(1) El general Belgrano cabalgaba ese día un mansísimo caballo rosillo, de paso, que acostumbraba montar habitualmente. Con sorpresa de todos, al primer cañonazo de nuestra línea se asustó, y dió en tierra con el General. La noticia de la caída se propagó con admirable rapidez por toda nuestra formación, y al principio se temió que fuese efecto de alguna bala u otro accidente parecido; mas luego se supo el verdadero motivo. La caída parecía de mal agüero, pero no tuvo resultas desagradables y luego se olvidó. Pudo decir: "Campo de batalla, te tengo".

(2) Buscando al general Belgrano por entre aquella batalla, que contribuía a hacer más confusa la humareda, el polvo y una densísima nube de langostas, que casualmente acertaba a pasar por encima (muchos nos creímos momentáneamente heridos de bala, cuando estos animalejos nos daban de golpes por el rostro o por el pecho). me dirigí a un cuerpo de infantería que se me ofreció sobre mi camino; había suspendido sus fuegos, y al parecer se reorganizaba. A distancia de cuarenta pasos comencé a dudar, y luego me apercibí que era enemigo: al dar vuelta mi caballo, conocieron también que no les pertenecía, y me saludaron con media centena de tiros, que felizmente no me tocaron. Cosas semejantes y aun peores sucedieron a otros.

Me permitiré unas cuantas palabras más sobre este señor, para no interrumpir después mi narración ocupándome de él. Mientras le acompañé en el combate no noté signo ninguno de cobardía, pero cuando en los días siguientes se reunió todo el ejército me encontré con la novedad que un clamor casi general en los cuerpos de infantería y artillería lo acusaba de cobarde, arguyéndole que había abandonado el campo de batalla bajo pretexto de una levísima herida que tenía en la espalda, y que, decían, se había hecho él mismo. La herida era cierta, y también lo era su suma pequeñez; pero no es creíble que él mismo se la hiciera; pues, en este caso, era más cómodo y natural la hubiera practicado en el frente. Lo que había de más verdadero era que el Barón se había hecho malquerer, y que Dorrego, que se había declarado su enemigo, y otros, gritaron a voces contra él, y que el general Belgrano tuvo que sacrificarlo a las circunstancias. Se separó del ejército, y se retiró a una quinta, donde no lo visitó otra persona fuera de mí, aunque muchos lo adulaban en tiempo de su privanza. Allí esperó el resultado de la solicitud (según me dijo) que había hecho al Gobierno, y al regreso del correo se marchó a la capital. No fué sólo el Barón a quien se vió forzado el General a sacrificar a las exigencias de los que agitaban al ejército; muy luego veremos otro que tuvo idéntico destino. Aunque parezcan estas noticias ajenas a mi propósito, he creído que convenía anotarlas para que se conozca el estado del ejército, y lo que tenía que sufrir de sus mismos compañeros el General que nos ocupa.

Por lo que el mismo General expresa en su Memoria se echa de ver que la caballería de la derecha le llamó con preferencia la atención, y que fué el objeto de sus repetidas órdenes: al ver esto he estado tentado en creer que hubiese equivocación por mi parte, después de tantos años, y que la caballería, cuya carga tanto recomendaba el Barón, fuese la de la derecha; pero después de bien reflexionado me inclino a lo contrario, quiero decir, me persuado que he sido exacto en mi relación, por dos razones: Primera, porque colocado el Barón en la izquierda de nuestra línea no podía ver la extrema derecha, después de empeñado el fuego; Segunda, porque la coincidencia de decir el general Belgrano que después de hacer cargar la caballería de la reserva se dirigió a nuestra izquierda, que fué cuando encontró al coronel Moldes, me hace presumir que ese movimiento personal suyo fué a consecuencia de la indicación que por mi conducto le hizo el Barón, la primera vez que fuí mandado, y a la que, como antes dije, con-

testó: *Dígale usted que yo mismo voy a hacerla cargar;* recordando yo, con este motivo, que él tomó esa dirección.

El coronel Moldes no tenía mando, ni aun pertenecía al ejército; sea por patriotismo, sea por amistad que profesase entonces a la persona del General, quiso hallarse en la batalla, sin tener lugar determinado. Lo que dijo al General de hallarse cortado pudo ser hasta cierto punto exacto, pues parte de las fuerzas enemigas estuvo algún tiempo interpuesta entre las nuestras. Los movimientos de ambas fuerzas fueron tan variados, tan fuera de todo cálculo, imprevistos y tan desligados entre sí que resultó una complicación como nunca he visto en otras acciones en que me he encontrado. En esas conversaciones eternas que sobrevienen después de una batalla, en que cada uno refiere lo que ha sucedido en el punto en que se ha encontrado, y el modo cómo comprende el conjunto de la acción, suelen tomarse ideas de lo que no se ha podido presenciar personalmente. En la de Tucumán me sucedió lo contrario; pues, después de oídos innumerables detalles, nunca pude coordinarlos para formar un juicio exacto de los movimientos de ese día de confusión y de gloria, de ese día solemne y de salvación para nuestra patria.

Después de divagar inútilmente, buscando siempre al General, dí con unos hombres de caballería, que me dieron noticias vagas de su dirección. Siguiéndolas siempre, logré encontrarlo a grande distancia, y después de corrido bastante tiempo; recuerdo que había tenido que mudar dos veces cabalgadura, porque inutilizado mi caballo, tomé primero en el campo, que estaba sembrado de muertos, de equipajes y de armas, una mula, y no sirviendo absolutamente, la cambié por un caballo, que no era tan malo como el mío (1); sólo fué después de mil trabajos que pude reunirme al General, y entonces era ya enteramente inútil darle el recado de que era portador, y no lo hice.

Estaba acompañado del coronel Moldes, de sus ayudantes y algunos pocos hombres más. Ni el General ni sus compañeros sabían el éxito de la acción; e ignoraban si la plaza había sido tomada por el enemigo o si se conservaba por nosotros.

---

(1) Aunque mi primer objeto al redactar estas noticias ha sido suplir lo que falta a la Memoria del general Belgrano, no excuso, sin perder de vista aquel objeto, hablar de lo que personalmente me concierne: Primero, porque si yo escribiese mis memorias, ésta sería una parte; Segundo, porque no quiero dar lugar a interpretaciones en lo que respecta a mi conducta personal; Tercero, porque pienso que estos pormenores presentan más en claro los sucesos y manifiestan que he sido testigo de ellos; Cuarto, porque es una cosa privadísima mía.

El General estaba triste, pensativo, y como embargado en sus facultades; no se le oía una palabra, sino con algún motivo muy especial. A la noticia de la aparición del General, empezaron a reunirse muchos de los innumerables dispersos de caballería que cubrían el campo, saqueando los ricos equipajes del enemigo y ultimando a los heridos o dispersos que encontraban. Uno de los primeros que apareció fué el teniente de Dragones don Juan Carreto, a quien preguntó el General: *¿Qué hay? ¿Qué sabe usted de la plaza?* a lo que contestó: *Nosotros hemos vencido al enemigo que hemos tenido al frente* (pertenecía este oficial a la caballería de Balcarce), *pero creo que el enemigo ha ocupado la ciudad.* Moldes, que sin duda pensaba de otro modo, y que quería persuadírselo al General, le dijo: *No crea usted a ese oficial, que está hablando de miedo.* Carreto repuso: *Señor Coronel, yo no tengo miedo, y sí tanto honor como usted;* a lo que Moldes recontestó: *¡Cómo ha de tener honor un ratero como usted!*, acompañando tan terrible apóstrofe, de una mirada del más profundo desprecio. Efectivamente, Carreto traía cargado su caballo y su persona de ropas, y quizá de otras cosas que no eran visibles, tomadas de los bagajes enemigos. Sin embargo, no fué insensible a la injuria que le había inferido Moldes, y provocó un duelo, que éste aceptó en el acto. Ambos se separaron para irse a llevarlo a efecto, y habrían andado veinte o treinta pasos, cuando un oficial peruano, don Manuel Vera, ayudante del general Belgrano, le dijo: *Señor, aquellos hombres van desafiados.* Como volviendo entonces en sí, y como si recién se apercibiera de lo que pasaba a su presencia, gritó: *Señores, ¿qué insubordinación es ésta?* Entonces, muchos de los circunstantes corrieron a interponerse y hacer desistir de su propósito a los presuntos combatientes, lo que conseguido, no se volvió a hablar del negocio.

Pocos momentos después se presentó don Juan Ramón Balcarce con algunos oficiales y como veinte hombres de tropa, gritando: *Viva la Patria,* y manifestando la más exagerada alegría por la victoria conseguida. Se aproximó a felicitar al General, quien a su vez le preguntó: *Pero, ¿qué hay? ¿En qué se funda usted para proclamar la victoria?* A lo que contestó: *Nosotros hemos triunfado del enemigo que teníamos al frente, y juzgo que en todas partes habrá sucedido lo mismo: queda ese campo cubierto de cadáveres y despojos* (1). En prueba

(1) Cualquiera se hará cargo que no puede exigírseme una rigurosa exactitud en la relación de estos diálogos, después de tanto tiempo: pero el sentido, aunque haya alguna ligera variación en las palabras, es el mismo. Me valgo de este método, para facilitar su inteligencia.

de ello mostró al General y demás que estábamos presentes, un gran cuchillo de monte con una rica empuñadura, en que estaba asegurada una medalla de oro de las que se habían grabado en honor de Goyeneche; el cual cuchillo pertenecía al coronel enemigo Peralta (1). Ya se comprenderá que la posesión de tal cuchillo o daga, que debió ser tomado en el equipaje de su dueño, nada argüía en favor de la victoria, y que el alarde que hacía Balcarce, presentándolo como un trofeo, era una ridícula puerilidad. El hecho es que él ignoraba completamente el estado de las cosas, y que no hacía ni había hecho mucho empeño por saberlo, para no tener ocasión de empeñar nuevamente un combate, contentándose con hacer entender que había hecho prodigios con su caballería, y conservándose en el ínterin en una situación perfectamente segura, para ver venir y esperar lo que daba el día. Luego expresaré más detalladamente el juicio que tengo expresado a este respecto.

Mientras tanto, era evidente que el general Belgrano no estaba satisfecho de él, y acaso en parte provenía de eso el silencio a que se había reducido. Las contestaciones de Balcarce, visiblemente le desagradaron, y debió ser así, pues tanto ellas como su conducta militar probaban que el jefe de la caballería no había comprendido que las operaciones de su arma debían ligarse con las otras de las otras armas, a las que debía dar cooperación y apoyo, y no contentarse con andar correteando un campo sin enemigos ya, espulgando los equipajes, cuando a algunas cuadras había con quién combatir. Su ayudante predilecto, su hombre de confianza, don José María Palomeque, que no se separaba de él un momento, no hizo escrúpulo de hacerse seguir públicamente, durante esos días, de un carguero de baules tomado al enemigo, que se había él adjudicado, sino es que pertenecía a otra mayor categoría.

Habiendo ya este núcleo de fuerza reunida, sirvió de base para que concurriesen otros de los muchos que andaban dispersos y entretenidos en el merodeo, a guisa de una horda de indios pampas; de modo que, pasado algún tiempo, pudo

(1) Pienso que no disgustará la descripción de la medalla acuñada en honor del general Goyeneche. En el anverso estaba su busto con insignias militares; en el reverso tenía esta leyenda latina: "Dominus Emmanuel a Goyeneche, Arequipiensis origine, militum egregius magister, confregit argentina castra in conflictu campestri de Huaqui et Sipe-Sipe, atque subigit commiter civitates subversas Paz, Potosí, Chuquisaca et Cochabamba". En la hoja del cuchillo se leía: "De Peralta el regimiento, y este bien templado acro, sostuvo el Desaguadero, y dió a Amiraya escarmiento". Amiraya es la primera batalla de Sipe-Sipe dada por los cochabambinos, mandados por Díaz Vélez y Rivero, en 1811.

formarse una pequeña columna de doscientos hombres. El general Belgrano no podía ser indiferente a la suerte del ejército, que había desaparecido como por encanto, y a su propia gloria. Nadie sabía de nuestra infantería, ni de la plaza, y era preciso averiguarlo; en consecuencia, dispuso el General que se marchase en dirección a la ciudad, de la que distaríamos más de una legua. Al poco rato de marcha, se avistó un grueso cuerpo de tropas, formado a la orilla del pueblo, sin que se supiese a qué ejército pertenecía. El General seguía siempre silencioso a la cabeza de la columna, por más que otros conversaban a su alrededor. Como se agitase la cuestión de si eran enemigos los que se avistaban, o si sería nuestra infantería, y como se dividiesen las opiniones, exclamó el General interrumpiendo su silencio: *¡Y cómo hemos de salir de dudas si yo y mi comitiva somos los que vamos de descubridores!* Era así, efectivamente, porque a nadie se le había ocurrido mandar batidores, y ni aun entonces recuerdo que lo hiciese el señor Balcarce.

Cuando oímos expresarse al General en ese tono de amarga reconvención, nos apresuramos unos cuantos oficiales que íbamos sueltos, a suplir esta falta: recuerdo al capitán don Apolinario Saravia (alias) Chocolate, salteño, el teniente Carreto, algún otro y yo (1). Tomando buenos intervalos marchamos en línea, aproximándonos a la fuerza que se quería reconocer. Era casi toda de infantería, y no se separaba ni un hombre de sus filas. Sin embargo, nos aproximamos lo bastante para persuadirnos que era enemiga, y volvimos a encontrar al General, que había seguido tras nosotros, para darle cuenta del resultado de nuestras observaciones. Ya él mismo se había aproximado demasiado con la columna, y como manifestase aún dudas de lo que decíamos, el enemigo quiso entonces comprobar

(1) Me permitiré hacer relación de un incidente particular en este día, para mí tan fecundo en lances personales, de los que, aunque omita algunos, no dejaré de referir los que ofrezcan más interés. Dos horas antes había casi reñido con el capitán Saravia, arriba mencionado, por defender unos prisioneros que él quería hacer matar: ahora me prestó un importante servicio, con lo que quedamos reconciliados, para volver a disgustarnos más tarde, en un tercer encuentro. Siguiendo nuestra marcha descubridora, por un campo sembrado de cadáveres y de armas, de baúles destrozados y de toda clase de restos de equipajes, incluso el coche del general Tristán, repentinamente se me apareció un soldado a pie, a quien no había visto hasta que estuve muy inmediato, porque estaba agachado. Mi pregunta primera fué para saber qué fuerza era la que teníamos al frente, y él sin desconcertarse, me contestó: "Es nuestra". "Pero bien", le dije. "¿y usted, a qué ejército pertenece?" "Al nuestro", volvió a contestarme. "Mas, ¿cuál es el nuestro?", le pregunté por tercera vez, y su contestación era la misma: "El nuestro". Lo que probaba que él ignoraba también con quién hablaba. Para ha-

nuestros partes, rompiendo el fuego de cañón sobre nosotros. Ya entonces no había que trepidar; el enemigo, en gran fuerza, se había establecido en los arrabales de la ciudad, lo que hacía sospechar que ocupaba la ciudad misma. Pero en tal caso ¿qué se había hecho toda nuestra infantería? ¿Había sucumbido toda, en términos que no había escapado uno que viniese a darnos la noticia? ¿Había tomado otra dirección, sin que nadie lo hubiese percibido? Estas crueles dudas atormentaban a todos, y al General más que a nadie, quien, por deber, por honor y por su gloria propia, no podía abandonar una parte del ejército, si es que en algún punto se sostenía; para hacer más positivas estas dudas, no se oía un solo tiro a la parte de la ciudad, y todo había entrado en un silencio profundo, fuera de los cañonazos antedichos.

Ignoro lo que sobre esto pensaban el General y los jefes superiores que lo acompañaban, pero el resultado fué que después de un rato en que pareció que consultaban, empezamos a retirarnos lentamente con dirección al Rincón, estancia del teniente gobernador don Francisco Ugarte, sita a tres leguas de Tucumán, rumbo sur. Es probable que desde allí se pensaría tomar nociones sobre el estado de las cosas, que hasta entonces no se habían podido obtener. En cuanto a mí, hasta ahora me confundo, considerando la indolencia, o no se que nombre darle a esa apatía que manifestó tanto oficial antiguo, tanto militar experimentado, para penetrar aquel misterio que a todos nos mortificaba. No sé que alguno hiciese diligencia, ni diese paso para conseguirlo. Voy a referir lo que yo hice de mi propia espontaneidad.

En la excursión exploradora o descubridora que he referido, encontramos tirados en el campo dos cañones, que había abandonado el enemigo en sus precipitados y desor-

---

cerlo expresarse con claridad, quise asustarlo, y sacando una mala pistola que cargaba, le dije: "Hable usted la verdad, o lo mato". El hombre pareció sorprendido, y tendiendo los brazos en ademán de súplica, retrocedía en proporción que yo avanzaba; mas su retirada llevaba también el designio de tomar su fusil, que estaba allí cerca, entre el pasto; así fué, que cuando llegó a él, lo tomó con rara prontitud, y poniendo una rodilla en tierra, me puso los puntos. Yo le disparé mi mala pistola, sin efecto, porque no dió fuego; él tampoco disparó su fusil, lo que me hace creer que estuviese descargado, conservándonos en esta actitud por algunos instantes. Saravia, que no estaba lejos, se precipitó en mi ayuda, con la celeridad de un rayo, lo cual, visto por el soldado, tiró su arma a tierra, y huyó. Saravia lo persiguió armado, como buen paisano, de un poderoso puñal, y habiéndolo alcanzado, sin apearse ni parar el caballo, le dió dos o tres tremendas puñaladas por la espalda, de que cayó, me supongo que muerto. Saravia era muy agauchado, cabalgaba un soberbio caballo, era sumamente diestro en su manejo, y profesaba un odio rencoroso a los realistas. El soldado de que he hablado, lo era.

denados movimientos. Eran precisamente las dos piezas de montaña que nos habían tomado el 3 del mismo mes, en el río de las Piedras. Sin duda al abandonarlos, los enemigos no tuvieron tiempo ni avíos para clavarlos, y se contentaron con inutilizarlos momentáneamente, desmontándolos, quitando las ruedas a las cureñas, y llevándose los sotrozos (cuñas del eje que sujetan las ruedas). Cuando ví que nos retirábamos sin llevar los cañones, lo que me parecía fácil, no pude menos de deplorarlo interiormente, y aun hablarlo con otros compañeros. Viendo que seguía la retirada, que ya nos habíamos alejado como media legua, y que no se tomaba providencia alguna, me aproximé al coronel Moldes, que al parecer poseía la confianza del general y que estaba siempre a su inmediación, y le dije cuanto había visto relativamente a las dos piezas de artillería y a la facilidad que había de traerlas, si se mandaba una partida bien montada. Al principio pareció dudar de la exactitud de la noticia que le daba, pues, ni la columna, ni él, ni el general, llegaron nunca a donde estaban; pero, habiéndome ratificado en ella, me llevó a presencia del general (todo esto era sobre la marcha), quien ignoraba completamente el hecho. Después de oirme, me dijo: *Pues que usted sabe dónde están los cañones de que me habla, preciso es que vaya a traerlos.* A cuyo efecto mandó orden al jefe de Dragones, que era don Diego Balcarce (a quien yo entonces apenas conocía de vista), para que pusiese a mi disposición una partida bien montada. Confieso francamente que esta comisión me contrarió altamente, porque nunca pensé que me la diesen. Había tantos oficiales de caballería con tropa propia, prácticos del terreno, hombres de campo y bien montados; por otra parte, estaba tan falto de sueño y tan cansado con el servicio que día y noche hacía al lado del barón, hombre que me manifestaba aprecio, pero que era majadero en grado superlativo, que fué para mí un verdadero sacrificio el encargo que se me dió, a consecuencia de mi oficiosidad.

Cuando estuve con don Diego Balcarce para que me entregase la partida que debía acompañarme, le pedí me hiciera dar a mí también un caballo, porque el que cabalgaba estaba enteramente malo. Ordenó entonces al teniente don Gregorio La Madrid (general hoy), que me cediese el suyo, el que lo hizo, desmontándose y cambiando, sin quitar las monturas, con el mío; mucho gané en este cambio temporario, porque el del señor La Madrid era un superior lobuno, que me facilitó mucho el desempeño de mi comisión.

Vuelto al campo de batalla con mis ocho o diez hombres, y algunos más que reuní en el camino, a pocas cuadras del enemigo que permanecía inmóvil y concentrado, hice montar los cañones y suplir la falta de sotrozos con las baquetas de las tercerolas, retorcidas y aseguradas lo mejor que se pudo. Hecho esto, me puse en marcha, en seguimiento de nuestra columna de caballería, sin que el enemigo desprendiese un hombre para impedir o molestar mi pequeña operación. Habiendo andado como media legua, siempre con mi pensamiento fijo en la ciudad, cuyas torres y casas veíamos, cuyas calles alcanzábamos a discernir, sin poder saber lo que en ella pasaba, me encontré con el porta-guión de entonces (general hoy día, en Buenos Aires), don Felipe Heredia, que iba, sin duda, procurando reunirse a la columna. Ya las piezas en salvo y en marcha, teniendo un oficial del mismo regimiento de la partida que yo llevaba a quien encargar su conducción, creí que podía hacerlo, para dedicarme a penetrar el arcano que nos abrumaba, y saber la suerte de nuestros compañeros de infantería y artillería.

Encargando, pues, al alférez Heredia, la conducción de las dos piezas, con recomendación de entregarlas al general, y decirle que yo me dirigía a adquirir noticias de la ciudad, tomé solo dos hombres bien montados y prácticos del lugar, porque eran tucumanos, e hice un cuarto de círculo a distancia de la ciudad, hasta ponerme perfectamente rumbo sur, entonces dando una conversión a mi izquierda, me dirigí rectamente, hasta penetrar en las primeras calles. Todas las puertas estaban cerradas, ensayamos tocar algunas, y fué del todo inútil; tuve, pues, que seguir adelante por la calle recta de la Matriz, sin ver ningún viviente, sin embargo que no serían más que las tres de la tarde. Colocado ya a tres cuadras de la plaza, alcanzaba a ver gente en la parte interior del foso, pero nada me indicaba aún que fuese nuestra; al fin me llegué tanto que conocí que eran compañeros los que lo guarnecían. Puesta una planchada, estuve dentro, y me entregué por unos momentos al gusto de ver amigos cuya suerte ignoraba, y de saber los importantes resultados de la batalla. Había cerca de quinientos prisioneros, cinco cañones, armamento, y muchos jefes de nota, tomados al enemigo. La plaza estaba fuerte; las azoteas y casas inmediatas estaban ocupadas por nuestras tropas; los fosos y calles, bien artillados y guarnecidos; finalmente, todos resueltos a la más vigorosa defensa. Los de adentro preguntábanme con igual interés, del general, de la caballería, de lo que pasaba

fuera, porque estaban en idéntica ignorancia de lo que sucedía fuera de la plaza, y solo sabían que el enemigo estaba a pocas cuadras, ocupando las casas de los arrabales. Nadie había soñado en salir, y, cosa extraña, el general tampoco había pensado en hacer diligencias de averiguarlo.

Luego que supe que el general Díaz Vélez tenía el mando de la plaza, traté de ir a darle parte de lo que tanto deseaba e importaba saber. Pero antes quiero decir algo sobre mis deseos y disposiciones personales.

Mi cansancio era sumo, al que se agregaba la falta de sueño, que en la juventud es tan poderosa; había, pues, mirado mi arribo a la ciudad como el término de las aventuras de aquel día, y como el lugar de un ligero descanso. Por otra parte mis vivos esfuerzos por entrar a la ciudad, habían tenido el objeto de reunirme a mi cuerpo, que, según he dicho, era accidentalmente el de artillería, del que podía suponérseme disperso. Yo era seguramente inculpable, pues me había separado en desempeño de un servicio que no podía rehusar, cuando se me mandó buscar al general; pero, a pesar de eso, temía la maledicencia, y también la animadversión de algunos, que después de haber adulado mucho al barón, empezaron a morderme, cuando este hizo alguna distinción de mí. Había también en el ejército una especie de facción, capitaneada por Dorrego, que se había abrogado el derecho de clasificar el mérito de los oficiales y jefes, sin dispensar al mismo general. Esta facción no me era contraria, pero tampoco me pertenecía; de modo que no era difícil que me envolviese en el anatema que había fulminado contra el barón, y que iba a estallar en primera ocasión, como sucedió. Diré, pues, francamente, que no fué solo patriotismo y celo por el servicio, el que me hizo arrostrar el peligro para entrar en la plaza y buscar mi cuerpo, si es que él estaba allí, y si no hacer una acción que mereciese alguna distinción. No me había equivocado: en los días posteriores los de la plaza hablaron con el mayor desprecio de los que habían quedado fuera, y aun cuando esto pudiese no ser justo, yo me aplaudía de mi resolución, para tapar la boca a cualquiera, si es que se atrevía a ofenderme.

Pasados los primeros momentos con los oficiales que estaban en la trinchera de la Matriz, según he indicado, me dirigí a casa del general Díaz Vélez, que distaba solo media cuadra; me examinó con avidez sobre la situación de nuestras fuerzas fuera de la plaza, sobre el general en jefe, sus miras, etc., y luego que hube satisfecho sus preguntas, to-

mando ese tono verboso, gritón y fantástico con que solía suplir o disimular la falta de otras cualidades, me dijo: *Vuelva usted a montar a caballo y vuele en alcance del General, para decirle que tenemos tales y cuales ventajas; que se han tomado todas las medidas de defensa; que la plaza está fuerte, y que se defenderá hasta la última extremidad.* Un rayo caído a mis pies no me hubiera desconcertado más que esta orden, y deseando aún eludirla, le dije: *Señor, no tengo caballo, porque el que traigo está cansado.* Llamó entonces a su ayudante, el mayor Videla (alias) Matamoros, que después fué Jefe de Policía en tiempo de la Presidencia, en Buenos Aires, y sin bajar del tono altisonante, le dijo: *Vaya usted y quite un caballo aunque sea al Espíritu Santo, y déselo al señor. Entonces,* repuse, *deberán ser tres, pues en el mismo caso están dos soldados que me acompañan. ¿Y para qué quiere usted compañía?* me dijo; *vaya usted solo. Señor,* contesté, *no soy del país, no conozco los caminos ni la campaña, y me será imposible dar con el General en Jefe, sin un práctico. Pues bien, Videla,* concluyó, *en lugar de un caballo, dé usted dos al señor, y que marche inmediatamente.*

No puedo menos que comparar al que quería empuñar la maza de Hércules para aplastar un mosquito, a un General que durante lo crítico del conflicto no ha hecho ostentación de su autoridad y que toma un tono más que napoleónico para mandar tomar un caballo e intimar a un joven subalterno una orden cruel. Sí, era cruel mandar a un joven delicado, sin práctica del campo, sin destreza en el caballo, sin experiencia en la guerra, que acababa de hacer un servicio quizá superior a sus fuerzas, a que atravesase solo tres leguas de terreno que no conocía, por entre enemigos verdaderos o maliciosamente simulados (1), y por entre toda clase de peligros. Lo singular es que no me dió comunicación ninguna, para que todo fuese informal, o quizá porque no creía que llegase a mi destino.

Mientras se preparaban los caballos, se anunció un parlamentario del enemigo, y, efectivamente, lo ví entrar a casa de Díaz Vélez, conducido del brazo por Dorrego, porque traía los ojos vendados. Tristán, haciendo un esfuerzo, intimaba rendición a la plaza. Díaz Vélez me hizo llamar para encar-

(1) En el camino, buscando de nuevo al General en Jefe, me vi rodeado de una partida de gauchos, que me desconocieron o afectaron desconocerme y me asestaron sus armas, bajo pretexto de que me creían enemigo: no me costó poco trabajo persuadirlos. A mi hermano Julián, le sucedió ese día otro tanto, y aún más, pues lo hicieron prisionero y ya le habían quitado algo de su ropa; otros oficiales que llegaron lo salvaron de este disgusto.

garme dijera al General que la contestación que iba a dar era enérgica y negativa. Lo singular es que Tristán amenazaba incendiar la ciudad, y según oí, se le contestó que en tal caso los prisioneros serían pasados a cuchillo. Entre éstos estaban los coroneles Barreda, primo de Goyeneche; Peralta (el dueño del cuchillo de monte), tan malherido, que murió esa noche; el comandante de ingenieros Alcón; el auditor de guerra Medeiros (hijo), y otros oficiales de nota.

Salí al fin de la ciudad, pero no por donde había entrado, pues atendida la posición del enemigo había sido sumamente peligrosa la vía que había traído. Salí por el este, para luego tomar al sur. Habiendo andado cinco sextas partes del camino, cuando mi caballo empezaba a flaquear, fuí alcanzado por el capitán Saravia, siendo éste el tercer encuentro que tenía con él en este día. Venía de la ciudad, a donde había logrado penetrar después de mí; había salido también después, pero con mejores cabalgaduras y con los recursos de un hombre de campo había andado más ligero. Nuestra diferencia entonces, que no pasó de amistosa, era sobre quien había penetrado primero en la ciudad, pretendiéndolo él, y negándolo yo. Hubiera querido ser yo también quién llevase primero, ya que estaba en camino, tan buenas noticias al General en Jefe, pero no pude: Saravia picó su caballo, y me dejó atrás.

Llegué a las oraciones al Rincón, donde había acampado el general Belgrano, quien me recibió en la casa de la hacienda; sin embargo que había hablado con Saravia, me interrogó con prolijidad; a mi vez, le pregunté si le habían sido entregadas las dos piezas de artillería que había mandado con el alférez Heredia, y contestándome afirmativamente, insinuó los deseos de que se habilitasen, para que en caso preciso, sirviesen contra el enemigo, y quedasen afectas a la división que se aumentaba por momentos.

Penetrado de la importancia de lo que indicaba el General, y haciendo reminiscencia, le dije: *Señor, no me parece difícil proveer las dos piezas de municiones y juegos de armas que les faltan, si podemos hallar el parque del ejército, que no debe estar lejos* (1). *Este, según la orden general preparato-*

(1) El parque del ejército y sus medios de transporte se conservaban en la misma forma que habían estado en la frontera del Perú, donde no se puede hacer uso de rodados. Consistía en setenta u ochenta cargas que se conducían a lomo de mula. Había un arriero mayor, hombre inteligente y de responsabilidad, que tenía siempre prontas un cierto número de mulas aparejadas, para cualquiera hora que se le pedían, mediante una retribución de cuatro fuertes por mula, en las Provincias Bajas, y seis en el Perú, que se le abonanaban mensualmente. Dicho arriero mayor, que en esa ocasión era un tal Ma-

ria que precedió uno o dos días a la batalla, debía salir a la distancia de una legua del pueblo, pasar el río y situarse en la banda sur a esperar órdenes; si éstas no le han ido es consiguiente que se conserve allí. Dice usted muy bien, me contestó; *yo no he mandado ninguna, y de consiguiente debe permanecer en aquel punto. Salga usted ahora mismo a buscarlo, que se le provea de un baqueano o guía, y traiga usted todo lo preciso esta noche para habilitar las piezas, que sin eso, nos son inútiles.*

Véaseme, pues, otra y otra vez, hecho víctima de mi oficiosidad, y cuando esperaba recostarme un poco, descansar un rato, dormir un par de horas, tener que montar a caballo y salir a campear, con un ordenanza y un práctico, por un terreno erizado de peligros. No hubo más remedio; fué preciso resignarse, pero con la advertencia que tomaba estas cosas tan a lo serio, que no hubiera defraudado media hora al servicio público, entregándome al descanso, por todos los tesoros de Potosí; así fué que no encontrando el parque en el lugar designado me propuse recorrer todas las casas del distrito para adquirir noticias de él, sin detenerme en ninguna. Con asombro mío empecé a encontrar en muchas de ellas soldados enemigos rendidos, y soldados nuestros dispersos. Hubo casa en que había solo mujeres en compañía de dos o más soldados del ejército real, que se confesaban prisioneros y dormían tranquilos, bajo la salvaguardia de las pacíficas habitadoras del rancho, a donde los había llevado la casualidad o su destino.

Recuerdo que durante mi nocturna peregrinación, llegué a una casa pobre, en cuyo patio cenaban, muy amistosamente, un cabo Solís, de artillería, que, con cuatro soldados del mismo cuerpo, era conductor de seis cargas de municiones, en compañía de ocho o diez prisioneros que se le habían entregado. Como era doble el número de los rendidos, el cabo Solís contemporizaba con ellos, y se creía casi a su disposición; mas en nada menos pensaban que en abusar de su fuerza, y por el contrario, estaban perfectamente sumisos y resignados a su destino. La causa de esta singular anomalía consistía en que habiéndose dispersado de su ejér-

---

riño, proveía de medios de transporte, no sólo los parques, sino los equipajes, proveeduría, hospitales y toda clase de bagajes. Es un excelente método, y lo creo apreciable hasta cierto punto, en nuestro país; el ejército del Perú estaba muy bien servido. Mariño hizo una gran fortuna en Tucumán, apropiándose toda la mulada del ejército enemigo y aun muchas mulas ricamente cargadas. En Vilcapugio y Ayohuma perdió todo, y últimamente cayó prisionero. No he vuelto a oír hablar de él. Esa es la guerra.

eito, y viéndose en un terreno desconocido, expuestos a ser inmolados si caían en manos de los gauchos, en el campo, reputábanse como felices si lograban asilarse en una casa, donde, aunque se les considerase como prisioneros, se les garantía la vida. Las municiones que tenía el cabo Solís eran de calibre de a seis, y de consiguiente no servían para los cañones que teníamos fuera de la plaza. Era un repuesto destinado a proveer las piezas que estuvieron en la batalla, y que en medio de la horrenda confusión de ese día se extravió, y esperaba, como tantos otros, el siguiente, para ver más claro.

Mi primer propósito fué ir reuniendo y hacer marchar conmigo, las partidillas que iba encontrando; pero hallé el inconveniente que sobre quitarme mucho tiempo, debía hacerles andar mucho camino inútil. Preferí, pues, darles un punto adecuado de reunión, y seguir yo mi prolija investigación. En ella invertí toda la noche, hasta que adquirí la certidumbre que el parque no estaba por allí, y aun tuve noticias de que se le había visto regresar a la ciudad.

Al salir el sol el día 25 estuve de regreso en el campo del general Belgrano, y muy luego, tras de mí, una pequeña columna de soldados nuestros y prisioneros, por mitad más o menos; todos podrían llegar a ciento cincuenta hombres. Entonces empezamos todos a conocer las ventajas de nuestra situación, sobre la del enemigo; las noticias que por todas partes se recibían anunciaban sus descalabros del día anterior, y lo precario de su estado. El general Belgrano se movió resueltamente del Rincón, en dirección a la plaza, con la que abrió comunicaciones más fáciles, y nos presentamos a la vista de Tristán, que se conservaba con su ejército concentrado, en la misma posición del día anterior. Hicimos en el día algunos movimientos de puro aparato, y a las dos de la tarde se despachó un parlamentario para intimar rendición al ejército real, que era lo mismo que Tristán había hecho la tarde antes con la plaza. El coronel Moldes fué el que tuvo esta comisión, y creo que no pudo ser más acertada la elección, tanto por la arrogancia de su carácter, cuanto porque era un oficial que había servido en Europa, y probablemente conocido de Tristán. La contestación fué que *las armas del Rey no se rendían;* y ya no se pensó sino en acordar hostilidades más serias.

Esa noche (la del 25 al 26) hicimos una marcha semicircular, rodeando la ciudad, hasta llegar al punto del arroyo Manantiales, de que hicimos mención al principio de estas

apuntaciones. Las horas que duró la marcha fueron para mí de un acerbo tormento, producido por la falta de sueño y la imposibilidad de entregarme a él. La necesidad de dormir que sentía era tan urgente que ningún esfuerzo bastaba a resistirla y a cada instante me veía expuesto a caer del caballo y ser quizá pisoteado, después de sufrir un buen golpe. Además de eso abandonaba las riendas, y el caballo me llevaba arbitrariamente, a veces dirigiéndose al campo, y otras dando trompicones a otros caballos y a los caballeros. El general Belgrano marchaba a la cabeza, y yo estaba provisionalmente adjunto a su comitiva; muchas veces me sucedió recordarme a su lado, después que mi caballo había dado un empellón al suyo. Sin duda conoció mi estado, y tuvo la consideración de prudenciar mis involuntarios ataques; lo mismo me sucedió con otros, jefes y no jefes, que tuvieron igual consideración. Cuando llegamos a los Manantiales, y se permitió apearse y descansar un rato, yo apenas pude tomar el pellón de mi montura y caí como un muerto. Estoy seguro que se hubieran disparado cañonazos, y me hubieran acaso muerto, sin que volviese en mí. Solo es después que he aprendido a dormir a caballo, sin dejar de marchar: todo lo consigue la necesidad y la costumbre.

A la mañana siguiente, cuando todos creíamos que íbamos a emprender operaciones más activas, es que se supo que el enemigo había decampado esa noche antes, y había definitivamente emprendido su retirada para Salta. El general Belgrano no perdió tiempo ni la ocasión de sacar las ventajas posibles de la victoria, que al fin se declaraba enteramente por nosotros. Organizó una vanguardia de las mejores tropas de infantería y caballería, y al mando del general Díaz Vélez la destacó en persecución del enemigo. Quizá he dicho mal *en persecución*, porque esta fuerza, que sería de quinientos a seiscientos hombres, no tenía poder para ofrecer una batalla al ejército de Tristán; pero, como su objeto era picar la retaguardia enemiga, quitarle los recursos, prepararar algunas sorpresas, batir partidas que se desprendiesen, y hacer lo que se llama la pequeña guerra, era muy suficiente al objeto. No hizo, sin embargo, cosa notable, fuera del ataque de Jujuy, sobre el que diré más palabras.

Siendo nuestra vanguardia absolutamente dueña de la campaña, lo era también de todos sus movimientos, en toda la extensión de esta palabra. El ejército enemigo, en un país que poco conocía, donde no encontraba ninguna simpatía, sin caballería, marchando en masa, solo tenía el terreno que ma-

terialmente pisaba, y no sabía lo que pasaba en dos cuadras de su campo. Nuestra fuerza, por el contrario, podía fraccionarse, reunirse, pasar a vanguardia del enemigo, ponerse sobre sus flancos (1), y hacer toda clase de movimientos. Veamos, pues, las ventajas que se sacaron de esta situación.

El capitán don Cornelio Zelaya con el de la misma clase don Eustoquio Moldes fueron destinados a sorprender la guarnición de Jujuy, donde estaba detenido un importante convoy, consistente lo más en dinero metálico que venía para el ejército real; los enemigos se atrincheraron en una calle de la ciudad, y rechazaron el ataque, quedando herido y prisionero el capitán Moldes.

De mayor consecuencia fué lo sucedido en Salta, donde Tristán había reunido sesenta u ochenta prisioneros, que nos había hecho desde la acción de Las Piedras, con unos cuantos oficiales. Estos, sabiendo nuestra victoria de Tucumán, se insurreccionaron y se incorporaron a nuestras fuerzas. Un oficial, Burgos, tucumano, fué el que capitaneó este movimiento, no obstante que entre los presentes había oficiales de más graduación.

El general Díaz Vélez con su vanguardia, tomó desde el Pasaje (río), el camino de la Pradera, y anticipándose al enemigo, entró en la ciudad de Salta; pero después de uno o dos días de momentánea ocupación, tuvo que abandonarla a la aproximación de Tristán, que llegaba por el otro camino. Fuera de lo que se ha dicho, no hubo más que uno o dos tiroteos insignificantes en todo el camino, siendo la mejor ventaja de esta expedición el convencimiento de nuestra superioridad en estas Provincias Bajas, debido a la decisión del paisanaje, y a la facilidad de hacer obrar la caballería. La expedición regresó a Tucumán a fines de Octubre, sin otra novedad.

Se me dispensará que ocupe algunas líneas dando una noticia del general Arenales, que puede decirse que en ese tiempo empezó su carrera militar en los ejércitos de la patria. El había obtenido empleos en tiempo del gobierno colonial, y recuerdo que era subdelegado de Arque, jurisdicción de Cochabamba, cuando por diferencias ruidosas que tuvo con el gobierno de esta provincia se libró contra él una orden de prisión; hizo, como prófugo y sin pasaportes legales, aquel cé-

(1) Las circunstancias habían variado enteramente de cuando se emprendió nuestra retirada de Humahuaca, donde dije que esta operación era inútil y peligrosa; sobre todo, había variado el teatro: pues ahora nos hallábamos fuera de la sierra, donde la caballería o infantería montada estaba perfectamente garantida contra los ataques del enemigo. Este iba en retirada, y no había peligro en fraccionarnos, lo que no sucedía en el primer caso.

lebre viaje, uno de los más rápidos que se cuentan, hasta Buenos Aires, donde él mismo se presentó al Virrey o la Audiencia a dar sus descargos.

Cuando la revolución de Chuquisaca, el año 1809, fué nombrado por la Audiencia Comandante General de Armas, de modo que cuando con la ida del presidente Nieto, fué sofocada la revolución, fué mandado preso a Lima. Debió salir sin duda en libertad, y regresó a Salta, lugar de su vecindario, donde era alcalde ordinario, cuando Tristán hizo su invasión. La revolución de los prisioneros, de que acabo de hablar, lo tomó allí, porque no había emigrado, sino que esperó tranquilamente al enemigo. Vuelto Tristán a Salta se ocultó en una chacra, pocas leguas distante, porque supo que se le atribuían inteligencias con los prisioneros sublevados. Desde su retiro hizo varias diligencias para rehabilitarse con Tristán, pero no habiéndolo conseguido se fué definitivamente a Tucumán, donde se presentó al general Belgrano. Allí estuvo separado del ejército, y solo se incorporó al marchar a Salta, en cuya victoria se halló. Este fué el principio de su honrosa carrera en los ejércitos de la Independencia, en que prestó tan útiles servicios, y en que adquirió victorias gloriosas, tal como la Pasco y la Florida.

CAPITULO II

SALTA

Importancia de la batalla de Tucumán.—Energía del general Belgrano.—Papel que desempeñaron las distintas armas en el combate.—Desavenencias entre los principales jefes.—El espíritu religioso en el ejército.—La disciplina se resiente por la conducta del comandante Dorrego.—Premios acordados al general Belgrano.—Movimiento y maniobras del ejército sobre Salta.—Ataque y triunfo de la línea de los patriotas.—Rendición del ejército realista.—Juicio sobre la capitulación de Salta.

La batalla de Tucumán, tanto por la importancia como por su mérito militar, merece que le dediquemos algunas observaciones, y si se quiere, sea un juicio crítico que emitiremos con la más severa imparcialidad. Según las noticias de aquel tiempo, el general Belgrano, atendida la inferioridad de sus fuerzas, tenía orden del Gobierno General para evitar una batalla y continuar su retirada hasta Córdoba. Cuando él desatendió estas órdenes, o las interpretó tomando sobre sí el variarlas, contrajo una responsabilidad que prueba la elevación de su carácter y la firmeza de su alma. Esa sola resolución era de un gran mérito, y de esperar era que la honrase y justificase la victoria, como sucedió.

Al menos perspicaz se le ocurre que, abandonada la provincia de Tucumán, incluso la ciudad y territorio de Santiago que le pertenecía, el enemigo, no sólo adquiría una extensión del territorio (prescindiendo de la fuerza moral que le daba tan vasta conquista), que reducía en la misma proporción el que dominaban nuestras armas, sino que le ofrecía la inapreciable ventaja de poder aumentar su caballería y formar nuevos cuerpos con hombres idóneos para el servicio de esta arma. Por más que nuestros gauchos, y en general los hombres de la campaña, fuesen decididos por la causa, es indudable, que jugando con actividad y tino los resortes que están en manos del gobierno y de un general vencedor, hu-

biera adquirido el ejército Real muchos hombres de estas provincias, para su caballería. Así vimos que no dejó de sacar frutos de sus momentáneas ocupaciones de las de Salta y Jujuy, de donde los Olañeta y otros lograron atraer hombres que sirvieron al enemigo hasta el fin, con admirable decisión. Ya desde Santiago habíamos visto desertar al alcalde provincial, don N. Aranda, hombre animoso y de gran prestigio (1), para irse a incorporar al general Tristán. El cura Laguna, de Las Trancas, se había también reunido al ejército Real, cediendo a las persuasiones de Tristán, y empezaba a predicar la guerra contra sus mismos paisanos. Véase, pues, cuántas conquistas semejantes hubiera hecho Tristán, quien, para que fuese más peligroso, tenía la calidad de americano, como eran casi todos los jefes de su ejército. Si a esto se agrega que los europeos mandados retirar desde el Perú, Salta, Jujuy y Tucumán, como también los que habían desterrado de Buenos Aires, inundaban la campaña de Córdoba, que iba a ser fronteriza, se convendrá en que la batalla de Tucumán fué un suceso grandioso y de grandes resultados para la causa de la libertad.

Hay más aún que decir en honor del general Belgrano. Hasta que él tomó el mando del ejército se puede asegurar que la revolución, propiamente hablando, no estaba hecha en esas mismas provincias que eran el teatro de la guerra. Cuando en principios de este mismo año (1812), emprendió el general Pueyrredón su retirada con el ejército, nadie (con muy raras excepciones) se movió de su casa, y esos salteños y jujeños tan obstinados y patriotas, como valientes después, se quedaban muy pacíficamente para esperar al enemigo y someterse a su autoridad sin excluir muchos empleados y militares que no estaban en servicio activo. Cuando en Agosto emprendió el general Belgrano la suya, la hizo preceder de un bando fulminante, mandando el completo abandono de los pueblos y lugares que debía ocupar el enemigo. *Estancieros,* decía el bando, *retirad vuestras haciendas; comerciantes, retirad vuestros géneros; labradores, retirad vuestros frutos; que nada quede al enemigo, en la inteligencia, que lo que quedare, será entregado a las llamas* (2). Efectivamente algo sucedió

(1) En la acción de Tucumán, fué hecho prisionero y mandado fusilar en la plaza del mismo Santiago, por el general Belgrano.

(2) No tengo a la vista el documento a que me refiero, y las palabras que pongo de él son un recuerdo de mi memoria. Sin embargo, si hay alguna alteración, será muy pequeña e insustancial. Tristán, en una carta a Goyeneche, que fué interceptada, le dice: "Belgrano es imperdonable por el bando de tantos de Agosto".

de esto, pues tuve noticia de uno o dos cargamentos de efectos que se distribuyeron a la multitud o se quemaron, y yo mismo, y todo el ejército presenció el incendio de dos gruesos cargamentos de tabaco en covos, por la misma razón.

Aunque estas providencias no tuvieron todo su efecto, por la precipitación de nuestro movimiento y la dificultad de llevarlas a efecto en toda su extensión, y aunque parezcan algo crueles, no trepido ni un instante en asegurar que fueron de una gran utilidad política: ellas despertaron los ánimos ya medio resignados a sufrir el yugo español; ellas nos revelaron, haciéndolo mayor, la gravedad del compromiso que habíamos contraído cuando tomamos las armas contra el gobierno establecido por la metrópoli; ellas, en fin, nos hicieron conocer que era una cuestión de vida o de muerte para nuestra patria la que se agitaba, y que era preciso resolverse a perecer o triunfar, fuera de que estas medidas enérgicas, que recaían indistintamente sobre las personas más elevadas de la sociedad, hicieron la imaginación de las masas de la población, y las predispusieron a desplegar esa fuerza gigantesca que ellas mismas ignoraban, y que después han hecho de las Provincias Bajas un baluarte incontrastable.

Muchos han criticado al general Belgrano como un hipócrita, que sin creencia fija hacía ostentación de las prácticas religiosas para engañar a la muchedumbre. Creo primeramente que el general Belgrano era cristiano sincero, pero aun examinando su conducta en este sentido por solo el lado político produjo inmensos resultados. El concepto de incredulidad que se atribuía a los jefes y oficiales de nuestro ejército, y que tanto dañaba a la causa en estas Provincias Bajas, se fué desvaneciendo, y al fin se disipó enteramente; las personas timoratas se identificaron con los campeones de la libertad, y esta se robusteció notablemente; nuestras tropas se moralizaron, y el ejército era ya un cuerpo homogéneo con las poblaciones, e inofensivo a las costumbres y a las creencias populares. Y, ¿qué diremos del efecto que este sabio manejo causó en las provincias del Perú, y en el mismo ejército real?

Goyeneche, aprovechándose hábilmente de nuestras faltas, había (sin ser tan religioso como el general Belgrano) fascinado sus soldados (1), en términos, que los que morían eran

(1) Habiéndose pasado un soldado del enemigo a nuestras filas, se desertaba para volver al ejército real, cuando fué capturado. Juzgado y convencido de espía, fué sentenciado a muerte. En medio del cuadro fatal, y a dos varas del suplicio, con una serenidad digna de un héroe, dijo: "Muero contento por mi religión y por mi rey".

reputados por mártires de la religión, y como tales, volaban directamente al cielo a recibir los premios eternos. Además de política era religiosa la guerra que se nos hacía, y no es necesario mucho esfuerzo de imaginación para comprender cuanto peso añadía esta última circunstancia, a los ya muy graves obstáculos que teníamos que vencer.

El general Belgrano, haciéndose superior a críticas insensatas y a murmuraciones pueriles, tuvo la firmeza bastante para seguir una marcha constante, que inutilizó las astucias de Goyeneche (1) y restableció la opinión religiosa de nuestro ejército.

Agregando a estos antecedentes la probidad del general Belgrano, su pureza en el manejo de los caudales públicos, su desinterés, su rectitud, puede decirse que no solo dió nervio a la revolución, no solo la generalizó, sino que le dió crédito y la ennobleció. Sin abandonarse a los extravíos de una desenfrenada democracia, era sencillo en sus costumbres, sumamente llano en sus vestidos (2), parco en su mesa, moderadísimo en todos sus gastos, despreciaba altamente las distinciones nobiliarias, y los que de alguna manera manifestaban apego a ellas, eran objeto de sus burlescas ironías. Estas disposiciones tuvieron, según el tiempo y circunstancias (hablo de su desprecio a las distinciones nobiliarias y sencillez republicana), alguna alteración, pero sin que en lo sustancial variase el fondo de su carácter.

Resuelto ya el general Belgrano a dar la batalla de Tucumán, todo lo que practicó en los días que la precedieron, lo que se hizo en el arreglo de los cuerpos, distribución de las columnas, y orden de batalla, fué cuanto podía hacerse mejor. La elección del terreno, que era por lo llano a propósito para las maniobras de la caballería, fué acertada, como la colocación de esta, en ambas alas; mas no puedo menos de

(1) Cuando éste entró en Chuquisaca, después de la retirada del doctor Castelli, no quiso ir a alojarse al palacio de la presidencia, que éste había habitado, sin que fuese antes purificado con exorcismos y otras preces de la iglesia; en consecuencia, fué una especie de procesión, en que los sacerdotes iban con ornamentos sagrados, incensarios, hachas encendidas y abundante provisión de agua bendita, y sólo cuando después de una larga y edificante ceremonia se creyeron expelidos los malos espíritus, se dejó la casa habitable. ¿Creía esto Goyeneche? No; el pueblo sí.

(2) El general Belgrano hacía ostentación de costumbres e ideas enteramente republicanas, sin que dejasen de ser cultas y delicadas; vestía como un subalterno, y el ajuar de su caballo no se diferenciaba de otro cualquiera. Cuando en el año 16 volvió al ejército, después de su viaje a Londres, había variado; vino decidido por la forma monárquica en la familia de los Incas; sus maneras eran algo aristocráticas, y vestía como un elegante de París o de Londres.

extrañar la economía que se tuvo respecto de nuestra artillería, de la que solo empleamos cuatro piezas, pudiendo llevar muchas más, para equilibrar la desventaja inmensa que teníamos en infantería, pues la nuestra era apenas un tercio de la enemiga; me persuado que influyó en esta resolución el plan que estaba acordado, de cargar a la bayoneta, luego que se hubiese presentado el enemigo (1), para lo que se quería dejar mucha movilidad en nuestra línea. Sin embargo, fué en mi opinión una falta que pudo tener desagradables resultados. Las cuatro piezas que llevábamos iban distribuídas, una a una, en los intervalos de los batallones, según la moda de aquel tiempo, en nuestro país. Lo admirable es que el barón de Holemberg ignorase que para que los fuegos de artillería sean poderosos es mejor hacerla obrar en baterías de un cierto número proporcional de piezas, en cuyo caso se combinan también mejor sus efectos con los simultáneos ataques de la infantería, obrando ambas armas, si se quiere, a un mismo tiempo. No sucedió así en nuestro caso; pues esos cañones aislados, colocados en los claros, quedaron muy luego atrás, a los primeros movimientos de nuestra línea, y fueron de muy poca utilidad: pues apenas dispararon unos cuantos tiros.

Empezada ya la acción en los términos que se ha visto, el resultado no fué el producto de las órdenes inmediatas del general, sino de una combinación fortuita de circunstancias, y del valor y patriótico entusiasmo de nuestras tropas, y de las faltas que cometió el enemigo. Nuestra infantería se condujo bizarramente; luego hablaré de nuestra caballería, que no trepido en decir que hizo en el combate cuanto se podía esperar de ella. Ahora llama mi atención, con preferencia, la muy importante descripción que hace de la batalla de Tucumán el historiador español don Mariano Torrente, que acabo de ver en este momento (2). Suponiendo este autor que Tristán contaba hallar nuestro ejército encerrado en la plaza, lo da a entender él mismo, lo que es enteramente falso. Supone también dividido el ejército real en dos columnas, de

(1) Un tercio de nuestra infantería carecía de bayonetas, porque no las había; el General, para remediar esta falta, hizo distribuir cuchillos grandes a los infantes que no las tenían. Pienso que algunos de nuestros soldados no las echaron menos.

(2) El señor don Andrés Lamas me franqueó en estos días el fragmento de la Memoria del general Belgrano, y juntamente el primer tomo de la obra de Torrente. Como es tan parcial e inexacto, apenas me había ocupado de su lectura en retazos salteados, y hoy es que por primera vez he leído su diminuta descripción de la batalla de Tucumán. Este incidente da lugar a las observaciones que he creído conveniente intercalar.

las que una amagaba el camino principal, y la otra (sin duda por un camino de travesía), era destinada a tomar la retaguardia, lo que también es inexacto. Todo el ejército de Tristán, dejando el camino principal, vino por uno de travesía, y se colocó casi a nuestra espalda, pues que todo el ejército vino por el Manantial (1), y pasó por el puente de este arroyo, a distancia de legua y media de la ciudad. Lo que sucedió es, suponiendo ya al ejército en su nueva dirección, que destinó una columna de preferencia a cortarnos, y que después de su descalabro buscó su reunión para rehacerse. De otro modo es difícil comprender como después de batido pudo reunirse con la columna que había mandado a nuestra retaguardia y de la que era natural quedase separado.

Hablando de nuestra caballería dice Torrente que *tuvo la felicidad de romper por un flanco sobre la escolta del parque, del que se apoderó, introduciendo de nuevo el terror y espanto, y causando la pérdida de mil hombres, entre muertos y prisioneros; cincuenta oficiales, cuatro capellanes, siete cañones, armas,* etc., etc. Esto comprueba el juicio que hemos formado: nuestra caballería arrolló con facilidad la caballería de la extrema izquierda del enemigo, y se precipitó sobre el parque y bagajes que estaban a espalda de su línea, y sobre su costado izquierdo. Hasta aquí, ella hizo cuanto podía esperarse de unos reclutas, y de unos soldados y oficiales que no conocían su arma ni su destinación en los momentos importantes de una batalla, cuya ignorancia era común a los que se decían veteranos. De lo que puede hacérseles, a los jefes principalmente, un verdadero cargo, es por haberse distraído demasiado en persecución de dispersos que ya no podían dañar, en matar arrieros, criados y aun mujeres, pues, de todo había entre la multitud de cadáveres de que estaba sembrado el campo; en saquear los equipajes, y en corretear inútilmente, hasta constituirse en una espantosa dispersión. Me hago cargo cuán difícil sería a los jefes conservar reunida una tropa de tan poca disciplina como la milicia, pero no debe decirse lo mismo de la tropa de línea, y lo que me sorprende hasta ahora es que ni los jefes, ni el señor Balcarce, se apercibían de esta necesidad, de este deber tan imperioso.

(1) Es la idéntica maniobra que el general Belgrano hizo en Salta cinco meses después, con mucho mejor éxito, contra el mismo Tristán. Dejando el camino principal a la izquierda, desde tres leguas antes de llegar a la ciudad, entramos por una quebrada pedregosa para salir al hermoso campo de Castañares, donde fué la acción. Batido Tristán, ni aun pensar pudo en retirarse, y tuvo que capitular. Fué un buen desquite.

A juzgar por lo que vimos, habíanse persuadido los jefes de caballería que con haber hecho una arremetida feliz, ya habían cumplido su tarea, sin considerar que mientras hay enemigos con las armas en la mano en el campo de batalla, es una rigurosa obligación de todos los jefes concurrir a su destrucción y aniquilamiento. Si nuestra infantería hubiera sufrido un revés, de nada le hubiera servido la ventaja obtenida por la caballería, y la batalla se hubiera perdido.

Diré algunas palabras más sobre lo que era entonces nuestra caballería. Aunque la organización de los regimientos era según lo prevenido en los reglamentos españoles, no había destinada, ni se seguía una táctica especial para esta arma. La instrucción elemental se reducía al manejo del fusil de la infantería, adaptado a la carabina, y a las mismas maniobras que cada uno aplicaba lo mejor que podía; el mecanismo de la carga, su importancia, los períodos de ella, todo era desconocido; no se daba más voz que la de *avancen*, y lo hacía cada uno como se le antojaba. Pero que mucho, ¡si no se sabía apreciar la utilidad, mejor diré, la necesidad del arma blanca para la caballería! A falta de sables y armas de chispa, se daban alguna vez lanzas, y los soldados se creían vilipendiados y envilecidos con el arma más formidable, para quien sabe hacer uso de ella. He visto llorar amargamente, soldados valientes de caballería, porque se les había armado de lanza, y oficiales, sumergidos en una profunda tristeza, porque su compañía había sido transformada en lanceros. Ya se deja entender que en la primera oportunidad se tiraban las lanzas, para armar al caballero con una tercerola o un fusil largo, con el que, llegado el caso de un combate, hacía su disparo, sujetando su caballo para cargar, cuando no tomaba la fuga. Yo, como uno de tantos, participaba de la crasa ignorancia de mis compañeros, y no valía más que los demás. Cuando me he visto en estado de reflexionar y hacer comparaciones, es cuando me he asombrado del atraso de los oficiales que habían militado antes y después de la revolución, en Europa y en América (1).

---

(1) Debo decir en honor de la verdad, que en poco más de un mes que medió entre las batallas de Vilcapugio y Ayohuma, en el año siguiente hizo don Diego Balcarce una variación ventajosa en el regimiento de Dragones. Habiendo perdido mucha parte de su fuerza en la primera, y además, por falta de caballos, las doce compañías que lo formaban se redujeron a tres, y tuve el honor, que de doce capitanes que éramos, siendo yo el penúltimo, fuí elegido para mandar una de las tres. Contraído entonces Balcarce, y provistos de excelentes caballos que se trajeron de Chuquisaca (en Vilcapugio la tropa cabalgaba en mulas), se dió una instrucción m[illegible] adecuada y propia del arma, cuánto era posible, en unos pocos días. Estoy se-

En los días inmediatamente posteriores a la acción de Tucumán, estalló una pronunciada desavenencia entre la caballería y la infantería. Los que pertenecían a esta censuraban amargamente a los de caballería por su comportación en la acción, y la extendían a todos los que no habían entrado en la plaza ese día. Esta censura alcanzaba hasta al mismo general en jefe, que, como se ha visto, no volvió a la ciudad hasta el 26. Era también sindicado uno que otro jefe que no habría mostrado tanta energía en el combate, y a quien quizá se quería suceder en el mando, bien que no hubiese quedado fuera. Los corifeos que promovían la desavenencia eran los turbulentos Dorrego y Forest, que querían tener todo el honor de la jornada, de los que se aseguró, que en odio de sus compañeros de la otra arma, habían dado orden para que en sus cuarteles no entrase ningún oficial de caballería. Si fué así, este desorden debió cesar pronto, porque no tuvo resultado. Felizmente Dorrego marchó en la división que debía perseguir a Tristán, y su influjo fué menos activo por estos momentos en el ejército. A su vuelta se le dió el mando en propiedad del batallón de Cazadores, y para contentar al mayor Forest, que lo había mandado interinamente, se le hizo teniente coronel y segundo comandante del núm. 6. Ni aun así creo que quedó satisfecho.

Por su parte, la caballería rebatía las inculpaciones que le hacían los infantes, y pretendía que a ella se debía, en su mayor parte, la victoria. Para probarlo, alegaba que la mayor parte de los muertos y heridos, lo habían sido por sus manos, lo que podía ser muy bien efectivo, sin que hubiese llenado del todo sus deberes (1). Sin embargo, creo que entonces sucedió lo que sucede generalmente, que todos exageran, y se acaba por apartarse todos de lo justo y de lo cierto. La caballería había hecho mucho, atendido su estado de ignorancia y atraso; ya he hecho mención de los verdaderos cargos que a mi juicio, podían hacerse a los jefes; por lo demás, ella prestó un buen servicio, y, como lo confiesa Torrente, su ataque a la escolta del parque, produjo un gran espanto y terror, en la misma línea enemiga. El pueblo de Tucumán, como que sus hijos habían combatido en la caballería, tomaba parte por

---

guro que hubiera prestado este pequeño cuerpo muy buenos servicios en la batalla, si hubiera podido obrar. Sin embargo, no se crea que el adelanto era mucho, pues ni aun entonces sabíamos maniobrar por cuatro, ni dar medias vueltas.

(1) El general Lavalleja con su división, en la acción de Cagancha, mató e hirió a muchos de los que eran sus enemigos y que estaban en el hospital; lo que no impidió que se le censurase agriamente, y que hasta ahora pese ese cargo sobre su reputación.

esta, y fué un motivo más para afeccionarse a don Juan R. Balcarce, que la había mandado.

Muy luego vino otro motivo de desavenencia, a hacer olvidar la anterior, y aun a reunir a los divergentes. El general Belgrano que había quedado muy complacido de la comportación del coronel don José Moldes, quiso darle un destino en el ejército, proporcionado a sus antecedentes y rango; lo hizo, pues, reconocer de inspector general de infantería y caballería. El genio adusto de Moldes, su severidad, que se había hecho proverbial, las antipatías que se había creado en el ejército, cuando el año anterior, mandándolo el señor Pueyrredón, había desempeñado las funciones de segundo general, todo contribuyó a sublevar los ánimos contra su elección. Hubo agrias murmuraciones, se formaron corrillos, y de allí se pasó a formalizar una representación, para pedir su destitución (1), lo que se hizo en esta forma:

Reunidos los oficiales y jefes de cada cuerpo, dieron un poder en forma, a uno, para que a nombre de todos pidiese al general la separación del coronel Moldes, del destino que se le había conferido, por su arbitrariedad y despotismo, siendo estas las únicas razones que se alegaban. Por la caballería, fué don Juan R. Balcarce; por la artillería, el capitán don Francisco Villanueva; por el núm. 6 de infantería, el comandante don Carlos Forest, y por el batallón de Pardos, el capitán don N. Pesón. Un domingo a las cuatro de la tarde se presentaron los referidos diputados en la casa del general Belgrano, quedando los cuerpos acuartelados, esperando el resultado, menos la artillería que salió a hacer, exprofesamente, ejercicio a esa hora, en la plaza que era donde estaba la residencia del general. Exprofeso también, don Juan Pedro Luna (coronel actualmente en Buenos Aires), que mandaba el ejercicio, se pegaba a las ventanas de la casa del general, dando a grandes gritos las voces de: *Rompan el fuego. Fuego ganando terreno,* etc.; todo calculado para hacer ver al general la resolución de sostener a todo trance su solicitud.

El general Belgrano, después de los más amargos pesares, tuvo también que devorar en secreto tan cruel desaire.

---

(1) El capitán de artillería, don Pedro Regalado Plaza, compuso una canción para excitar el odio contra Moldes, de que sólo recuerdo una o dos estrofas. Decía así: "Ya ningún tirano, ni déspota alguno, logrará en nosotros, abrigo ninguno. Si alguno se atreve, aquí a introducirse, nuestros oficiales, sabrán decidirse". El estribillo decía: "Que viva la Patria, bravos oficiales, paisanos y tropa, guerreros marciales". Esta canción costó más tarde su expulsión del ejército al capitán Plaza.

Dos horas antes recién había sido impuesto de lo que se fraguaba, y de la seriedad del negocio. En este tiempo se había confeccionado un oficio de renuncia de la inspección que hacía Moldes, con uno o dos días de antelación, el cual presentó a los diputados, diciéndoles que Moldes, ignorando todo, había prevenido sus deseos, y que habiendo admitido su renuncia, había sido inútil el paso avanzado que habían dado; con lo que quedó el negocio concluído, y Moldes fuera de la inspección y del ejército.

La vanguardia, que aun no había regresado de la persecución de Tristán, tampoco fué insensible a la nominación de Moldes; al momento que lo supo hizo también su representación en el mismo sentido, pero era ya sin objeto, porque estaba todo allanado.

Este incidente aumentó más y más la prevención que ya tenía el general Belgrano contra Balcarce, a quien suponía autor principal de esta semi-asonada. Balcarce se apercibió y se puso en guardia, buscando al mismo tiempo los medios de garantirse contra un golpe de autoridad. La guerra estaba declarada; veamos cómo pasaron las cosas, según yo en mi posición pude comprenderlas.

Mi hermano Julián era teniente de Húsares, y había merecido al señor Balcarce alguna distinción; poco antes de la batalla lo tomó para ayudante, y en esta clase lo acompañó en ese día, y aun después. Un día se me presenta mustio, sorprendido y confuso, y llamándome aparte, me hace ofrecerle no revelar a persona alguna el secreto que iba a confiarme. Se lo ofrecí sin dificultad, y entonces me dijo que había sido llamado con el más grande misterio a dar una declaración reservada; que para ello se le habían exigido dos juramentos: primero, el ordinario de decir verdad; segundo, el de ofrecer no decir a persona viviente el objeto de aquella declaración. Se quería averiguar si el señor Balcarce había obrado con cobardía en la acción del 24; si cargó al enemigo, etc., etc.; y después, si se había pasado saqueando los equipajes enemigos; si una carga de baules que se seguía en el campo, era de su pertenencia (era la carga del capitán Palomeque, de que ya hice mención), y otras cosas por este estilo.

Mi hermano se veía atormentado y oprimido por dos fuerzas opuestas; por un lado la religión del juramento y la palabra de honor que se le había exigido lo obligaban a callar; por otra parte la amistad y consideración que debía al señor Balcarce, le presentaban su silencio como una traición a aquellos gratos sentimientos. Conversamos, discutimos y reflexio-

namos, para concluir que debía, con la más sagrada reserva y bajo la palabra de honor, de que no haría uso de su revelación, hacérsela al señor Balcarce, con el fin de que se precaucionase y tomase con tiempo sus medidas de defensa. Así lo hizo, y el señor Balcarce fué fiel a la reserva que se le había encargado. ¿Hicimos bien o mal? No quiero entrar en esta materia; cada uno juzgue según su conciencia.

La posición del señor Balcarce se hacía crítica, tanto más cuanto ni Dorrego, ni Forest, ni otros jefes influyentes del ejército, eran amigos suyos. Es probable que lo hubieran dejado sacrificar porque, prescindiendo de otros motivos, era una categoría militar que les precedía, y de la que no les disgustaría sacudirse. Más tampoco Balcarce necesitaba de ellos para ponerse fuera de los tiros del general Belgrano; él contaba con sus amigos tucumanos, y estos fueron los que lo salvaron.

El gobierno había convocado un Congreso Constituyente (si no me engaño), y se había mandado elegir diputados por todas las provincias. La de Tucumán elige a Balcarce, por uno de sus representantes, y hélo aquí garantido con la inmunidad anexa a tales destinos. Se acabó la causa, se separó del ejército, se marchó a Buenos Aires, y todo terminó.

Como la batalla de Tucumán sucedió el 24 de Septiembre, día de Nuestra Señora de Mercedes, el general Belgrano, sea por devoción, sea por una piadosa galantería, la nombró e hizo reconocer por generala del ejército. La función de iglesia, que se hace anualmente en su convento, naturalmente se había postergado, y solo tuvo lugar un mes después. A la misa asistió el general y todos los oficiales del ejército; predicó el doctor don Agustín Molina (obispo después), y al hacer mención de la batalla, elogió mucho a la caballería, con lo que hizo hablar a los infantes, y quizá al mismo general Belgrano. Por la tarde fué la procesión, en la que sucedió lo que voy a referir:

La devoción de Nuestra Señora de Mercedes, ya antes muy generalizada, había subido al más alto grado con el suceso del día 24. La concurrencia, pues, era numerosa, y además, asistió la oficialidad y tropa, sin armas, fuera de la pequeña escolta que es de costumbre. Quiso, además, la casualidad, que en esos momentos entrase a la ciudad la división de vanguardia, que regresaba de la persecución de Tristán y el general ordenó que a caballo, llenos de sudor y polvo, como venían, siguiesen en columna atrás de la procesión; con lo que se aumentó considerablemente la comitiva, y la solemnidad de aquel

acto. No necesito pintar la compunción y los sentimientos de religiosa piedad que se dejaban traslucir en los semblantes de aquel devoto vecindario, que tantos sustos y peligros había corrido; su piedad era sincera, y sus votos eran, sin duda, adeptos a la divinidad.

Estos sentimientos tomaron mayor intensidad cuando desembocó la procesión al campo de batalla, donde aún no había acabado de borrarse la sangre que lo había enrojecido. Repentinamente el general deja su puesto, y se dirige solo hacia las andas en donde era conducida la imagen de la advocación que se celebraba; la procesión para; las miradas de todos se dirigen a indagar la causa de esta novedad; todos están pendientes de lo que se propone el general, quien, haciendo bajar las andas hasta ponerlas a su nivel, entrega el bastón que llevaba en su mano, y lo acomoda por el cordón, en las de la imagen de Mercedes. Hecho esto, vuelven los conductores a levantar las andas, y la procesión continúa majestuosamente su carrera.

La conmoción fué entonces universal; hay ciertas sensaciones que perderían mucho queriéndolas describir y explicar; al menos yo no me encuentro capaz de ello. Si hubo allí espíritus fuertes que ridiculizaron aquel acto, no se atrevieron a sacar la cabeza.

Las monjas de Buenos Aires, a cuya noticia llegaron estos actos de devoción, los celebraron mucho, y quisieron hacer una manifestación al ejército, mandando obsequiosamente un cargamento de cuatro mil pares de escapularios de la Merced, los que se distribuyeron en esta forma:

Cuando se trató de mover el ejército para buscar al enemigo en Salta, a principios del año siguiente (1813), se hizo por cuerpos, los que después se reunieron en tiempo y oportunidad. Luego que el batallón o regimiento salía de su cuartel, se le conducía a la calle en que está situado el templo de la Merced. En su atrio estaba ya preparada una mesa vestida, con la imagen, a cuyo frente formaba el cuerpo que iba a emprender la marcha; entonces sacaban muchos cientos de escapularios, en bandejas, que se distribuían a jefes, oficiales y tropa, los que colocaban sobre el uniforme y divisas militares.

Es admirable que estos escapularios se conservasen intactos, después de cien leguas de marcha, en la estación lluviosa, y nada es tan cierto, como el que en la acción de Salta, sin precedente orden, y solo por un convenio tácito y general, los escapularios vinieron a ser una divisa de guerra: si alguno

los había perdido, tuvo buen cuidado de procurarse otros, porque hubiera sido peligroso andar sin ellos. No habiendo las monjas mandado otra remesa, se acabaron los escapularios, y se entibió la devoción.

El gobierno general, queriendo que se sacasen de la victoria de Tucumán los frutos que debían esperarse, quiso poner el ejército en estado de tomar la ofensiva, y con este fin lo reforzó con el regimiento núm. 1 de infantería, al mando del teniente coronel don Gregorio Perdriel, y con trescientos hombres del número 2, al del teniente coronel don Benito Alvarez.

Los cuatro meses que siguieron a la acción de Tucumán (24 de Septiembre de 1812), fueron útilmente empleados por el general Belgrano en la instrucción y disciplina de las tropas, y en la organización de los otros ramos del ejército; pero esto no sucedió sin que experimentase el general dificultades y sin que sufriese amargos sinsabores. Estos eran producidos principalmente por el espíritu inquieto de algunos jefes, quienes, envanecidos con el concepto que habían adquirido en el ejército, y con las concesiones mismas que habían arrancado al general en el negocio Moldes, se hacían cada vez más exigentes. Felizmente para el general y para la disciplina, no duró mucho el acuerdo entre ellos, y pudo aquel ir poco a poco consolidando su autoridad. Concurrió también muy a tiempo un cambio parcial que hubo en las personas del gobierno, que se componía entonces de tres individuos, mediante el cual salieron de la administración las que le eran desfavorables, con lo que se creyó mejor sostenido en la capital. En cuanto a lo que pasaba en el ejército me ceñiré a la simple narración de los hechos.

El señor Dorrego había sido nombrado, como antes dije, jefe propietario del batallón de Cazadores, que tenía entre los demás cuerpos un bien merecido concepto por su bizarra comportación en la batalla, y porque era formado de tropa escogida; era también el primer cuerpo de tropas ligeras que tenían nuestros ejércitos, porque solo entonces se empezaban a marcar estas distinciones. Todo concurría a que el señor Dorrego aspirase a preferencias para su batallón, que llegaban a herir a los demás, y que más de una vez pusieron en conflicto la parcialidad del general.

Pienso que sin otro motivo que dar pábulo a su espíritu inquieto, propuso el señor Dorrego al cuerpo de artillería, una estrecha alianza con el suyo, la que aceptada, se convirtió en una especie de frenética hermandad, al mismo tiempo

que podría parecer pueril y ridícula. Como yo continuaba prestando mis servicios en la artillería, era consiguiente que hiciese parte de esta alianza fraternal y, por más que me repugnase, tenía que seguir la mayoría, so pena de un anatema que hubiera sido infalible. En las conversaciones, en las tertulias, en las reuniones de cualquiera clase, se hacía sonar pomposamente la unión estrecha de los dos cuerpos, y a cada momento se repetía entre nosotros, con énfasis: *la artillería y cazadores.....*

No se crea por esto que hiciésemos una sistemada oposición a las providencias del general, pues, al contrario, este hacía gran aprecio del señor Dorrego; era solo una extravagancia, una pueril afectación, y quizá un medio de adquirir poder, que duró muy poco, como todas las locuras de su clase.

Para hacer resaltar más la liga de ambos cuerpos, dimos un baile costeado exclusivamente por los oficiales de artillería y cazadores. Al menos perspicaz se le ocurría los inconvenientes que puede traer a un ejército un estado semejante de cosas, en que a imitación de una, podían levantarse otras facciosas alianzas; pero, sea dicho en honor de la verdad y de los demás cuerpos del ejército, que tuvieron bastante juicio para no corresponder a estas demostraciones, ni con otras alianzas ni otros bailes.

Tan solo los *decididos,* que eran dos compañías formadas de paisanos voluntarios, y de los que llamamos decentes, tuvieron la ocurrencia de costear un baile más suntuoso que el que habían dado los artilleros y cazadores. Por más que hicieron para no herir la susceptibilidad del señor Dorrego, no pudieron conseguirlo, y las cosas llegaron a punto de hacer temer un escándalo. El convite había estado en regla y nada podíamos decir que indicase la intención de desairarnos; sin embargo, hubo serias discusiones entre nosotros, sobre si asistiríamos o no a la función: era llegada ya la noche y hora del baile, y aún no se había resuelto esta importante cuestión. Estoy tentado a creer que algunos de mis compañeros esperaban que alguna grave diputación, o cosa semejante, viniese a rogarnos para que concurriésemos al baile; mas como no sucedió, y no nos faltaban deseos de bailar, se resolvió al fin la afirmativa.

Salimos de la casa en que estábamos, los oficiales de los dos cuerpos aliados, a más de las diez de la noche, llevando al señor Dorrego a nuestra cabeza, y formando una pequeña columna. Llegados que fuimos a la puerta, la encontramos, no obstante haber guardia y centinelas, apiñada de gente, como

también el zaguán que precedía a la sala del baile, que era el patio de la misma casa, preparado convenientemente. Costoso era penetrar por entre aquella multitud, la que tampoco se manifestó tan dócil como deseábamos, al pomposo anuncio de que diesen lugar para pasar a *la artillería y cazadores;* por último, no sin gran trabajo, llegó la cabeza de la columna a la desembocadura del zaguán, que caía a la sala o patio, que era lo mismo. Yo no pude ver lo que allí pasó, porque iba al centro, pero después supe que no habiéndose presentado en el acto algún personaje a hacer los honores de recepción a los nuevos huéspedes, el señor Dorrego se dió por ofendido, y tocó retirada.

El movimiento retrógrado se comunicó por la presión de la parte delantera de la columna a la retaguardia, y salimos por el mismo camino, pero en orden inverso. Restituídos al aire libre de la calle, tomamos gravemente la dirección de la casa donde teníamos las sesiones, para deliberar lo que debía hacerse en tan ardua situación. Allí se emitieron los dictámenes más desatinados, como era el de volver a deshacer el baile, a mano armada, o de llevar un cadáver que estaba en un cuartejo del depósito de la Iglesia Matriz, que quedaba muy inmediata. Afortunadamente no se arribó a resolución; entre tanto, la noche se avanzaba, empezó a venir el sueño, y se levantó la sesión para irnos a dormir, con el sentimiento de no haber bailado y de habernos hecho la burla nosotros mismos. El general Belgrano, que había honrado el baile con su presencia, debió saber algo de nuestras locuras, pues, para precaver, sin duda, un escándalo, se dejó estar toda la noche, lo que a la vez era un motivo de queja para nosotros.

En aquellos pueblos que carecen de teatro y otros espectáculos públicos, el juego es una diversión favorita y frecuente entre las clases decentes de la sociedad. Por mala y detestable que sea esta costumbre, no incumbe a un simple jefe de cuerpo corregirla; el señor Dorrego, sin embargo, tomó una noche una partida, se introdujo en una casa de juego, y se llevó unos cuantos de los jugadores para reclutas de su cuerpo. A la mañana siguiente los hizo poner en libertad el general Belgrano, y supimos que había exclamado con amargura: *¡Es posible que después de haber privado al ejército de los servicios del barón y de Moldes, quieran también indisponerme con el vecindario!* No por falta de energía, sino por lo vidrioso de las circunstancias, se creía obligado a contemporizar y dejar semejantes abusos sin la debida represión.

El batallón de cazadores, por su calidad de tropa ligera,

pretendía la preferencia a toda otra infantería, cualquiera que fuese su antigüedad. Habiendo mandado el general que se hiciese parada todos los días, en la plaza principal, para la distribución de las guardias, empezaron un día a concurrir piquetes de todos los cuerpos; estaba en línea el de cazadores, cuando vino otro y se formó a su derecha; el de cazadores desfiló por retaguardia para volver a formar sobre este costado, y el otro a su vez hizo lo mismo; por una repetición de movimientos semejantes, llegaron al fin a la pared de uno de los lados de la plaza, y ya formaban un martillo con muestras de andar toda la plaza, cuando llegó una orden del general, cuya casa estaba inmediata, resolviendo que solo la antigüedad marcase la preferencia. Los cazadores entonces, para manifestar su despecho, no quisieron ocupar el lugar que se les dejaba, y fueron a tomar la izquierda de todos los piquetes, incluso los de caballería. Esto duró por algunos días, hasta que, calmada la irritación, volvieron las cosas al orden regular.

Estos incidentes serían solo dignos de risa, y que se les considerase como juegos de muchachos, si no afectasen la disciplina, y si en este punto importante pudiera haber venalidades. Intencionalmente he querido consignarlos en esta memoria para que se forme idea exacta de lo que era nuestra milicia, y de las dificultades que circundaban al general. Este trabajaba incesantemente en vencerlos, lo que era tanto más necesrio cuanto que, estando en vísperas de penetrar al Alto Perú, era importantísimo dar al ejército una forma perfectamente regular, que lo rehabilitase en la opinión de aquellos pueblos. Ahora diré algunas palabras de los premios que el gobierno acordó al general, y de que él hizo un uso tan noble como desinteresado.

Ya indiqué anteriormente que por ese tiempo ocurrió una modificación en el gobierno, que fué favorable al general, y entonces fué que se le invistió del título y autoridad de capitán general de la provincia de Tucumán y de todas las que libertase. Sin recusarlo, no hizo uso de él, ni admitió el tratamiento de Excelenecia; sólo fué después de la acción de Salta, y cuando íbamos a penetrar en las Provincias Altas, que admitió los distintivos de su nueva dignidad.

Le acordó también el gobierno un regalo de cuarenta mil pesos, los cuales el general admitió para cederlos a beneficio de los pueblos de Tucumán, Santiago, Jujuy y Tarija, donde disponía se fundasen y costeasen con esos fondos otras tantas escuelas. Nada de eso se ha realizado, y pesa sobre el Es-

tado una rigurosa obligación; es de esperar que algún día se satisfaga, tanto porque es de estricta justicia cuanto para llenar las disposiciones del donante. Esos pueblos le deben eterno reconocimiento, y la República toda su admiración por un acto de desinterés y de generoso desprendimiento, de que no hay muchos ejemplares.

Se aproximaba ya el tiempo de tomar la ofensiva y marchar sobre Salta, que estaba ocupada por Tristán. Los cuerpos salieron separadamente, con intervalo de pocos días, para ir todos a reunirse al río Pasaje. El escuadrón de Húsares fué extinguido y se refundió en el cuerpo de Dragones, que formó un regimiento completo de doce compañías. Yo al fin logré dejar la artillería (ya entonces se había entibiado y concluído la célebre alianza), y volver a mi arma predilecta de caballería, en la clase de ayudante mayor de dragones, a que había sido promovido. Con motivo de estos arreglos, mi cuerpo fué el último que marchó, habiéndolo hecho antes todos los de infantería, y el de cazadores primero que los demás.

En Febrero estuvieron todos los cuerpos reunidos en el río Pasaje, que afortunadamente no tenía mucho caudal de agua, y se vadeaba, aunque con trabajo, porque es la estación en que se pone respetable. Allí tuvo lugar la solemnidad del juramento, que se recibió al ejército, de defender el nuevo pabellón celeste y blanco, que adoptaba nuestro país. Todos comprendíamos y comprenderá cualquiera, que era un paso decidido a nuestra independencia política, pero nada hubo de explícito, como parece indicarlo el señor Arenales en su obra *Noticias históricas*, etc.; como tampoco lo hubo cuando meses después mandó el congreso acuñar moneda en Potosí, con las armas de la patria. La declaración oficial de nuestra independencia solo tuvo lugar el año 1816, por el Congreso de Tucumán. Lo que aquellos actos importaban nadie lo desconoce, pero me parece conveniente no confundirlos con la *declaración de la Independencia*, que no podía proclamar un general, sin hacerse criminal y constituirse en rebelión, a presencia de un gobierno y de un cuerpo deliberante. La descripción de la ceremonia, que voy a hacer, prueba lo que he dicho.

Formado el ejército en parada, y pasada una ligera revista, hizo el general una breve alocución, presentándonos la bandera, y concluyó con la forma de la ordenanza, cuando se juran las banderas de los regimientos. Entonces, sacando su espada y colocándola horizontalmente, de modo que hiciera cruz con el asta de la bandera, que tenía uno de sus ayudantes, empezó a desfilar el ejército, para besar individualmente

la expresada cruz de la asta bandera con la espada que él tenía personalmente. Como la operación era larga, pues duró horas, recuerdo que fué reemplazado en el trabajo de tener la espada por el entonces coronel don Martín Rodríguez, y acaso por algún otro jefe de categoría. Por lo demás, la ceremonia fué idéntica a la que practican los cuerpos para jurar sus banderas, sin más diferencia que no hubo la descarga de costumbre, porque no lo juzgó conveniente el general.

Este dió el nombre de río del Juramento al río Pasaje, y bajo esta denominación lo hizo conocer en todas partes, porque, efectivamente, hubo juramento, pero no juramento de la Independencia, sino de la bandera que se nos presentaba (1).

Así comprendí y así pienso que comprendieron todos mis compañeros este augusto y patriótico acto, sin que dejásemos de estar firmemente persuadidos de que ni nuestros trabajos ni la marcha de la revolución podían tener otro término que nuestra absoluta independencia de la España.

Desde el río del Juramento emprendió su marcha, ya reunido el ejército, para Salta, de cuya ciudad dista veinte y seis leguas. El 18 de Febrero estuvimos en Lagunillas, que está a tres leguas de la capital, y en esa tarde, dejando el camino principal, tomamos por una quebrada que sale a la derecha, y después de andar un par de leguas, fuimos a salir a la chacra del señor Saravia, llamada Castañares. Ya indiqué que en aquella provincia, es la estación de las lluvias, y en esos días, y el 18 principalmente, caía el agua a torrentes. El ejército que llegó al anochecer acampó dentro de un potrero, por donde pasa el camino, cuyas cercas de piedra formaban un parapeto.

Castañares sólo dista legua y media de Salta, y se va por una deliciosa llanura que forma un declive muy suave, hasta los arrabales de la misma ciudad. Su anchura es proporcionada, extendiéndose más a lo que era nuestra derecha, pues, por el otro lado la ciñe el cerro de San Bernardo y otras quiebras del terreno.

El 19, cerca de medio día, cuando la tropa se hubo medio repuesto, se movió nuestro ejército en varias columnas, y habiendo andado muy poco más de la mitad de la distancia que nos separaba del enemigo, hicimos alto a su vista. Efectivamente, aparecía desplegada su línea en la orilla de la pobla-

(1) Ceremonia que yo repetí con muy buen suceso, en el ejército de reserva de Corrientes, cuando le dí una bandera. Se perdió en la batalla de Arroyo Grande, y la conserva Rosas, en el Museo, si no me engaño; batalla en que no me hallé.

ción; tan sólo mediaban algunas pequeñas guardias avanzadas, o por mejor decir, guerrillas que se tiroteaban. Todo indicaba que íbamos ese día a llegar a las manos, pero no sucedió así; pues nos conservamos inmóviles, y el enemigo, por su parte, hizo lo mismo. El agua continuó a intervalos, aún durante la noche, pero sin que padeciesen notablemente las armas y municiones, porque el soldado se olvida en esos casos de sí mismo para dedicar a ellas todos sus cuidados.

El movimiento que hizo el general Belgrano, dejando el camino principal y colocándose en Castañares, fué bien concebido y mejor ejecutado; mediante él había cortado las comunicaciones de Tristán, había hecho imposible su retirada y había mejorado de teatro, porque el terreno le era más favorable que el que le ofrecía la muy estrecha entrada del Portezuelo, que es por donde se desemboca, llevando el camino principal en el valle de Lerma, ciudad de Salta. El general Belgrano realizó con cumplido éxito la operación que tan desgraciadamente quiso hacer Tristán en Tucumán, colocándose a nuestra espalda. Ahora hablaré de la disposición de nuestra línea y de la enemiga, haciendo la justicia que merece al general Tristán.

Nuestra infantería estaba formada en seis columnas, de las que cinco estaban en línea y una en reserva, en la forma siguiente: primera, principiando por la derecha, el batallón de cazadores, a las órdenes del comandante Dorrego; segunda y tercera, eran formadas del regimiento núm. 6, que era el más crecido, una a las órdenes del comandante Forest, y la otra, aunque no puedo asegurarlo, a las del comandante Warnes; cuarta, del batallón de castas, a las órdenes del comandante Superi; quinta, de las compañías del núm. 2, venidas últimamente de Buenos Aires, al mando del comandante don Benito Alvarez; sexta y última, compuesta del regimiento número 1, al mando del comandante don Gregorio Perdriel. La artillería, que consistía en doce piezas, si no me engaño, estaba distribuída en los claros, menos dos, que habían quedado en la reserva.

Con estas me encontraba yo, porque el 18 al marchar de Castañares, recibí una orden del mayor general Díaz Vélez, que sin duda la había recibido del general en jefe, para incorporarme provisoriamente y durante la acción, a la artillería, por escasez de oficiales de esta arma. Yo, que tenía los más positivos deseos de combatir en la caballería y en mi regimiento, fuí a suplicar de la orden, pero se me repitió de un modo terminante, y tuve que resignarme muy a pesar mío.

Me destinaron, pues, a la artillería de la reserva, donde estaba el jefe de toda ella, que era el después general don Benito Martínez. Las carretas del parque, hospital, etc., en número de cerca de cuarenta seguían a alguna distancia de la reserva, escoltadas por un escuadrón de milicia tucumana, que había acompañado al ejército. Siento no haber dicho antes que la decisión de aquella provincia por nuestra causa era muy pronunciada, y que se debió en gran parte a la influencia de la familia de los Araoz, y muy particularmente a la del desgraciado don Bernabé, que después fué gobernador, y vino a concluir en un suplicio.

Nuestra caballería, que consistía en cuatro escuadrones de dragones, cada uno de tres compañías, fuera de una pequeña fracción que se destinó a la reserva, estaba dividida por mitad y colocada en las dos alas; no así la del enemigo, que sólo estaba situada sobre su izquierda, o lo que es lo mismo, en frente de nuestra derecha. Esta colocación era mucho más acertada que la nuestra; pues, en la izquierda de nosotros y derecha enemiga, no podía obrar caballería, por la naturaleza del terreno; así fué que los dos escuadrones de aquella parte nos fueron completamente inútiles, cuando en el otro costado hubieran prestado un servicio importante.

Amaneció el 20 con tiempo nebuloso, y lluvia escasa y alternada. El general en jefe tuvo en esa mañana un ataque de vómitos, que nos puso en cuidado. Resuelto a dar la batalla se proponía mandarla desde una carreta, pero afortunadamente mejoró y pudo montar a caballo. Entre diez y once nos movimos; nuestras columnas, menos la reserva, desplegaron y se comenzó el ataque. El intrépido comandante Dorrego se precipitó con una parte de su cuerpo sobre la izquierda enemiga, pero fué rechazado, y cargando la caballería, se vió en serios conflictos; auxiliado a tiempo, se recuperó el terreno perdido, y se condujo el ataque con tal vigor que flaqueó muy luego toda aquella ala del enemigo, y se replegó en confusión a la ciudad. El centro duró algún tiempo más, sin que dejase de seguir luego el movimiento retrógrado de su izquierda. La derecha fué la que opuso una tenaz resistencia, principalmente el batallón real de Lima, que, ganando la falda del monte San Bernardo, se defendía valerosamente. Allí ocurrió nuestra reserva, y las dos piezas que yo mandaba hicieron un vigoroso fuego, hasta que se desmontó una de ellas. Al fin cedieron aquellos restos de la línea enemiga, dispersándose en la montaña y bajando después a rendirse como prisioneros.

Nuestro centro y ala derecha se habían precipitado en las calles, persiguiendo a la parte de la línea enemiga que le era opuesta, y aunque no habían entrado en la plaza, que estaba defendida por palizadas, habían ocupado puestos importantes, como el convento de la Merced, y otros edificios dominantes. El fuego se hacía sentir en la ciudad, y aunque no conocíamos distintamente lo que allí pasaba, era claro que disputaban nuestras tropas la posesión de las calles y de los edificios.

El general Belgrano estaba fuera, con cerca de la mitad del ejército. El mayor general Díaz Vélez había recibido una herida en un muslo, durante una correría que hacía al principio de la batalla, por delante de nuestra línea, y aunque no había empezado sus fuegos, dió lugar a dudar si la bala que lo hirió había sido efecto de algún tiro de los nuestros, disparado aisladamente. La tropa, pues, que había penetrado en la ciudad, estaba solo a cargo de los jefes particulares de los cuerpos. Estos, deseando hacer conocer cuanto antes su situación al general, recuerdo que enarbolaron en la torre de la Merced una bandera medio celeste, medio de otro color más oscuro, porque, no hallando a mano otra cosa, se sirvieron de un poncho del comandante Superi.

Apenas desocupado el General, de la obstinada resistencia que opuso la derecha enemiga, y conociendo la situación de las cosas en el interior de la ciudad, ya por el indicio de la bandera, ya por otras nociones que se tomaron, se preparaba a organizar un ataque formal contra los restos enemigos, refugiados en la plaza, cuando se presentó un parlamentario, que era el coronel realista La Hera, que meses después murió en Vilcapugio. Cuando lo que acababa de suceder no bastase, la sola presencia del parlamentario, su traza, su emoción, y sus ademanes, hubieran sido suficientes para revelarnos el estado deplorable del enemigo. Traía por todo uniforme, un frac azul, de paisano, con solo distintivo en la bocamanga, de los galoncitos que designaban su grado, con arreglo a la ordenanza española; venía embarrado hasta el pescuezo, y en todas sus acciones se notaba la confusión de su espíritu y el terror.

Llegado que fué, se le hizo desmontar y se le desvendaron los ojos, con solo la precaución de que diese la espalda a nuestra tropa, que estaba formada. Estaba delante del General, más como no lo conocía, preguntó si tenía el honor de hablar con él, y sobre la afirmativa respuesta que se le dió, empezó a hablarle en voz baja, de modo que yo y otros,

que estábamos algunos pasos de distancia, no pudimos percibir lo que decía, pero sí la contestación del General, que le dijo en voz alta: *Diga usted a su General que se despedaza mi corazón al ver derramar tanta sangre americana; que estoy pronto a otorgar una honrosa capitulación; que haga cesar inmediatamente el fuego en todos los puntos que ocupan sus tropas, como yo voy a mandar que se haga en todos los que ocupan las mías.* El parlamentario regresó inmediatamente; todos vimos que la suerte del día estaba decidida; nos felicitamos, y nos entregamos silenciosamente al placer de la victoria.

Diremos, entretanto, algo de lo mucho que sucedía al enemigo en la plaza. Las tropas derrotadas habían entrado, y por su número, y por la posición que ocupaban, eran muy capaces de hacer aún una vigorosa resistencia; pero había entrado entre ellas una espantosa confusión y el terror dominaba los ánimos. Las calles, a una cuadra de la plaza, estaban cortadas con simples palizadas, lo que, aunque no fuese una gran fortificación, era siempre una obra defensiva; los edificios principales están en la plaza o a sus inmediaciones, de modo, que ocupados, hubiera sido muy difícil desalojarlos; al fin la victoria hubiera sido nuestra, porque les hubieran faltado los víveres, pero hubieran prolongado su resistencia, y por lo menos, les hubiera servido para obtener una capitulación más ventajosa. Mas habían decaído completamente de ánimo, y las siete octavas partes de los defensores, tan lejos de ocurrir a las trincheras, buscaron las iglesias y las casas de los que creían patriotas, para salvarse de los horrores de un asalto que creían inminente. La Catedral estaba llena de soldados y oficiales, que mezclados con los padres, paisanos, mujeres y niños, habían ido a refugiarse. Como viniese un ayudante con la orden del general Tristán, para que los militares fuesen a su puesto, y como ninguno la obedeciese, se trepó al púlpito una señora, natural de Buenos Aires, muy realista, llamada (si mal no recuerdo) doña Pascuala Balvás, y principió a voces, a excitar a aquella tropa a que volviese a su puesto de honor y defendiese hasta el último aliento la causa real a que se habían consagrado; como sus animosas expresiones no produjesen efecto, prorumpió en insultos, que tampoco fueron más eficaces; los llamó viles, infames, cobardes, y nadie se movió; el miedo había echado tan profundas raíces, que todo remedio fué inútil. Después de haber tocado sin fruto todos los resortes que estaban a su alcance el general Tris-

tán se decidió a pedir la capitulación y mandar el parlamentario de que hemos hablado. En cuanto a la valerosa mujer, que en aquel día se sobrepuso a su sexo, y al que se dice fuerte, debo decir, que todos la admiramos y nadie la incomodó después; tuve positivos deseos de conocerla, pero no lo conseguí.

El fuego se suspendió en todas partes, y los artículos de la capitulación se arreglaron esa misma tarde. Según ella, debía al día siguiente salir el ejército real con los honores de la guerra y tambor batiente, entregando después la artillería, armas de toda clase, banderas, parque y demás objetos de propiedad pública. La guarnición de Jujuy (1) era inclusa en los términos de la capitulación. Los individuos que no habían sido prisioneros, hasta la suspensión de hostilidades, podían retirarse al Perú, bajo la promesa jurada de no tomar las armas contra los que llamaban insurgentes.

La situación de nuestras tropas fué la misma durante la noche que lo había sido al suspender las hostilidades. Es decir, el general Belgrano con una parte del ejército, se mantuvo fuera de la ciudad, mientras la otra guardaba dentro de ella las posiciones de la víspera. Se pasó sin la menor novedad, aunque con la vigilancia que era consiguiente.

No quiero dejar pasar esta ocasión de decir el trágico fin que tuvo ese día el célebre caudillo oriental don Venancio Benavides, bien conocido por la toma del pueblo de Mercedes y otros hechos de valor, en la que es hoy República Uruguayana. Era capitán, con grado de teniente coronel, y mandaba una compañía, también de orientales, siendo teniente y alférez sus hermanos, don Manuel y don Juan Benavides. Este había quedado enfermo en Tucumán, a su paso con la compañía que mandaba; de modo que solo fueron conocidos los dos hermanos mayores. Por resentimientos personales con el jefe de su cuerpo, se pasó Venancio al enemigo, y muy luego le siguió Manuel. Viéndose ese día, el primero, encerrado en la plaza, excitaba a los demás a una defensa desesperada, y como nadie o muy pocos siguiesen su ejemplo, se colocó de propósito en medio de una calle, donde el fuego era muy vivo, hasta que una bala le atravesó la cabeza, dejándole sin vida, y tendida en tierra su gigantesca figura. Su hermano Manuel, no quiso seguir

(1) Pueblo dependiente entonces de Salta, y hoy provincia separada, distante diez y ocho leguas al norte de Salta. Había como cuatrocientos o quinientos hombres de guarnición, que se retiraron precipitadamente, luego que supieron el resultado de la batalla.

su ejemplo, y nos esperó muy resignadamente. El general Belgrano, que pienso conocía a los Benavides, y sabía sus primeras patrióticas hazañas, lo trató muy bien, lo dejó en plena libertad y le dió recursos para que se trasladase a su país (1).

En la mañana del 21, los dos ejércitos estaban sobre las armas. El uno para desocupar la plaza, el otro, para entrar en ella; el uno para entregar sus armas, el otro para recibirlas. El tiempo seguía lluvioso y a ratos caían buenos chaparrones; a pesar de eso, serían las nueve cuando el ejército Real salió al campo, formado en columna, llevando los batallones los jefes a su cabeza, batiendo marcha los tambores, y sus banderas desplegadas.

La tropa nuestra, que estaba afuera, los recibió con los honores correspondientes, hasta que a cierta distancia, su columna hizo alto. Habiendo desplegado en batalla el batallón que llevaba la cabeza, empezó a desfilar por delante del jefe y hombres nuestros, que estaban apostados para recibir el armamento, que iba entregando hombre por hombre, juntamente con sus cartucheras y correajes. Los tambores hicieron lo mismo con sus cajas, los pífanos con sus instrumentos, y el abanderado entregó, finalmente, la real insignia, que simbolizaba la conquista, y un vasallaje de trescientos años. Acto terrible para los militares que sufrían tan gran afrenta, pero grandioso para la libertad y los que la sostenían.

No es posible recordar esos días de honor para nuestras armas, y de gloria, para la más justa de las revoluciones, sin envanecerse de pertenecer a un pueblo que supo adquirirlos. El 20 de Febrero es un gran día en los anales argentinos; el general Belgrano se inmortalizó junto con él.

Hubiera sido muy prolijo, si cada batallón enemigo hubiera ido entregando individualmente las armas, como lo hizo el primero; y para abreviar, se mandó que después de formar en batalla, abriesen filas y pusiesen las armas en tierra, depositando encima los correajes y cartucheras; lo mismo se hacía con todo lo demás, menos las banderas y estandartes, que se tomaban a la mano. La caballería echó

(1) El 21, cuando entramos a la plaza, fuí invitado a comer en casa de la señora de Cabezón, y en la mesa hallé a Manuel Benavides, a quien no veía desde antes de su defección. Su posición en presencia de los que había traicionado, era embarazosa, pero muy luego se repuso, mediante la atención con que lo traté; creo que conservará un recuerdo grato de este lance. No hice lo mismo con otro conocido que encontré en el mismo caso, y lo siento ahora.

pie a tierra, para entregar sus espadas, carabinas y demás, y los artilleros dejaron también sus cañones, cajas y juegos de armas. Desarmados enteramente, parecían una cosa muy diversa de lo que eran media hora antes. Volvieron a sus cuarteles, sin formación, en un tropel confuso, que se asemejaba a una majada de carneros. Pero lo que más hería la imaginación de los espectadores, era ver retratadas en sus semblantes, las diferentes pasiones que los agitaban. El despecho y la rabia en algunos, en otros un furor concentrado, y la vergüenza en todos. Ví muchos de ellos que derramaban lágrimas que no bastaba su fuerza a reprimir, y aun presencié escenas, que sería difuso referir.

Cuando las tropas reales salían de la plaza para ir al campo a entregar sus armas, las nuestras, que ocupaban algunos puestos de la ciudad, penetraban en ella simultáneamente. Aun esta parte del drama me pareció grandioso. Mientras por un lado de la plaza salían los vencidos, por el otro entraban los vencedores; contrastaban tanto los semblantes de unos y otros, sus actitudes eran tan diferentes que si un extraño a todo lo que había sucedido se hubiese presentado en aquel momento, hubiera conocido de lo que se trataba. Sin embargo, todo fué silencioso, ordenado, sublime; nada de insultos, nada de ridícula jactancia (1).

Por la tarde de ese mismo día, nuestros soldados fraternizaban en las tabernas, con los vencidos, y hubiera llegado a mucho más su cordialidad si las circunstancias no hubiesen obligado a tomar algunas precauciones. Quien más perdía con esta intimidad era la causa real; pues es fuera de duda que los sentimientos patrióticos y las ideas de independencia penetraban en los americanos del ejército español, y que en unos cuantos días más, el contagio hubiera sido general. Quizá por esto se apresuró Tristán a sacar sus tropas cuanto antes, para tomar el camino del Perú. Desde el día siguiente empezaron a salir, y antes de tres días ya

(1) Debo exceptuar un pequeño incidente que presencié, y que no tuvo consecuencias desagrables: Cuando un batallón echaba armas a tierra, por mandato de su Comandante, que era un hombre carnudo y petizo, se le había olvidado mandar a sus soldados que se quitasen el correaje, y se desviaba del lugar de la escena, cuando advirtió su olvido. Retrocedió, pues, para remediarlo, cuando notó que los soldados, sin necesidad de advertencia, lo hacían. El alférez don Domingo Díaz, joven alegre y pifión, le dijo: "No se incomode usted; los suyos son buenos soldados que no necesitan órdenes de su jefe", añadiendo en voz más baja, pero perceptible, "pues para entregar...". El Teniente Coronel realista, se inmutó al oír este sarcasmo, pero dominándose al momento, se contentó con decirle: "Señor oficial, estos son percances de la guerra, de que usted ni nadie está libre"; con lo que concluyó el negocio.

no había uno en Salta, fuera de los heridos, y de Tristán, que permaneció unos cuantos días más.

El general Belgrano había conocido a Tristán en Europa, y acaso había cultivado con él relaciones amistosas; casi puedo asegurar que se tuteaban. Fuera de esto, quiso el primero abundar en pruebas de confianza, y he aquí lo que he presenciado. A los dos o tres días se celebró en la Catedral una misa y Te-Deum en acción de gracias por nuestra victoria. La función fué deslucida, porque una gran parte del clero estaba ausente, y todas las cosas, aun las de la iglesia, se habían resentido del trastorno universal. Esto no impidió que asistiese el general Belgrano y que lo acompañásemos muchos oficiales. Lo que se acabó la misa, salió el General, y lo seguíamos pensando dejarlo en su casa; mas con sorpresa nuestra, y sin detener el paso acelerado que siempre llevaba, al pasar por la casa de Tristán, se entró en ella, sin decirnos una palabra. La comitiva se dividió, yéndose los más a sus casas, y siguiéndolo otros, para no dejarlo solo; yo fuí de los últimos. Como no se había hecho anunciar, nadie lo esperaba, y encontró la sala sola. Es regular que le hubiese hecho otras visitas, pues conocía muy bien la casa, así es que, sin detenerse, atravesó la sala y entró en otra pieza, que supongo era el escritorio, o acaso el dormitorio de Tristán. Oimos hablar algunas palabras, y saliendo inmediatamente este a la sala, llamó a su mayordomo para encargarle hiciese traer una taza de caldo y una botella de vino generoso. Después supimos allí mismo, que nuestro General se había sentido algo indispuesto y había querido tomar un confortante. Entonces pensé, y pienso hasta ahora, que fué un pretexto para dar confianza a Tristán. En cuanto a los que habíamos hecho hasta allí parte de la comitiva nos aburrimos y nos retiramos, quedando solamente los ayudantes; de consiguiente, ignoro cuanto duró la visita.

Nuestras pérdidas en la acción no fueron grandes, y, sin embargo, fueron mayores que en la acción de Tucumán. Murió un capitán Pardo, y un teniente Cabral, si no me engaño. De tropa, acaso no llegaron a cien los muertos, pero los heridos debieron andar por cerca de trescientos; uno de ellos era el teniente La Madrid (hoy General). La pérdida del enemigo en personal fué mayor, sin contar como de doscientos a trescientos prisioneros, que se hicieron en la acción. Es excusado decir que de todo el material, nada se salvó.

La guarnición de Jujuy, que estaba sujeta a las mismas

condiciones de la capitulación, no dió cumplimiento a ella, y se retiró al Perú, con sus armas, municiones y bagajes, luego que supo el éxito de la batalla de Salta. Este fué ya un principio de infracción a la fe prometida; luego veremos que no fué la única que cometieron.

Por único monumento de esta célebre jornada, existía hace pocos años en el campo de Castañares, que fué el de la batalla, una gran cruz de madera, inmediata a la fosa en que indistintamente se sepultaron los cadáveres de los hombres de tropa que perecieron en la acción, con esta sencilla pero elocuente inscripción: *Aquí yacen los vencedores y vencidos el* 20 *de Febrero de* 1813. En el curso de la guerra, ocuparon varias veces después, los españoles, la ciudad de Salta, y siempre quitaban la cruz, que era luego restablecida, cuando entraban nuestras fuerzas, en la misma forma. No lo hacían aquellos por profanación, sino por borrar, si era posible, la memoria de su derrota.

¡Ojalá que el Gobierno algún día mande levantar un monumento digno, que inmortalice la memoria de aquel insigne triunfo, y recuerde a la posteridad, una de las más brillantes glorias de la guerra de la Independencia! (1).

Ha divagado tanto la opinión sobre si el general Belgrano sacó o no de la victoria de Salta todo el fruto que pudo dar, que quiero dedicar a este punto algunas reflexiones especiales. Para mejor ilustrar la materia, es conveniente fijar las siguientes cuestiones:

Primera, ¿pudo el general Belgrano conceder menos ventajas en la capitulación que otorgó al enemigo, o negarla del todo, obligándolo a rendirse a discreción? Segunda, después de hecha la capitulación, ¿debió ceñirse a una obser-

(1) Este pensamiento lo tuvo presente el Congreso en 1884, y el Gobierno en 1887. Se nombró una comisión compuesta de los señores Benjamín Zorrilla, Rafael Ruiz de los Llanos, Francisco J. Ortiz y Moisés Oliva, con el fin de realizar la idea; y el escultor Cafferata confeccionó el modelo.

Los antecedentes del proyecto, son los siguientes:

El Senado y Cámara de Diputados, etc.:

Artículo 1.° — Autorízase al Poder Ejecutivo para invertir hasta la suma de veinte mil pesos, en dar cumplimiento a la ley de 6 de Marzo de 1813.

Art. 2.° — El gasto que demande la ejecución de esta ley, se hará de Rentas Generales y se imputará a la misma.

SESION DEL SABADO 6 DE MARZO DE 1813

Queda decretado un monumento duradero, que se erigirá cerca de Salta, en el campo de batalla, en honor de la memorable victoria conseguida el 20 de Febrero de 1813.

("Redactor" núm. 2).

(El Editor).

vancia tan estrictamente rigurosa, como lo hizo, o pudo, por una interpretación justa y legal, cuando no fuese por una represalia legítima, suspender y aun anular sus efectos? Tercera, ¿era probable que ese ejército juramentado, que dejábamos partir, después de haberlo hecho pasar por las Horcas Caudinas, (permítaseme esta expresión), dejase de combatir y fuese amigo nuestro o neutral?

En cuanto a la primera, diré, que en mi juicio, es muy probable que, atendido el estado de disolución en que estaba el ejército enemigo el 20 de Febrero, después de la acción, se hubiese rendido a discreción; mas el General, que no sabía lo que pasaba adentro de la plaza, y que además tuvo el laudable objeto de detener la efusión de sangre, hizo bien en otorgar la capitulación, la que, no obstante, hubiera sido de desear que fuese menos ventajosa al enemigo.

En la segunda, diré que el general Belgrano fué demasiado escrupuloso y que pudo y debió suspender los efectos de la capitulación por un tiempo limitado, en cuanto a la marcha del ejército vencido. Una suspensión momentánea no es una infracción, tanto menos, cuanto la capitulación (si no me engaño) no fijaba día preciso para la partida. Si había infracción, era de parte del enemigo; pues la guarnición de Jujuy, incluída en la capitulación, como Torrente lo confiesa, se había marchado con sus armas y bagajes, sin hacer caso de ella, lo que autorizaba al general Belgrano no sólo a suspenderla, sino a romperla, y hacer prisionero de guerra a todo el ejército. La mala fe de Goyeneche y demás de su ejército estaba probada, pues veinte meses antes, en el Desaguadero, atacó al nuestro, antes de terminar un solemne armisticio (1) y aun sin denunciar las hostilidades, como se infiere de la relación del mismo Torrente, y de consiguiente no era de esperar que con nosotros fuese más fiel. Todo debió aconsejar al general Belgrano que tomase un camino diferente, y no encuentra, por más que exprima uno su inteligencia, la razón por que no lo hizo. Lo único que se me ocurre en favor de su resolución es la dificultad de guardar un tan crecido número de prisioneros, que si no era mayor era igual a lo que propiamente se llamaba nuestro ejército, lo que a la verdad no deja de tener algún peso.

(1) El armisticio fué celebrado el 16 de Mayo, por cuarenta días. Y sin previo aviso de ninguna clase, y faltando cinco días para su terminación, fué atacado nuestro ejército el 20 o 21 de Junio, antes que se hubiese reunido. Seguramente que ésta es poca disculpa para nuestros generales, que no debieron fiarse de un enemigo traidor, pero es una prueba indudable de la perfidia de los realistas.

Para apreciar debidamente esta circunstancia, téngase presente que en aquel tiempo ese elemento popular, que tan poderoso ha sido después en manos de los caudillos, era casi desconocido; en consecuencia, los generales poco o nada contaban, fuera de lo que era tropa de línea. En ese concepto debió calcular el general Belgrano que para guardar trescientos prisioneros haría indispensablemente distraer una parte de su ejército, que urgentemente necesitaba para la campaña que iba a abrir. Después que el pronunciamiento de las masas por la causa de la independencia fué unísono y universal, después que la población de nuestra campaña desplegó esa fuerza que es peculiar de nuestra situación, no hubiera sido difícil encomendar la custodia de un número tan crecido de prisioneros a cierto número de escuadrones de milicianos, que retirándoles los caballos y otros medios de escape y separándolos en fracciones, los hubiesen conservado en algunos puntos de la campaña; mas entonces ni había milicias medio arregladas, ni tenían armas de ninguna clase, ni su decisión era pronunciada, o al menos no había motivo para conocerla. Era, pues, una dificultad de no pequeña importancia la que he propuesto. Sin embargo, debió haberse vencido a toda costa, en atención al tamaño de la ventaja que reportábamos, privando al enemigo de esa fuerza, y además teniendo presente otras consideraciones de que voy a ocuparme al tratar la tercera cuestión.

La tercera cuestión, en su primera parte, ya está resuelta en lo que acabamos de decir, para probar la mala fe del enemigo, y si esto no fuese bastante, apelamos al testimonio del mencionado Torrente, historiador español que escribió por orden de su soberano Fernando VII, quien no tiene pavor en decir que *los empeños de los juramentados de Salta no eran obligatorios en ningún modo, por haber sido contraídos con súbditos rebeldes.* Hasta la autoridad eclesiástica intervino en esta profanación, pues el Obispo de la Paz expidió un edicto absolviendo del juramento a los vencidos de Salta y declarándolo nulo. Pero ¿qué necesidad hay de ocurrir a estos argumentos? ¿Quién pudo pensar que los obstinados españoles se privasen del auxilio de tres mil soldados aguerridos, por un escrúpulo de conciencia o por un sentimiento de honor, en una guerra que equiparaban a la primera de la conquista y que les importaba un mundo entero? A un niño no pudo ocurrir semejante idea, ni el general Belgrano pudo abrigarla; mas debió tener otras miras cuyos fundamentos pasaremos a examinar.

El ejército enemigo, a quien podíamos decir que habíamos hecho pasar bajo las Horcas Caudinas, marchando inmediatamente, lo hacía bajo las impresiones de su reciente humillación, y no podía sernos grato ni llevar disposiciones amistosas. Es verdad que el concepto de un vandalismo horrendo con que nos habían pintado los jefes españoles había desaparecido al ver el arreglo de nuestros batallones; es verdad también que la opinión de impíos y herejes en que nos tenían se había disipado al ver nuestros escapularios y otros signos religiosos; es verdad, en fin, que las ideas de independencia algo habían penetrado durante aquel momentáneo contacto en que estuvieron con los nuestros; pero de todo ello, cuando más se inferirá que la causa en general avanzó un tanto sin ganar cosa alguna para nuestro país en particular. No fueron, pues, más amigos de los argentinos que lo que habían sido antes, lo que sin duda se hubiera conseguido con algún más trato y facilitando las relaciones personales.

No puedo prescindir de emitir una observación que siempre torturó mi espíritu y que ahora mismo gravita sobre mi alma. ¿Por qué nuestro país, que tantos sacrificios hizo para llevar a otros del Continente la libertad, no ha obtenido el homenaje de gratitud que le era debido? ¿Por qué nuestros ejércitos que recorrieron la América del Sud prodigando su sangre, no lograron, de los mismos pueblos que habían libertado, la benevolencia y el reconocimiento que merecían? ¿Ha sido efecto de la ingratitud de éstos o de una fuerza repulsiva de nuestros guerreros y de nuestros gobiernos, que al paso que hacían el bien tenían la funesta habilidad de revestirlo de formas desagradables, para perder el derecho al agradecimiento? No es cuestión ésta de que me ocuparé, porque requiere ser tratada en otra forma que lo que yo puedo hacerlo aquí. Que cada uno la resuelva a su placer.

Es visto, pues, que el general Belgrano esperó mucho más de lo que debía, de las disposiciones morales de los juramentados de Salta y de la gratitud a que se creía acreedor. No hay duda que algo se consiguió, y como el mismo Torrente dice en la página ya citada: *Otros* (de los juramentados de Salta) *se dedicaron a pervertir el espíritu público, proclamando el brillo y el entusiasmo de las tropas de Buenos Aires y pintando con los colores más halagueños la causa que ellos defendían.* Sin duda era éste muy poco fruto para una tan gran victoria, en que la mayor y más selecta parte del ejército Real había sido anonadada. Si por enton-

ces no mereció esta medida la desaprobación que mereció después, fué porque participábamos de las mismas esperanzas que el General y porque éstas se fortificaban con la intimidad que parecía tener con Tristán, lo que daba lugar a infinitas conjeturas. Si aun todavía se hubiera marchado con rapidez; si se hubiesen hecho los últimos esfuerzos para dar más poder al ejército e impulsión a sus operaciones; si hubiéramos podido aprovechar del terror que nuestra victoria había inspirado a los restos del ejército enemigo que se hallaba en Oruro, casi en estado de disolución, se hubiera remediado aquella falta; mas no fué así, y el ejército Real tuvo tiempo de volver en sí, reforzarse con los juramentados y reorganizarse para vencernos a su vez.

CAPITULO III

VILCAPUGIO

El general Goyeneche.—Separación del comandante Dorrego.—Potosí—La vanguardia patriota.—Errores que comete ésta y la del enemigo.—Política y administración.—Castigos a los que promovían la deserción.—Premios y grados por los triunfos de Tucumán y Salta.—Juicios acerca de la justicia militar, las jerarquías, el espíritu militar y la organización.—Composición de las fuerzas, al marchar en busca del enemigo.—Líneas de batalla de los dos ejércitos.—Los indios en Vilcapugio.—Derrota de nuestra izquierda.—Cobarde comportación de la reserva.—Cargas de caballería.—Inacción del ala derecha, después del triunfo del enemigo.—Retirada del ejército en dos direcciones: al este con el general Belgrano, y al sur con el general Díaz Vélez.

Era ya tiempo de penetrar en las provincias del Alto Perú, en donde la victoria de Salta había sido un golpe de rayo para los jefes realistas. El general Goyeneche, aturdido completamente, abandonó las provincias de Potosí y Chuquisaca, y dando libertad a todos los prisioneros que tenía en su poder, se retiró a Oruro. De esas resultas volvieron a las filas del ejército don Máximo Zamudio, que pasó a ser mayor de Dragones, don Juan Francisco Zamudio, don Juan Escobar, don Rufino Falcón y otros tres oficiales más con cien hombres de tropa o poco más.

Ignoro con qué motivo despachó el general Belgrano al capitán de mi regimiento, don Alejandro Heredia, en clase de parlamentario (el que fué General y Gobernador de Tucumán y que fué asesinado el año 1838), quien alcanzó a Goyeneche en Oruro; fué muy bien recibido, y regresó con pliegos de contestación a los que había conducido. Pienso que esta misión sólo tuvo por objeto tantear a Goyeneche, lo que no produjo fruto alguno. Este obcecado americano ha hecho más mal a su país, que lo que se cree generalmente.

El, más que otro alguno, como que era americano, contribuyó a cortar el vuelo de la revolución y a debilitar ese patriotismo puro y entusiástico de los primeros tiempos; él, haciendo valer para sus fines las locuras de algunos oficiales jóvenes y las imprudencias de algunos viejos, nos clasificó de impíos e incrédulos, desnaturalizando así la guerra

y haciéndola semi-religiosa; él autorizó a los Imas, a los Landívar y otros sicarios para que cometiesen crueldades que hacen estremecer a la humanidad; él cubrió de cadalsos el suelo de su patria e hizo correr en los suplicios arroyos de sangre. Ninguno de los generales españoles le ha excedido en crueldad, y si respetó a los prisioneros de nuestro ejército fué porque temió represalia; pero es seguro que si se hubiera asegurado un poco más, nos hubiera tratado del mismo modo que a los desgraciados peruanos. Su segunda campaña a Cochabamba es un monumento de barbarie que tiene pocos ejemplos.

Y ¿qué diré de su mérito militar? Que era muy limitado. Todas sus campañas, todos sus sucesos, todas sus victorias, más fueron debidas a la impericia de sus adversarios que a sus propios talentos. La acción de Huaqui es la que figura en primera línea entre sus hazañas, y todo el mundo sabe que no hubo acción, ni combate, ni batalla, ni cosa que merezca este nombre. En Yauricoragua, en donde por nuestra parte mandaba el general Viamont y por la enemiga el general don Juan Ramírez, fué donde se puede decir que se combatió en ese día desgraciado y en esa acción funesta, a que damos generalmente el nombre de acción del Desaguadero. La batalla de Amiraya contra los cochabambinos fué una farsa, como lo fué también después la de Pocona y la toma de la capital de aquella provincia (1).

Cuando la fortuna le volvió la espalda, perdió enteramente el ánimo y la cabeza. Aun después de su retirada a Oruro, no pudo recuperarse de su abatimiento y se retiró del ejército para pasar a España, en donde habrá gozado de su cuantiosa fortuna, pero despedazado de los remordimientos que han debido causarle los males que hizo a su patria y los bienes que pudo y dejó de hacerle.

Después de algún tiempo de mansión en Salta para organizar los cuerpos, empezaron éstos a salir para Jujuy y de allí continuar por el camino de Potosí; a cierta distancia tomó mi regimiento la vanguardia, siguiendo luego los de infantería. El general Belgrano, que conocía cuán importante era observar en aquellos pueblos una severa disciplina, estrechó sus órdenes e impuso pena de la vida por el crimen de robo, aunque fuese (era la expresión de la orden) de un huevo. La conducta de la tropa correspondió a sus deseos,

(1) Esta acción de Amiraya, que se llamó también de Sipe-Sipe, es distinta de la que en el mismo lugar dió después el general Rondeau contra Pezuela, en 1815. Es necesario no confundirlas.

pues fué la más moral y arreglada que podía darse: pero personas de otra categoría le causaron disgustos y le obligaron a tomar providencias severas.

Hablo del comandante Dorrego, quien había marchado con su batallón a Jujuy, donde estaba también el núm. 6. Un soldado de este cuerpo se había enrolado en el de Cazadores, sin saberlo sus jefes, que lo creían desertor; es encontrado en la calle y llevado en arresto al cuartel del 6; lo reclama Dorrego, lo resiste Forest; aquél manda una patrulla de Cazadores para que se apodere y traiga prisioneros cuantos soldados encuentre por la calle de los del núm. 6, y Forest manda otra partida para que haga lo mismo con los que encuentre de Cazadores. Ya se habían hecho muchos prisioneros mutuamente, cuando, llegando este escándalo a noticia de la primera autoridad del ejército, intervino y cesó, mediante sus disposiciones, el conflicto.

Se movió de Jujuy el batallón de Cazadores e hizo alto por algunos días en Humahuaca, que dista treinta leguas. Allí, no teniendo el señor Dorrego otra cosa en que entretenerse, desplegó todos los recursos de su genio para hacer burla a algunos oficiales y darles chascos los más pesados. Uno de ellos fué promover él mismo una riña entre dos jóvenes subalternos (Aguirre y Videla, según me parece) y excitarlos a que se batiesen en duelo para conocer, decía, si eran valientes. Es de creer que el señor Dorrego, que era padrino de uno de ellos, pensó interponerse oportunamente para precaver una desgracia, porque no puedo suponer que encontrase placer en el exterminio de dos jóvenes apreciables que acababan de combatir bizarramente en Salta; hecha esta suposición, es también de creer que, colocados en la escena, ya no pudieron los padrinos (el otro era un capitán Bustos, del mismo cuerpo y de toda la confianza del señor Dorrego), impedir un desastre. Casi simultáneamente los dos combatientes se dieron graves heridas, de que sufrieron y se inutilizaron por mucho tiempo.

Un suceso como éste y otros de menos importancia, no podían ocultarse, y llegaron a noticia del general Belgrano, quien, desde su Cuartel General, expidió órdenes separando del mando al señor Dorrego, mandándole regresar a Jujuy y ordenando la formación de una causa que esclareciese su conducta. Estas órdenes lo alcanzaron ya muy internado en el Perú, pero de allí regresó al lugar de su destino; la causa mandada formar, después de ocho meses, no estaba muy adelantada, y cuando sobrevinieron las desgracias de Vilcapugio

y Ayohuma y la consiguiente retirada, fué otra vez llamado al ejército y colmado de distinciones. Ya era entonces Coronel graduado.

¡Y se creerá que una providencia tan justa, tan necesaria, tan útil, en un sentido, vino a ser fatal en la opinión del mismo general Belgrano, quien, después de la acción de Vilcapugio, dijo que si Dorrego hubiera estado en su cuerpo no se hubiera perdido la acción! Efectivamente: en la batalla que acabo de citar, en que concurrió la fatalidad de morir o ser heridos los jefes de más mérito, sólo faltó uno de valor y capacidad, en nuestra ala derecha; pienso, pues, con el general Belgrano, que si está el señor Dorrego no hubiéramos sido batidos. Mas no anticipemos los sucesos, sin dejar por eso de deplorar desde ahora la triste condición humana, que cuando está adornada de algunas prendas estimables vienen acompañadas de otras cualidades que empañan el brillo de las primeras.

Como indiqué antes, mi regimiento llevaba la vanguardia en este movimiento sucesivo de los cuerpos. El 6 de Mayo nos alcanzó en la *Lava*, hacienda e ingenio del conde de Casa Real, a nueve leguas de Potosí, el mayor general Díaz Vélez; todo lo activó para que al día siguiente, madrugando mucho, tuviésemos tiempo de hacer nuestra entrada en aquella célebre ciudad. Así se verificó, efectivamente; el día 7 a las tres de la tarde, estábamos frente al *Socavón*, que sólo dista una legua. Allí empezaron a encontrarnos las autoridades y mucho vecindario, que cabalgaban en vistosos caballos, pero cuyos aderezos eran rigurosamente a la española. Recuerdo de una escolta de honor, como de treinta hombres, que presentaba la ciudad al Jefe de nuestra vanguardia, en que cada soldado parecía un general, según el costo de su uniforme, que era todo galoneado, incluso el sombrero elástico y la riqueza y bordados del ajuar de sus caballos. Pero todo era tan antiguo, los caballeros cabalgaban con tan poca gracia, que a pesar del chocante contraste que formaban con la pobreza de nuestros trajes, no envidiábamos las galas. Era, en realidad, suma la de nuestros oficiales, quienes, aunque se habían esforzado en vestirse lo mejor que podían, apenas se diferenciaban de los soldados, que tampoco iban muy currutacos. Agréguese que no habíamos tenido tiempo ni aun de hacer que se lavase y se asease la tropa; de modo que en el mismo traje de camino se hizo la entrada triunfal en el emporio de la riqueza peruana.

Para mayor abundamiento, toda la tropa cabalgaba en

mulas muy flacas, muy malas y sin siquiera herrarse. No se creía que la buena cabalgadura fuese de gran importancia para el soldado de caballería, ni aun en el combate, o por lo menos se creía que no merecía la pena de que se hiciesen los mayores gastos que requiere esta arma en todos los ejércitos del mundo, menos en los de la República Argentina. Pero dejando estas reflexiones para otra ocasión, volveré a nuestra entrada en Potosí.

Las calles estaban adornadas con arcos y un inmenso pueblo las cubría, vitoreando a los vencedores. Potosí es el pueblo que menos simpatías tuvo por la revolución. Su grandeza y riqueza provenía del laboreo de las minas que están a su inmediación, en el célebre cerro que lo domina; el progreso de esos trabajos se fundaba en la *Mita* (1) y otros abusos intolerables que un sistema más liberal debía necesariamente destruir; eran, pues, sus intereses, en cierto modo, que hacían inclinar la opinión (a que debe agregarse el inmenso número de empleados de la Casa de Moneda y Banco de Rescate) en favor de la causa real, o, lo que es lo mismo, en la conservación de la antigua opresión.

Sin embargo, las demostraciones de alegría por nuestra llegada no fueron menos ruidosas y expresivas, bien que tenían otro origen, fuera del patriotismo, que podía influir en algunos. Este origen era el miedo, o, mejor dicho, estaba en los reproches de su conciencia; no se había cumplido aún dos años que ese mismo pueblo, que tanto aplaudía nuestra entrada, se había cebado, con el furor de la demencia, en los restos del ejército derrotado en el Desaguadero: la sangre de cien soldados mezclada con la de más de doscientos cholos, que inmolaron aquéllos en su defensa, había corrido con profusión. Temía, pues, la población de Potosí que recordásemos ese agravio, y quiso hacerlo olvidar a fuerza de obsequios.

No eran éstos precisos, porque en esa época la disciplina del ejército era admirable, además que nuestro carácter nacional es demasiado generoso; nadie se acordó de lo ocurrido y no llegó a mi noticia un solo acto que pudiese justificar los temores que se habían tenido. Las órdenes del General en

(1) Tiránica ordenanza de los españoles, en virtud de la cual eran obligados los indios, de cien y doscientas leguas de distancia, a venir a Potosí a trabajar tres años en las minas, donde morían muchísimos, tanto por lo mortífero del trabajo en sí mismo, cuanto por el mal que les hacía la súbita variación de temperatura, desde el fondo de las excavaciones, donde se siente un gran calor, al aire libre, donde el frío es tan intenso, que el agua está en estado de congelación.

Jefe eran tan terminantes, que recuerdo de un bando m
que se publicó en el ejército, del que uno de sus art
estaba concebido en estas formales palabras: *Se respeta*
usos, costumbres y aun preocupaciones de los pueblos; e
se burlare de ellos con acciones, palabras y aun con g
será pasado por las armas. El general Belgrano aun n
bía llegado, pero el bando y sus efectos le habían prece

El general Díaz Vélez fué alojado en una magnífica
(la de Linares) que se le había preparado, y en proporci
jefes y oficiales que habíamos llegado. Se le dió un buen
en su misma casa, y es necesario decir que la concurr
no fué lucida, porque no era de lo principal. En cua
hombres, no se echaba de menos, por cuanto los supl
oficialidad; pero en punto a señoras, era muy sensible
casez. Forzoso es decir que la aristocracia del Perú no
desafecta, desde que Castelli, con poquísimo discernim
la ofendió, provocando los furores de la democracia.
hasta ahora que ésta ha sido una de las causas que ha
del Perú el último baluarte de la dominación española,
taller de esos ejércitos que volaron a todas partes para
servarla y extenderla. Volvamos al baile.

Las condesas, marquesas y señoras de categoría h
emigrado o habían ganado sus haciendas, o estaban
mas; de modo que en el baile hubo pocas señoras. Rec
que las de Usin fueron las principales, tanto por su
trato, cuanto por su sincero patriotismo; según la co
bre del país, y en atención a lo extraordinario del motiv
ocasionaba el baile, las señoras dijeron brindis e hi
frecuentes y abundantes libaciones, de que resultaron
nas de una belleza cómica inimitable, sin que por ello
se de que ofenderse la moral, ni se traspasasen los l
del pudor.

En Potosí nos tomó el 25 de Mayo y lo celebramos
tarmente; ese día, que para nosotros encierra tantos r
dos, era casi indiferente a los peruanos. Era la mejor p
de que el movimiento que agitaba las Provincias Bajas
bía penetrado bastante en aquéllas. El respetable docto
linas, que ejercía las funciones de Gobernador proviso
pesar de su patriotismo y de sus luces, pienso que parti
de la misma indiferencia.

Habiendo llegado en los primeros días de Junio
otro cuerpo que hiciera la guarnición, salieron los Drago
formar la vanguardia que había de observar al enemig
ocupaba siempre las posiciones de Oruro. Mi regimien

varía de cuatrocientos a quinientos hombres, armados de tercerolas y pocos sables, cabalgados en las malas mulas que habíamos llevado y algunas otras chúcaras que debían amansarse. Estas mulas se mantenían a pasto del campo, sin que jamás se les diese grano, ni se les pusiese en el pesebre. Luego que se concluía la jornada se largaban y casi siempre se entregaban a los indios para que las llevasen a algún ciénago, que es por lo común donde en esos lugares ingratos se encuentra algún pasto.

Cuando la necesidad requería que pasásemos la noche con mulas ensilladas, por una gran proximidad del enemigo, éstas la pasaban enfrenadas. Nada había de ese cuidado minucioso que tienen los cuerpos de caballería por sus cabalgaduras; nada de esa economía, de ese mecanismo, mediante el cual un solo caballo dura y sirve al soldado para muchas campañas. Nuestra ignorancia era suma y los peligros que corríamos por efecto de esa misma ignorancia eran inminentes. Sólo la ineptitud de los enemigos y el estado de desmoralización en que se hallaban pudo hacernos sobrevivir a tan crasos errores.

Sin plan, sin objeto, sin mira ninguna, seguimos adelantando camino hasta Tolapalca, distante veinte y cuatro leguas de Potosí. Allí tuvo parte el Jefe de la vanguardia, que era el del cuerpo, por algunos indios que se habían mandado como espías, de que una fuerza enemiga se hallaba en Condo-Condo, cuatro leguas de Vilcapugio, hacia el Despoblado. Nuestro Jefe resolvió atacarla, y marchamos por la tarde de Tolapalca con concepto a llegar ya de noche a la pampa de Vilcapugio, distante cuatro leguas, atravesarla silenciosamente y llegar a la madrugada al punto ocupado por el enemigo, que dista otras cuatro.

Habiendo andado la mitad del camino que hay hasta Vilcapugio, es decir, dos leguas, se empezaron a recibir partes sobre partes, a cuales más alarmantes, de una compañía algo mejor montada que se había hecho adelantar a reconocer; según ellos, el enemigo estaba en fuerza, ocupando a Vilcapugio, lo que hizo suponer a nuestro Jefe que habíamos sido sentidos y que se adelantaba a recibirnos. Entonces retrocedimos a nuestra posición de Tolapalca y pasamos nosotros y nuestras mulas, una noche toledana. Al día siguiente se supo que no había habido tales enemigos en Vilcapugio, y que los partes eran forjados por el miedo de la partida descubridora.

A los dos o tres días continuamos nuestro movimiento,

que, sentido por el enemigo, se retiró a las inmediacion Oruro. Pasando por Vilcapugio llegamos a seis leguas adelante, al pueblo de Ancacato, gran población de i pero abandonada y quemada en su mayor parte.

Allí permanecimos bastantes días, entregados a la confianza, acuartelada la tropa en el pueblo, nuestras paciendo a distancia, en los lugares que parecían apar y sin más precaución que una guardia avanzada, coloca la aldea de Pequereque (1), un poco más allá de la A tura (2). En dicho punto de Pequereque se separan d minos, uno que va a Oruro, por Venta y Media, que principal de la posta; el segundo se separa a la izquie toma el Despoblado, tocando en el pueblo de Challapata está seis leguas de Ancacato y cuatro de Condo-Cond norte.

Como en Ancacato carecíamos de todo y tuvimos n que en Challapata había casas de abasto, y deseando bién los jefes del cuerpo dar por allí un paseo, resolv (si mal no me acuerdo) en la mañana del 17 de Junio, ladarse a visitar el segundo de dichos pueblos, llevan su compañía a los ayudantes y uno o dos de los porta-gu que habitualmente los acompañaban. Ya se deja ent que yo era de la comitiva y que hube de caer en la que, sin saberlo, nos preparaban los enemigos.

Habíamos llegado a la avanzada, y conversando c oficial que la mandaba, hacíamos los últimos aprestos seguir nuestro proyectado viaje a Challapata, cuando s presentó un indio y dijo que el enemigo venía por el ca de Oruro. Se despreció completamente la noticia del porque, efectivamente, acostumbraban mentir mucho gañarnos todos los días. Sin embargo, el comandante ya, aunque no creyó la noticia, tuvo por conveniente su der el viaje a Challapata, y dispuso que solamente ciese el porta-guión Villafuerte con dos soldados, a quie cimos todos nuestros encargos.

Apenas habrían pasado cinco minutos, cuando los

(1) Pienso que es el mismo lugarejo que marca el plano batalla de Vilcapugio, que trae Torrente en su obra; más e caso está equivocado, porque Pequereque está poco más de una de Ancacato, al norte, en el camino de Oruro, mientras el pl pone al sud, es decir, al lado de Potosí.

(2) La Angostura es un estrecho que hace la quebrada de cato, a menos de una legua del pueblo, estre éste y Pequerequ cho lugar es célebre por una victoria de los indios, en tiem Goyeneche, en que perecieron más de cien granaderos de la su ejército.

tinelas avanzados anunciaron la presencia del enemigo, por el mismo camino de Oruro; entonces fué preciso hacer correr a toda brida un hombre en alcance del porta-guión Villafuerte, para que, sin perder un instante, retrocediese con no menos violencia, so pena de quedar cortado si no lo hacía. Al mismo tiempo, el Comandante despachó al otro ayudante, compañero mío, don Juan Garrón, para que volase a Ancacato y diese la orden de que tomase mulas y ensillase el regimiento, haciendo de paso que se llevase la mulada al pueblo, para que la orden tuviese efecto cuanto antes. He dicho de paso, porque la mulada pacía en una quebrada que confluía con la principal, que era nuestro camino; de modo que la mulada quedaba entre la avanzada en donde nos hallábamos y el pueblo de Ancacato, donde estaba el regimiento.

Habiendo dado estas disposiciones, quiso el comandante Zelaya ver personalmente al enemigo, y nos dirigimos a una loma inmediata, en donde estaban los centinelas, que se disponían ya a retirarse, y efectivamente nos encontramos con las guerrillas enemigas que empezaban a trepar la loma por el otro lado. Ya entonces no se pudo dudar de que éramos atacados, y el Comandante trató de reunirse al regimiento, pero sin mayor apuro, por cuanto contaba con que Garrón habría hecho llevar la mulada, y el regimiento estaría montado.

Suspenderé un momento mi narración para decir que el primer aviso del indio fué providencial, pues si la noticia tarda un cuarto de hora más, nos hubiéramos puesto en camino, hubiéramos sido cortados y sin duda hechos prisioneros; pues, debe tenerse presente que aquellos caminos de sierra, son generalmente senderos que no permiten desviarse, y que interpuesto el enemigo, estábamos irremediablemente en su poder. Considérese ahora lo que hubiese sucedido en el regimiento, viéndose repentinamente privado de los jefes, de uno o dos capitanes, que también iban, y de toda la Plana Mayor; es probable que todo hubiera sido confusión y acaso un completo desastre. La Providencia nos salvó.

Volvimos al pueblo y nos maravillábamos de no ver el movimiento consiguiente a la operación de tomar mulas, quinientos hombres, lo que hizo creer al Comandante que ya estaría concluida, porque nos habíamos detenido bastante tiempo, y que la tropa debería estar ya lista y formada. Nada de esto había, y su asombro fué igual a su irritación

cuando supo que el ayudante Garrón
en su retirada, entrando en la queb
pastaban las mulas, se fué hasta el p
recién a un abanderado a que hicie
que había hecho perder más de me
enojo del Comandante con Garrón
más fundado cuanto tuvo la impavi
su cabalgadura de resrva, con un
grupa y demás utensilios de su ser
que primero, por no decir exclusiva
de su seguridad personal y de su equ
oficial sufrió pacientemente los justo
dante y la unánime reprobación de
pero tenía un alma que lo hacía
gracias, o más propiamente hablando
todas las otras emociones.

El Comandante, cuyo valor era
a pie, con ánimo de batirse y resistir
forma; felizmente el enemigo avanz
reque y dió tiempo a que viniese
otras disposiciones.

La única fuerza nuestra que el
y que se contentaba en sus malas mu
la guardia avanzada que había estad
se había retirado hasta la Angostu
para guerrillar al enemigo, se separ
se tomaron los caballos de los oficial
gularmente la duodécima compañía,
don Juan Francisco Zamudio, y se
enemigo. Se trabó luego una guerri
todo el día, sin que ni unos ni otro
terreno. El Comandante y el Mayor
también, y desde allí mandaban sus
que habíamos quedado con las con
escasez de éstos, se me había encarg
tercera, y, a falta de oficial más gr
cuadrón recayó en mí el mando de t

El primer escuadrón tuvo orden
reserva y protección a las guerrillas
carnadas mulas. Ellas eran tales, q
pie. Sea por esta razón, sea porque el
al enemigo que teníamos infantería,
tarde tuvimos orden de movernos toc
formando los tres escuadrones que

lumna. Según el orden de la formación de la caballería de entonces y según la táctica española, después del primer escuadrón seguía el tercer escuadrón, de modo que no estando aquél, me tocó llevar la cabeza de la columna.

El fuego era bastante vivo, y se nos mandó acelerar el paso; a medio camino encontramos al Mayor y luego al Comandante, quien habló a la tropa, que, a la verdad, parecía bien dispuesta. Como el camino va por la quebrada y por ésta un río, era necesario pasarlo a cada rato; viendo el Comandante qué lo pasábamos metiéndonos en el agua, dijo: *No quiero que digan que yo no me mojo;* y se apeó del caballo en medio del río. Cuando ya nos pudo percibir el enemigo, porque el terreno lo permitía, el Comandante hizo maniobrar el regimiento, tan breve formando columna, tan breve desplegando, tan breve marchando de frente, como tan pronto haciendo alto para volver luego a nuestro primer movimiento.

El enemigo se intimidó y emprendió la retirada, abandonándonos la aldea de Pequereque, que ocupamos al ser de noche. En las desconcertadas maniobras que había hecho esa tarde el Comandante, invirtiendo frecuentemente el orden natural, había resultado un enredo, mediante el cual, las compañías, las mitades y las cuartas, habían perdido su colocación regular. Queriendo, en la calle principal del pueblito, donde habíamos formado en batalla, corregir este error, no lo pudo conseguir, y resultó una confusión mayor. Al fin se aburrió y me llamó para decirme: *Arregle usted el regimiento y avíseme luego que lo haya hecho,* retirándose en seguida. Para conseguirlo, tuve que llamar compañía por compañía y darle su colocación, lo que no concluí hasta bien pasada la noche. Se mandó que la tropa descansase, y nosotros hicimos lo mismo.

A la media noche nos llamó el Comandante, a todos los que mandábamos compañía, para oir nuestra opinión sobre si marcharíamos a Challapata, que era la dirección que había tomado el enemigo, para empeñar un nuevo y decisivo combate, o si nos retiraríamos a nuestra antigua posición; los pareceres fueron varios, y a nada se arribó. Vino la mañana y el Comandante ya más fresco, resolvió nuestra retirada a Ancacato; en consecuencia, vinieron las mulas que habían quedado ensilladas y que no habían comido ni el día ni la noche antes y regresamos ya en pies ajenos. Nuestra pérdida consistió en tres muertos de tropa, en un oficial y ocho o diez soldados heridos; la del enemigo, más o menos lo mismo.

Todo volvió en Ancacato al orden acostumbrado, sin más diferencia que no se quiso mandar pastar las mulas a vanguardia de nuestra posición, para que en un ataque de improviso no cayesen en poder del enemigo. Solo habían pasado dos días, cuando a eso de las tres de la tarde se presenta de nuevo el enemigo, y se apodera de la misma aldea de Pequereque. Nuestra avanzada, que era mandada por el Capitán entonces y después General don Alejandro Heredia, se retiró a la Angostura. Todo anunciaba un ataque premeditado y por tanto decidido, del enemigo, que había tenido más que sobrado tiempo y ocasión de tomar conocimiento de nuestra fuerza, estado y circunstancias. Era también más que probable que hubiese sido reforzado, estando su ejército tan cerca, mientras el nuestro estaba cerca de cuarenta leguas. Nuestra situación era crítica, porque a continuar su movimiento el enemigo, no teníamos tiempo ni de tomar mulas, ni de disponernos para la retirada.

En tal conflicto, se me ordenó que saliese con dos compañías del tercer escuadrón, que estaban francas, y cuya fuerza no llegaba a cien hombres, a colocarme a la entrada del pueblo, con la orden de sostener mi puesto a toda costa (1) y de impedir a todo trance la entrada del enemigo. Llegado a mi destino, coloqué mi tropa convenientemente y esperé el resultado de los movimientos enemigos; con asombro ví que nuestra avanzada de caballería, que estaba a la vista, permanecía en su puesto, lo que probaba que el enemigo estaba quieto; de este modo continuamos hasta que se iba a entrar el sol, a cuya hora recibí la orden de replegarme y tomar mulas, para incorporarme a la avanzada de caballería. Veamos ahora lo que había sucedido en el regimiento, cuyas operaciones ignoraba, porque siendo el pueblo grande, no veía lo que sucedía dentro de él.

El peligro era inminente, y grande el conflicto de los jefes; después que hubieron mandado la fuerza a mis órdenes, si no para impedir la entrada del pueblo, al enemigo, al menos para entretenerlo a su tiempo, mientras ellos con la restante tropa se ponían en salvo, dispusieron que el regimiento con las monturas y grupas a cuestas, emprendiese a pie, su retirada; después de haber andado un trecho en-

(1) Bien sabido es entre militares lo que importa esta orden; pues significa nada menos que la obligación de sacrificarse hasta perecer, sin que en ningún caso sea permitido retirarse. Es esta la única vez que la he recibido en mi larga carrera militar, y la única vez que la he dado, ha sido en la batalla de Caaguazú, al batallón Guardia Republicana, que defendía el estrecho del Estero. Son también las únicas veces que se haya dado en nuestro país.

siasmo puro y verdadero por la causa. ¡Oh! ¡Por q
perdieron para la patria tan bellas aptitudes!

Luego que fué de día, ya no se pensó sino en s
la retirada, que continuamos hasta Lagunilla. Después
alto de dos días, seguimos a Leñas, a quince leguas d
tosí, donde nos fijamos. El comandante Zelaya pasó a P
donde estaba ya el Cuartel General, y tomó el mando
mandante don Diego Balcarce, que llegó en esos días.
tampoco creyó a propósito aquel punto, y se trasladó a
caya, dejando una avanzada en Leñas. Así permane
hasta que fué hora de moverse el ejército.

Por el mes de Agosto (según recuerdo), estando
dicho pueblo de Llocaya, sobrevino un eclipse visibl
sol, con cuyo motivo diré lo que presenciamos.

Cuando comenzó éste a verificarse, gozaba el pueb
de su habitual quietud; mas, en proporción que fué per
do su luz el sol, empezamos a oir un murmullo que al
cipio nos llamó extraordinariamente nuestra atención;
como fuese en aumento, fuimos a indagar la causa del
roto. Era a la verdad sorprendente ver la inquietud pi
en el semblante de los indígenas, y observar el empeñ
que corrían a las gallinas, castigaban a los perros y
peaban a los niños, para que gritasen, lamentando la m
del Sol; al mismo tiempo hacían, de hojas secas y r
grandes montones dentro de sus casas, y les daban
para que se levantase una gran humareda, con lo qu
duda, se proponían dar calor al astro, cuyo fuego sup
próximo a extinguirse; últimamente sonaron las campan
son de plegaria, con el fin, al parecer, de implorar la
ricordia divina, para que no los privase de la benéfi
fluencia del gran luminar; esto último parecía menos
lico, pero las primeras demostraciones se resentían d
preocupaciones del paganismo.

En vano fué que quisiésemos tranquilizarlos pensua
dolos que no peligraba el Sol, y que luego volvería a
perar su luz; el alboroto seguía y amenazaba aturdirno
una prolongada algarabía, cuando fuimos al teniente
que era un clérigo Arias, salteño, a rogarle que nos acc
ñase a disuadir a aquellos infelices. Hasta entonces
había movido a dar un paso, lo que me hizo sospecha
tuviese algún interés en conservar aquella preocupación

(1) Llocaya es un pueblecito a nueve leguas de Potosí, en qu
una buena iglesia, vice-parroquia del rico curato de Tinquipaya
el pueblo que tenía más habitantes, después de Potosí.

El arreglo de la hacienda pública fué otro ra
llamó la atención del general Belgrano, y que consigu
tar sobre un pie de regularidad, que hubiera no solo
a las necesidades del ejército, sino para aumentarlo
veerlo abundantemente. La Casa de Moneda, que ha
saqueada por Goyeneche, al retirarse, fué rehabili
los primeros fondos con que el Banco empezó a gira
ron de la comisaría del ejército, donde los había con
el General desde Salta, con este fin. Todo empezó a to
carácter de orden y de moralidad sumamente honroso
lo prescribía, y altamente útil a aquellos pueblos,
greso de la causa y al crédito del ejército. Preciso es
francamente, la causa de la revolución, bajo la direc
general Belgrano, recuperó en la opinión de los pue
Perú, lo que había perdido en la administración de
Castelli.

Estableció también el general Belgrano, una sa
severidad contra los enemigos ocultos de la causa d
bertad, que no cesaban de trabajar subterráneame
admirable tesón. Una comisión militar fué instalada,
se juzgaba con alguna abreviación de los trámites, s
ban todas las formas esenciales del juicio y que daba
rantía de una completa publicidad. Esta fué la que c
al español Boyar y al americano Ereñózaga, convictos
fesos del crimen de seducción para hacer desertar
soldados y mandarlos al ejército Real.

Según parece, habían quedado en Potosí comis
secretos para esta maniobra, que algunos creyeron e
de las autoridades realistas que se habían retirado, y
obra exclusiva de particulares, que por suscrición
formado un buen fondo para el efecto. Sea lo que se
no tengo un conocimiento exacto en este punto, el h
el siguiente:

Ya había ocurrido alguna deserción, particularm
los soldados peruanos que había en nuestros cuerpos
dejaba de temerse algún complot oculto que la pron
cuando un cadete del batallón de Cazadores avisó a
pitán que había sido invitado a desertar y pasar a l
enemigas. Este cadete era don Gregorio Guillén (1
queño, que había servido en el ejército Real y que e
(si no me engaño) había entrado a servir en el nues

(1) Llegó a Capitán en nuestras tropas. Libeertado el
fué a su país, donde llegó a Coronel, y habiendo tomado par
guerra civil, fué fusilado por el partido vencedor.

te comprometida con un complot tan audaz al paso
probado.

Todos los que entran en una maquinación de es
cie es bien entendido de que juegan su cabeza; de cons
te, los señores Boyar y Ereñózaga, de nadie sino de sí
debieron quejarse.

El Gobierno General de la República había prem
ejército con un escudo de paño, por la batalla de Tu
con esta inscripción: *La Patria a sus defensores en Tu*
para los jefes y oficiales; para la tropa, cordones y una
o charretera azul y blanca. Por la de Salta concedió
cudo de oro a los oficiales, y de paño a la tropa, con e
cripción: *La Patria a los vencedores de Salta*, declar
también *Beneméritos de la Patria, en grado heroico.*
concedió un grado a todos los jefes y oficiales, cuyos
chos remitió al General en Jefe, quien los retuvo,
con qué objeto.

El general Belgrano era sumamente económico en
der grados, y no gustaba de tener categorías militares
ejército. Deseoso de ser ciegamente obedecido, aunq
órdenes se resintiesen muchas veces de una rigidez exa
se conformaba más bien con las graduaciones bajas,
por la distancia que media, suelen tener menos prete
al examen y al derecho de censurar. Así es que nu
vieron generales a sus órdenes, pues Díaz Vélez no e
que Coronel graduado cuando se recibió el general B
del mando, teniendo después la efectividad.

Tampoco quiso conservar en el ejército al entor
ronel don Martín Rodríguez, el que, habiendo estado
acción de Salta, fué despachado con varios pretextos
de esta jornada, sin que jamás hubiese obtenido un
en el ejército. Adviértase con este motivo lo que dij
primera parte de esta memoria, cuando hablé de la
explosión de los partidos que aparecieron inmediat
después de la revolución: el señor Rodríguez pertene
tonces al partido contrario al que se afeccionaba el
Belgrano, y esos recuerdos subsistían dos años despu

Volviendo, pues, a mi relación, diré que el gener
grano tuvo además la mira, según se nos aseguró, de
los despachos hasta la próxima batalla, después de
ganada que fuese, pensaba distribuirlos y hacerlos rec
No pudo llevar adelante su intento, porque habiendo
por noticias fidedignas, venidas de Buenos Aires, va
fes de los principales que los despachos de sus ascen

a la revolución. Es decir, que, según ella, rige en lo que no es incompatible con las formas republicanas y democráticas que adoptó el país.

Esta declaración me ha sido sumamente útil en los distintos y superiores mandos que he tenido, porque jamás quise mandar arbitrariamente y sin tener una pauta que reglase mis providencias y mis operaciones; mas como esta adhesión mía a la ley escrita, o lo que es lo mismo, este alejamiento que siempre sentí por la arbitrariedad, ha sido tachado por los díscolos, de tendencia al despotismo, arguyendo que la ordenanza fué hecha para un país regido por otras formas que las nuestras, he deseado constantemente que nuestros cuerpos legisladores hubiesen tratado más franca y explícitamente un asunto que afecta en lo más vivo nuestras instituciones.

Ostentando nuestros hombres de Estado un gran miedo al sistema militar, como opuesto a las formas republicanas, quisieron deprimir a aquella clase sin organizarla. Se contentaron con decir que el de brigadier era el último grado, como si los nombres hiciesen algo a la sustancia de las cosas; y si se supone que aquéllos fueran algo, era condenar a nuestros ejércitos a que nunca fueran más que una brigada. No advirtieron que no era allí donde estaba el peligro de nuestra naciente libertad, sino en el espíritu de caudillaje que ellos mismos entronizaban, desvirtuando y desmoralizando la milicia. No se contentaron con esto, pues cercenaron los sueldos de esas mismas graduaciones, después de haber suprimido las superiores, en términos que un general (como es un coronel mayor) sólo tiene diez pesos más de sueldo al mes, que un coronel de caballería, y un brigadier treinta. De este modo, decían, quitamos esas categorías militares que hacen sombra a la autoridad civil, y a nuestros generales el medio de engrandecerse excesivamente.

Cualquiera pensará que repruebo la supresión de las graduaciones superiores, y nada es más equivocado, pues la apruebo como también la aprobó el general Belgrano, en cuyo perjuicio, si se quiere, fué hecha (1). Pero es por otro principio, me ha parecido siempre ridículo aplicar la misma denominación al que ha de mandar un cuerpo de tres o seis mil hombres, que al que dirige un ejército de ochenta o cien

(1) El general Belgrano era brigadier desde la campaña del Paraguay, y ascendiendo todos los jefes y oficiales del ejército, debería él también haber obtenido otro grado mayor; para no dárselo, se acordó esa ley.

mil. ¿A qué, pues, vestirnos de los nombres de grandes mariscales o capitanes generales, para mandar unos cuantos hombres? Por lo demás, bien poco ha ganado la libertad con dicha supresión, pues no estamos más adelantados que otros Estados de América, donde han sido conservados esos grados. Lo que era conveniente en este sentido, era haber contenido a tiempo esas tendencias del caudillaje, que tantos estragos han hecho y cuyas consecuencias tendrá aun por mucho tiempo que deplorar nuestro país. ¿Son militares, acaso, los que lo oprimen y tiranizan? ¿Son militares esos caciques que han convertido las provincias en propiedades suyas y a sus habitantes en rebaños? Lo que más prueba, a mi juicio, la ineficacia de los medios para el objeto que se propusieron, es que esos mismos caudillos, luego que han subido al poder, aunque nunca hayan ceñido espada, o si lo han hecho ha sido en grados muy subalternos, se hacen por lo pronto dar muy modestamente el grado de coroneles, y antes de un año, saltando el intermedio, ya son brigadieres.

Por el mismo tiempo de que voy hablando, se inventó el grado de coronel mayor, entre el de coronel y brigadier, porque era preciso, porque era indispensable hacer algo parecido, pues de lo contrario, de coronel ya no quedaba más grado que uno, y lo que era más extraño, que habiendo hecho del brigadier un oficial general, no quedaba más que un escalón en la clase de oficiales generales, lo que era único en todos los sistemas militares del mundo. Esa misma necesidad que después tocaron y que se quiso remediar con un remiendo, es la demostración más clara de que el motivo de la supresión fué personal. He usado de la voz *remiendo* y la creo muy propia, pues no se ha tratado nunca formalmente de la organización de nuestra milicia, y no es sino con algunos remiendos que se han puesto a las antiguas leyes que subsistimos del modo más precario.

La ordenanza española es en mi opinión un código lleno de sabiduría, que debió ser redactado por hombres eminentes y experimentados. Quitándole lo que hace relación a las instituciones monárquicas, es muy aplicable, y así está de hecho a las formas republicanas que nos rigen, por más que digan algunos militares flamantes y charlatanes que creen recomendarse con declamaciones ridículas; más propiamente se puede decir que ella choca a los caudillos que quieren establecer la más completa arbitrariedad (1). Todas las leyes

(1) Puede decirse que Rosas ha seguido un camino opuesto; pues, cuando le ha convenido, ha inculcado mucho la subordinación militar

militares del mundo tienen mucho de semejante, pues la razón universal aconseja y enseña que un cuerpo militar en todas partes es esencialmente obediente. Enseña también que esa obediencia ha de ser práctica, positiva y pronta, porque no puede concebirse milicia, ni soldados, ni disciplina, sin abnegación y resignada paciencia. Bien comprendido el verdadero espíritu militar, nada tiene que temer la libertad, y antes al contrario, puede hallar en él un firme apoyo. Y si esto es en países adelantados en la escala de la civilización, ¿qué será en los nuestros, en que el despotismo sólo se presenta bajo las formas brutales del salvajismo? Basta...

Los cuerpos habían recibido algún aumento mediante la recluta que se había hecho en las provincias de Potosí y Chuquisaca, a pesar de la gran deserción que se experimentaba en los hijos del país. Sobre las compañías del núm. 2 (arribeños) que mandaba don Benito Alvarez, se había completado un batallón que se denominó núm. 8 (número ya desgraciado cuando la campaña del Desaguadero); de modo que nuestro ejército constaba de seis batallones, que eran los siguientes: regimiento núm. 1, un batallón; regimiento número 6, dos batallones; regimiento núm. 8, un batallón; batallón de Cazadores y batallón de Pardos y Morenos (Castas), cuya fuerza disponible difícilmente llegaría a tres mil hombres. Teníamos a más catorce piezas de artillería, incluso dos obuses de seis pulgadas (1) con la competente dotación de artilleros y con los quinientos hombres, más o menos, que tendría mi regimiento de Dragones, montaría a tres mil seiscientos la fuerza disponible del ejército, sin contar el regimiento que se estaba formando en Cochabamba a las órdenes del ya coronel graduado Zelaya.

Con esta fuerza se movió el ejército en los primeros días de Septiembre, con ánimo de buscar al enemigo que se había adelantado de Oruro y ocupaba la posición de Condo-Condo, en el Despoblado, cuatro leguas a un costado de Vilcapugio. Los rumores vulgares del ejército anunciaban el combate para

---

y las reglas de la ordenanza, en lo que le convenía a su naciente poder; pero luego que lo aseguró, ya no hubo reglas, ya no hubo juicios, ya nada de leyes que hubieran sido una traba para su despotismo. En este caso no es la ordenana militar la mala, sino el uso que se quiso hacer de ella, puesto que la arbitrariedad no es obra suya.

Es de notarse que después que Rosas rompió el freno de toda sujeción, ya no ha invocado la ordenanza, y no ha habido más regla que su voluntad.

(1) El año anterior, estando el ejército en Jujuy, estableció el barón de Holemberg una fundición de cañones, cuyos ensayos fueron desgraciados: lo único que era algo servible, eran los obuses de que se hace mención.

Nuestras avanzadas, que estaban en las gargantas de esos desfiladeros, que les daban entrada por nuestro lado, no sintieron al enemigo sino a distancia de legua y media de nuestro campo, lo que nos dejaba un tiempo insuficiente para pensar en otra cosa que en prepararnos apresuradamente a combatir.

Era la madrugada del día 1o. de Octubre del año 1813, y reposábamos aun en la seguridad de que el enemigo no nos buscaría. Al aclarar, tuvo el General el primer aviso de que el enemigo se hacía sentir en nuestros puestos avanzados. El capitán de mi regimiento, don Rufino Valle, que fué el que dió el primer parte, recibió una furiosa reprimenda del General, que atribuyó a cobardía la exigencia de sus avisos. Bien pudo ser que hubiese algo de singular en ellos, pero más de una vez he indicado la demasiada facilidad que tenía el General de clasificar ofensivamente al honor de un oficial, actos que, bien examinados, no merecían censura, ni el infamante concepto que quería imprimirles. Este y otro desaire que sufrió después el capitán Valle, determinaron, sin duda, su traidora resolución de pasarse al enemigo, como lo verificó antes de dos meses, justificando así al General lo que había adivinado: un hombre sin honor, un soldado sin carácter.

Mientras aclaraba el día, se repetían los partes confirmatorios de los movimientos progresivos del enemigo, y en proporción se redoblaban las órdenes que salían del Cuartel General para que formásemos y ensillásemos a toda prisa. Junto con el sol se nos presentó el enemigo en la parte opuesta de la llanura de Vilcapugio, a distancia de menos de una legua. Muy luego desplegó su línea de batalla y con la marcha granadera de la antigua ordenanza avanzó en esta formación. El sol hería de frente la línea enemiga, y sus armas brillaban con profusión; sin embargo, su marcha era acompasada y hasta lenta, y nada indicaba menos que ardor o confianza en la victoria. Nosotros, medio sorprendidos, nos dispusimos a disputarla y esperábamos conseguirla.

Todo nuestro ejército tenía tiendas de campaña, y ninguna se movió ni se abatió. Todo nuestro campo quedó en el mismo estado que cuando lo ocupábamos. Los oficiales mandamos a nuestros asistentes a acomodar nuestros equipajes y esos soldados menos hubo en la línea, porque era consiguiente que no se apresurasen mucho a ocupar sus puestos. Nuestro ejército hizo un cambio de frente, avanzando un poco su ala izquierda, o mejor diré, mudó de posición, co-

hubiera sido dado a cada uno cavar un pozo para enterrarse lo hubieran hecho, y hubiera sido mejor, porque habrían quitado de la vista del soldado un objeto tan disgustante.

Recuerdo aún la impresión que me causó, y de allí infiero la muy desagradable que produciría en los demás, ver muchos cientos de hombres, en momentos tan solemnes, poseídos de un pavor tal que les hacía olvidar todo otro sentimiento más elevado. Por supuesto que ya no hubo que contar con ellos para mover los cañones, pues, sin dejar su humillante postura, fueron escabulléndose hasta desaparecer enteramente.

Desde entonces formé la opinión de lo perjudicial que son en un combate hombres que no tienen el deber de sufrir sus consecuencias y que no están obligados a las leyes militares. Fuera de lo que dañan con su ejemplo, pues es bien averiguado que la cobardía de unos contagia a otros, así como el hombre valeroso comunica a los demás el noble ardor que lo anima, hay el peligro de una voz inoportuna, de una palabra incompetente que puede producir los más funestos resultados. La ordenanza militar es tan severa en este punto, que manda sea muerto en el acto el que diga: *Nos cortan*: *Los enemigos son muchos*, o cosas semejantes; y entonces, ¿cómo pueden admitirse a su inmediación, durante esa situación terriblemente sublime, hombres que desconocen esas leyes y cuya aplicación sería cruel? (1). Convengamos, pues, que en una línea de batalla no deben encontrarse (salvo casos de rara excepción) sino las personas que tienen una responsabilidad positiva por su comportación.

El fuego de cañón principió, y nuestra derecha avanzó bizarramente sobre el enemigo. El batallón de Cazadores chocó con el de Partidarios y lo pulverizó, muriendo su jefe el coronel español La Hera; nuestro centro también fué feliz, logrando arrollar y poner en derrota las tropas de su frente; no era así en nuestra izquierda, donde se había empeñado un terrible fuego con las mejores tropas del enemigo, y en donde ocurrió la desgracia de que el batallón número 8 per-

(1) Cuando mandaba la Plaza de Montevideo, luego que se presentaba el enemigo o había alarma, se cubría nuestra línea de hombres con bastones o con paraguas, y otros que decían que venían dispuestos a tomar un fusil, a los que mandaban retirar inexorablemente, sin que pudiese en el todo conseguirlo. En esa circunstancia, harto era de temer la mala voluntad de un enemigo, que con una voz, un grito, podía hacernos más daño que una batería. ¡Y me criticaban los míos! ¡Y atribuían a humor atrabiliario lo que era fruto de la razón y la experiencia! Desprecié sus censuras, y llené mis deberes. A nadie favorecía más que a los que se creían desairados. Véase en los ejércitos franceses el efecto de la voz "Sauve pui peut".

diese a sus dos jefes, los bizarros Alvarez y Beldón, y en seguida al capitán Villegas, que les había sucedido en el mando; este batallón, de nueva creación y compuesto de reclutas en su mayor parte, habiendo quedado sin dirección, se desordenó, y la reserva, que debía haber restablecido el combate, acudió con tanta flojedad (más propio será decir tan cobardemente), que muy pronto estuvo envuelta en la misma derrota. Bien cerca estuve para poder juzgar por mí mismo del poco esfuerzo de los jefes de esa brillante reserva (1) para llevarla a la pelea; nada hizo sino vacilar un poco y fugar vergonzosamente.

Mientras esto, mi regimiento, mutilado como he dicho, hizo lo que podía esperarse de su capacidad en su clase de muy mala, de una detestable caballería. Además de que ni oficiales ni soldados conocíamos nuestra arma, y que ignorábamos en que consiste su poder, su fuerza y el modo de emplearla, estaba la mayor parte de él montado en malas mulas y los demás en pésimos caballos; apenas la tercera parte tenía unas espadas quitadas en Salta al ejército español. Sin embargo, ensayó varias cargas, ahuyentó a la caballería enemiga que tenía al frente, en términos que desapareció enteramente, y aun se estrelló contra la infantería, como únicamente podía hacerlo. Tengo muy presente una carga que hizo una fracción de mi regimiento, sobre un cuerpo de infantería, en la que llegamos a distancia de cuatro varas de la masa enemiga, la que se había agrupado y se comprimía cada vez más, pero sin ofendernos ni herir; de esto había resultado una masa inofensiva en el momento, pero sumamente compacta. Es fuera de duda que la mayor parte tenía sus fusiles descargados y no había tenido tiempo de cargarlos otra vez. Nuestra caballería hizo también alto a la pequeña distancia que he dicho, y quedó todo en suspenso. Se siguieron unos instantes de silencio, de mutua ansiedad y de sorpresa. Si hubiéramos tenido armas adecuadas, era cosa

(1) El regimiento núm. 1 era entonces el predilecto del general Belgrano: aunque brigadier, era, por una excepción especial, coronel de dicho cuerpo. Quizá esa afección bastante pronunciada (debo decir en obsequio de la verdad, que a pesar de eso, jamás hizo distinciones injustas, ni chocantes preferencias, como desgraciadamente hemos visto en otros generales y otros ejércitos), que se dejó sentir cuando después de la acción de Tucumán llegó el núm. 1, causó el resfrío del señor Dorrego, en la amistad que profesaba al General. Dorrego mandaba el batallón de Cazadores, y antes que viniese el núm. 1, era el cuerpo que más distinguía el General, lo que en cierto modo no se extrañaba, porque era el primer cuerpo de tropas ligeras y había sido formado por él mismo. Para manifestarlo, mandó hacer y usaba habitualmente, una chaqueta verde, que era el uniforme de Cazadores, lo que dió lugar al renombre de "chupa-verde" con que era designado en el ejército.

hecha, y el batallón enemigo, penetrado y destruído. Quizá esto concurrió a que depusiésemos el horror a la lanza y la tomásemos con calor antes de pocos días, como luego diré.

Durante esta suspensión, un soldado pequeño de estatura y tenido en poco por sus compañeros, llamado Gil, fué el que mostró más valor. Se avanzó y tomó a un granadero de la infantería enemiga por el fusil, mientras este lo resistía teniéndolo asido por la culata, y haciendo esfuerzos por servirse de la bayoneta, que estaba armada. Gil desviaba el golpe, y conservando el fusil asegurado con una mano, por la extremidad superior, procuraba con la carabina que tenía en la otra, dar un golpe o garrotazo al infante, que a su vez se desviaba para no sufrirlo. Viendo esta lucha muda que se prolongaba en medio de los dos cuerpos, descargué un golpe con mi sable, sobre la gorra granadera de pelo que tenía el soldado enemigo; dudo que lo hiriese, porque además de la resistencia de la formidable gorra, no pude darle a mi sabor, pero bastó que abandonase el fusil, y se metiese entre el grupo de sus compañeros. El valiente Gil, quedó, además de su carabina que había sido su única arma, con el fusil y bayoneta que había conquistado.

Pasados dos o tres minutos de esta rara excitación, los enemigos volvieron en sí de la sorpresa que les había causado nuestro arrojo, y principiaron a dispararnos unos pocos tiros, que fueron la señal de nuestra retirada; entonces redoblaron los fuegos conforme iban cargando sus armas, y se hizo aquélla más precipitada, hasta una distancia en que volvimos a medio reunirnos; ya entonces estaba decidida la suerte de nuestra infantería en ese costado, y huía a la desbandada. Nosotros seguimos lentamente el mismo movimiento, confesándonos derrotados y vencidos. Dejaré las cosas en esta parte para luego volver a ellas, mientras me ocupo de nuestra derecha, en la que nada presencié, pero de que hablaré valiéndome de los mejores informes de aquel tiempo.

Nuestra ala derecha y la mayor parte del centro habían triunfado del enemigo que tenían al frente, poniéndolo en completa derrota y tomándole su artillería. El mismo Pezuela dando por perdida la batalla, había fugado hasta Condo-Condo, de donde lo hicieron volver las noticias que le llevaron de su ala derecha. Es hasta ahora y lo fué entonces un impenetrable misterio, por qué nuestras vencedoras tropas suspendieron el ataque, y lo es mucho más, por qué emprendieron la retirada. Se aseguró que la habían batido los tambores de algún cuerpo, que las voces que la mandaban se

oyeron distintamente, pero fué imposible averiguar donde tuvo origen esta fatal equivocación. El general Belgrano mandó levantar un sumario para esclarecerla, sin que se pudiese adelantar cosa alguna.

Después de reflexionar maduramente sobre este fatal incidente, creí y creo hasta ahora, que nuestra desgracia consistió en la falta de un jefe de mediana capacidad y de valor, que diese dirección a más de la mitad de nuestro ejército, que estaba vencedor. Además de los jefes que habíamos perdido en la izquierda, de que ya hice mención, el comandante Forest había sido gravemente herido, y el comandante Aráoz, que gozaba reputación de valiente, no tenía capacidad para mandar un gran movimiento. El Mayor de Cazadores, nada hizo tampoco para reemplazar al valiente Dorrego, y a los pocos días se dió por enfermo, de modo que no se encontró en la acción siguiente, de Ayohuma. Pienso que este mismo juicio formó el general Belgrano, cuando dijo que si hubiera estado el coronel Dorrego en la batalla, no se hubiera perdido. No trepido un momento en pensar del mismo modo, así como es a todas luces evidente que la constancia de Picoaga, jefe enemigo, en sostenerse con su cuerpo, en el campo de batalla, les dió únicamente la victoria.

Puede parecer extraña la ausencia de nuestros generales en momentos tan solemnes y en un episodio tan importante de la batalla. A la verdad, no lo puedo explicar, y en cuanto al general Belgrano, debo pensar que lo llamaron a otro punto algunas atenciones de gravedad, pues sería lo más injusto dudar de su firmeza, cuando en ese mismo día y poco tiempo después, dió las más relevantes pruebas de valor y perseverancia, como va a verse. Sobre el general Díaz Vélez, sólo supimos que se había ido a Potosí con una parte de los dispersos, y debe advertirse que esto debió ser bien a los principios, pues mi regimiento, que estuvo tres cuartas partes del día sobre ese camino, no lo vió, lo que prueba que lo tomó muy temprano.

La retirada de nuestro ejército fué en dos direcciones excéntricas, siendo una al sud, por el camino de Potosí, en la que no hubo el menor orden ni reunión, hasta dicha ciudad, que dista veinte y ocho o treinta leguas; y la otra al este, donde se encuentran los cerros no muy elevados, que circuyen por ese lado el campo de Vilcapugio. Allí se encontró el general Belgrano, que procedió en el acto a reunir nuestras fuerzas y organizarlas para llevarlas nuevamente a la pelea. El mismo tomó la bandera del ejército, y excitó personalmente a nuestras tropas al combate, que se renovó efectivamente, du-

rando por algunas horas. La posición nuestra era un cerro de no difícil acceso, de donde avanzaban nuestras tropas haciendo retirar al enemigo hasta una barranca que le servía de foso y de parapeto; llegados allí, su muy superior fuego hacía que los nuestros no pudiesen sostenerse y se retirasen a su vez, para volver a tomar la altura; esta operación se repitió varias veces con el mismo éxito, hasta que vuelto Pezuela al campo con los dispersos que había reunido, y contando con la artillería suya y nuestra que había tomado, fué imposible al general Belgrano sostener su posición; y como a las dos y media o tres de la tarde emprendió definitivamente la retirada, dirigiéndose a tomar la ruta de Chuquisaca. El enemigo no nos persiguió, ni aun destacó caballería para observar nuestra fuerza, sin embargo que el escuadrón que mandaba el comandante don Saturnino Castro (1) se había conservado en el campo, a pesar de la derrota del ala que cubría.

Durante la última lucha de nuestra derecha, que duró algunas horas, nuestra derrotada izquierda ganaba (mejor diré, perdía) terreno hacia Potosí, incluso el general Díaz Vélez, sin cuidarse de lo que sucedía aun en el campo de batalla. Mi regimiento, aunque muy atrás de esa turba de prófugos que nos precedían de mucho tiempo y que de consiguiente no veíamos, se puso también en retirada, tomando el mismo camino de Potosí; no nos perseguía un solo hombre, y la caballería enemiga se había mostrado en este costado, tan nula, que no debíamos absolutamente temer sus ataques. La posición que había tomado el general Belgrano con las fuerzas de nuestro centro y derecha, se ocultaba a nuestra vista por la naturaleza del terreno, y no podíamos comunicarnos porque el enemigo interceptaba el llano por donde podíamos dirigirnos; pero el fuego de cañón y de fusilería que a intervalos se avivaba, indicaba claramente que se disputaba aún la victoria o que una parte de nuestras tropas se batía para procurarse una vía de salvación.

Cualquiera de los dos extremos demandaba de nosotros un esfuerzo que era tanto menos peligroso cuanto nada teníamos que temer de la caballería enemiga; sin embargo, nuestra retirada continuaba, y nos hallábamos ya cerca de una legua del campo de batalla, cuando no pude contener los impulsos de mi celo, y aunque no era más que un simple capitán, me aproximé al coronel Balcarce y le dije en privado: *Señor, el*

(1) El mismo que dos años después fué fusilado por los españoles, cuyo ejército quiso sublevar en Moraya para pasarse a nuestras filas. Era hermano del doctor don Manuel Antonio Castro, célebre en nuestros anales parlamentarios, por sus luces y su elocuencia.

hasta entonces se conservaban, se iban subdividiendo, porque unos querían adelantar camino, cuando otros querían descansar, y viceversa. Esta ausencia del General, esta precipitación en su marcha, este olvido del orden, de que era tan observante, nos consternó a muchos y aun nos hizo temer que fuese *un sálvese quién pueda.* Con este disgusto, seguimos tres o cuatro oficiales, incluso mi hermano, que nos habíamos reunido con otros tantos soldados, y después de ser muy de noche y haber fatigado nuestras cabalgaduras, llegamos a un pueblecito llamado Caine, donde por fin supimos que estaba el General. Nos metimos en un rancho y pasamos la noche.

Al día siguiente, el General, de cuyos movimientos estábamos todos pendientes, no marchó; antes, por el contrario, empezó a destacar oficiales que recorriesen los alrededores, y volviesen por el camino del día anterior, para indicar que allí estaba él, y que allí debían reunirse. Es seguro que esa mañana (la del 3 de Octubre) no había cien hombres en Caine, de los quinientos que estuvimos en el Toro; pero fueron llegando partidillas, de modo que por la tarde había cerca de trescientos. Ya entonces reconocimos al general Belgrano, pues mandó formar la tropa de todas las armas y cuerpos, y hecho un pequeño cuadro, habló alentando y manifestando su resolución inalterable de continuar la campaña. Pienso que concibió el plan de hacer al enemigo una guerra de partidas y movimientos, sublevando el país, pues recuerdo que nos dijo que nada pedía al ejército, sino *piernas*, y otras cosas en este sentido. Sus palabras tuvieron un cumplido efecto, pues renació la esperanza y todos se propusieron reparar el revés que habíamos sufrido.

Mandada retirar la tropa, después que rezó el rosario, los oficiales formaron un grupo, al que se acercó el General familiarmente. Después de algunas expresiones comunes, como recordando alguna cosa, preguntó: *¿Cuál de los Paz es el que atacó a las mulas?* Aludía al lance que he referido, cuando volví a reconocer el campo de batalla y encontré y represé las mulas que nos había tomado el enemigo. *Yo* (le contesté, no sin ninguna amargura) *fuí quien atacó, no las mulas, sino la partida enemiga que las conducía.* El repuso sonriéndose, sin duda, de mi susceptibilidad: *Eso es lo que he querido decir y estoy muy satisfecho de lo sucedido.* Este incidente me chocó en los primeros momentos, sospechando que se hubiese querido despreciar una acción a la que yo mismo daba bien poco mérito. Mas me olvidé pronto y le hubiera dispensado mucho más, en obse-

quio a su noble decisión para continuar la campaña y vengar el ultraje que habían sufrido nuestras armas.

Todo el día 3 lo pasamos en Caine; el 4 sólo anduvimos una legua, hasta el pueblito de Ayohuma, dando siempre tiempo a que se reuniesen los dispersos. El 5 anduvimos tres leguas y llegamos a Macha, pueblo de bastante extensión, donde se fijó el Cuartel General y nuestros cuarteles.

Desde el día siguiente de nuestra llegada, todo se puso en actividad, tanto para el arreglo del ejército, como para su aumento. Muchos oficiales salieron en diversas comisiones, y yo tuve la de volver con una partida que el mismo General me dió de su escolta, por el mismo camino que habíamos traído, en solicitud de una partida enemiga que avisaron los indios que se había aproximado. Yo mismo hube de sufrir una equivocación remarcable.

Al día siguiente de mi salida me hallaba en un lugarejo haciendo que comiesen los caballos, cuando recibí un aviso de los indios que decía que a distancia de una legua estaba una división enemiga. Yo, que conocía muy bien al general Belgrano, me guardé de dar un parte dudoso, y mandé dos hombres de mi partida a que viesen por sí mismos, mientras yo hacía ensillar los caballos. Los que mandé volvieron a decirme que, efectivamente, se veía desde la altura inmediata un campamento de doce o quince tiendas de campaña y la gente que las ocupaba, sin que pudiese saberse si era o no enemiga. Eligiendo entonces hombres a propósito por su inteligencia y audacia, los despaché nuevamente, con orden de aproximarse y traerme un parte cierto, y tras ellos me puse también en marcha. Luego supe lo que era, aunque ni remotamente se me hubiese ocurrido la realidad del caso. Tropa nuestra no podía ser, porque no teníamos una sola tienda de campaña, ni se tenía noticia de una reunión tan numerosa que acampase tan pacíficamente en aquellos peligrosos lugares. Según todas las probabilidades, era fuerza enemiga y de consideración; mas, a pesar de esto y sin decir una palabra al General, quise descubrir positivamente dicha fuerza y lo conseguí.

Era una partida de indios mitayas, es decir, de la Mita, que habiendo concluído su tiempo de trabajo en el cerro de Potosí, o quizá por efecto de las leyes patrias que abolían la Mita, se retiraban a sus provincias, que eran las del norte. Totalmente extranjeros a la guerra y por senderos extraviados, como era el que ocupaban, se escurrían por entre los ejércitos, para ir a su país. Estuve con ellos y les permití

continuar tranquilamente su camino, sin dejar de aplaudirme mi resolución de nada haber dicho al General.

Continué mis investigaciones hasta la cuesta arenosa de el *Toro,* la que hice descender por solo dos hombres, para no concluir mis caballos (por la misma razón ya había dejado atrás casi toda la partida, llevando entonces sólo seis hombres), los que no sólo no encontraron enemigos, sino que adquirieron la certidumbre de que no habían llegado. Esta la obtuvieron por cuatro heridos nuestros que, sin poder seguir nuestra marcha, se habían quedado y se mantenían royendo los huesos de las llamas que habíamos comido la noche de la batalla. Me era imposible llevarlos conmigo; mas, luego que regresé adonde hubo población, mandé indios que los trajesen en sus burros, y se salvaron efectivamente.

Cuatro oficiales (que fueron un mayor graduado, un capitán de artillería y dos tenientes) llegaron dispersos a Chuquisaca, con una celeridad asombrosa, propagando la noticia de una derrota completa e irreparable; no sólo alarmaron el pueblo, sino que impidieron algunas providencias que el Presidente quiso tomar, para mandar municiones y otros auxilios, alegando su inutilidad. El general Belgrano los hizo venir, y mandó formarles el correspondiente sumario. Cuando se trató de juzgarlos, se divagó y se dividieron las opiniones sobre el castigo que se les aplicaría; algunos se inclinaron a la severidad, quizá se habló de la última pena, otros quisieron la destitución del empleo, y al fin se vino a fijar el Tribunal, en el más raro expediente que pudo tomarse para castigar a unos militares que habían faltado a sus más importantes deberes. Se les sentenció a perder un grado, que recuperarían con ventaja (decía la sentencia) si en el próximo combate borraban la nota de cobardía que habían merecido.

He llamado rara a esta sentencia, porque es la única que he visto de este género, y porque tenía el gravísimo inconveniente de dejar a los condenados una posición que no podían sostener después que se les había deshonrado. Es decir, el capitán que había descendido a ser teniente, por una cobardía probada en autoridad de cosa juzgada, no podía desempeñar bien sus nuevas funciones; pues sus subalternos le echarían en cara su deshonor, y ellos mismos se creerían humillados en obedecerle. Sin embargo, la cosa pasó así por los pocos días que mediaron hasta la batalla de Ayohuma, en la que ninguno de los condenados trató de rehabilitarse en la opinión del ejército, ni de reconquistar su primera graduación. Todos ellos buscaron su seguridad en hacerse olvidar, condenándose

a una oscuridad de que nunca debieron salir. En la primera oportunidad se fueron a Buenos Aires, donde he visto después a algunos de ellos.

El general Díaz Vélez, como indiqué antes, había tomado desde el campo de batalla el camino de Potosí, por donde se dirigían también algunos cientos de nuestros dispersos; no tomó en esta desordenada marcha, medida alguna, pero en aquella ciudad, ya fué otra cosa. Las noticias de que el General en Jefe había tomado una dirección de flanco, lo que indicaba que no abandonaba el territorio que habíamos libertado, y que se proponía rehacer el ejército, hicieron que el general Díaz Vélez reuniese en Potosí los dispersos y suspendiese la marcha precipitada que hasta allí había tenido. Muy luego se hizo sentir por las inmediaciones, una fuerza enemiga, que era una división del ejército Real, que había destacado el general Pezuela, en amago de la ciudad, y la que regresó luego que se cercioró de que se le opondría resistencia. Díaz Vélez, a la aproximación de la fuerza enemiga, se encerró con todas sus fuerzas, los caudales, parque y las personas comprometidas del pueblo, en la gran Casa de Moneda, a la que añadió algunas ligeras fortificaciones, habiendo antes metido víveres para un mes o más. Esta medida fué muy acertada, y tuvo tanto más mérito por cuanto pudo creer que lo atacaría todo el ejército enemigo. Si en vez de sostenerse hubiera tomado el partido de retirarse, habríamos perdido mucho en la opinión de aquellos pueblos, y hubiera sido mucho más difícil reunirse después al General Belgrano. El enemigo que vió la actitud defensiva de los nuestros, se replegó sin intentar siquiera el ataque, para reunirse en Condo-Condo, donde había vuelto Pezuela con su Cuartel General.

Pezuela era un muy mediano General, pues no supo aprovechar las ventajas que obtuvo en Vilcapujio. Si él nos persigue, si en los días posteriores a la acción se mueve con una parte de su ejército sobre nosotros, todo hubiera sido concluído; lejos de eso, permaneció (fuera del movimiento parcial y pequeño sobre Potosí, donde poco tenía que buscar) más de un mes quieto, y no fué sino a los cuarenta y cinco días, que tuvo lugar la segunda batalla. Se dirá que él se organizaba, que se rehacía de lo que había perdido en su misma victoria; mas, ¿ignoraba cuál era nuestro estado? ¿No nos había visto salir deshechos y desordenados, del campo de batalla? Es probable que algunos cientos de hombres, arrojados

a tiempo sobre nosotros, hubieran completado nuestro exterminio. Pezuela no supo aprovechar los momentos y tuvo que librar la suerte de la campaña a otra batalla, que sólo ganó por nuestras faltas.

CAPITULO IV

AYOHUMA

El general Belgrano se empeña en conservar la disciplina.—Resultado feliz de las partidas exploradoras.—Razones aducidas en contra de la resolución del general Belgrano de aceptar la batalla.—Formación del ejército argentino, en el campo de Ayohuma.—Principia la acción con ventajas por parte del enemigo.—Inacción de la caballería de la derecha.—La artillería e infantería realista rompen la línea patriota.—Carga del mayor Zumudio.—El soldado Sanguino salva al capitán Paz de caer en poder del enemigo.—Digna conducta del coronel Zelaya.—Examen crítico de la batalla de Ayohuma.—El pueblo de Potosí.—Distribución de los víveres y depósitos de géneros almacenados en esa ciudad.—La Casa de Moneda.—Retirada del ejército.—Incorporación de los Granaderos a caballo.—Resistencia heroica de la provincia de Salta.—El coronel San Martín reemplaza al general Belgrano en el mando en jefe del ejército.

Pasados algunos días, y luego que el enemigo se hubo concentrado, se movió de Potosí el general Díaz Vélez con la fuerza que había reunido, y se nos incorporó en Macha. Se incorporó también el Coronel Zelaya con unos cuantos cientos de hombres que le habían quedado de la división que traía de Cochabamba. Creo que ya indiqué que en vísperas de reunírsenos en Vilcapujio, sucedió la acción, y el Coronel tuvo que retirarse con precipitación. La noticia de nuestro desastre bastó para perder más de la mitad de la fuerza; lo que quedaba no valía mucho más.

El general Belgrano se dedicó con toda la eficacia de su celo al arreglo y disciplina del ejército, pudiendo decirse que muchas veces se dejaba arrastrar demasiado lejos, por ese espíritu de orden y economía que lo dominaba. Por ejemplo: sobrando allí víveres, como se prueba por los grandes depósitos que encontró el enemigo, después, las distribuciones se hacían con suma estrechez; lo mismo, más o menos, se hacía con los sueldos, artículos de vestuario y demás. Es de admirar que

un hombre tan probo y tan desinteresado en privado fuese tan económico y hasta avaro repecto de los intereses públicos.

Considerables repuestos de víveres había mandado reunir el General, al mismo tiempo que todas sus medidas eran dirigidas a sublevar el país en masa, contra los españoles; parece, pues, que previendo una conflagración general, y las dificultades que trae consigo, quería prevenirse acopiando algunos meses de víveres para el ejército. En Potosí mismo había quedado una gran cantidad en la Casa de Moneda, y de Chuquisaca nos venían recursos de toda clase. El país simpatizaba con nosotros, y en lo general se prestaba a toda clase de sacrificios. Es esta una prueba concluyente de los buenos efectos de la política del general Belgrano; pues no sólo no hubo esas sublevaciones en masa o en detalle contra los restos de nuestros ejércitos, sino que todos concurrían a remediar nuestras desgracias y a reparar el desastre de nuestras armas. Es enteramente exacto lo que dice en una carta el mismo general Belgrano, y cuya copia he visto; que: *la indisciplina de nuestras tropas era el origen del atraso de nuestra causa y de las calamidades domésticas, que tanto han afligido y afligen aún a nuestro país.*

Lo contrario sucedía en el campo enemigo, donde, como bien claro lo da a entender el mismo Torrente, en su ya citada obra, carecían de víveres, de movilidad, de acémilas y de otros recursos, y es posible que sin la cooperación del desnaturalizado americano, el cura Poveda de Coroma, no hubiese podido moverse. Sin duda con esto contaba el general Belgrano, cuando haciendo almacenar víveres, no proveía a los medios de transportarlos, si el enemigo se aproximaba, porque si él esperaba que lo atacase y creía vencerlo en una batalla, es bien claro que debiendo avanzar inmediatamente, esos víveres le eran poco menos que inútiles, pudiendo suministrarlos en abundancia las provincias que libertase. Todo, pues, induce a pensar que el general Belgrano no creía que el enemigo lo buscase, que contaba con dar largas a la guerra y utilizar todas las ventajas que le ofrecía el patriotismo y la decisión del país. De otro modo no pueden explicarse, tanto esos acopios de víveres al alcance del enemigo, como sus otras operaciones.

El general don Francisco Antonio Ocampo (el primer General del ejército libertador del año 10) que era Presidente de Chuquisaca, se esforzó en auxiliar al ejército con prontitud y abundancia. Entre las remesas que hizo, la más importante fué la de ciento cincuenta caballos superiores

noctaba a pocas cuadras. Nuestros tres valientes descubrieron a los enemigos sin ser percibidos de ellos por la oscuridad de la noche, y lejos de pensar en retirarse combinaron su plan de ataque. La guardia enemiga, como he dicho, ocupaba un rancho y estaba descuidada; tan sólo el centinela vigilaba y estaba fuera. Los nuestros se distribuyeron en la forma siguiente: uno se dirigió rápidamente al centinela que, sorprendido, fué desarmado y rendido; el otro se apoderó de las armas que estaban recostadas a una pared, y el tercero con su carabina preparada y apuntada intimó rendición a los demás, que yacían dormidos o medio dormidos dentro del rancho. Todos se rindieron y fueron maniatados por sólo tres Dragones, a quienes por recompensa se les hizo *sargentos de Tambo Nuevo,* que era el lugar que había sido teatro de su hazaña. Estos valientes eran: un Gómez, tucumano, Santiago Albarracín, cordobés, y Salazar, también cordobés (1).

De los once prisioneros se escapó el sargento, que con la oscuridad de la noche se dejó caer por un derrumbadero, y sólo fueron traídos al ejército los diez restantes. Entre ellos venían dos de los juramentados de Salta, con los que quiso el General hacer un ejemplar que hiciese temer a los otros perjuros que se hallaban con las armas en la mano. Fueron fusilados por la espalda, con la prevención de que no se les ofendiese en las cabezas, las que fueron cortadas y llevadas, lo más inmediato posible, al campo enemigo y allí colocadas en altos maderos, con un rótulo en grandes letras que decía: *Por perjuros e ingratos a la generosidad con que fueron tratados en Salta.* Cuando fueron llevadas las cabezas, después de halladas por los realistas, al campo enemigo, la irritación española subió de punto y estuvo a pique de que nuestros prisioneros fuesen pasados a cuchillo. Por lo demás, no dió resultado alguno esta severa medida.

En los primeros días de Noviembre ya se tuvieron noticias vagas y después más positivas, de que el ejército ene-

---

(1) Estos tres valientes, o tuvieron un fin trágico o sufrieron trabajos prolijos sin desmentir su patriotismo y buenos sentimientos. Gómez fué tomado prisionero meses después, en Humahuaca, por los españoles, y fusilado por el crimen de haberles hecho la guerra con bravura. Salazar perdió el uso de un brazo en un combate, el año 14, a las inmediaciones de Jujuy. El año 29 lo encontré en el río Segundo, de Córdoba, viviendo pobremente; recordando su conocimiento con el general La Madrid, anduvo prestando servicios a sus órdenes, sin que recuerde que fué de él al fin. Albarracín se había casado en la Sierra de Córdoba y llegó a ser mayor y comandante de milicias; sirvió con lealtad a la causa de la libertad, hasta que murió por ella, el año 1840. Tres sujetos de su mismo nombre he conocido: todos buenos, honrados y patriotas.

migo se aproximaba, y el general Belgrano manifestó su resolución de dar segunda batalla. ¿Fué un error o un acierto esta resolución? Para contestar no quiero apelar al resultado, pues entonces sería indispensable condenarla, como se debería aprobar si hubiésemos ganado la acción de Ayohuma; voy solamente a pesar las razones que militan en pro y en contra y de allí deducir lo más razonable.

Por un lado están los inconvenientes de una marcha retrógrada y el desaliento que imprime en los pueblos que a virtud de ella quedan expuestos al enemigo; había otro inconveniente que había creado el general Belgrano con sus almacenes de víveres, si es que no tenía (lo que ignoro) cómo retirarlos. Podía también haber ocurrido alguna deserción en la tropa cochabambina, lo que importaba bien poco, y para que nada quede por decir, podía haberse entibiado el ardor de las montoneras o republiquetas que pululaban alrededor del enemigo, pero que poco le ofendían y que disipaba con la mayor facilidad, empleando unas cuantas partidas.

Por la otra parte militaban razones sumamente poderosas que me inclinan a opinar que el general Belgrano debió demorar la acción por algunos días, retirándose entretanto sobre Potosí o Chuquisaca, hasta que llegase la oportunidad.

Bastaría decir, para persuadirlo, que carecíamos de artillería, pues no merecían este nombre unos cuatro o cinco cañoncitos de a uno montados en una especie de carretillas y algunos sin muñones, porque para suplirlos les habían puesto dos pernos de fierro asegurados en una faja gruesa que rodeaba el cañón y de una dimensión sumamente diminuta. Eran más bien unos malos pedreros que no podían prestar servicio alguno y que sólo se habían traído no sé de dónde para hacernos ilusión. Mas esto no era porque el ejército careciese de artillería, pues tenía, además de la propia, la que había conquistado en las batallas de Tucumán y Salta, sin que la perdida en Vilcapugio llegase a la mitad; pero se había dejado en las provincias de Salta y Jujuy, y sólo fué después de nuestro primer contraste que se mandó venir a marchas forzadas. Con ocho días más es fuera de duda que hubiéramos tenido un hermoso tren y que no hubiéramos dado la batalla con esta desventaja.

No siempre una marcha retrógrada desmoraliza y abate el espíritu del soldado. Bien debía saberlo el general Belgrano, pues el año anterior una retirada de ciento treinta leguas no había desvirtuado el valor de nuestro ejército que triunfó de un número más que doble en los campos de Tu-

cumán. Bien conoce el soldado cuando la retirada no es efecto de debilidad, sino un medio de asegurar la victoria. Replegándonos en la circunstancia en que nos hallábamos, nos aproximábamos a nuestros recursos, reuníamos algunos hombres más que naturalmente se hallaban en esas grandes poblaciones, mientras el enemigo, si nos seguía, se debilitaba y acababa con los pocos medios que le quedaban de movilidad. La lentitud de sus marchas era un claro indicio de la nulidad de esos medios y de la circunspección con que se veía precisado a obrar. Habiéndose movido el 1o. de Octubre de Condo-Condo, sólo llegó a Ayohuma el 14, mediando poco más de veinte leguas. ¿Qué es lo que pudo obligarnos a una batalla desventajosa? No lo sé.

Ayohuma es un pueblecito o aldea que dista tres leguas de Macha, en la dirección que traía el enemigo. Antes de llegar a él, saliendo de este último como media legua, se presenta en el mismo camino una pampichuela de no gran extensión, pero bastante para que pudiese maniobrar nuestro pequeño ejército. Este fué el campo elegido para la batalla por el general Belgrano y que se apresuró a ocupar temiendo, sin duda, que el enemigo se anticipase con cinco o seis días de antelación. De aquí resultó que cuando Pezuela se situó en las alturas del frente, tuvo tiempo y oportunidad de estudiar nuestra posición y de meditar el modo de inutilizarla.

Nuestro ejército, que contaría mucho menos de mil quinientos infantes y como quinientos caballos incluso la fuerza de Cochabamba, estaba distribuído en la siguiente forma: a la derecha el regimiento de Dragones que, como he dicho, se había reducido a tres compañías: en seguida el batallón de Cazadores, muy bajo; el número 6, que se había reducido a un solo batallón; el número 1 y las Castas, muy diminutos también; el número 8, o mejor dicho, sus restos, se había distribuído en los otros batallones; y a la izquierda la caballería cochabambina (1).

Este era nuestro orden de batalla, bien que nos conservásemos en columnas hasta el día de la acción. El coronel graduado Balcarce mandaba los Dragones; el capitán graduado de mayor, Cano (murió en la batalla) mandaba los Cazadores; no tengo completa certeza si el coronel graduado don Miguel Aráoz mandaba el número 6, siendo mayor don

(1) Durante estos días tuvo lugar el recado del general Belgrano, mandado a un oficial de infantería que le dió el parte de haber oído tiros, que yo creí dirigido a mí y que me causó tan terrible sensación.

que formaban unas lomas intermedias. Consumaron su descenso tranquilamente, se ocultaron a nuestra vista y pasó mucho tiempo para que volvieran a aparecer.

¿Qué hizo entretanto el general Belgrano? Nada. No hizo movimiento, no destacó un solo hombre, no se tomó medida alguna. Se levantó un altar y se dijo misa, que fué oída por todo el ejército. A lo que debo juzgar, estaba firme en su propósito de esperar al enemigo en su posición; cuando hablo así, no se crea que esta posición tenía algo de difícil o inexpugnable; por el contrario, había buscado el único llano que ofrecía el terreno, al que si se le habían hecho algunas ligeras cortaduras, más parecían para engañar al enemigo en ciertos puntos de la línea que para impedir el acceso. Sea como fuere, todos estábamos persuadidos de que debíamos batirnos con el frente que teníamos y en los mismos lugares que habíamos prolijamente estudiado. Cuando hasta cierto punto fueron burladas nuestras esperanzas, un vago presentimiento nos hizo desconfiar de la victoria.

El ejército Real, encubierto por las lomas que teníamos a nuestro frente, se corrió por su izquierda, y cuando se nos presentó, después de haberlas vencido, fué amagando nuestra derecha y obligándonos, en consecuencia, a un cambio de frente sobre esta ala, mediante el cual el batallón de Cazadores, que terminaba por esa parte nuestra línea, quedó inmediatamente apoyado a un cerro que se prolongaba hacia la opuesta del enemigo. Muy luego se vió que este cerro era ocupado por un cuerpo realista y que avanzando en proporción que lo hacía su línea, venía a flanquear la nuestra completamente. Tampoco se tomó medida alguna para disputar al enemigo la posesión del cerro, ni para cubrir nuestra derecha, que quedó a merced de él.

Como el batallón de Cazadores que formaba la derecha de nuestra infantería estaba materialmente tocando el cerro de que he hablado, no quedó lugar para mi regimiento, y tuvimos, sin orden expresa y sólo por la fuerza de las circunstancias, que formar a retaguardia. Cuando principiaba la batalla y el cuerpo enemigo del cerro rompió sus fuegos sobre el flanco de nuestra línea, se conoció sin duda la necesidad de desalojarlo, y pienso (1) que se incumbió de esta operación a mi regimiento. Como no era posible cargar a la infantería

(1) En mi clase de capitán, no pude saber sino por lo que ví, el objeto de nuestros movimientos, e ignoro hasta qué punto los disponían las órdenes que se expidieron. Sin embargo, tengo por casi cierto que no hubo órdenes ni combinación de ninguna clase.

de la derrota. No había aún llegado a la izquierda cuando divisé un grupo de caballería que traía la misma dirección que yo llevaba: era una parte de mi regimiento con los jefes que al fin habían tomado el único camino que había para remediar las graves faltas que se habían cometido, si es que aun se tenía tiempo para ello. Entonces me reuní otra vez a mi cuerpo.

Luego que el enemigo se hubo colocado en la nueva dirección que tomó después de bajar la cuesta, se aproximó lo bastante para hacer fuego su superior artillería, que aun hizo avanzar un tanto de su línea y rompió un vivo fuego de cañón que duró cerca de media hora y que no puede decirse que era contestado por nosotros, por cuanto las balas de nuestros pobres cañones no llegaban a la mitad de la distancia. Es seguro que si el enemigo hubiera tenido municiones para cañonearnos por mucho tiempo, hubiera ganado la batalla sin disparar un fusilazo, pues que al fin su artillería, que impunemente nos despedazaba, hubiera destruído por sí sola nuestras fuerzas.

Al emitir esta opinión, supongo que nos hubiéramos conservado inmóviles como sucedió mientras duró el fuego de cañón. Al fin éste flaqueó y la línea enemiga se movió ofensivamente, pero con la lentitud y circunspección propia del genio español. La nuestra hizo también sus movimientos, avanzando, y acortada la distancia intermedia, se rompió el fuego de fusilería que fué vivo y sostenido: en esta situación fué que yo recorrí la espalda de nuestra línea, y algunos momentos después, viendo venir una parte de mi regimiento, me incorporé a él.

La infantería enemiga era demasiado poderosa para que la nuestra pudiese resistirle por mucho tiempo en un fuego igual; además de ser menos numerosa, se habían incorporado a ella hombres extraídos de la caballería y bastantes reclutas, que tendrían un mes de aprendizaje (1). Era, pues, consiguiente que sucumbiese; así sucedió, porque el fuego fué progresivamente debilitándose por nuestra parte, la

(1) Para comprender la diminución que había sufrido nuestro ejército, debe saberse que, fuera de los muertos y prisioneros tenidos en la acción de Vilcapugio, hubo muchos que se dispersaron y que volvieron tarde o nunca a las filas. Recuerdo que una partida de Dragones mandada por un sargento Mendevil, tucumano, saqueó el equipaje mío y de mi hermano, el cual había sido salvado por los asistentes, con pretexto de que siendo mi hermano el habilitado, iban allí intereses del regimiento, que les correspondían. Mendevil y su partida se fueron hasta Tucumán, y hubo otros de todos los cuerpos que hicieron lo mismo.

forme y charreteras, tenía envuelto en la cintura un grueso poncho a pala, en el cual se detuvo la lanza sin llegarle al cuerpo.

El Mayor, después de su poco feliz bote de lanza, suspendió su caballo y lo mismo hicimos los demás, quedando a distancia de tres o cuatro pasos de la infantería enemiga, que por instinto se había apiñado (1). Esta situación de sorpresa, de expectativa, de inconcebible inacción, duró algunos instantes, hasta que un tiro disparado contra el mayor Zamudió, que no ofendió sino a su caballo, fué la señal de hostilidades y de nuestra precipitada retirada.

Al volver mi caballo, un infante enemigo me dirigió un golpe de bayoneta que solo alcanzó a aquel, logrando introducírsela en la parte posterior del vientre, hacia el costado derecho; el efecto lo sentí luego en la flaqueza del caballo que empezaba a arrastrarse penosamente; mas no era ocasión de contemplarlo porque calculé en el acto, del modo siguiente: si yo lo considero llevándolo despacio, me puede llevar alguna más distancia, pero cuando tenga que dejarlo, me encontraré atrás de todos los míos, que van en precipitada retirada: al contrario, si yo lo apuro cuanto es dable, me faltará antes, a causa del esfuerzo que le exijo, pero cuando me desmonte porque ya no pueda llevarme, me encontraré entre mis compañeros que me favorecerán. El último partido fué el que adopté y apuré mi caballo cuanto pude, logrando así pasar adelante de muchos de los que huían en dispersión. Antes diré que cuando llegamos de vuelta al barranco que pasamos antes de la carga, ya lo habían pasado los que habían quedado atrás, cuando la emprendimos, de modo que se había formado a la entrada del desfiladero, un grupo compacto que servía de blanco a los tiros certeros del enemigo, que entonces se avanzaba ya rápidamente; me esforcé en pasarlo cuanto antes y ganar cuanto terreno pude; de modo que cuando dejé mi caballo porque ya no podía moverse, me ví entre los míos.

---

(1) Es una gran ventaja, principalmente en la infantería, la propensión de los habitantes de algunos pueblos, de reunirse y apiñarse en el momento del conflicto: los peruanos son de ese número, y he visto que muchas veces han debido sus sucesos a esta cualidad, que puede atribuirse a falta de brío individual; por el contrario, nuestros soldados, tan valientes en las lides singulares, tienen la inclinación a dispersarse, y sobrándoles ánimo y brío, los he visto muchas veces sucumbir por la misma razón. Recuerdo haber leído en la obra del general Foi, si no me engaño, que los rusos se parecen a los peruanos y que han vencido algunas veces con amontonarse.

habían dejado los enemigos, y examinando prolijamente su caballo lo hallé del todo sano. Cuando le convine, pretextó no haberme conocido y que creyó le había hablado un soldado; ficción que sostuvo por años, cuando nos acordábamos del suceso, hasta que en un momento de confianza, me confesó un día su embuste, disculpándose con lo crítico de la situación.

Otro, fué el teniente de mi compañía, don Lorenzo Lugones, el cual no se negó abiertamente, pero se excusó con el pretexto de que iba a reunir algunos hombres y que luego volvería a socorrerme, lo que no sucedió, quedándome la duda de si pensó efectivamente hacerlo, bien que siempre me aseguró después, que fué esa su intención.

Finalmente, mi cansancio era ya sumo, me faltaban las fuerzas, mi estado era desesperado e iba a sucumbir, cuando un soldado de mi regimiento, de apellido Sanguino, se me presentó trayéndome un caballo tordillo por la brida, el caballo venía ensillado y era bajo; a pesar de eso, monté con trabajo, porque mi fatiga era extremada, y como suele decirse, mi corazón quería salirse por la boca; le dí el poncho y el freno que había salvado y le seguí hasta reunirme a los míos, de quienes me veía poco antes abandonado. Al soldado Sanguino le conservé siempre y le conservo hasta ahora un vivo reconocimiento. Ignoro si vive; era salteño, natural del Rosario de la Frontera, a donde se retiró cuando obtuvo su baja por enfermo. El año 25, cuando venía a la campaña contra el Brasil, lo ví allí por última vez y le dí como pude muestras de mi agradecimiento.

Si el enemigo hubiese tenido una regular caballería, hubiésemos salvado poquísimos, mas ésta no se separó por entonces de la infantería en la persecución, además de que apareció muy poca. Esto dió lugar a que los restos de nuestros infantes, que huían en muchas direcciones, se fuesen replegando al general Belgrano, que había enarbolado la bandera del ejército en la falda de unas lomas ásperas y pedregosas que no ofrecían sino senderos difíciles. Esto sucedía a distancia de media legua del campo de batalla. y para proteger la reunión tuvo orden la caballería de sostener el paso de un arroyo, cinco o seis cuadras avanzado del punto en donde se hacía. Para cumplir esta orden, se presentó el coronel don Cornelio Zelaya, que tomó desde luego el mando de ochenta o noventa hombres de caballería que era todo lo que se había reunido. Desmontamos y una parte ocupó la barranca del arroyuelo y otra el corral de piedra

obtenerlo, entre ellos el del alférez Esquivel, paraguayo, que pasó por el mismo sendero y por su lado sin darle la menor ayuda; sin embargo, logró asirse de la punta del poncho de Esquivel y ayudarse un trecho, casi arrastrándose en su penosa carrera, hasta que, no pudiendo seguir la violencia del caballo de Esquivel, soltó el poncho y éste desapareció.

Mi hermano Julián, que era también capitán de Dragones, había perdido su caballo al retirarnos del arroyuelo que tanto habíamos disputado. Al tomar un sendero y trepar la barranca recibió el caballo una bala tan bien dirigida que cayó súbitamente sin poder moverse; en su caída le apretó una pierna que pudo zafar con trabajo, dejando hasta la espuela. Cuando yo lo encontré había quedado enteramente atrasado de todos, y los enemigos venían tan inmediatos que si demoro un momento más era perdido; le ofrecí la grupa de mi caballo, pero era tal su fatiga y cansancio que no pudo subir; le tomé entonces un brazo y poniéndolo bajo del mío le ayudé a caminar casi arrastrándolo, hasta llegar a una quiebra del terreno que ofrecía la comodidad de un excelente estribo. Entonces montó y yo piqué para alejarme de aquel infierno de balas y peligros. Andando apresuradamente alcancé la retaguardia de la infantería, y dejándolo allí le dije que mi honor me obligaba a volver para que no se creyese que con pretexto de salvarlo me separaba del peligro, y que, quedando ya él fuera del alcance de los enemigos, continuase, pues en todo caso lo buscaría si fuese preciso. Tuvo que seguir algún trecho a pie, hasta que un soldado se desmontó y le cedió su caballo.

Regresé a incorporarme con el coronel Zelaya, que con unos cuantos hombres venía conteniendo al enemigo; estos hombres fueron poco a poco escurriéndose y ganando la delantera, en términos que al cabo de dos leguas no habíamos quedado con el Coronel más oficiales que el capitán Arévalo y yo y como quince o veinte hombres de tropa: felizmente, era sólo caballería la que nos perseguía, y la enemiga era tan cobarde que la conteníamos con facilidad en aquellos escabrosos caminos y desfiladeros; por último, fuera de algunos tiros disparados al acaso, estaba reducida la persecución a una multitud de dicterios que se decían Zelaya y el coronel enemigo, don Saturnino Castro (el que después fué fusilado por los españoles en Moraya), en que lo menos que se oía eran los dictados de *porteño cobarde, disparador*, y de *ladrón, mulato Castro;* hasta hubo un desafío

de la Independencia, considerando lo poco que han servido para su país y para esos mismos soldados aquellos sacrificios, y ver que sólo sirvieron para allanar el camino a otros guerreros más afortunados y facilitar su carrera a los Santa Cruz, a los Gamarra y otros muchos que hicieron la guerra más obstinada a esa misma Independencia de que ahora son los grandes dignatarios y los verdaderos usufructuarios, mientras que los más antiguos y más leales soldados de la gran causa de América arrastran una penosa existencia en la oscuridad, la proscripción, la miseria y el olvido. Pero volvamos al examen crítico de la batalla que nos ocupa.

Ya emití mi opinión de que ella debió retardarse lo posible, maniobrando convenientemente para debilitar al enemigo y reforzarnos nosotros. Mas, admitida la resolución de dar la batalla sin demora, pudimos hacerlo con racionales esperanzas de suceso, obrando de otro modo del que se adoptó.

Hay generales que forman el plan de batalla en su cabeza, que establecen teóricamente el orden de su línea y después buscan un terreno adecuado para realizar su ideal concepción. Sucede entonces que si un incidente cualquiera les obliga a salir del teatro que han elegido, falla el plan y su aplicación práctica es una cadena de errores que se pagan muy caros. Es exactamente lo que sucedió en Ayohuma. Desengañémosnos: un General no hace planes sobre el papel para ceñirse a ellos con una sujeción servil: debe hacerlos en escala mayor y luego ponerse en todos los casos que pueden sobrevenir para buscarles la conveniente solución. Enriquecido con esas reflexiones, está prevenido cuando llega el caso; nada lo sorprende y para todo halla remedio.

El general Belgrano no debió con tanta anticipación ocupar el campo que había elegido, revelando de este modo sus intenciones; pudo situarse a corta distancia, y en el momento preciso tomar la iniciativa y batir al enemigo, según lo deseaba. Pezuela nos presentó la más bella ocasión de vencerlo, bajando tan lenta como estúpidamente, una cuesta que era un verdadero desfiladero, a nuestra presencia; si en esos momentos es atacado, es más que probable que hubiera sido deshecho. El general Belgrano no se movió, por esperarlo en el campo de su elección. Más tarde el enemigo se colocó casi a nuestra derecha, destacando una fuerza a flanquearnos, y el plan de nuestro general se trastornó del todo: demasiada-

blica. Estaba también falto de jefes, pues los mejores, por varios motivos, estaban ausentes; no tenía un solo hombre a quien pudiese deber un consejo, ni una advertencia. El general Belgrano estaba solo, y solo llevaba todo el peso del ejército.

El caballo que me había dado el soldado Sanguino, pertenecía al capitán don José María Corte, que habiendo recibido una herida de bala sobre un ojo, lo habían hecho montar en el de un soldado, para que éste, colocado en la grupa, lo sostuviese y llevase fuera del campo de batalla; por esta circunstancia, el caballo estaba sin ginete y me había sido presentado para que a mi vez me salvase, como sucedió. Ninguno de los que sabían la clase de herida de Corte, esperaba que viviese, pero contra todo cálculo, cuando llegué a Actara, supe que no solo vivía, sino que se sentía bastante fuerte para poder hacer uso, aunque auxiliado por otro, de su caballo; me fué preciso restituirlo, y heme aquí otra vez a pie; mi hermano, que también devolvió el caballo al soldado que se lo había franqueado, se hallaba en idéntico caso. El coronel Zelaya me sirvió entonces, cediéndome temporariamente un caballo de repuesto que tenía, con su correspondiente silla; y para mi hermano quitamos a una de esas mujeres perdidas que acompañan los ejércitos, una mula del Estado, de que se había apoderado. De este modo nos encontramos en estado de continuar soportablemente la marcha.

Esta siguió el día 15 hasta Tinguipaya, adonde llegamos por la tarde, sin que se dejase sentir el enemigo. Allí se acabaron de reorganizar nuestros pequeños restos, para continuar al día siguiente nuestra retirada, con un orden tal, que la disciplina más severa se observó en todas las marchas que se siguieron. Allí fué donde, formando un cuadro, se colocó dentro el general para rezar el rosario, lo que fué imitado por todos. El 16 llegamos a Tarapaya, pueblo que solo dista de Potosí cuatro leguas. En uno de estos dos días pasamos el famoso Pilcomayo, por uno de esos caminos de travesía, que siendo poco frecuentados, son ásperos y cruzan sierras elevadísimas. El río corre por entre dos sierras colosales, tan inmediatas, que solo dejan el cauce del río entre ambas. El camino desciende por un lado y asciende por el otro, haciendo inmensos caracoles para hacer practicable la bajada y subida, que sin eso sería imposible, por la pendiente de las montañas, que se aproxima mucho a la perpendicular.

Nuestra fuerza, aunque no llegaría a setecientos hombres, marchando por uno, y los caballeros tirando por la brida sus

caballos, para conservarlos, tomaba una distancia considerable. Nosotros llevábamos siempre la retaguardia, y marchábamos con bastante separación; de este modo cuando íbamos descendiendo la serranía para caer al río, la cabeza de la columna subía ya la otra sierra, después de haberlo atravesado. Tirada una línea recta, era tan corta la distanca que nos separaba, que se oían los gritos de los que arreaban sus caballos, o que los daban por otro motivo, reproduciéndose por aquellas eternas masas; mientras tanto, para llegar al mismo punto, tuvimos que andar legua y media y quizá más, haciendo para ello mil curvas, y gastando horas en aquellos peligrosos senderos.

El 16 llegamos a Potosí; la acogida que nos hizo ese pueblo tan enemigo que se decía de la causa, fué franca y hospitalaria; las autoridades y las corporaciones salieron al encuentro del general y lo saludaron triste pero urbanamente. Esta es otra prueba de lo que había ganado la revolución, con la disciplina del ejército y la conducta patriótica y honrada del general. A nadie se le ocurrió temer sublevaciones ni hostilidades del vecindario ni de los indios; no hubo el menor acto de de enemistad, ni aun de descortesía. Yo gusté mucho de la recepción que se nos hizo, porque fué grave, triste, oficiosa y simpática; manifestar alegría, hubiera sido insultarnos, y ostentarse altaneros hubiera sido una insolencia y falta de generosidad. Supieron esta vez los potosinos manejarse con cordura, y si dos días después cambiaron, en parte, estos sentimientos, no fué por culpa suya.

La próvida economía del general Belgrano, en pocos meses había acumulado recursos de todo género. La Casa de Moneda, vuelta a su giro ordinario, abastecía con abundancia de moneda metálica al comercio, y daba lo bastante al ejército. Ya hablamos de los almacenes de víveres que tomó el enemigo en la campaña; pues también los había en la ciudad, y, además, valiosos depósitos de efectos de ultramar, con que había para proveer abundantemente de vestuario al ejército. Era imposible salvar los últimos, y se resolvió distribuirlos al pueblo o inutilizarlos para que no los aprovechase el enemigo. Algo se dió también al ejército, pero muy poco, temiendo sin duda recargar al soldado, en la marcha que iba a emprender. Recuerdo que estuve en una casa que servía de depósito a uno de esos cargamentos, donde seis u ocho empleados distribuían gratis al bajo pueblo, piezas de bramante, lotes de algodones, varas de paño y bayeta, etc. Ignoro si algo se quemó, como se dijo que se había mandado hacer.

El enemigo no debía estar quieto y nuestra permanencia no podía ser larga. El 18 por la mañana se dió la orden de marcha para esa tarde, y a las dos estuvo la infantería formada en la plaza, y la caballería en la calle que está al costado de la Casa de Moneda. Las tres serían cuando marchó el general en jefe con la pequeña columna de infantería, quedando solamente el general Díaz Vélez con nosotros, que seríamos como ochenta. Se empezaron entonces a notar algunos secreteos entre los jefes más caracterizados, y se sentía algo de misterio que no podíamos explicarnos. Luego estuvimos al corriente de lo que se trataba.

El populacho se había apiñado en la plaza y calles circunvecinas, y se le mandó retirar; como no obedeciese, se mandaron patrullas de caballería que lo dispersasen, pero se retiraban por una calle para volver por otra, y ocupar después la primera, en el momento que se desguarnecía. Se fueron repitiendo estas órdenes, sin fruto alguno, y muy luego se extendieron a los vecinos de la plaza y demás inmediatas a la Casa de Moneda, para que en el acto saliesen de sus casas con sus familias, y se retirasen a distancia de veinte cuadras cuando menos. Nadie comprendía el objeto de estas órdenes, y las casas, lejos de desocuparse, se cerraban con sus habitantes adentro, lo más seguramente que podían. Poco a poco fué aclarándose el misterio y empezó a divulgarse el motivo de tan extraña resolución. Para persuadir al vecindario a que abandonase por algunas horas sus casas, y al populacho de la calle, a que se retirase, se creyó conveniente ir haciendo revelaciones sucesivas. Se les dijo primero, que correrían inminentes peligros si no obedecían; luego, que iban a ser destruídas sus casas y perecerían bajo sus ruinas; finalmente, se les aseguró que el sólido y extenso edificio de la Casa de Moneda. iba a volar a consecuencia de la explosión que haría un gran depósito de pólvora que iba a incendiarse.

Nada bastó para persuadir al populacho, que se conservó impasible en su puesto. De las casas vecinas ví salir una que otra familia desolada, que corría sin saber adonde, abandonando cuanto poseía; pero en lo general, puedo asegurar que no se movieron de sus casas, y que esperaron el resultado de aquel anuncio terrible. Y a fe que no era un engaño, porque efectivamente se había resuelto en los consejos del general en jefe, hacer volar la Casa de Moneda, en la forma siguiente:

La sala llamada de la fielatura, porque en ella se pesan las monedas que han de acuñarse, queda al centro del edificio y está más baja que lo restante de él. En esta sala se ha-

mos atrás. Aseguro que por mi parte no la separé ni un momento de la dirección en que quedaba, lo que me originó un dolor en el pescuezo, que me molestó dos o tres días.

Llegamos, como he dicho, al Socabón, ya desconfiando de que no se realizase la explosión; un cuarto de hora después ya era certidumbre de que la mecha había sido sustraída o que algún otro inconveniente había impedido su actividad. El general Belgrano que no estaba lejos de nosotros, debió experimentar las mismas sensaciones, y cuando vió fallida la operación, hizo un último esfuerzo por realizarla. El capitán (coronel hoy) de artillería, don Juan P. Luna, se presentó en la retaguardia con una orden para que se pusiesen a su disposición veinte y cinco hombres de los mejor montados, con los que debía penetrar en la ciudad y Casa de Moneda, para volver a poner la mecha encendida que la hiciese volar. Esto ya era imposible, pues el vecindario y populacho, que no querían ver destruído el más valioso ornamento de su pueblo, ver destruídas sus casas y sepultarse bajo sus ruinas, hubieran hecho pedazos al nuevo campeón y sus veinte y cinco hombres. Luna llegó a los suburbios, vió de lo que se trataba, y se retiró prudentemente, pudiendo asegurarse que la oferta que había hecho al General, de entrar otra vez a Potosí y quemar el pueblo, le ganaría la benevolencia del Jefe, porque, como otras veces he dicho, este era el carácter del general Belgrano.

La tentativa del capitán Luna era tanto más impracticable, por cuanto la vanguardia enemiga estaba muy inmediata, en términos que sus partidas entraron a la ciudad esa misma noche; corría, pues, también el riesgo de ser atacado y hecho prisionero por las tropas reales, cuando no lo hubiese sido antes, por los habitantes exasperados.

Diré ahora lo que hizo frustrar la explosión de la pólvora que se había puesto en la Casa de Moneda. Es bien sabido que hay ciertos hombres que abrazan, por especulación, una carrera, y que sacrifican a su interés los deberes que ella les impone. Uno de ellos era un oficial Anglada, mendocino, dotado de una aparente moderación que le captaba las voluntades, y de un profundo disimulo. Había ganado las buenas gracias del General, quien lo había colocado nada menos que de Mayor de la plaza de Potosí, sin embargo de su menor graduación. Este se relacionó con personas enemigas de la causa, y particularmente con una señora muy realista, a quien se atribuyó principalmente el mérito de la conquista. El, por su empleo, estaba en el secreto de la operación que se medi-

la carga y se ponían, hambrientas como estaban, a comer una paja brava y dura que es lo único que produce ese árido campo. El Coronel se ocupó al principio de hacer arrear las mulas rezagadas y recargar las que se habían desembarazado de sus fardos; mas cedió al cansancio que le causaba esta operación y me la recomendó. Yo la tomé tan seriamente que no descansé en toda la noche, empleando las amenazas y aun el castigo para resolver a nuestros exhaustos soldados, a un trabajo tan fatigoso en una noche de un frío insoportable. Recuerdo que creyendo que era un individuo de tropa, amenacé con mi espada al teniente don Rufino Falcón porque no se desmontaba a cargar una mula, y que al cadete don Domingo Millán le dí unos cuantos cintarazos, sin conocerlo, por la misma razón. Cuando los hube reconocido les dí satisfacción. Esto dió lugar a que algunos de mis compañeros, hombres ya cansados o egoístas, me dijesen con sorna: *¡Oh! es usted muy patriota.—Lo soy, les dije, y pensaba que también ustedes debían serlo.*

Entre las cargas abandonadas que esa noche hice salvar, estaba una en que iban alhajas de diamantes y tejos de oro (1) cuyo valor importaba más de cuarenta mil duros. Fué una fortuna que no cayese en otras manos. Al otro día el general Belgrano, creyendo asegurarlas mejor, las distribuyó entre sus ayudantes para que las condujeran. Al mayor Toro le tocó en la distribución un tejo de oro que valdría cerca de tres mil pesos fuertes; se lo robaron y quedó perdido; se hicieron averiguaciones y sumarios, pero nada se consiguió.

Menos feliz fué otra carga de baúles que habían sido forzados y robados, sin dejar más que unos tres o cuatro gruesos legajos de papeles atados con sus correspondientes cintas, los que hice cargar a algunos soldados. Cuando amaneció ví por los rótulos que pertenecían al doctor don Tomás Manuel Anchorena, secretario del general Belgrano. Cuando al salir el sol llegamos a Tabaco-Nuño, que sólo dista cuatro leguas de Potosí, después de haber trabajado toda la noche, vino dicho señor Anchorena preguntando por su equipaje. Le hablé de los baúles rotos que había encontrado y de los papeles que había salvado. Cuando supo y vió que sus papeles habían escapado se dió por muy bien

(1) Estas alhajas, llevadas a Buenos Aires después, fueron destinadas por el director Posadas a obsequiar a las familias de varios jefes que habían prestado buenos servicios. El obispo Arellana, de Córdoba, recibió también su regalo.

los más indicados para esa clase de guerra que, llevada al más alto grado, hizo inconquistable aquella valerosa provincia. Ya en ese tiempo había llegado el coronel San Martín a Tucumán, y nombrado General en Jefe del ejército, había tomado el mando de él, quedando el brigadier Belgrano como simple Coronel de su regimiento número 1 de infantería, que sólo contaba un batallón. El mismo General mandó al coronel Dorrego que se retirase con la vanguardia al Cuartel General, dejando solamente en observación del enemigo partidas de milicias que hacían su aprendizaje y empezaban a conocer su fuerza, fuerza que después hicieron servir contra nuestro propio ejército, cuando tiempos más desgraciados engendraron esa guerra civil que casi ha aniquilado a la República Argentina.

A fines de Febrero más o menos llegamos a Tucumán, donde el nuevo General reorganizaba el ejército en los rudimentos de la táctica moderna, que hasta entonces no conocíamos. La caballería, principalmente, recibió mejoras notables, pues, como he indicado antes, estábamos en el mayor atraso y en la más crasa ignorancia. El General estableció una academia de jefes que se reunían las más de las noches en su casa y éstos presidían a su vez las de los oficiales de los regimientos, de modo que los nuevos conocimientos se transmitían desde la cabeza hasta las últimas clases. En una de esas reuniones en casa del General fué que el coronel Dorrego se condujo poco convenientemente, lo que motivó su separación del ejército y expulsión de la provincia en el término de dos horas. Fué a esperar nuevas órdenes a Santiago del Estero, en donde se encontró después con el general Belgrano, a quien mortificó mostrando muy poca generosidad y muy grande injusticia.

Con muy corta diferencia de días siguió el general Belgrano el rumbo de Dorrego, pues una noche recibió también la orden de salir de Tucumán inmediatamente y marchar a Santiago a esperar nuevas órdenes. El motivo no fué conocido en lo general, pero lo que se traslujo fué el proyecto que se dijo haber concebido algunos vecinos, de hacer una representación pidiendo al general Belgrano para que mandase en jefe el ejército. Si hubo algo formal, creo hacer un acto de justicia suponiendo inculpable al general Belgrano, quien dió siempre las muestras de una completa subordinación y de la más resignada conformidad; además, él mismo había pedido un sucesor, manifestando el deseo de quedar a la cabeza de su regimiento. ¿Y cómo podía tan

que veía los desastres que iban a ocurrir en Chile y la importancia política que iba a adquirir la provincia de Mendoza, debiendo ser la cuna del ejército de los Andes que tantas glorias dió a la patria y que puso en trasparencia el mérito superior del General que lo mandó. Ya se corría entonces que el general Alvear pasaba a tomar el mando del que obraba en el Alto Perú, y aunque nada positivo se sabía de las verdaderas disposiciones del ejército, una inquietud vaga agitaba los ánimos y tenía en zozobra los espíritus. Algunos me aconsejaron que esperase al general Alvear, que debía pasar muy pronto por Córdoba; mas otros me dijeron enfáticamente lo contrario; el mismo general San Martín, al despedirse, me dijo que me fuese cuanto antes al ejército; así lo hice, y llegué a Tucumán en los últimos días de Noviembre. Ya no estaba allí el general Rondeau ni la mayor parte del ejército, que habían avanzado sobre Jujuy, que los enemigos abandonaron desde mucho antes.

Rendida la plaza de Montevideo, el general Alvear agregó a nuestras filas una parte de los españoles prisioneros y se propuso emplear las fuerzas que le quedaban disponibles en exterminar las montoneras (tropas irregulares) de Artigas lo más breve posible, para convertir toda su atención al Alto Perú que le ofrecía una abundante cosecha de laureles y de gloria. Como la conclusión de la guerra civil en la Banda Oriental ofreciese más dificultades que las que se habían previsto, y como además aquel caudillo funestamente célebre obtuviese triunfos repetidos, el Gobierno resolvió al fin abandonar aquel país a su propio destino y dirigir todos sus esfuerzos a la campaña del Alto Perú, que debía presidir el Jefe favorito. La mayor parte de las tropas que habían estado en el sitio de Montevideo marcharon a Tucumán, de modo que en los últimos meses del año se habían incorporado al ejército los siguientes cuerpos, cuya fuerza, según salieron de Buenos Aires, puede avaluarse así:

Regimientos de infantería:

Núm. 2	con dos batallones.	1.100	hombres
" 6	" un "	500	"
" 9	" dos "	700	"
Total de fuerzas.		2.300	hombres

Estas fuerzas perfectamente equipadas habían precedido al General, quien venía a dirigir la campaña, y además

las armas y comisionaron al mayor don Rudecindo Alvarado para que, con una partida de tropa, fuese a arrestar al coronel Vázquez, teniente coronel Peralta y mayor Regueral, que eran los jefes de quienes temían se opusiesen a su proyecto, por ser partidarios de Alvear. En seguida se dirigieron a casa de Rondeau, que aparentaba ignorar todo lo que pasaba, y lo encontraron tranquilamente reposando en su cama. Le dieron parte de lo sucedido y le intimaron a nombre del ejército que continuase con el mando, resistiendo su entrega a Alvear y desobedeciendo, por supuesto, al Gobierno, que se lo había confiado.

El general Alvear venía ya en marcha y había pasado de Córdoba veinte y ocho leguas, hasta la posta de Santa Cruz, donde supo lo que había sucedido en el ejército. En el acto mudó de dirección y regresó a Buenos Aires, evitando entrar en Córdoba, y con más celeridad que la que había traído. Allí se hizo nombrar Director Supremo, habiendo hecho su dimisión el señor Posadas y se contrajo con más ardor que nunca a aumentar las tropas y afeccionarlas a su persona. Esto, lejos de calmar el incendio, era aumentar el combustible y agrandar la tormenta, que no tardó en descargar con toda su fuerza.

Todo el país creyó, y hasta los mismos enemigos, que la toma de Montevideo nos daba una superioridad decidida, pues además de su importancia moral, nos dejaba disponible un ejército numeroso y aguerrido. Los españoles temblaron, los patriotas del Perú, que estaban oprimidos, se reanimaron, y todos creíamos cercano el término de nuestros afanes y peligros. ¡Qué error! Nunca estuvimos más distantes, y todo debido a nuestras divisiones y partidos.

Una experiencia constante nos ha enseñado que el peligro solo reunía los ánimos y hacía esconder la cabeza a la anarquía; de modo, que cuando nuestra situación parecía desesperada, un esfuerzo patriótico y unánime nos ha redimido del abismo. Por el contrario, cuando nuestras victorias y otros sucesos felices presentaban esperanzas las más lisonjeras, cuando el poder de los enemigos estaba agonizante, cuando parecía que no restaban sino pocos esfuerzos para llegar al deseado término, se desencadenaban las pasiones, las facciones se agitaban convulsivamente, y nuestras propias divergencias volvían a sumirnos en el desorden, en la debilidad y en la impotencia. Cuando después ha venido la guerra civil, hemos visto repetirse esas mismas transiciones, y (fuera de otras que pudiera citar) muy particularmente en los años 1842 y 1846,

todo contestase Olañeta que este de quién se trataba era un traidor, un trásfuga, propuso Rodríguez su canje por dos, tres, o más oficiales del ejército Real, que se comprometía a hacer venir si se salvaba la vida a Berro; pero nada bastó a conmover a Olañeta, que concluyó terminantemente diciendo que por nada ni por nadie dejaría sin castigo a aquel famoso criminal, que ni aún podía reputarse un oficial, sino un infame facineroso.

Después de una larga discusión y apurados todos los recursos del coronel Rodríguez, cuando todo parecía desesperado y que ya se aproximaba la hora fatal, tuvo la feliz inspiración de decir a Olañeta que si se salvaba la vida de Berro, se comprometía a hacerle venir su esposa, que permanecía en las Provincias Bajas. El enamorado Olañeta no pudo resistir, y contestó no solo otorgando la vida a Berro, sino su libertad y la de otro oficial más. Fué, pues, suspendida la ejecución, y el sentenciado, que no pensaba salir de la capilla sino para marchar al suplicio, volvió a reunirse a sus compañeros.

Debe advertirse que en años anteriores, cuando don Pedro Antonio Olañeta, que no era más que capitán de milicias, dejó su vecindario para reunirse al ejército Real, quedó su mujer en Jujuy, que era el lugar de su domicilio. Los generales nuestros que no perdían medio de hostilizar y de dañar al enemigo, obligaron, en cuantas retiradas precedieron, a emigrar a la linda doña Pepa Marquiegui de Olañeta, que era la esposa del jefe realista. La ocasión que se le ofreció de recuperarla y reunirse a ella, fué abrazada con avidez, y concedió mucho más de lo que ninguna otra consideración había podido arrancarle. Fiel a su promesa, cuando hizo marchar a los prisioneros, quedaron en su cuartel el alférez Berro y el teniente don Rufino Guido, que era el otro que en el calor de su entusiasmo había ofrecido por el rescate de su joven y hermosa consorte. Cuando tuvo Pezuela y el mismo Olañeta que emprender la retirada, estos dos oficiales, únicos prisioneros que no habían sido remitidos a Lima, fueron despachados con otros presos políticos, a cargo de una partida, por el despoblado. Logrando sorprender a sus guardianes, se apoderaron de las armas y se constituyeron en libertad: de este modo fué que volvieron al ejército.

El coronel Rodríguez tampoco faltó a su palabra, pues antes y después de salir de su prisión se interesó vivamente para que la esposa del comandante y luego general Olañe-

desde la vanguardia al cuartel general a saludarlo, y visitar a mi hermano. Allí estaba acantonado el regimiento núm. 6, y sus jefes y oficiales habían preparado un baile; baile de campamento se entiende; yo era uno de los concurrentes. Poco antes de media noche se propagó la noticia de que el coronel Rodríguez había llegado a la vanguardia de Humahuaca, habiendo logrado evadirse de un modo maravilloso. En efecto, acababa de llegar el ayudante de mi regimiento, don Vicente Chopitea, que muy luego estuvo en el salón de baile, quién dejaba en Humahuaca al coronel Rodríguez y refería los pormenores de un prodigioso escape. Había logrado perforar una pared de su calabozo, en una noche oscura; luego había podido tomar un caballo, y corriendo mil aventuras y peligros inminentes, había logrado venir hasta los suyos. En Humahuaca se le había recibido con músicas, dianas y toda clase de regocijos; la tropa se había reunido espontáneamente sobre su paso, y, cargándolo en hombros, lo había llevado un buen trecho; toda la vanguardia se hallaba poseída de una especie de locura.

Estas noticias contrariaron mucho al general Rondeau, quien aunque en su moderación nada dijese de explícito, dejaba entrever muy claramente lo que le desagradaba la presencia de Rodríguez en el ejército. El baile siguió hasta la madrugada, y cuando nos retirábamos supimos que había llegado otro oficial con comunicaciones que entregó al general. Este se apresuró a hacer saber su contenido, que dijo a cuantos hablaron con él, porque desde esa hora se puso en pie y recibió a los que quisieron verlo. El coronel Rodríguez no se había escapado; pues las comunicaciones de Pezuela, que eran las que había conducido el parlamentario, y que trajo a la madrugada el segundo oficial, se reducían a proponer canje del coronel Rodríguez por dos coroneles prisioneros españoles que designaba, Sotomayor y Huici, añadiendo que había accedido a los deseos de Rodríguez, de ser él mismo el que trajese su proposición, la que si no era admitida, debería regresar, para lo que había empeñado su palabra de honor.

Cuando aclaró el día 20, ya era general esta noticia en el cuartel general, y de allí se iba propagando con rapidez. El coronel Rodríguez había anunciado para esa mañana su visita o presentación, y se le esperaba por momentos. El general quiso anticiparse y salir a recibirlo; muchos oficiales montamos a caballo y nos agregamos a la comitiva que con este motivo era numerosa. No era menor la de acompañan-

modo tristísimo; logra su libertad, y con el fin de herir la imaginación del ejército y suponer como producto de un arrojo temerario, lo que era efecto de una negociación, finge una novela semejante a los lances del Barón de Trenk, que es desmentida a las pocas horas. En un ejército no se piensa mucho, y mucho menos en aquel en que una relajación escandalosa contaminaba todas las clases de la milicia; mas, sin embargo, lo sucedido era demasiado para que el coronel Rodríguez no hubiese perdido mucho. El general Rondeau, bondadoso por carácter, generoso por inclinación, no se prevalió de esta ventaja, y le acordó las mismas consideraciones que siempre.

He dejado escapar casi a pesar mío, las palabras *relajación escandalosa*, y una vez dichas, preciso es que al menos, diga algo para comprobar su exactitud. No eran uno ni dos, eran muchos los jefes que tenían públicamente mancebas, habiendo algunos tan imprudentes, que cuando marchaban los cuerpos, las colocaban habitualmente a su lado, a la cabeza de la columna. Varias veces que el general Rondeau vino a Humahuaca, se alojó en casa de cierto coronel, en cuya mesa, a que asistía el general, hacía los honores su concubina. Era ésta una mujer casada, cuyo marido, que había andado ausente, tuvo la ocurrencia de reclamar. El enamorado coronel le hizo una tan seria amenaza, que el pobre marido desistió y volvió a ausentarse. A ejemplo de estas enormidades se veían cosas semejantes en las clases inferiores, sin que pudiesen reprimirse, estando tan autorizados. Sin embargo, no era esta corrupción universal, pues había jefes y oficiales muy dignos, que reprobaban estos escándalos y que devoraban en secreto las más amargas consideraciones. El mismo coronel Rodríguez, el general Cruz, el coronel Balcarce, los comandantes Vidal, Heredia y otros, eran irreprochables en su conducta.

Ya que he nombrado al mayor general Cruz, diré sobre él unas pocas palabras: Poseía buenos talentos y bastante capacidad; había servido en el mismo destino con el general San Martín, y después continuó hasta el fin con el general Belgrano. Con todos se condujo pacíficamente, sin embargo de que las épocas, las circunstancias, los genios, los caracteres y los principios, eran tan distintos. Me es, pues, indispensable suponerle una elasticidad de carácter, que se acomodaba a todas las variaciones. Esto lo hacía vivir tranquilamente, pero nunca le dió una gran influencia ni popularidad en el ejército. Tampoco excitaba celos, y tenía la habilidad de hacerse olvidar, cuando se agitaban la ambición y otras pasiones.

CAPITULO VI

INDISCIPLINA E INSUBORDINACION

Se resuelve marchar hacia el enemigo.—Sorpresa del Puesto del Marqués.—Confusión y desorden en este ataque.—Emociones que experimenta el autor de las Memorias, en ese día.—El general Rondeau como hombre y como jefe.—Vicios de la organización militar.—El comandante Güemes se vuelve a Salta.—El ejército llega a Potosí.—Chuquisaca.—Los tapados.—Desórdenes que estos producen.—Las monjas de Santa Clara.—El brigadier Rodríguez.—Irregularidades que se cometían en las marchas.—La clasificación de los oficiales, en buenos y malos.—El capitán Tejerina.—Las requisiciones para el alimento de las tropas y ganado.—Insubordinaciones del coronel Forest.

Estábamos ya en abril y era tiempo de movernos, porque era preciso, era indispensable hacer algo para no disolvernos. Se pensó, pues, seriamente en ello, pero sin combinación, sin plan y casi hasta sin discernimiento. Se hicieron algunos que se decían arreglos en el ejército, de que resultó disuelto el núm. 2 y agregado el núm. 9, que mandaba el coronel Pagola, decidido partidario del general Rondeau; el batallón de cazadores fué dado al coronel Zelaya, que toda la vida había mandado caballería; el núm. 1, era mandado por el coronel Forest; el núm. 6, por un comandante Zelada; el núm. 7, por el comandante Vidal, habiéndose retirado el coronel Luzuriaga como partidario de Alvear; dos escuadrones de granaderos a caballo eran mandados por el comandante don Juan Ramón Rojas, y los dragones por el coronel don Martín Rodríguez.

¿Se creerá que el ejército, que después de la incorporación de las tropas últimamente venidas de Buenos Aires, debía contar más de cinco mil hombres, apenas pasaba entonces de tres mil? Nada es más exacto; pues la expulsión de trescientos españoles y una deserción espantosa, tanto en el camino de Buenos Aires como en el ejército mismo, lo había

de modo que antes de rayar el día estuvimos a la vista del Puesto del Marqués. Este no consiste sino en unos cuantos ranchos en medio de una extensa y árida llanura, como son las de aquellos frígidos lugares. Nuestra caballería se formó en alas y el batallón al centro, quedando tres compañías al cargo de sus capitanes, de tres diferentes cuerpos, en reserva. Yo fuí uno de ellos, y por lo mismo no puedo dar una idea tan distinta de lo que pasó en la línea, pero lo haré por lo que supe y alcancé yo mismo a ver, para ocuparme después de lo que pasó en la célebre reserva.

Desplegada nuestra línea, se movió avanzando, y muy luego más de mil hombres de caballería se golpearon la boca (como se dice vulgarmente), y dando terribles alaridos se lanzaron sobre trescientos enemigos sorprendidos y apenas despiertos: la victoria no era difícil, pero la carnicería fué bárbara y horrorosa.

Cuando habíamos hecho alto para prepararnos al ataque, recibí orden de salir con mi compañía y presentarme al mismo General. Cuando llegué, ya estaban allí los capitanes don Manuel Escalada (aún permanecía en su cuerpo y fué pocos días después que se separó) de granaderos a caballo y don Luciano Cruz (hermano del general) del batallón de cazadores, ambos también con sus respectivas compañías. Puestos los tres en presencia del general, nos preguntó nuestra antigüedad, y luego que dije la mía, que era mayor que la de Escalada, siendo Cruz el menos antiguo, repuso el general: *Ha sido inoficiosa mi pregunta, pues, teniendo el señor Escalada el grado de mayor, le corresponde a él el mando;* a lo que me conformé inmediatamente, porque nada menos quería que entrar en reclamaciones en momentos tan urgentes. En seguida nos instruyó que éramos destinados a servir de reserva, la que sería mandada por el señor Escalada, a quien juzgo daría sus órdenes.

Se insinuaba el crepúsculo, de modo que apenas percibíamos la línea antes de moverse; mas cuando lo hizo, aunque seguimos el movimiento, la perdimos de vista y solo alcanzamos a discernir el campo enemigo por la tremenda confusión de gritos, tiros e infernal algazara. Los enemigos que encontraron caballos para montar, como es de suponerse, se pusieron en fuga; y nuestros soldados, aunque en el mayor desorden, en su persecución. Nuestra reserva seguía la misma dirección, tan ligero como podía, sin dejar atrás a la infantería que iba anexa. Cuando alcanzamos a percibir la derrota del enemigo, el señor Escalada en la exaltación de su patriotismo

que un granadero ebrio, que por sobre él mismo quería herir al rendido, le dijese que *otra vez que sus oficiales se metiesen a redentores, emplearía sus armas contra ellos.* Escalada dejó pasar el insulto como inapercibido, pero el soldado se salvó.

Nunca he visto ni espero ver un cuadro más chocante, ni una borrachera más completa. Como indiqué más arriba, los licores abundaban en el campo enemigo; y el frío, la fatiga de la noche antes, las excitaciones de todo género, convidaban al abuso, que se hizo del modo más cumplido. Debo hacer justicia a los oficiales, pues, con pocas excepciones, no se vieron excesos en ellos.

En las inmediaciones de la Quiaca, tres o cuatro leguas del Puesto del Marqués, había otro cuerpo enemigo, cuyo número no sabíamos y que no hizo sino presentarse en las alturas, para servir de apoyo y reunión a los fugitivos. Es probable que si doscientos hombres nos atacan en aquellas circunstancias, nos derrotan completamente. Los nuestros, a la presencia lejana de aquella fuerza, volvieron al Puesto del Marqués, en el mismo desorden que habían perseguido. Vueltos al campo, siguió la embriaguez, y cuando llegó el ejército, que serían las nueve o diez de la mañana, parecía más una toldería de salvajes que un campo militar.

Dispénseseme la acritud con que me expreso, porque ese día ha sido uno de los más crueles de mi vida. Veía en perspectiva todos los desastres que luego sufrió nuestro ejército, y las desgracias que iban de nuevo a afligir a nuestra patria. Era yo joven, era un simple capitán, y el interés que tomaba en el éxito de la guerra y en las glorias de nuestras armas, era una pasión ardiente que me agitaba. Mi compañía estaba de servicio, y como aunque se había desorganizado también, no había participado tanto del desorden, quizá por haber ido en la reserva, sino fué algo por mi constante cuidado, pudo dar las guardias avanzadas que se establecieron a nuestro frente. El servicio se relevaba por las tardes y a la hora de lista reclamé con exigencia, que fuese otra compañía a mudar a la mía, pero aun a esa hora los vapores alcohólicos no se habían enteramente disipado y no se podía emplear a unos hombres que con trabajo se sostenían en pie. Como yo repitiese mis reclamaciones al teniente coronel, coronel graduado Balcarce, se exasperó al fin y se denegó con amargura. Comprendí que él participaba de mis sentimientos, aunque los guardaba en su interior. Esa noche estaba yo de guardia en el campo, y Balcarce vino y me encontró casi en un estado de postración a que me habían reducido las emociones de aquel día. Este

ni la firmeza de su carácter; pero me es forzoso, bajo pena de faltar a la verdad histórica, que me he propuesto observar.

Casi otro tanto me sucede al tener que exponer los vicios de nuestra organización militar, los excesos de la indisciplina que se dejó sentir varias veces, las faltas de nuestros generales y los errores de todo género. No escribo como poeta para contar nuestras glorias, disimulando defectos y encomiando exageradamente las hazañas de nuestros campeones. Ni nuestros ejércitos, ni ellos, necesitan las alabanzas de mi pobre pluma, a quienes, a pesar de todo, harán justicia las generaciones venideras, reconociendo su mérito y trabajos heroicos; escribo solamente para hacer conocer los sucesos que he presenciado, presentándolos en su verdadero punto de vista, y sirviéndome para ello de la verdad severa, según me la ofrecen mis convicciones y mis recuerdos. Por otra parte, nadie ignora mi carácter enemigo de las exageraciones; en mis partes militares, en los detalles de batallas célebres, en todos mis documentos oficiales, he huído siempre de un estilo pomposo y de alabanzas que por ser demasiado abultadas he considerado ridículas.

No por esto he dejado de ser un justo apreciador del mérito de mis compañeros; bien lo conocen ellos, y a su vez han apreciado debidamente mis elogios cuando se los he tributado, teniendo en más algunas pocas palabras dichas con justicia y verdad que esos bombásticos parraflorios de que otros suelen llenar las producciones de este género. Diré ahora para siempre, que hubo en nuestros militares un valor que nadie les niega, un amor incontestable a la causa de la independencia, que no bastaron a contrastar los reveses más sangrientos, ni las más rudas desgracias.

Debo añadir que reconozco en nuestros paisanos aptitudes sublimes para la milicia y disposiciones para una disciplina racional, cuando se quiere y se sabe establecerla. Los desastres que hemos sufrido han sido efecto de errores, por lo general, en los que mandaban, y más que todo, de nuestra ignorancia y de ese estado de anarquía en que nos constituía la misma revolución. Sin eso, nuestros ejércitos, desde sus primeros pasos, hubieran vencido y llevado triunfante el estandarte de la libertad por toda la extensión de la tierra que conquistó Pizarro. Bien lo merecían esos bravos soldados que durante catorce años habían combatido la miseria, la desnudez, el hambre, el clima y las armas españolas. Si sus sufrimientos se prolongaron y si al fin no fueron felices, pues que otros vi-

el coronel dando risadas, le decía: *¡Que tal muchacho! ¿Te has asustado?* o cosa semejante. El bueno del coronel no comprendía que aquellos juegos y chanzonetas pudiesen dañar la disciplina, y, por el contrario, se persuadía que le procuraban crédito, afección y popularidad. Repentinamente había retrogradado al año 1806, cuando se formaron esos cuerpos de paisanos, que dieron, sin pensarlo, una espléndida victoria, batiendo a los ingleses, y quería conducirse como en la infancia de nuestra milicia y como si se tratase de urbanos mal enseñados y peor disciplinados y no de tropas de línea, en una campaña laboriosa y activa.

Y cuando el primer jefe del cuerpo se conducía de este modo, ¿qué podía hacer un subalterno para mantener la disciplina de los que le obedecían? Cualquiera que reflexione, comprenderá lo que deberían sufrir los que queríamos conservar los principios de orden y de regularidad, y lo que tendríamos que trabajar para que todo no se desquiciase. Mucho se debió al teniente coronel don Diego Balcarce, quien al mismo tiempo que gozaba reputación, sostenía con su conducta circunspecta, la disciplina, hasta cierto punto.

Aun en los cuerpos más bien reglados, no falta cierta clase de oficiales que aspiran al renombre de *buenos* por la tolerancia de las faltas y aún de los crímenes; otros hay que pretenden que se tenga de ellos esta opinión, sosteniendo un trato demasiado familiar, y aun indecente, con las clases inferiores, sin advertir que adelantando muy poco para ellos, hacen un grave mal al orden militar. Es una casta muy perjudicial la de estos demócratas de nuevo género, quizá los mismos que antes habían incurrido en los abusos contrarios, como lo diré a su tiempo. Pero volvamos a las operaciones militares de que me he olvidado.

El enemigo, aterrado con este golpe y con la marcha de nuestro ejército, para que no estaba preparado, solo pensó en retirarse, haciéndolo por líneas convergentes, sus distintos cuerpos, según la posición que ocupaban. Si nuestra marcha hubiera sido más rápida, es muy probable que hubiesen sufrido los españoles otros descalabros; pero no fué así, y tuvo Pezuela tiempo de replegar sus divisiones.

El comandante Güemes, cuyo espíritu inquieto y cuyas aspiraciones empezaban a manifestarse, no podía estar contento en el ejército, y además, sus gauchos no eran una tropa adecuada para la campaña del Perú; regresó, pues, con su división, desde el Puesto del Marqués, y apenas llegó a Jujuy se quitó la máscara y principió a manifestar su independen-

cia. El primer acto o exceso que cometió, fué echarse sobre el parque de reserva del ejército y apoderarse de quinientos fusiles, contra la voluntad del general y las representaciones del encargado de él. Para esta violencia no había ningún pretexto; pues, ocupando nuestro ejército las Provincias Altas de Potosí y Chuquisaca, nada tenía que temer de los enemigos la de Salta. Después, todos sus pasos sucesivos fueron conformes a este principio.

El ejército continuó su marcha, tomando desde la Quiaca, la delantera, la caballería. En Moraya nos detuvimos dos días; en uno de ellos, al anochecer, tuvieron orden un escuadrón de dragones y otro de granaderos, de marchar con el fin de interceptar el paso de una fuerza enemiga que se retiraba en busca de su ejército, por nuestro flanco derecho. Era ya el mes de Mayo y el frío era intenso en aquellos lugares, en términos que yo llevaba un capote y encima dos ponchos; después de andar legua y media por aquellos ingratos parajes, donde casi no hay vegetación, empezamos a descender una cuesta que tiene otro tanto de bajada. La temperatura era cada vez más suave, y sin fijarnos por el momento, en la verdadera causa, lo atribuímos a una variación de la atmósfera. Conforme fuimos descendiendo me quité los ponchos y el capote y lo mismo hicieron los demás, porque el abrigo empezaba a incomodarnos. Llegamos por fin al llano. que forma un delicioso vallecito de muy poca extensión, pero perfectamente aprovechado y cubierto de huertas que abundan en frutas exquisitas; los duraznos, las manzanas, los membrillos, las higueras, estaban todos cargados de riquísimos frutos, que empezamos a devorar, sin embargo de estar tan avanzada la noche, pues era más de la mitad de ella.

Lonte es el nombre de este vallecito, y como este hay innumerables en aquellas áridas regiones, sin lo que serían inhabitables. La variación de temperatura consistía en la mucha menor elevación en que nos hallábamos. La diferencia era tal, que nos quedábamos en mangas de camisa sin sufrir impresión desagradable, cuando dos horas antes el frío era tan intenso que era preciso cargarnos de ropa. Esa noche no se durmió, pues que además de la ocupación de comer fruta, se carneó, porque la tropa no había comido ese día. Es excusado decir que el enemigo había pasado temprano y que estaba fuera de nuestro alcance. Permanecimos allí hasta la tarde del día siguiente, en que nos movimos para subir la cuesta y volver a Moraya.

El ejército se nos reunió y volvimos a continuar la mar-

cha. El enemigo nos abandonab
cia, y los habitantes nos recibía
y benevolencia. El día que sal
supo que Potosí había sido eva
continuando siempre la marcha
dia compuesta de los dos cuerp
de infantería, a las órdenes de
lantase a ocupar aquel empori
nos exagerado, de la riqueza. S
ñías, una de dragones y otra d
vos capitanes, quedasen para ha
el ejército. Yo fué destinado co
sentimiento separarme de mi re
vicio pasivo en la retaguardia.
que sentimiento; pues, me asa
jefes inmediatos querían separ
a aquella rica población, a un
ros, que ellos conocían muy bi
de cualquier acto irregular y d
to a intereses. Sin decir que e
los jefes, creo no equivocarme
nos. ¡Ojalá hubiese estado sie
sufrido mucho menos!

La tropa empezó a comet
principalmente recuerdo que f
con violencia le arrancaron se
Los caballerizos, los hombres s
texto se separaban de la colum
los autores de estos desórdenes,
seguido en una progresión creci
sucede con el mal, y más que c
plina. El general quiso poner
al movernos de Quirve, para q
mi compañía y no dejase un so
los que por cualquier pretexto
sentarlos a S. E. al fin de la j
mi comisión, que fatigué mi tro
a los ranchos que quedaban a m
costados del camino, y lo que e
do de algunos oficiales que por
quebrantase mi consigna.

El ejército había andado ha
que hay hasta Toropala, donde
no pude hacerlo hasta las ocho

un subalterno al cuartel que se le destinaba, y que yo quedase a participar del banquete, el cual, además de suntuoso, estuvo alegre; contribuyó eficazmente a ello un ridículo personaje que en esos días se había incorporado al ejército. De propósito se movieron cuestiones teológicas, en que se le creía eminente, y ostentando esta clase de erudición en una reunión militar, se hacía soberanamente risible.

Este personaje era don Manuel Bernabé Orihuela, natural y vecino de Córdoba, que no tenía otro mérito que estar casado con doña Juana Rondeau, hermana del general. Sin embargo de que no había cursado el foro, ni era abogado y que apenas podría clasificarse de un pobre tinterillo fué hecho auditor general de guerra y lo que es aún más, consiguió el general que la Universidad de Chuquisaca le confiriese el grado de doctor en jurisprudencia, por apoderado, es decir, sin ofrecer exámenes, ni pruebas ningunas y sin que fuese personalmente a recibir la borla, haciéndolo otro en su lugar. Caso que debe ser bien raro en los anales de las Universidades; pues, a admitirlo, podría condecorarse con el doctorado a un salvaje, a un bruto o a una estatua. Orihuela quedó, no obstante, tan envanecido y contento que desde entonces jamás dejó de poner *doctor,* en gruesos letrones, antes de su nombre. Tenía la manía de promover, sin la menor oportunidad, cuestiones teológicas y religiosas, de que era un celoso defensor, y, además, la de creer que la provincia y ciudad de Córdoba, de donde nunca había salido hasta entonces, era lo mejor que podía haber en el mundo; de consiguiente, el clima, las producciones, las frutas, etc., de Córdoba, eran lo más exquisito que podía imaginarse, y hubo vez que riñó muy seriamente con otra persona, sosteniendo que las manzanas de Córdoba eran superiores a todas las demás manzanas de la tierra. Bastante y quizá demasiado me he ocupado de este pobre hombre; si lo he hecho, ha sido para decir que contribuía a despopularizar a su hermano, que naturalmente sostenía a este fatuo.

A los pocos días de estar en Potosí, se me dió orden de marchar con mi compañía a Chuquisaca, donde estaba mi regimiento, y de cuya provincia había sido nombrado presidente el coronel don Martín Rodríguez. Así lo hice, llegando a aquella capital el 23 de Mayo, ante-víspera del gran día de la patria. Creía que en aquella ciudad, célebre por su cultura, su clima, la hermosura de sus damas, su ilustración y su patriotismo, se celebraría con solemnidad el 25 del mes de América; pero nada hubo que se pareciese a nuestras fiestas cívi-

go, porque no estoy interiorizado en este asunto) a la caja del ejército. La irregularidad y falta de formalidad con que se manejó el tribunal, dió lugar a inculpaciones, de cuya justicia no puedo juzgar, pero si hubo malversación, no debió ser tanta, pues ninguno de los que lo formaban se enriqueció. A todos los hemos visto después gozar una vida más que mediocre y sufrir, al fin, las escaseces de la emigración. Luego diré lo que pienso que hubo realmente en esto.

El único tapado que se descubrió y extrajo, perteneciente al rico capitalista Achaval, importaba más de cien mil duros, de los que tres cuartas partes eran en moneda sellada y tejos de oro. Este caudal, que se encontró a granel en un socabón hecho en una casa y después cubierto con tierra (1), era llevado por peones en parihuelas a la casa del tribunal; y para quitar el barro que venía pegado en las monedas, se echaba también a granel (todo esto era antes de contarlo y tomar razón) en el estanque de la fuente que tenía la misma casa, de donde se extraían otra vez, después de lavadas, para llevarlas a las piezas destinadas al efecto.

Como una prueba de la informalidad con que manejaban estos caudales, referiré lo que me contó el capitán entonces, y después coronel, don Daniel Ferreira, a cuya narración dí entero crédito. Llegó a la casa donde tenía sus sesiones el Tribunal, en los momentos en que se hacía el lavatorio del dinero de que acabo de hacer mención; era presenciado por el coronel Quintana, presidente del tribunal, quien le dijo: *Ferreira, ¿por qué no toma usted algunos pesos?* Este, aceptando el ofrecimiento, estiró su gigantesco brazo, proporcionado a su estatura, y con su tamaña mano tomó cuanto podía abarcar. Quintana repitió entonces: *¿Qué va usted a hacer con eso? tome usted más.* Entonces Ferreira, sacando su pañuelo, puso en él cuanto podía cargar, que probablemente serían algunos cientos. Por este hecho, que creo verdadero, júzguese lo demás. Entretanto estoy persuadido que Quintana creía un acto de perfecta justicia, remunerar de este modo a un buen soldado y honrado patriota, como era Ferreira, y este quedó muy agradecido y encomiaba la generosidad del coronel Quintana.

Con algunas más generosidades como esta, con lo que sus-

(1) Este mismo señor Achaval había perdido antes en La Paz una gruesa cantidad de dinero, porque su dependiente, al ocultarlo, no dijo a nadie el lugar del depósito, y habiendo muerto éste, no se pudo dar con él. Esto le obligó a prevenir a sus otros dependientes que, llegado igual lance, lo avisasen a alguna persona de su confianza. Por esta segunda vez, fué el confidente quien traicionó el secreto.

a la tropa. Fué el mejor medio que se le ocurrió de cortarlo.

En Chuquisaca poco o nada hubo de entierros, pero sí muchos depósitos en los conventos de monjas y beaterios que son bastantes. Una tarde fueron comisionados los jefes de mi regimiento para ir a los conventos de Santa Clara y Santa Mónica a registrarlos (después de allanada la clausura por la autoridad competente) para extraer las alhajas y efectos de toda clase que hubiese depositados. Se hizo un buen acopio de todo y se guardó en la sala principal de la casa de Gobierno o Presidencia, a granel y sin cuenta ni razón. Era tanta la informalidad y quizá estudiada imprecaución, que teniendo dos puertas en los extremos opuestos dicha sala, no se había recogido y guardado las llaves. Una de dichas puertas caía a la secretaría, y me acuerdo haber sorprendido a un funcionario que había abierto misteriosamente dicha puerta y se había introducido al salón. La otra no estaba mejor guardada, aunque caía a las piezas que ocupaba el Presidente.

Muy luego se vieron los efectos de este desorden, pues hasta algunos oficiales subalternos empezaron a derramar dinero y a gastar un lujo enteramente desproporcionado a sus haberes. Varios de ellos, que sólo eran tenientes o alféreces, tiraron las guarniciones y vainas de fierro de sus espadas para hacerlas de plata; se cargaron de uniformes lujosos e hicieron a las damas buenos regalos; esto sin contar lo que disipaban sobre la carpeta. Hago memoria de don Raimundo Hereña, amigo mío, que tenía tienda de negocio: me había mostrado un sable antiguo de vaina de suela, con guarniciones y conteras de plata de añeja hechura; un día me sorprendió con decirme que lo había vendido en el valor de quinientos pesos, cuando no valía la décima parte; para convencer mi incredulidad, me manifestó un collar de y me dijo: *Un ayudante me ha dado en cambio del sable estas perlas que han sido tasadas en quinientos pesos*. Con lo que me convenció de la exactitud de su referencia. El ayudante debía gastar muchos pesos más para modernizar el sable.

Otra vez me sorprendí al ver a unos cuantos soldados de mi compañía con chalecos nuevos de un riquísimo terciopelo verde; me informé reservadamente de la procedencia de esta lujosa mercadería, y supe que al conducir a la Presidencia varios cajones de costosos efectos, dejaron caer intencionalmente uno para que se hiciera pedazos, como su-

quièn, aunque en secreto deploraba los desórdenes, se mantenía impasible por la extremada moderación de su carácter; nada fué bastante para hacer desistir de sus atrevidas quejas a aquellos jóvenes, que ellos mismos habían empujado en la carrera de la indisciplina. Sin embargo, los respetos de Balcarce contribuyeron a que las cosas no pasasen a mayores escándalos, como debió suceder, y que se concluyese el negocio, separándose dos oficiales de los más comprometidos, que fueron mandados a disposición del general en jefe, y proponiéndose el mayor ser más mesurado en sus expresiones, cuya acritud en algunas ocasiones había sido el motivo de la queja.

Como yo no hubiese querido mezclarme en aquella especie de tumulto, y que muy al contrario, hubiese empleado mi influencia en calmarlo, el coronel, los otros jefes y hasta el mayor, con quién no corría en muy buena relación, buscaron mi amistad y me ofrecieron la suya. Yo sin desecharla, fuí invariable en mis principios, de modo que cuando esta nueva situación nos diese algunos puntos de contacto, había otros en que nos separábamos enteramente.

Además de los jefes, había en el regimiento un capitán que gozaba de las regalías de tal; era el capitán don Antonio Rodríguez, hermano del coronel, que habiéndose quedado al abrir la campaña, con cualquier pretexto, había ocurrido al ruido de los embargos y confiscaciones. No se presentaba jamás en su compañía; no hacía guardia ni servicio alguno; era una especie de favorito que se ocupaba exclusivamente de hacer la corte al jefe del gobierno. Era un ente anómalo, que hubiera escandalizado a un cuerpo militar, si algo hubiera podido escandalizarnos en el estado de desgreño en que nos encontrábamos. Lo único que se alegaba para esta preferencia, era su mayor antigüedad, por la cual le correspondía la mayoría, que sin duda le hubiera sido conferida antes que a Zamudio, si no hubiera estado fuera del regimiento y manifestando siempre intenciones de dejar el ejército y aun el servicio. Más tarde fué promovido a comandante de escuadrón y aún se sobrepuso al mismo Zamudio.

Se me ha pasado referir que cuando la fuerza de las confiscaciones, fuese para probar la solidez de mis principios, fuese para cerrarme la boca, si tenía la debilidad de morder el sebo, fuí una noche, a las siete, llamado a la Presidencia. Llegado a presencia del señor Rodríguez, me dijo, mostrándome un indio trabajador que estaba presente:

guiado del indio y seguido de los oficiales, porque la tropa quedó fuera.

Después de atravesar por muchos corredores, patios pequeños, puertas y pasillos, llegamos al lugar donde el indio albañil indicó que había sido ocultado el depósito que se buscaba. El lugar era un pequeño cuartejo sin más comunicación ni salida que una puerta diminuta que había estado tapiada y acababa en esos momentos de ser abierta, y cuyos escombros, que pocos instantes antes habían sido barridos, se encontraban a pocas varas de distancia, porque no tuvieron tiempo de llevarlos más lejos. Aquellas benditas madres creyendo sin duda, que en aquel caso les era permitido men-

---

sible y quedamos los mejores amigos del mundo. A la mañana siguiente, estando aún en cama, se me presentó una criada del convento con un amistoso recado de mi paisana, que me mandaba servir el mate, para lo que, según es costumbre, traía todo lo preciso y un hermoso ramo de flores, indicándome, además, que la visitase, pues tendría mucho gusto en recibirme, lo que ofrecí hacer tan luego como pudiese. Efectivamente, a los dos o tres días, fuí una mañana al convento, y llamando al torno, me anuncié a la portera, a quien no veía, rogándole avisase a la madre Pilar Moyano que su paisano estaba a visitarla y que le suplicaba bajase al locutorio. La portera, que tampoco me veía, me preguntó con ese tono y temple de voz que es peculiar de las monjas, "si yo era oficial de la patria", y oyendo mi contestación afirmativa, repuso: "¡Qué extraño es que los oficiales de la patria vengan a visitar a las realistas, sin hacer caso de las patriotas!" Confieso que me chocó fuertemente la coquetería de la buena monja, que no sé si era vieja o moza, linda o fea, y la ingerencia que quería tomar en las cosas políticas. Yo, que estaba acostumbrado a considerar a aquellas cándidas mujeres enteramente abstraídas de las cosas terrenas y ocupadas exclusivamente de los intereses del cielo, no pude ocultar mi disgusto y le dije por última contestación: "Madre, me retiro, y por lo tanto puede usted excusar de avisar mi venida a la madre Pilar, cuyas opiniones políticas no venía a explorar; como de ninguna otra de sus Reverencias". Así lo hice, sin que otra vez quisiese tentar nueva visita.

Lo que he dicho servirá para hacer comprender que los partidos políticos y las pasiones que les son consiguientes, habían penetrado en aquel recinto sagrado, en donde no debieran haberse oído más que los cánticos de alabanza y las plegarias al Ser Supremo. Aquella comunidad mujeril se había dividido en dos bandos que se hacían una guerra tenaz. La madre Montoya, abadesa nombrada antes de nuestro arribo, profesaba opiniones realistas, lo que motivó una queja de las monjas patriotas, que fué acogida por el Gobierno, quien determinó se hiciese una nueva elección, de que resultó el nombramiento de otra, cuyo nombre no recuerdo, que tenía conocida adhesión a la causa de la Independencia. La madre Pilar, mi paisana, era de aquéllas y esto motivó el picante apóstrofe que me dirigió la noche que la ví: sentía que un paisano suyo se mezcláse en aquellos actos, que ella juzgaba injustos y quizá sacrílegios. Sin embargo, su obstinación no era tenaz, como se ha visto, pero así ella como la tornera, dieron con un hombre que aunque joven, era bien poco galante y que no quiso mezclarse en sus intrigas de claustro. Espero que se me perdone la minuciosidad con que he referido este lance, en atención a que servirá para hacer formar una idea de esos conventos, que sólo debieran ser, y que son efectivamente en otras partes, la morada de la virtud y la inocencia. Hube con otros de mis compañeros otras anécdotas graciosas, que excitarían la risa si no provocasen otras reflexiones más serias.

un motivo más para que las aspiraciones del nuevo brigadier se aumentasen y las manifestase sin rebozo. A mí, que no era más que un capitán, recuerdo que me dijo un día: *Es lo más impropio que el señor Rondeau, estando nombrado Director del Estado* (1), *se conserve a la cabeza del ejército: debería trasladarse a la capital, y dejar el puesto que aquí ocupa, a quién le corresponde.* No es difícil comprender quién era el que se quería designar, y a la verdad que si solo se atendía a la graduación y antigüedad, ningún otro debía ser preferido, siendo él, que era el único brigadier, porque el mayor general Cruz no era más que coronel mayor. Esto servirá para que se comprendan otras ocurrencias posteriores de que hablaremos.

La justicia y estimación personal que he profesado al general Rodríguez, me obligan a hacer una explicación de mis sentimientos y de mis opiniones a su respecto, pues sentiría que el deseo de decir verdad y de dar una idea de los sucesos, hiciesen formar un concepto desfavorable, al menos, más allá de lo que es justo. El general Rodríguez, era un patriota sincero, un hombre leal a la causa de la independencia, era dotado de un excelente corazón, generoso, de maneras insinuantes y de un trato agradable; pero sea como militar, sea como administrador, era de limitados conocimientos; ignoraba aún la práctica de rutina de su profesión, porque la escuela que tuvo en los cuerpos urbanos de Buenos Aires, no pudo suministrársela. Creía de muy buena fe que el modo de entusiasmar al soldado, era tener condescendencias que relajan la disciplina, y el modo de premiar a sus subalternos, era cerrar los ojos y tolerar el merodeo. Cualquiera se persuadirá que en Chuquisaca, en esas confiscaciones desordenadas y en el eminente puesto que ocupaba, pudo acrecentar su fortuna; nada de eso hubo, como se probó bien cuando el año siguiente fué sorprendido y saqueado en la provincia de Salta; sólo se hallaron en su equipaje objetos de menguado valor, que sin embargo se hicieron sonar como pruebas de una patente malversación. Además de aquellas cualidades, tenía el general Rodríguez la de la docilidad, mediante la cual hizo un excelente gobierno cuando años después desempeñó el de Buenos Aires. Se dejó conducir por sus sabios ministros y su administra-

(1) El general Rondeau, después de la revolución de las Fontezuelas y sus consiguientes, había sido nombrado Director del Estado. El general don Ignacio Alvarez, no era sino suplente durante su ausencia.

tes de la prudencia. En ese día hube de cometer un homicidio en un soldado que, desobedeciéndome y echando mano a su tercerola, recibió de mí una estocada en el pecho; afortunadamente la herida no fué grave, sin lo que hubiera yo tenido un mortal dolor. Me ratifiqué también ese día en el concepto que había formado, y lo dije públicamente a varios que estaban a mi inmediación: que era imposible que triunfásemos. Desgraciadamente, acerté en mi profecía.

Es tanto lo que he sufrido desde mi juventud y durante mi larga carrera militar, con los avances del desorden, con el que jamás pude transigir, y al que siempre combatí en la esfera en que, según mi clase, me era permitido girar, que se me deberá disculpar si desciendo a pormenores prolijos y quizás impertinentes. Para explicarme yo mismo ese horror, que muchos han clasificado de excesivo, tengo que recurrir al sentimiento de justicia, que siempre dominó en mi carácter, y la profunda convicción que siempre tuve de que para vencer era preciso la disciplina. De tales disposiciones resultaba, que mientras estuvieron al frente de nuestro ejército, generales severos, si se quiere, pero que hacían observar las leyes militares, el servicio no me fué pesado ni molesto, aunque las privaciones y la propia abnegación debiesen ser mucho mayores; al contrario, cuando la debilidad de los mandones dejaba asomar los desórdenes, mi situación era insoportable.

Y no puede ser de otro modo para un oficial que piense con juicio y con honor; pues, mientras él hace sacrificios inútiles, y que nadie le agradece, otros gozan de lo presente, sin cuidarse de la patria, del crédito del ejército, ni del honor de su distinguida profesión. Pero había otra cosa más en los tiempos de que voy hablando, como en todos los que se les parecen.

Se había introducido la manía, por no decir la infamia, de clasificar a los oficiales en *buenos* y *malos;* siendo los últimos aquellos que reprimían los excesos y se empeñaban por *buenos* aquellos que permitían la licencia y toleraban toda clase de abusos. Esta clasificación, que se permitía muy particularmente el soldado, era funestísima para el orden militar, a que se añadían los rumores vulgares, de que en el conflicto de un combate, la tropa se hacía justicia por sí misma, asesinando a los oficiales que se reputaban por *malos*, sin que pudiese hacerse cargo alguno a los ase-

amistad: vivíamos juntos, comíamos juntos y paseábamos juntos. Sus ideas estaban en perfecta consonancia con las mías y éramos, en una palabra, amigos verdaderos. Su muerte me causó un vivo pesar, y duró por mucho tiempo este doloroso recuerdo. Si yo perdí un amigo, la patria perdió un hijo digno y el ejército una de sus más bellas esperanzas.

En septiembre nos movimos de Macha, al mismo tiempo que lo hacía el ejército desde sus acantonamientos en las cercanías de Potosí. El batallón de cazadores, a las órdenes del mayor, entonces, don Rudecindo Alvarado, llevaba la vanguardia, al que seguía el regimiento núm. 1, a las del coronel Forest, y así los demás cuerpos, con una jornada de distancia. El camino que llevábamos se reunía al que traía el ejército en cierto punto, y el día que llegamos al camino principal encontramos, en un vallecito muy estrecho, al batallón de cazadores, que acababa de acampar; no fué sino con dificultad que encontramos terreno para establecer nuestro campo; dificultad que fué mucho mayor cuando al poco rato llegó el núm. 1, que forzando sus marchas y contra lo que prevenían las instrucciones del general en jefe, quería, no sólo alcanzar al cuerpo que le precedía, sino pasar a su vanguardia, como luego se vió.

En el Perú, como hay poquísimos pastos, y esos de mala calidad, pues generalmente consisten en una paja brava y dura, es forzoso emplear el pasto cultivado y los granos para alimentar las bestias. Es, pues, indispensable hacer requisiciones anticipadas, para que se logre un acopio proporcionado, en los lugares que se elijan para parada de un cuerpo o de un ejército; lo mismo se practica con respecto a los víveres que ha de consumir la tropa (1), lo que es más o menos difícil, según la más o menos abundancia del lugar y según el celo y voluntad de las autoridades encargadas de la requisición. Cuando por falta de providencias oportunas en la administración militar que debía hacer los pedidos, o por negligencia de los alcaldes, caciques o corregidores, no se encontraban los víveres y forrajes precisos,

(1) Ya en tiempo de los españoles, acostumbraron éstos algunas veces dar a la tropa una peseta diaria por plaza (sin duda abonaban en proporción a los jefes y oficiales) para que el soldado proveyese a su subsistencia, sin que el jefe se ocupase de ella; después me han asegurado que este método es adoptado habitualmente en la actualidad. El es cómodo sin duda, pero es consiguiente que se aumente y siga al ejército un número considerable de vivanderos, lo que no deja de traer sus inconvenientes, fuera de otros que saltan a la vista.

planta el pensamiento de dar un buen golpe al enemigo, sobre lo que ya había conferenciado con el general en jefe.

La tarde del 17 de octubre (1815) nos llamó el brigadier Rodríguez, al mayor don Rudecindo Alvarado, que mandaba el batallón de cazadores, por ausencia del coronel Tolaya, y a mí. Acababa de recibir el parte del coronel Balcarce, que confirmaba los informes dados por el mayor La Madrid, sobre la situación y fuerza enemiga en Venta y Media, y nos preguntó nuestro modo de pensar (1), que no difirió del suyo, bien que Alvarado expresase su opinión de un modo muy tibio. En el acto escribió el señor Rodríguez una carta al general Balcarce y exigiendo su aquiescencia para el movimiento proyectado; el general contestó haciendo observar que era más prudente esperar mejores informes y que convenía meditar más, dejando para después la operación. El general Rodríguez quedó descontento con esta especie de negativa, pero probablemente iba a resignarse, cuando se me ocurrió decirle: *Señor general, ¿por qué no va en persona a exponer al general en jefe las ventajas de la operación y las probabilidades del triunfo?* Lo que resolvió inmediatamente, mandando ensillar su caballo y llamando un ayudante que lo acompañase.

Cuando quedamos solos el señor Alvarado y yo, me expresó éste su disconformidad con mi modo de pensar, y su pesar por mi última insinuación que había quizá motivado la resolución de ir el señor Rodríguez al cuartel general. Recuerdo que me dijo en tono jocoso: *Mi amigo, si nos va mal, a usted lo he de culpar;* pero yo estaba muy distante de pensar así, y sin duda me engañaba, o al menos así lo probó el resultado. La operación no me parecía mala, atendidos los informes de Balcarce y La Madrid, y por otra parte creía que aún cuando no obtuviésemos una victoria señalada, no debíamos experimentar un serio contraste. Prescindiendo de la bondad intrínseca de la operación, debía yo calcular con otras mil circunstancias ajenas de ella, que la hacían peligrosa; pero sea la ligereza de la juventud, sea el pueril deseo de lucir en un campo de batalla mis nuevas charreteras, venció

(1) A consecuencia de un duelo, en que había recibido dos heridas de no mucha gravedad, el mayor Zamudio, de mi regimiento, había solicitado retirarse a Chuquisaca, con el fin de curarse. Con este motivo fuí yo propuesto para la mayoría, en que se me dió a reconocer el día antes de marchar a Venta y Media. El capitán graduado de teniente coronel, don Antonio Rodríguez, ascendió a comandante de escuadrón.

debiendo el ejército hacer lo mismo en la mañana siguiente. Yo, en un estado de bastante postración a causa de mi herida, tuve que ser de los primeros. Se me instó para que me fuera a Chuquisaca y lo rehusé obstinadamente, conducido por un excesivo pundonor que me aconsejaba no separarme del ejército. Muchos jefes, que con el mayor escándalo llevaban concubinas, según lo he indicado en otra parte, tuvieron también que hacerlas adelantar con los bagajes; de modo que se vió el estrecho camino que seguíamos, atrabancado de enfermos, de cargas, de equipajes y de mujeres de distintos rangos (permítaseme la expresión), a que servían y acompañaban escogidas partidas de soldados. La primera jornada, después que salimos de Challanta, fué en un lugarejo miserable, en donde apenas había dos o tres ranchos que estaban, cuando llegué, atestados de gente, y cuando pedí víveres y forrajes para mis cabalgaduras, me contestó el indio encargado de suministrarlos, que no los había, porque todo lo habían tomado los soldados que traía la coronela tal, la teniente coronela cual, etc. Efectivamente, ví una de estas prostitutas que, además de traer un tren que podía convenir a una marquesa, era servida y escoltada por todos los gastadores de un regimiento de dos batallones, y las demás, poco más o menos, estaban sobre el mismo pie. Esto sucedía mientras los heridos y otros enfermos caminaban, los más, a pie, en un abandono difícil de explicar y de comprender. Dije mal cuando llamé hospitales a una reunión de desgraciados que se arrastraban, y de los que algunos morían miserablemente. Mas el primer día no fué nada en comparación del segundo, en que se emprendió la marcha temprano.

Antes de media mañana empezó a llover copiosamente, y, sin embargo, la caravana seguía, porque las noticias del enemigo eran premiosas y las órdenes de adelantar camino, en la misma proporción. Creo que este mismo temporal, que a nosotros nos mandaba raudales de agua, fué el que produjo la nevada en las cumbres que ocupaba el enemigo, y sin la que se nos hubiera puesto a tal distancia que hubiera sido forzoso aceptar la batalla o acelerar la retirada precipitadamente. La lluvia continuó todo el día y marchábamos por una quebrada, por donde corre un arroyuelo de poquísima importancia; sin embargo, en proporción que avanzábamos, el arroyuelo aumentaba con la lluvia y avenidas, y su paso, que era preciso hacer a cada momento, era cada vez más dificultoso. Fuera de algunos pobres ranchos,

cual, cuando el general Rondeau penetró en el Alto Perú en 1815, hizo fuertes reclamos y pidió su remoción; el general Rondeau accedió y mandó a reemplazarlo al coronel don Santiago Carrera, quien llegó a la capital y fué reconocido sin oposición por las autoridades y vecindario. Warnes, no recuerdo con qué motivo o razón, había emprendido una expedición sobre Chiquitos (donde había batido a los españoles y muerto al Gobernador realista Altolaguirre); de modo que no estaba en la ciudad de Santa Cruz cuando llegó su sucesor.

Sin desobedecer abiertamente, se dejó estar en Chiquitos con la principal fuerza de la provincia, mientras se tramaba en la capital una conspiración de la plebe contra Carrera, la que estalló, perdiendo en ella la vida el mismo Carrera. De hecho quedó de gobernador Warnes y volvió a tomar las riendas de la administración. Como en estos momentos fueron los sucesos de Venta y Media y Sipe-Sipe, poco se supo en el ejército de la determinación que había tomado el General y hasta ignoro si pensó tomarla. Es probable, tanto por el carácter débil del general Rondeau como por las dificultades que lo rodeaban, que dejó andar las cosas sin ocuparse mucho de aprobarlas o desaprobarlas.

Son hechos éstos que fueron poco y muy imperfectamente conocidos. La campaña del general Arenales es natural que sea tratada por su hijo, el coronel don José Arenales, que ha escrito ya otras obras. Las de Warnes es de temer que no tengan un historiador tan prolijo. A mí, sin documentos, sin papeles de ninguna clase, sirviéndome únicamente de mi memoria y después de más de treinta años de transcurso, me sería imposible hablar más detalladamente. Bástame decir que ambos Jefes, sin instrucciones, sin recursos, sin comunicaciones con el Gobierno ni con el ejército, inspirados por su celo y patriotismo, sostuvieron una diversión utilísima e importante, para que todo el poder real cayese sobre las Provincias Bajas, que eran la base, la cuna y el astillero de la revolución.

Para concluir, agregaré que después de la batalla de Sipe-Sipe, el señor Arenales siguió la derrota de nuestro ejército, sin que se pensase, porque nada se pensaba, en dejarlo otra vez para que repitiese las hazañas anteriores. No así el señor Warnes que quedó en su provincia de Santa Cruz, para conservarse algún tiempo, hasta que el año siguiente marchó contra él una división realista y lo batió,

muriendo él mismo en el combate. La provincia de Santa Cruz volvió entonces al yugo español, sin quedar más que algunos caudillos (el principal era un tal Mercado, que había ido con Warnes en clase de teniente de infantería) que eran de menos importancia y que hacían una guerra insignificante de partidas.

Había otros muchos jefes de tropas irregulares que hostilizaban a los españoles, como Lanza, Camargo, Padilla, Centeno y otros mil, que reunían gente colecticia y hacían la guerra a su modo; pero que frecuentemente eran batidos y escarmentados por las aguerridas tropas realistas. Algunos de éstos se reunieron al ejército, pero sin que sus bandas indisciplinadas aumentasen la fuerza y verdadero poder de nuestras armas, porque (al menos en una batalla) nada añadían de peso en la balanza. No obstante, se podía haber sacado gran provecho, dejando obrar a su modo las republiquetas (1) y tomando la juventud más adecuada para aumentar hasta donde fuese posible las tropas de línea. No se supo sacar partido del entusiasmo de los peruanos, ni de los recursos de aquel país; por el contrario, se renovaron las antipatías locales y predispusieron la separación de aquellas provincias que quizá jamás volverán a pertenecer a la República Argentina. No podría escribirse sobre esto, sin irritar heridas mal cerradas ni herir susceptibilidades que no es mi ánimo ofender; lo dejaré, pues, para ocuparme de la célebre batalla de Sipe-Sipe.

Cuando llegué a Cochabamba había cedido algo la inflamación de mi herida y se empezaba a restablecer mi salud. Mis compañeros estaban mucho más adelantados en su curación que yo, en términos que el porta-estandarte Ferro pudo ya montar a caballo y se fué al regimiento para hallarse en la próxima batalla, en que recibió otro balazo que lo llevó a la eternidad.

En el llano de Sipe-Sipe, según me lo han descripto, se eleva una loma de suave pendiente que tiene de extensión algunos miles de varas. En ella tomó posición nuestro ejército, dominando de aquel modo la llanura; pero esta no era la principal ventaja que pensaba sacar el general Rondeau, de la situación, pues le ofrecía otra la desembocadura

(1) Nombre que se dió vulgarmente a esas reuniones espontáneas de hombres mal disciplinados y peor dirigidos, sin armas, sin reglas y sin táctica. En una palabra, eran las montoneras de las Provincias Bajas, que recibieron ese nombre en el Perú.

del camino que traía el enemigo, por una quebrada áspera y estrecha. Esta quebrada, camino indispensable para salir de la sierra al llano, está dominada por ambos lados, por terrenos elevados, que habiendo sido ocupados por una numerosa vanguardia a las órdenes del coronel don Cornelio Zelaya, debían impedir al enemigo su salida y despliegue en la llanura de Sipe-Sipe.

Había aún otra altura que dominaba a las que nuestras tropas habían ocupado, la que fué declarada inaccesible por su mucha pendiente y por lo áspero de su escarpa. El 26 de Noviembre estuvo el enemigo a la vista; el 27 probó vencer la resistencia que se le oponía, pero desistió después de un combate empeñado. El 28, habiendo tomado mejor sus medidas, atacó decididamente, ocupó la altura reputada inaccesible, dominó nuestras posiciones y las hizo desalojar, arrollando en seguida nuestra vanguardia y saliendo al fin, con muy poca pérdida, al llano que tanto se le había querido disputar. Este fué el mayor esfuerzo, quizá el único que hicieron nuestras tropas, las que se replegaron sobre nuestra línea, viniendo el enemigo a establecer la suya, esa misma tarde, enfrente de la nuestra y a media legua de distancia.

En la madrugada del 29, el enemigo empezó a correrse por su flanco izquierdo, y continuando este movimiento de flanco, circularmente, vino a quedar formado sobre nuestra derecha. El general Rondeau se vió precisado a un cambio de frente, para el cual le fué forzoso descender de la elevada posición que ocupaba, extendiendo sus dos alas a ambos lados de la loma en que había tenido su línea; tan solo le sirvió esta para colocar ventajosamente dos piezas de artillería que jugaron desde la falda siempre algo elevada, de la colina. En este cambio de frente hubo, según se me ha asegurado, una equivocación voluntaria, o mejor diré, clásica desobediencia, que pudo por sí sola, comprometer la batalla.

El orden de esta, según lo había dispuesto el General en Jefe, colocaba al regimiento núm. 9 a la derecha y en seguida el núm. 1; mas el coronel Forest se creyó agraviado y había cedido con repugnancia la colocación que pretendía pertenecerle. Cuando recibió la orden para descender la colina y practicar el cambio de frente prescripto, se adelantó al núm. 9 y se colocó dejando un intervalo para que este lo ocupase, quedando él entonces a la derecha de la línea. El coronel Pagola, que mandaba el núm. 9, quiso dirigirse a tomar la derecha del núm. 1, pero en aquellos

momentos, en que el enemigo se movía avanzando ya, le pareció más prudente, y con razón, encajonar en el claro que le habían dejado, antes que entrar en una disputa perniciosa: así lo hizo.

El enemigo, luego que hubo concluído su movimiento, se lanzó al ataque sobre toda la extensión de nuestra línea, triunfando en todas partes sin dificultad, sobre un ejército desmoralizado y vencido desde antes, por el desorden y la anarquía en que lo había constituído la insubordinación de los jefes. Parecía increíble, pero yo doy entero crédito a las relaciones oficiales del enemigo que, si no me engaño, no hacían subir ni con mucho, su pérdida a cien hombres. El regimiento núm. 6, que estaba en reserva, tuvo orden de apoyar una ala, a la que flanqueaban, y se disolvió antes de llegar a la línea, sin disparar ni un fusilazo. Tan solo los Granaderos a caballo que estaban a la derecha, dieron una carga que contuvo momentáneamente los progresos del enemigo; en la izquierda, los Dragones hicieron más o menos lo mismo y aun hubieran hecho más, sin la casualidad de una bala que atravesando las quijadas del caballo que montaba el coronel Balcarce, cortó las cabezadas del freno, dejándolo enteramente sin gobierno en el momento más crítico y en que más necesaria era su dirección y su ejemplo. Sin duda fué debido al respeto que impuso nuestra caballería, la débil persecución que sufrió nuestro ejército, de que resultó también poquísima pérdida en el campo de batalla.

Más no por eso fué menos el descalabro, pues el desbandamiento fué tan completo, y la ineficacia, la debilidad de los jefes o su impericia tan grande, que no se pensó en reunir los dispersos, que continuaron por muchos días marchando a su placer, internándose muchos por el país, perdiéndose para el ejército hasta Chuquisaca, que hay más de ochenta leguas.

Yo había permanecido en Cochabamba, donde me reuní con los médicos del ejército, Tejerina y Argerich, que estaban también enfermos, fuera de Torino que siempre me acompañaba.

El 28, sabiendo que el ejército enemigo había vencido la quebrada y que una acción general iba a empeñarse, no quisimos esperar sus resultados embodegados en una casa de la ciudad y a una larga distancia de nuestras cabalgaduras que pacían fuera de ella. De común acuerdo, salimos esa tarde a situarnos en una quinta, a una legua de distancia, en la avenida del campo de batalla. Eran las diez de la mañana

y no se había oído ni un cañonazo, ni tenido el menor indicio de la acción, lo que nos hacía creer que se había postergado; pues en los días anteriores se había oído muy distintamente hasta el fuego de la fusilería. Sea que el viento fuese contrario, o lo que es más cierto, que habiendo descendido al bajo, las alturas intermedias interceptaban el sonido, lo cierto es que ese día aciago nada supimos hasta que empezaron a llegar y pasar las bandas de derrotados, sin jefes ni oficiales, porque estos iban también como podían, cada uno por su lado.

Ya se comprenderá que nos apresuramos a seguir el mismo movimiento, teniendo mucho que aplaudir nuestra resolución de la víspera. A las pocas horas llegamos a Torata, lindo pueblecito situado en el hermoso valle de Clisa, con buenos edificios, bastante población y mucho comercio. Allí se hallaba retirado el coronel Arenales, quien en el acto tomó las providencias oportunas para reunir los dispersos y atajar el desorden de la derrota. Señaló un cuartel donde se reunían y donde se daba una comida preparada de antemano, a los que llegaban; se tomaba razón de las armas, etc. Pero este digno Jefe no pudo seguir su benéfica inspiración, y al anochecer tuvo que abrir las puertas del cuartel y dejar que continuase la horrible dispersión. No había ninguna orden del General en Jefe, ni una noticia de su dirección, de sus intenciones, ni de sus miras, ni disposición de ninguna especie. Los rumores que llegaban eran cada vez más alarmantes, y había oficiales que daban al soldado el ejemplo de la insubordinación y del desorden, cuando por su propia seguridad les hubiera convenido retirarse en un cuerpo reunido, más o menos numeroso. ¡Ah! ¡Qué comparaciones hacíamos con esas retiradas del general Belgrano, en que habiendo dejado tres cuartas partes de su ejército en el campo de batalla, salvaba la que le quedaba, conservando la disciplina y el honor de nuestras armas! ¡Qué comparación con aquella espantosa fuga, en que habiéndose salvado todo el ejército, se perdió en su mayor parte por la inepcia y la más crasa incapacidad!

Aún había otra ventaja que pudo aprovecharse, y era la adhesión que siempre manifestó a nuestra causa, más que ninguna otra provincia del Perú, la de Cochabamba, lo que hubiera contribuido eficazmente, si el General y los jefes hubieran manifestado una pequeña parte de ese espíritu, de ese celo y de esa energía en la desgracia, de que les había

equipajes de los médicos Tejerina, Argerich y Vico, se perdieron de ese modo, casi a nuestra presencia; y la Comisaría, que por haberse hecho retirar antes de la acción estaba salva, corrió la misma suerte. Entretanto, mi carga que era de poquísima importancia se salvó, fuese porque tomé mejor mis medidas, o por el tal cual respeto que inspiraba un jefe gravemente herido, o quizá por su poco valor.

El General Rondeau había salido del campo de batalla, arrastrado como todos, por el desorden de la derrota; pero lo admirable es que solo iba acompañado de dos o tres de sus ayudantes, sin que un solo individuo de tropa viniese a aumentar su comitiva. Así sucedía que en las paradas, cuando estas no se hacían en casas donde se les prestasen los necesarios servicios, lo que sucedía muchas veces, tenía que ir personalmente a dar agua a su caballo, si alguno de sus ayudantes no estaba por casualidad pronto a hacerlo en su lugar. ¿Era que el General en Jefe huyese de ponerse en contacto con los miles de dispersos, que por diversos caminos y sendas seguían la misma dirección? ¿Era qué el prestigio del General hubiese sufrido un menoscabo tan terrible que nadie quería reunírsele? Sea lo que sea, lo cierto es que el General llegó solo a Chuquisaca, después de haber andado más de ochenta leguas, sin que en diez o doce días que duró esta travesía, se oyese impartir una sola orden suya, ni invocar su nombre, ni se percibiese el menor acto o disposición de su parte, si no para reparar, para hacer al menos que no fuese tan sensible el desastre que acabábamos de sufrir.

Si por lo que hemos dicho se hubiese de medir el mérito militar del general Rondeau (tan recomendable por otra parte, por su moderación, patriotismo y otras virtudes que no se le pueden negar), sería inexplicable como este Jefe pudo mandar el ejército que sitiaba a Montevideo, con tanto acierto y gloria. En tal conflicto, estoy inclinado a creer que la insubordinación de los jefes a quienes desde la asonada de Jujuy, debía el mando del ejército, y la consiguiente indisciplina, había influído en su ánimo de una manera tan desventajosa que le faltaba la resolución necesaria para hacerse obedecer, y en tal situación prefería (erradamente sin duda) dejar correr las cosas, a verse contrariado con una insolencia de que hay pocos ejemplos. Más adelante se hallaron pruebas que justificaron este pensamiento.

El general don Francisco Cruz, mayor general del ejército, había recibido una herida en un brazo que aunque no de gra-

acampaban distantes y tomaban entre sí las precauciones que se acostumbraban entre dos cuerpos enemigos. Fué notorio que en algunas ocasiones colocaron guardias avanzadas para observarse mutuamente; se aseguró como cosa generalmente admitida que el núm. 1, que mandaba Forest, tenía habitualmente sus armas cargadas, recelando una sorpresa que podía prepararle el núm. 9, que mandaba Pagola; y éste, por su parte, se precaucionaba del mismo modo. Todo provenía de que en vista de tales disposiciones se temía por momentos un movimiento revolucionario contra la autoridad del General en Jefe, mientras Forest recelaba un golpe de autoridad, al que estaba dispuesto a resistir a todo trance. Entretanto la conducta de éste, con respecto al General, era escandalosa; pues no había hora del día en que no lanzase censuras amargas, dicterios y hasta insultos contra el general Rondeau, y lejos de precaucionarse buscaba él mismo oyentes de todas graduaciones para hacer más pública su insolencia. Ya se comprenderá cómo cumplía las órdenes que se le comunicaban, y llegó término en que los ayudantes del general se excusaban de llevarlas por no ser testigos de los insultos que le prodigaba. Puede decirse que era un frenético.

Era de tarde cuando marchamos de Tumusla, y yo, siempre enfermo, iba unas cuantas cuadras adelante de la vanguardia, con el fin de procurarme un regular alojamiento, cuando me alcanzó y aun pasó adelante el mayor don Manuel Escalada acompañado del mayor don Jerónimo Elguera, que era del núm. 1, y cuatro granaderos a caballo. No sospeché lo que aquello significaba, y me persuadí que se hubiesen reunido casualmente o fuesen a alguna diligencia especial. Al día siguiente supe que Escalada conducía arrestado a Elguera, y he aquí el motivo de esta prisión.

El General había dado orden a todos los cuerpos de marchar esa misma tarde, orden a que contestó desentonadamente Forest, que no podía hacerlo porque su regimiento estaba comiendo; el General repitió la orden, y aquel mandó a su mayor Elguera con un recado insolente al General (1). Este, a pesar de su genial mansedumbre, no pudo sufrirlo y puso preso y mandó adelante al mayor con Escalada que era su ayudante de campo. ¿Qué hizo Forest entonces? vamos a verlo. Comisionó a un oficial Delgado (conocido después en la

(1) Ya había sucedido, y mi hermano fué uno de ellos, que los ayudantes del General dijeron a Forest que ellos no serían conductores de desvergüenzas, y que en caso de decirlas se sirviese de otros; quizá por esto mandó a su Mayor.

perdimos algunos negros helados de frío, y que el pequeño río de Humahuaca nos arrebató otros, que se ahogaron, porque había crecido con las continuas lluvias de la estación.

En Humahuaca encontramos una hermosa división compuesta de los regimientos de infantería núms. 2 y 3, a las órdenes de los coroneles Bustos y French; venía de Buenos Aires a reforzar el ejército y aunque había sufrido considerable deserción, pasaba de mil hombres veteranos su fuerza actual. Estos jefes, y principalmente French, se declararon abiertamente por Rondeau, y con su apoyo pudo sobreponerse a Forest, el cual fué separado del ejército y disuelto su cuerpo, quedando entonces el general Rondeau sin otra oposición que los que lamentaban en secreto que no usase mejor de un poder que lo habilitaba para establecer una buena disciplina y dar el tono que convenía al ejército. Situó su Cuartel General en Huacalera, como lo había tenido antes de abrir la campaña, y distribuyó los cuerpos en varios puntos de la quebrada, mientras meditaba otra campaña contra el gobernador de Salta, don Martín M. de Güemes, que fué igualmente desastrosa.

Antes de ocuparme de ella diré una palabra sobre la importancia del refuerzo que acababa de recibir el ejército, en los regimientos núms. 2 y 3, de cuya venida debía estar instruído el General cuando la batalla de Sipe-Sipe. Es fuera de duda que cuando ella tuvo lugar ya él venía en marcha, y entonces ¿por qué no diferirla, retirándose hasta recibirlo? Se dirá acaso que no se querían abandonar las provincias que se habían libertado, pero era mejor abandonarlas momentáneamente para recuperarlas en seguida, que exponer su suerte con un ejército que era presa de la anarquía y del desorden (1). Aun después de perdida, si se hubiese hecho la retirada cual convenía, si se hubiese salvado todos los elementos que debieron salvarse, si se hubiese restablecido la disciplina, sin duda hubiéramos estado en aptitud, con el refuerzo mencio-

(1) Estoy tentado en creer que las reflexiones que se han visto no se ocultaran al General, pero que le faltó en cierto modo libertad para tomar el partido que convenía. Venía a ser esto el efecto de esa oposición facciosa, cuando se introduce en un ejército, porque esas censuras sistemáticas, esa reprobación continua que recae sobre todo lo que se hace, solo porque viene de un origen que se quiere destruir, acaba por ligar los brazos de un general, si no está dotado de una firmeza a toda prueba. Si en los gobiernos políticos es admitida y hasta útil la discusión sobre todos sus actos, para la que conviene una oposición legal, el mando militar la repugna por su misma naturaleza. Si así no fuese, la responsabilidad del General sería mucho menor, lo que es contrario al espíritu de las leyes militares y de la utilidad pública.

CAPITULO VIII

ULTIMAS CAMPAÑAS EN EL ALTO PERU

Güemes se hace proclamar Gobernador de Salta.—Desgraciada campaña del general Rondeau contra este caudillo.El marqués de Tojo.—El director Pueyrredón influye en el mayor Paz para que no abandone la carrera militar.—Crítica situación del ejército por la falta de recursos, de instrucción y de disciplina.—El general Rondeau deja su posición de Jujuy para replegarse a Tucumán: en el camino es relevado en el mando en jefe, por el general Belgrano.—Muerte del coronel don Diego Balcarce.—Sufrimientos físicos y morales del autor de las Memorias.—Rigurosa disciplina establecida por el general Belgrano.—Estado de la revolución y de los partidos.—Rebelión del teniente coronel Borges, en Santiago.—Su muerte.—Recomposición del ejército realista.—La guerra de los gauchos.—Expedición del comandante La Madrid.—Triunfos y reveses de esta expedición.—Su derrota completa en Sopachay.—Composición de los cuerpos del ejército.

El comandante don Martín M. de Güemes, según indicamos en su lugar, habiéndose retirado con sus milicias, después de la acción del Puesto del Marqués, en el año anterior (estábamos ya en los primeros meses de 1816), arrebató el armamento que había quedado en el parque del ejército, en Jujuy, y se dirigió a Salta, donde se hizo elegir Gobernador. Si la captura del armamento contra la voluntad del General era una usurpación violenta, su elección popular para Gobernador era una violación de las reglas establecidas; pues, hasta entonces la nominación de los gobernadores de provincias había emanado de la primera autoridad nacional, residente en Buenos Aires. Más ya entonces cundían con rapidez los celos contra la Capital y la resistencia a lo que venía de aquel origen. Güemes se hizo el campeón de esa resistencia que se hizo popular en la provincia.

Además, se había exagerado hasta el fastidio, los desórdenes del ejército, las depredaciones y las exacciones injustas que se habían hecho a los particulares y a los pueblos. Se de-

cito, a las órdenes del coronel don Rafael Ortiguera, se dirigían rectamente a Jujuy sin entrar en Salta; no habían sido prevenidos de cosa alguna y hacían sus marchas con intervalo de uno o dos días, haciendo jornadas regulares por las postas, en que largaban los caballos y se acostaban a dormir como en un país amigo. El primero, a las órdenes del capitán don Diego Belaustegui, pasó milagrosamente; el segundo, a las del coronel Ortiguera, fué sorprendido por los comandantes don Juan José Quesada (que habiendo pertenecido al ejército, había tomado partido con Güemes), Moldes y Panana, en medio de la noche, sin caballos, en el seno de una inexplicable confianza y de un sueño profundo. Hubo pocos muertos, muchos prisioneros y algunos escapados a pie, en la obscuridad y en el bosque, siendo uno de éstos, el Coronel.

Aun esta vez manifestó el general Rondeau una falta de previsión que nada puede disculpar, y a fe que por ahora no puede cohonestarse con la desobediencia de los jefes o la indisciplina. Nada se había preparado, nada se había previsto para un movimiento tan importante como el que emprendió desde la quebrada de Humahuaca. En primer lugar no se había proporcionado inteligencias en la provincia invadida, ni se había puesto de acuerdo con amigos sinceros que tenía el ejército, quienes ya veían en Güemes un caudillo inmoral y funesto. Con esto contestaban al cargo que les hacía por la indiferencia que manifestó la parte civilizada cuando penetró el ejército en la ciudad. Nada se nos previno, decían, nada se nos exigió.

En segundo lugar, no previó el General que para una guerra de esa clase necesitaba más caballería, la que pudo proporcionarse, si no quería llevar los Dragones del Perú que dejó en la quebrada, esperando ocho días para que llegasen los Dragones de la Patria, que estaban tan cerca. Aun cuando no los esperase para moverse, pudo ordenarles que marchasen con cautela, reunidos y que buscasen el ejército. Es probable que lo hubiesen conseguido y le hubieran sido de una inmensa utilidad.

En tercer lugar, marchó con el ejército sin llevar víveres o ganado en pie, de modo que no pudiendo tomarlo en el campo, se vió privado de él, lo que por sí sólo bastaba para hacer insostenible su posición. Es inconcebible tanta imprevisión, mucho más en un General que sabía prácticamente lo que era la guerra irregular o de montonera y lo que valía el poder del gauchaje en nuestro país, pues

no se marchaba inmediatamente a arrojar al enemigo, por lo menos hasta el otro lado del Desaguadero. Estas quejas hubiesen sido más racionales si se hubiesen limitado a deplorar las bellas ocasiones que se habían perdido de triunfar y acaso de concluir la guerra; pero circunscriptas a la ocasión presente eran infundadas e injustas, porque, a la verdad, no se podía por entonces pensar en movimientos ofensivos sin remover dificultades, cuyo vencimiento estaba fuera de un alcance común.

Por otra parte, el espíritu de oposición que por ese tiempo se desplegaba contra la capital de la República, halló una perfecta acogida en el Marqués y los que lo rodeaban, y se propuso formar un cuerpo militar de peruanos y combatir al enemigo, pero con cierto despego e independencia del ejército, que hacía resaltar en todos sus actos. No sé por nominación de quién tomó títulos pomposos, sin dejar el de Castilla, con que sus antepasados habían sido condecorados por los reyes, haciendo un retroceso a los principios aristocráticos de que nos habíamos sacudido con la revolución. Para comprender todo esto, bastará saber el encabezamiento que ponía en sus providencias gubernativas, que era el siguiente: *Don Juan José Fernández Campero Maturena del Barranco, Pérez de Uriondo, Hernández de la Lanza, Marqués del Valle de Tojo, Vizconde de San Mateo, Comandante General de la Puna y Coronel del primer Regimiento Peruano, etc.* El solo acto de abrir una nueva numeración para los cuerpos militares peruanos importaba casi una separación, lo que prueba que desde ese tiempo fermentaba en la cabeza de aquellos habitantes la idea de segregarse de la República y constituirse en nación independiente.

El Marqués, ocupando alternativamente la Rinconada, Cochinoca, el Puesto y otros puntos de sus vastas posesiones, maniobraba a su placer con un cuerpo de ejército de las dos armas, que había organizado a su modo y que sostenía con sus propios recursos. Era voz pública que tenía secretos depósitos de dinero del que había heredado de sus abuelos, de los que sacaba una parte para los gastos de su división. Se cree que con este fin se dirigió (algunos meses después del tiempo de que hablamos) a Yavi, una de sus principales haciendas, y mientras oía misa muy descansadamente, cayó sobre su división el enemigo, poniéndola en completa derrota; los que no huyeron prontamente fueron muertos

mas yo le aconsejo que se conserve en el ejército, pues aunque le falta el uso de un brazo, un jefe de su graduación no es destinado a pelear, sino a hacer ostentación de su presencia en el peligro; es usted muy joven y ya es mayor, he hablado con el General en Jefe y vá usted pronto a ser teniente coronel. Me sedujo y me dejé conveneer, siendo esta la tercera vez que este hombre cortesano, obligante y seductor, influía en el destino de mi vida (1) ligándome a una carrera en que si puedo reputarme feliz por haber obtenido glorias, nada he hecho para mi particular provecho y el de mi familia, y que además me cuesta pesares inauditos.

El señor Pueyrredón marchó a Buenos Aires y yo volví a Humahuaca a sujetarme a las durísimas privaciones que pesaban sobre mis compañeros. Nuestros alimentos, nuestras ropas, nuestro sueño, todo era malo y escaso, y a mí, que estaba convaleciente y sumamente extenuado después de mi prolongada enfermedad, me hicieron una gran impresión estos padecimientos. Empecé a sentir los efectos de una debilidad suma que me preparó otra enfermedad de que después adolecí: una enfermedad del pecho que me puso en el más grave peligro.

Para que en todo fuese más acerba la derrota y retirada de nuestro ejército, bajo las órdenes del general Rondeau, en el Perú, sucedió lo contrario de lo que había acontecido en otras ocasiones. Cuando en tiempo del señor Castelli y del general Belgrano tuvo el ejército que dejar las Provincias Altas, se trajeron por lo menos los caudales de la Casa de Moneda, con los que se pudo auxiliar algún tiempo a los que lo componían; pero esta vez, si vinieron caudales, ignoro en qué se emplearon, porque únicamente para el 25 de Mayo se dió un mes de paga a los oficiales y una buena cuenta a la tropa, sin que se hubiese recibido ni un medio durante todo el año, y siendo este el último esfuerzo que hizo el general Rondeau hasta el fin de su administración, que fué por Agosto del mismo año.

Mas no era general esta miseria. pues recuerdo que su ayudante de campo, el capitán don Miguel Planes, visitaba mucho en casa del señor don Domingo Iriarte, donde yo me alojé los días que estuve en Jujuy, y ostentaba un lujo

(1) Primera, el año diez, siendo Gobernador de Córdoba, me hizo cambiar la Instituta de Justiniano por la espada; segunda, a fines del año 1811, cuando con mi hermano solicité retirarme de Jujuy, siendo General en Jefe dicho señor; y tercera, la que he referido. Alguna vez quizá hablaré de aquellos primeros sucesos.

tanto más insolente, cuanto su único mérito era ser confidente especial y favorito privado de S. E. (1). Como éste había otros que, aunque fuese por otros motivos, eran también distinguidos en secreto, sin que para estas distribuciones clandestinas entrasen para nada en cuenta el mérito, los servicios, la graduación y las verdaderas necesidades. Mi digno amigo, el virtuoso don Diego Balcarce, siendo un coronel, sufrió a la par del último oficial y soldado, y quizá su ejemplo contribuyó mucho a que todos lo hiciésemos sin murmurar, al menos en mi regimiento.

El tiempo pasaba y nada se hacía, ni aun se pensaba. Acaso alguno creerá que se reemplazaban las bajas con reclutas: nada de eso. Otro juzgará que a lo que se conservaba se le daba mejor forma, adelantando la instrucción y disciplina: menos. Cualquiera se persuadirá que echando la vista para el porvenir, se ocupaba el General en preparar recursos para lo sucesivo: tampoco. Se me dirá entonces, ¿en qué se pensaba, pues? Y contestaré que en nada, y cuando más se ocupaban las notabilidades del ejército en intriguillas despreciables. Los hombres de juicio y sensatez como Arenales, Balcarce y algunos otros, estaban anulados y deploraban en secreto los males públicos más que su propio desaire.

Desde la malhadada campaña de Salta, la insolencia de los gauchos había subido a un grado casi insoportable; entraban al pueblo en partidas y más de una vez hubo riñas con los soldados y lances aún más desagradables. Al fin el ejemplo de una licencia triunfante había influído en lo poco que quedaba de disciplina, de modo que amenazaba la vida del ejército. Era urgente, indispensable y vital salir de esta posición, y supongo que por orden del Gobierno resolvió el General dejar Jujuy y toda la provincia, para replegarse cien leguas más hasta Tucumán. Se emprendió la marcha, al mismo tiempo que mi regimiento la principiaba desde

(1) Posteriormente llegó Planes a coronel y estuvo el año 1827 en la Banda Oriental; estuvo también unos días con un escuadrón que mandaba, a mis órdenes, y lo traté con la más perfecta equidad. Trató de insinuarse en las buenas gracias del general Alvear; pero era imposible hacer de él un Rondeau. Con este motivo se retiró deplorando su mala estrella. Por el comandante Correa Morales, amigo y confidente de Planes, supe que su máxima favorita consistía en que "un militar sin favor no podía decorosamente conservarse en su puesto". En ejecución de este principio se retiró sin ser sentido de nadie. Se me ha pasado decir, que mi hermano, que fué también ayudante, pero no favorito de Rondeau, se retiró del servicio desde Moraya, en principios del año 1815.

mesa y estábamos siempre juntos, me causó el más acerbo dolor; luego diré que influyó poderosamente en el quebranto de mi salud.

El 28 de Agosto por la tarde, según he dicho, entró el ejército en Tucumán, y fuera del número 10 que se acuarteló en la Merced, todos los demás cuerpos pasaron a alojarse en lo que se decía la Ciudadela, que era aquella fortificación comenzada por el general San Martín, de que hice mención. Apenas había uno o dos malos galpones y los demás debían fabricarlos los mismos cuerpos, a lo que se puso mano inmediatamente. Mi cuerpo había traído la retaguardia, y de consiguiente fué el último que atravesó la población, cerca de oraciones. Para que hubiese más hombres en formación, había mandado suprimir los cargueros de equipajes, echándolos en unas carretas que venían atrás y dando ejemplo con los mios. Veníamos, pues, todos a cuerpo gentil; pero creyendo que no pasaríamos de la ciudad, esperábamos que se nos reunirían las carretas y además que no nos faltarían recursos, aun cuando aquello no sucediese. Era ya entrada la noche cuando recibí orden de continuar la marcha al convento de los Lules, perteneciente a la religión dominicana, situado a tres leguas al sudoeste de la ciudad. Fué preciso seguir; la noche era fría y húmeda; llegamos a la mitad de ella y tuve que pasarla toda en pie y sin tener con qué cubrirme.

En el estado quebrantado de mi salud hubo de serme de gravísimas consecuencias el gran resfrío que tomé; a pasos largos me encaminaba hacia una tisis, cuyos síntomas precursores se hicieron sentir.

En los Lules encontré ya acantonados a los Granaderos a caballo, que eran dos escuadrones sumamente diminutos, y otros dos de Dragones de la Patria, que no eran más numerosos. Con los dos de Dragones del Perú se contaban apenas seis esqueletos de escuadrones que no llegaban a cuatrocientos hombres, que era en lo que consistía toda la caballería del ejército. A los pocos días marcharon por la Rioja a Mendoza los Granaderos a caballo, llamados por el general San Martín, que daba principio por ese tiempo, a la creación del ejército de los Andes.

Entre los dos cuerpos de Dragones había una enemistad la más pronunciada, y tan universal, que ni los oficiales ni la tropa se reunían jamás entre sí. Los de la Patria eran partidarios del general Rondeau; los del Perú tenían sus afec-

peranza, de salud y de desesperación, en un grado eminente, durante año y medio (1), que todo me atormentaba la perspectiva continua de una enfermedad, a la que he tenido gran horror. Si la viveza de imaginación y una exquisita sensibilidad, son dones funestos para aquel a quien los ha concedido el Cielo, debo confesar que yo he sufrido más que otro cualquiera por unos trabajos que ni son raros, ni son extraordinarios en la mísera condición humana. Para concluir esto, diré que los médicos opinaban que si en aquellas circunstancias salía yo a campaña, no podría soportar las penalidades que ella traería. Sin embargo, dos años después, cuando la que se hizo contra Santa Fe, me sucedió lo contrario, pues no solo se aceleró mi restablecimiento, sino que se fortificó mi constitución y recobré perfecta salud.

El general Belgrano se contrajo con su bien conocido celo a establecer una rigurosa lisciplina, y, por más que me cueste ejercer la censura sobre los actos de este gran ciudadano, debo decir en obsequio de la verdad que, generalmente, se dejaba llevar por este celo más allá de lo regular. Por ejemplo, exigía de los oficiales una especie de disciplina monástica y castigaba con severidad las menores transgresiones. Mandó que desde las diez a once de la noche no pudiesen estar fuera de sus cuarteles, lo que era muy difícil que tuviera entero cumplimiento en un pueblo en que estaban llenos de relaciones, que no podían cultivar durante

---

(1) En mi niñez, cuando sólo tenía de doce a diez y seis años, sufrí en el colegio la persecución gratuita, injusta y tenaz de un clérigo Marín, superior del colegio, y de consiguiente mío. No sé por qué este hombre corrompido y brutal concibió contra mí un odio tan extenso que no lo puedo explicar, sino con una profunda aberración del espíritu humano. Los superiores de mayor jerarquía conocieron al fin la justicia y me la hicieron, sin que el bárbaro Marín pudiese envilecerme y humillarme indecorosamente, que sin duda era lo que quería. Mis padres quisieron sacarme del colegio por esta razón, para trasladarme a otro, pero yo lo rehusé por consecuencia a la casa donde había recibido mi educación. Después Marín estaba en Córdoba condecorado por Bustos con una Canongía, y cuando mis victorias y mi mando en aquella provincia, lo consideré y lo conservé en su puesto; pero nada pudo vencer la obstinación de este hombre, que ya se deja entender que era, además, mi enemigo político. Cuando yo caí prisionero (1831) fué mandado de diputado a la convención de Santa Fe, y allí no se desmintió, manifestándose mi más caluroso acusador. Al fin Quiroga publicó unas célebres cartas que le habían interceptado, promoviendo los celos provinciales contra Buenos Aires, y con eso terminó su carrera política del modo más original que puede pensarse: pero después terminó también su vida este hombre dotado de una gran violencia de pasiones y de una rudeza sin igual. Este, puedo decir que es el primer período desgraciado de mi vida. El segundo, el que he mencionado arriba. El tercero, mi prisión. El cuarto, la pérdida de mi esposa. ¿Habrá aún otro? Dios lo sabe.

los principios que estos seguían carecían de partidarios en las otras, pero como esos partidarios no estaban entre los oradores, solo se hacían sentir con las vías de hecho. Así sucedió en Santiago del Estero, ciudad dependiente entonces del Gobierno de Tucumán, y cuarenta leguas al sud.

El teniente coronel don Juan Francisco Borjes levantó el estandarte de la rebelión, deponiento al teniente Gobernador y saliendo a campaña, para reunir las milicias y hacer frente a las tropas que se destacasen del ejército. No era esta una deserción de la causa de la independencia; su objeto era solo sustraerse a la obediencia del gobierno general y ser en su provincia lo que era Güemes en Salta, y Artigas en la Banda Oriental; pero tomó tan mal sus medidas que antes de treinta días estuvo todo terminado.

Borjes, a quien todos suponían una audacia no común y que gozaba gran prestigio entre sus comprovincianos, manifestó, llegado el caso, una impericia y una imbecilidad suma, al mismo tiempo que pasaba el Rubicón; no quedándole más puerto de salvación que la victoria, hizo alarde de una delicadeza ajena de sus circunstancias especiales. Cuando reunía el paisanaje que debía oponer a las tropas que ya marchaban contra él, dejó pasar intactos unos caudillos que iban de tránsito para Buenos Aires, y, lo que es más, no permitió sacar un sable ni una tercerola, que necesitaba en sumo grado, de una tropa de carretas que a esa sazón llevaba un buen cargamento de armas para el ejército. Todo esto lo hizo, en precaución de que no se creyese que un deseo desordenado de rapiña lo había impulsado en su movimiento y de que hostilizaba, privándolas de sus armas, a las tropas destinadas a combatir por la independencia. Si tal modo de pensar hace honor a sus sentimientos, es una prueba clásica de su incapacidad como caudillo y de que se metió en un atolladero, sin calcular cómo había de salir de él.

El comandante don Gregorio Araoz de La Madrid con un escuadrón de Húsares que mandaba, formó la vanguardia de las tropas destinadas contra Borjes, y el comandante don Juan Bautista Bustos con doscientos infantes de su regimiento y un escuadrón de Dragones, formaba el cuerpo principal de la expedición. Este ocupó la capital de Santiago, cuando la vanguardia se había internado en la campaña, buscando la gente de Borjes, que se hacía subir a quinientos hombres. Muy poco fué preciso para deshacerla, pues el comandante La Madrid, que avanzó sobre ella con una guerrilla de veinte y cinco hombres, la batió y dispersó, en térmi-

a dos léguas de la ciudad, debiendo La Madrid traer allí al reo, para que fuese ejecutado después de hacer sus disposiciones cristianas.

Bien poco agradable me había sido la comisión que se me había conferido, así es que aproveché sin trepidar la ocasión que se me presentaba de eximirme. Yo había creído que la declaración que se mandaba tomar al prisionero era para que sirviese de precedente a un juicio que, aunque fuese muy breve, llenase en cierto modo, las formas; pero, desde que sin esperar éste se había extendido la sentencia y se mandaba ejecutar, ya era inútil todo esclarecimiento de un hecho que estaba juzgado. Me retiré pues, antes que viniese Borjes, y antes de medio día estuve en Santiago, sin la declaración que había ido a tomar.

Bustos se conformó con la explicación que le dí, pero el teniente gobernador, teniente coronel don Gabino Ibáñez, que acababa de ser restituído a su empleo, se aferraba en que otras personas del vecindario habían tomado parte en la conspiración, y exigía que, sin embargo de la sentencia, declarase el reo sus cómplices. Sin embargo de haber sostenido yo la opinión contraria, venció en el ánimo de Bustos el modo de pensar de Ibáñez, y a las once de la noche recibí orden de trasladarme muy temprano, con un secretario, a la chacarilla de los dominicos, donde ya debía estar Borjes. Tuve que conformarme, y serían las seis de la mañana cuando llegué al lugar en que debía ser el suplicio de aquel desgraciado jefe. El comandante La Madrid me salió al encuentro para decirme que había llegado esa madrugada con el reo y que inmediatamente se le había puesto en capilla, con dos horas de término, las que iban ya a cumplirse. Me pareció cruel y hasta bárbaro turbar los últimos momentos de un hombre, en aquella situación, con preguntas que si él satisfacía, comprometían a sus amigos, y si negaba podían conturbar su conciencia. Por otra parte me constaba que el General en Jefe nada de esto había prevenido, antes por el contrario, dando por concluída la rebelión, había promulgado una amnistía. Tomé, pues, sobre mi responsabilidad, y esta vez sin remisión, porque el declarante iba a desaparecer, evitar la declaración, y sin bajarme del caballo, volví las riendas para la ciudad de donde acababa de salir.

Cuando llegué a la chacra de Santo Domingo estaba ya designado el lugar del suplicio, a unas cuantas varas del rancho que ocupaba el reo, bajo un frondoso algarrobo, a cuyo tronco estaba atada una mala silla de cuero, que había de

nuevas turbaciones? No lo sé; pero si así fuese se equivocó completamente, pues la rebelión estaba tan terminada, que el caudillo había sido arrestado por sus mismos paisanos y en el mismo teatro de sus aspiraciones. De cualquier modo, nunca podía faltar tiempo para que se juzgase sumariamente y se oyesen sus descargos. Lo singular es que el General, que tanto predicaba la obediencia y la observancia de las leyes las violase invocándolas, sin que ninguna autoridad superior le hiciese cargo.

La caída de Napoleón, la restauración de Fernando VII al trono de España, y la paz de la Europa debían naturalmente influir en los negocios de la América Española, y la guerra iba a tomar otro carácter. Era consiguiente que viniesen tropas y que se diese nueva actividad a las operaciones. Abascal fué llamado a España, Pezuela fué premiado con el Virreinato del Perú, y el general La Serna fué destinado al mando en jefe del ejército que debía reconquistar esta parte de la América. Con La Serna vinieron muchos jefes y oficiales de mérito, instruídos en la táctica moderna y que estaban al corriente de los adelantos que había alcanzado la ciencia militar en la Península. El desprecio con que los recién llegados trataron a los practicones del ejército antiguo, puso los fundamentos de la discordia que estalló tiempo después, y que fué tan funesta al ejército Real.

Además, la mayor parte de estos jefes estaban afiliados en una de esas sociedades secretas que pululaban en la España, y este fué un nuevo motivo de división, porque Pezuela y sus adeptos miraban esas cosas como casos dignos del conocimiento de la inquisición, que había sido restablecida en todos los dominios españoles. Se aseguró que el Vicario castrense del ejército (después Obispo), La Torre, tuvo la secreta comunicación de tomar informaciones y seguir una causa sigilosa a los frac-masones del ejército; pero tenían demasiado poder para que Pezuela pudiese dominarlos, y ellos al fin fueron los que años después acabaron por una revolución, con el suyo. La pasada a nuestro ejército, del capitán de artillería, graduado de teniente coronel, don Tomás Iriarte (hoy General), tuvo relación con estas intrigas, sin que esto deba perjudicar a los sentimientos patrióticos que, no dudo, lo animaron desde entonces.

No obstante el mérito de los nuevos jefes españoles tenían la desventaja de no conocer el país, y sus providencias se resintieron de la inexperiencia, aunque en el sentido militar fuesen superiores a sus antecesores. Las republiquetas

La más considerable de estas expediciones fué la que marchó a las órdenes del comandante La Madrid, pues se componía de trescientos o cuatrocientos hombres escogidos del ejército, con dos piezas de artillería de montaña. Sus primeros pasos fueron brillantes, pues cortando la línea de operaciones del enemigo rindió la guarnición de Tarija, haciéndola prisionera, y a más el comandante en servicio de la España don Andrés Santa Cruz, que tan gran papel ha hecho después en los negocios de ambos países. Era una verdadera sorpresa para los cuerpos españoles destacados en las guarniciones, encontrar a su frente tropas regulares y disciplinadas, cuando solo esperaban grupos de indios ignorantes y desarmados. La expedición del comandante La Madrid era un golpe de rayo que hubo de dar valiosos resultados.

Después de la victoria de Tarija, se dirigió a Chuquisaca, cuya guarnición era mucho menos importante en calidad y número que la que acababan de vencer, al paso que la fuerza libertadora se había duplicado con los voluntarios que había reunido. Para colmo de felicidad, apresó La Madrid un lindo escuadrón enemigo, sin que se salvase un hombre, sin disparar un solo tiro, sin desenvainar un solo sable y sin derramar una sola gota de sangre. Es este uno de esos lances raros en la guerra, y que merece referirse detalladamente.

El comandante La Madrid, a quien en virtud de la victoria de Tarija se le había concedido el grado de coronel, se aproximó a dos leguas de Chuquisaca y se situó en el pueblecillo de Cachimayo, si no me engaño, sin que el presidente de la Audiencia, que era el Gobernador de la capital del Alto Perú, tuviese noticia distinta de su situación ni de la clase de fuerza que se aproximaba. Sin embargo, de su vaga alarma había pedido tropas a Potosí, que dista treinta leguas, y se le había advertido que marchaba en su auxilio el comandante Ostria con un cuerpo proporcionado. Este hizo salir al comandante López con su escuadrón completo, para descubrir al enemigo: López se dirigió, explorando la campaña, al mismo punto que ocupaba La Madrid.

Debe advertirse que para llegar a Cachimayo tenía el comandante español López que descender una elevada cuesta, cuyo pie venía a dar a los suburbios del pueblito; desde la altura se distinguía la fuerza que lo ocupaba y como ésta era uniformada y armada con regularidad, creyó que era la división de Ostria que venía en su auxilio. Los nuestros veían también a los españoles que estaban arriba, y el co-

tintas direcciones y la fuerza se dispersó, en términos que a la mañana no estaba aún reunida la división.

Por fortuna, el enemigo, que conoció que la fuerza con quien se las había tenido era seis veces mayor que la suya, se apresuró a dejar este menguado campo de batalla y alejarse cuanto pudo. De este modo pudieron los nuestros volver en sí, buscar la reunión y recuperar lo que se pudo del carguero extraviado y los cañones que no aparecieron hasta después. Sin embargo, esto no se hizo sin pérdida, pues en la sorpresa de la noche murió el capitán Colé, del número 2, joven muy querido y de muchas esperanzas, con unos pocos hombres de menos importancia, y además hubo nueva deserción de los hombres que no quisieron o no pudieron volver a las filas.

Restablecido el orden y hecho el arreglo de la fuerza lo mejor que se pudo, volvió a continuar su movimiento de retirada, pero ya entonces La Madrid buscaba conocidamente el contacto con las Provincias Bajas, pues su dirección era a Tarija. Al mismo tiempo, la división española que había sido destacada del ejército Real para perseguirlo, se avanzaba rápidamente, y por más que La Madrid aceleró sus marchas y que destruyó casi, para forzarlas, sus medios de movimiento, no pudo dejar de ser alcanzado en Sopachay, célebre por la nueva derrota de que fué teatro y por la ruidosa causa que se formó por este suceso.

Después de una marcha violenta de algunos días, en que el Coronel creía haber ganado un buen trecho al enemigo, paró en Sopachay para dar descanso de un par de días, de que pensaba poder disponer, a sus hombres y caballos. Fallaron estos cálculos y otra vez lo engañaron sus avanzadas, que no sintieron al enemigo, que en pleno día penetró hasta su campo. El ataque fué tan repentino que el coronel La Madrid lo supo cuando oyó los primeros tiros y se pronunció la derrota, quedando en poder del enemigo cañones, parque, equipajes y hasta los papeles del Coronel.

No hubo acción, no hubo resistencia: todo fué confusión, en medio de la cual cada uno fugó por donde pudo y como pudo. No fué sino a muchas leguas que se reunió algo de la fuerza escapada, con la que el Coronel siguió su retirada. Para mayor desgracia, estallaron desavenencias entre los jefes y oficiales y hubo de haber una revuelta que sólo con trabajo pudo reprimir el Jefe. En el parte que dió al general Belgrano, acusó de cobardía e incapacidad al coronel

habiendo desde antes sido nombrado coronel de él, el de la misma graduación, don Cornelio Zelaya, para teniente coronel, don Alejandro Heredia; yo, para comandante del tercer escuadrón, y don José María Pérez de Urdinirea para el 4.°. Este escuadrón era la escolta del General en Jefe. Para mayor del cuerpo había sido promovido el capitán Giménez.

Se formó también por ese tiempo una compañía de artillería de a caballo, pero anexa al mismo cuerpo de artillería, que mandaba el comandante don Manuel Ramírez. Los demás cuerpos eran mandados en la forma siguiente:

El regimiento número 2 de infantería con dos batallones, por el coronel Bustos y comandante Morón; el número 3 de un batallón, por el coronel don Blas Pico y el teniente coronel Aparicio; el número 9 de un batallón, por el coronel graduado Domínguez; el número 10 de un batallón, por el de igual clase y grado, Pinto. La caballería constaba de los dos regimientos de Dragones y Húsares, de que ya he hecho mención.

migo sobre sí, y que yo volaba a incorporármele, cualesquiera que fuesen los peligros que tuviese que correr. No dejaba de esperar que hiciese algún movimiento para darme la mano, y para asegurar el éxito de mi atrevida maniobra.

Sin perder más tiempo que el muy preciso para que la tropa medio comiese, lo cual era urgente, me puse en marcha por el mismo camino que había traído, haciendo consistir sobre todo, el éxito, en la celeridad, cuidé menos de evitar los carriles y las poblaciones; mi objeto era llegar a la Herradura, antes que López hubiese atacado nuestra fuerza. Marché, en consecuencia, toda la tarde y noche del 16, y después de un ligero descanso, continué el 17, no obstante la copiosa lluvia que cayó durante todo el día. Quizá esta circunstancia me fué muy útil, pues además de impedir que se viese el polvo que levantaba mi pequeña columna, hizo crecer el río, en términos, que esa noche era muy costoso atravesarlo.

Era al ponerse el sol cuando llegué á la Esquina de Ballesteros, que está tres leguas de la Herrarura, habiendo andado más de treinta en veinte y cuatro horas, cuando recibí la contestación de Bustos a mis primeros partes. Me avisaba quedar informado de ellos, y añadía que me retirase arreando todo el ganado y caballos que pudiese. ¡Arrear ganado en las circunstancias en que me había visto y me veía! Era preciso que aquel estúpido coronel estuviese fuera de su juicio, o que tuviese por falsos mis avisos. Mi indignación, que llegó hasta el despecho, fué suma y llegué a temer, sin embargo, de los datos evidentes que tenía para creer que el enemigo estaba sobre nosotros, que me hubiese engañado, o que López hubiese contramarchado y que Bustos lo supiese, aunque no me lo decía en su fría comunicación.

La tropa y yo estábamos exhaustos en grado superlativo, de sueño, hambre y fatiga; los caballos no estaban menos cansados, y no obstante, yo debí esforzarme en verificar mi reunión esa misma noche, franqueando, aunque fuese trabajosamente, las tres leguas que me faltaban; más, el tono en que me hablaba Bustos, me hizo pensar que no creía necesaria mi precipitación, y que aún mis subalternos fatigados hasta el extremo, murmurarían de mi exigencia; resolví, pues, parar y pasar allí la noche y hasta descuidé las precauciones que podía haber tomado. Permití encender fuegos, hice desenfrenar los caballos para que comiesen y que la tropa durmiese. Me quise persuadir de que la comunicación de Bustos salvaba mi responsabilidad en cualquier evento, y asegurada esta, que en mi concepto siempre fué de gran peso, dejé lo demás a la

siguiendo la ribera para arriba y abajo, estaba guarnecida de bosque. Nuestro campo estaba cerrado con postes puestos a distancia, en los que había varas atravesadas para impedir que saliesen los caballos que teníamos adentro. Esta débil barrera se aprovechó para colocar la infantería en orden sencillo porque el recinto era extenso, poniendo las monturas de los infantes como los marineros ponen sus camas en los buques de guerra, para que les sirvan de parapeto. Es verdad que el parapeto quedaba muy bajo, pero hincados los soldados, alcanzaban a cubrirse una parte del cuerpo.

La caballería estaba en segunda línea, teniendo cada escuadrón un portón enfrente, para salir cuando fuese preciso; interinamente se habían cerrado estos postones con cuerdas o lazos, que se quitaban en el momento oportuno. Dos cañoncitos de muy poco calíbre que teníamos, estaban colocados convenientemente.

Serían las dos de la tarde cuando las guerrillas enemigas empezaron a ser reforzadas. Esto siguió en una progresión tan creciente que las nuestras, que eran de caballería, tuvieron que recogerse al campo cercado. Muy luego presentaron su línea, que siguió avanzando, pero que hizo alto para dejar obrar a lo que llamaban su infantería; esta consistía en unos hombres armados de fusil y bayoneta que venían montados habitualmente, y que sólo echaban pie a tierra en ciertas circunstancias del combate. Cuando estaban desmontados nunca formaban en orden unido, y siempre iban dispersos como cazadores; formaban parejas, y para ello hacían servir sus amistades y relaciones personales, de modo que tenían ese vínculo más, para protegerse mutuamente y no abandonarse en el conflicto.

A presencia del enemigo, y sin desmontarse, se desplegaban en guerrillas, y cuando habían llegado a la distancia conveniente echaban pie a tierra, quedando uno con los dos caballos, y avanzándose el compañero de algunos pasos para hacer fuego, el que continuaba mientras se creía conveniente. Algunas veces se conservaba a caballo el uno teniendo de la rienda el caballo del que se había desmontado.

Si eran cargados y se veían precisados a perder terreno, saltaban en sus caballos con rara destreza, y antes de un minuto habían desaparecido; si por el contrario, huía el enemigo montaban con igual velocidad, para perseguirlo; y entonces obraban como caballería, por más que sus armas fuesen las menos adecuadas. Esta era la famosa táctica de la infantería

rrianos. El éxito de la campaña les fué enteramente contrario, pues nada lograron sino tristes desengaños y pérdidas positivas: pero, a su regreso, tomaron un valioso desquite, derrotando en Coronda la división del coronel Ortiguera, que pertenecía al ejército del general Viamont que, según hemos indicado, estaba en el pueblo del Rosario del Paraná (1).

Este general se apercibió al fin, de la marcha de López a la provincia de Córdoba y de la muy poca fuerza que había quedado a su frente. Con el fin de batir la campaña, destacó al coronel Ortiguera con los afamados Dragones de la Patria y demás caballería de su ejército; este jefe principió su movimiento por la margen derecha del Paraná y aproximándose a Santa Fe. Al principio no halló resistencia, pues los pocos montoneros que habían quedado, se retiraban a su presencia. No sucedió así cuando en Coronda se reunieron con las fuerzas que regresaban de Córdoba, pues tomaron repentinamente la ofensiva, dieron sobre Ortiguera, y lo batieron, haciendo una horrible carnicería.

Me he detenido de propósito en los detalles de esta corta y poco importante campaña, para dar a conocer de una vez, la táctica y modo de combatir de las montoneras que acaudillaba en jefe, el proto-caudillo don José Artigas, mediante la cual obtuvieron considerables victorias sobre las tropas de Buenos Aires. En el primer ensayo que tuvieron con el ejército que se decía auxiliar del Perú, aprendieron a respetarlo, y su general, el digno Belgrano, fué si no me engaño, un objeto de respeto y estimación para los mismos montoneros.

Muchos han tratado de profundizar esta materia para encontrar las verdaderas causas de los desastres de nuestras tropas, frecuentemente batidas por paisanos, muchas veces mal armados y peor dirigidos. Con este fin no ha faltado quién pondere la inepcia de nuestros generales, la cobardía de nuestros oficiales, y más que todo, la superioridad de la invención y del valor de los caudillos que capitaneaban esas masas irregulares, a las que tan propiamente se bautizó de montoneras.

Preciso es confesar, que nuestros generales de entonces meditaron poco sobre la naturaleza de esta guerra, y que si hubieran reflexionado mejor, habrían dado otra dirección a sus operaciones y otra organización a sus ejércitos. Generalmente olvidaron que la de un cuerpo de tropas debe ser adecuada a las localidades que han de servirle de teatro, a los

(1) Ya se habrá comprendido que hay dos pueblos del Rosario: el uno sobre el Paraná, en la provincia de Santa Fe; el otro que es simplemente villa, en la de Córdoba.

caballería. Por otra parte, esos grandes cuerpos de esta arma, improvisados para oponerles, ya se compusiesen de milicianos, ya de tropas de línea recientemente creadas, no podían tener ni la posesión ni la instrucción convenientes para las maniobras; de modo que las batallas se reducían a choques bruscos y desordenados, en que se combatía casi individualmente. De aquí resultó que los montoneros daban tanta importancia a lo que llamaban *entrevero;* expresión que estuvo en uso, y que era repetida con énfasis por personas de más altura.

Reducida a estos términos la guerra, poco o ningún fruto podía sacarse de los esfuerzos del arte, ni de las ventajas de la táctica y de la disciplina, a lo que contribuía que había pocos jefes y oficiales que conociesen medianamente la arma de caballería.

Para comprender el ardiente entusiasmo que animaba a los montoneros, forzoso es referirnos al estado de nuestra naciente civilización. Atendido él, les fué muy fácil a los caudillos sublevar la parte ignorante contra la más ilustrada, a los pobres contra los ricos, y con este odio venían a confundirse los celos que justa o injustamente inspiraba a muchos la preponderancia de Buenos Aires. Aun diré más, que quizá la causa más poderosa, las fuertes prevenciones que había engendrado en el paisanaje la indisciplina y altanería de las tropas de los primeros ejércitos y las exacciones gravosas a que los sujetaban.

Llegó a ser tan poderoso en las montoneras y sus jefes ese sentimiento de oposición al gobierno y a las tropas regladas, que sofocó hasta el noble entusiasmo de la independencia: nadie se acordaba de los ejércitos españoles que amagaban por diferentes puntos, y es seguro que se les hubiera visto penetrar en nuestro territorio, sin que se hubiesen reconciliado los ánimos. Quizá cuando la conquista se hubiese avanzado mucho, la magnitud del peligro nos hubiera reunido.

Debo exceptuar a la heroica provincia de Salta, que pagó también su tributo a las discordias civiles, y que como hemos visto, hizo una guerra encarnizada al ejército del general Rondeau, pero nunca se debilitó su ardor patriótico, ni su amor a la causa de la independencia. No había envainado aun la espada con que acababa de luchar contra sus hermanos, cuando se presentaron los españoles, y ella sola, porque nuestro ejército se había retirado, sostuvo la campaña con tanto valor como gloria. Los españoles, después de haber empleado vanamente sus armas y sus tesoros, la seducción y el terror, su táctica superior y el valor de sus soldados, tuvieron que retirarse cedien-

cuando los rayos del astro del día alumbraban nuestras cabezas. Esto hacía que nuestras marchas fuesen penosas, por el calor y por la fatiga de las bestias.

Otro defecto de nuestras marchas era no llevar un cuerpo de vanguardia, propiamente dicho. El ejército campaba en línea y marchaba en una sola columna; cuando más, le precedía alguna partida pequeña a cortísima distancia. Aun esta comisión era rutinera, y la desempeñaba un oficial cualquiera, que se nombraba, por el rol del servicio. De aquí resultaba que no descubríamos más terreno que el que ocupábamos, ni se extendía nuestra acción más allá del alcance de nuestros cañones. Marchábamos casi por un desierto en la provincia de Córdoba, pues era muy raro el habitante que se encontraba; mas, en la de Santa Fe ya fué un verdadero desierto, porque no encontrábamos alma viviente.

Mientras estuvimos en la jurisdicción de Córdoba no se presentaron enemigos; pero el día que llegamos a su límite, que lo forma el pequeño arroyo de la Cruz-Alta, ya se presentó una partida de montoneros. El teniente de mi escuadrón don Agustín Bardel, francés (después casado en Mendoza y negociante en Chile), mandaba la partida descubridora que nos precedía de pocas cuadras; cuando dió el parte, recibí orden de adelantarme con mi escuadrón, y cuando lo verificaba, vino a encontrarme Bardel, diciéndome que los montoneros querían pasarse a nuestras filas, que solo pedía el oficial un documento firmado por el general Belgrano, en que se le diesen garantías escritas. Yo trasmití el parte al General en Jefe, pero no me aluciné, y hasta me costó trabajo persuadir a Bardel de que debía obrar con cautela. En la conversación que acababa de tener con el oficial montonero, había escapado prodigiosamente de un tiro que le disparó uno de los soldados enemigos, sin respetar la tregua en que se habían momentáneamente constituído, y a pesar de esto, abogaba aún por la buena fe de los montoneros, dándose por satisfecho con la aparente reprobación que hicieron de la infame conducta del traidor. Cuando llegué al lugar de la escena, ambas partidas se conservaban una enfrente de la otra, mediando solo el arroyo fangoso de la Cruz-Alta, que no tendrá sino diez o doce varas de ancho, y conversaban todos a lengua suelta. Hice cesar la plática, hice colocar los nuestros a una razonable distancia, y esperé nuevas órdenes del General, colocándome a la cabeza de mi escuadrón, que estaba algo más retirado.

Llegaron las órdenes del general para que no se les hostilizase mientras ellos no lo hiciesen, y mandando un

cipitada, y en esta forma llegamos a las casas del Desmochado, propiedad del hacendado Gallegos.

La viveza de nuestra persecución era tal, que la familia de Gallegos que tenía todo dispuesto para su retirada, no tuvo tiempo de efectuarla, y él fué sorprendido en su casa; no tuvo más remedio que meterse en cama, y afectando una dolorosa enfermedad, daba dolorosos aunque fingidos ayes. Sus hijas y otras mujeres, entre las que había algunas del más bello parecer, estaban desoladas y mostraban en su semblante los más vivos temores. Esperaban sin duda ser víctimas de viles tratamientos, en términos, que costó para que se serenasen. Allí me alcanzó la orden del coronel para que cesase la persecución y regresase. Después de media hora, me incorporé al regimiento que había quedado cerca de una legua, a retaguardia.

Nuestro ejército había acampado en Arequito, y tuvimos que desandar las cuatro leguas que hay hasta el Desmochado, para reunirnos esa noche. Nuestros caballos con la doble marcha y la carrera de ese día, quedaron muy fatigados. Creo que esta es ocasión de decir, que entre otros defectos de que adolecía el régimen de nuestra caballería, no era menor el ningún cuidado que se tomaba en la conservación de los caballos, y la ignorancia de los medios de obtenerla. Sea por preocupaciones de ciudad, sea por desdén de las costumbres campesinas, sea por falta de enseñanza, sea en fin, por la inexperiencia de nuestros generales, jamás se había dado la menor atención a tan importante ramo: así sucedía que se distribuían caballos a un regimiento, se tomaban a discreción, se usaba de ellos sin economía, y a los muy pocos días estaba el cuerpo en la completa carencia de que se creía haberlo sacado. Ni los jefes ni los generales se afanaban mucho por esto, y sólo se ocupaban de nuevas requisiciones para que tuviesen el mismo resultado.

Nuestros generales y nuestro ejército eran disculpables, pues era la primera vez que venían a hacer la guerra en este teatro, siendo muy diverso el modo de tratar los caballos que se tiene en el Perú. Ha sido después, en la campaña Oriental, donde he aprendido esa economía, ese mecanismo, ese esmero, que debe dedicar a la conservación de los caballos, un jefe que quiere verdaderamente servir bien a la patria y triunfar. No se crea tampoco por lo que he dicho antes, que en el Perú se hacía bien este servicio; nada de eso. Sólo los últimos españoles que vinieron, pusieron

ya pronto a marchar fuí al Cuartel General a recibir las últimas órdenes, me dijo el general Belgrano: *Lleve usted el pasaporte que ha traído del Rosario el teniente coronel don Mariano Díaz, que es quien ha venido a notificar el armisticio, y si los montoneros ignoran esta ocurrencia, se la hará usted saber por un parlamentario, mostrándoles dicho pasaporte; si a pesar de eso no quisiesen suspender las hostilidades, los batirá usted.* Era bien dudoso, por no decir increíble, que los indios respetasen un parlamentario, y por lo mismo era probable que si la noticia del armisticio no había llegado a ellos, sería forzoso venir a las manos. En esta convicción marché y me dí tanta prisa, que al salir el sol ya había andado las seis leguas que hay desde la Candelaria al Desmochado.

Efectivamente, luego que avisté la posta, ví también un campamento que estaba como a ocho cuadras de ella, en que podría haber hasta trescientos montoneros; mas, como no hiciesen movimiento alguno, tampoco adelanté el parlamentario proyectado, y llegué francamente a la posta lo que pude hacer sin tocar en su campo que ocupaba el costado opuesto. Allí supe por Calderón, que estaba en comunicación con el jefe enemigo y que tenían participación del armisticio, y lo observaban. La señora del general San Martín, pudo, pues, seguir con seguridad su camino; yo regresé con ella, y antes de medio día estuvimos en nuestro ejército. Al día siguiente siguió dicha señora para Buenos Aires, sin la menor novedad.

Mucho dió que pensar el viaje repentino de esta señora en circunstancias tan críticas y por un camino erizado de peligros. Al considerar la confianza con que el general San Martín la exponía a caer en manos de las feroces montoneras, llegaron algunos a sospechar que estuviese secretamente de acuerdo con los jefes disidentes, y que hubiese obtenido seguridades correspondientes. Venía a dar cierto viso de probabilidad a esta sospecha, la aversión que siempre había mostrado dicho general a desenvainar su espada en la guerra civil, como después lo ha cumplido religiosamente. Sin embargo, estoy persuadido de que nada de esto hubo, y que el viaje de su esposa nada tuvo de común con la política.

El armisticio seguía; el general Belgrano se trasladó rápidamente al Rosario, de donde sólo nos separaban catorce leguas, a tener una conferencia con el general Viamont. A su regreso, el general, jefe del E. M., don Francisco de la Cruz, obtuvo licencia para ir a visitar a su familia; el coronel

cetro entre esas manos, que son el símbolo de la unión de nuestras provincias.

Cuando considero la especie de confianza que me dispensaba el general Belgrano y busco las causas de ella, no puedo menos de ocurrir a una idea simpática producida por la conformidad de nuestros principios en cuanto podía ser, atendida la diferencia de nuestras respectivas posiciones. Desde muy joven fuí siempre amante del orden y de la regularidad, de la rigurosa equidad y de la severa justicia. Serví gustoso a las órdenes de jefes rectos y si se quiere, severos, y nunca estuve contento cuando predominaba la licencia. A las órdenes del general Belgrano no sólo había exactitud en el servicio militar, sino que era notada la irregularidad de las costumbres, lo que es muy digno de un jefe cuando ella puede afectar la moral pública. Las propiedades eran sagradas, el respeto a las personas guardado y la subordinación debidamente sostenida. Entonces jamás me ocurrió retirarme del ejército y del servicio; pero, cuando en el mando del general Rondeau, se relajaron todos los lazos de la disciplina, y se entronizó el desorden que antes he descripto, sufrí los más amargos pesares, y tuve los más vivos deseos de abandonar una carrera que creía manchada, y que en mi opinión nos conducía a no salvar la patria, sino a sumirla en un abismo.

Si hago estas reflexiones, que me son personales, es con el objeto de explicar todos los demás actos de mi dilatada carrera pública, en que se me ha visto marchar siempre por el sendero que me tracé desde mis primeros años. Como hasta ese espíritu de orden ha sido motivo de crítica para algunos que me son poco afectos, he querido indicar que siendo él tan arraigado en mí, es un defecto de que no puedo corregirme.

Puede ser verdad que él me haya hecho menos apto para dirigir esas turbas de que se ha querido que se compongan posteriormente nuestros ejércitos, en cuyo caso no tengo el menor embarazo en confesar mi incapacidad para caudillo; pero permítaseme dudar, si siguiendo un sistema contrario hubiéramos avanzado más, tanto en la árdua empresa de dar a nuestro país una racional libertad, como en las operaciones militares que con este motivo han tenido lugar en toda la extensión de la República. Para convencerme sería preciso señalarme alguno, que marchando por diversos camino hubiese logrado más victorias y llevado más adelante el pabellón de la libertad y civilización. Que se recuerde lo que hizo en el interior, el ejército que marchó a mis órdenes el año 1829; que se piense lo que produjo la victoria de Caaguazú; que se con-

triunfar: Primero, era la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; en segundo lugar, la gente del campo se oponía a la de las ciudades; en tercer lugar, la plebe se quería sobreponer a la gente principal; en cuarto, las provincias, celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla; en quinto lugar las tendencias democráticas se oponían a las miras aristocráticas y aún monárquicas que se dejaron traslucir cuando la desgraciada negociación del príncipe de Luca. Todas estas pasiones, todos estos elementos de disolución y anarquía se agitaban con una terrible violencia, y preparaban el incendio que no tardó en estallar. En Buenos Aires mismo fermentaban los partidos internos, que aunque no participasen de las ideas de afuera en un todo, se servían de aquellos como instrumentos que les facilitasen su acceso al poder; puede creerse que sin los estímulos que recibían desde la capital, los disidentes jamás hubieran logrado un triunfo tan completo.

Mientras permanecía el ejército en la Cruz Alta, recibió un fuerte ataque la salud del general Belgrano, que fué el precursor y el principio de la dolorosa enfermedad que lo llevó al sepulcro el año siguiente. Sin embargo de la violencia del mal, no quiso separarse del ejército, y sufrió en un mal rancho los agudos dolores de que se vió acometido; tan solo se movió cuando lo hizo el ejército para situarse en el Fraile-Muerto, que dista veinte y cinco leguas de la Cruz-Alta, al norte. ¿Este movimiento retrógrado era efecto de alguna nueva probabilidad de paz, o para buscar la seguridd del ejército? No lo sé; lo que puedo asegurar es que los síntomas no eran los mejores.

En los primeros días de julio tuve orden de marchar con mi escuadrón, ocultando mucho mi marcha, a proteger un convoy de cuarenta carretas que venía de Buenos Aires, con municiones, vestuarios, etc. Lo hice hasta muy cerca de Melincué y se logró efectivamente salvarlo de las garras de los montoneros, que aunque no habían roto las hostilidades, no habrían dejado de caer en la tentación de hacer tan buena presa, si hubiesen tenido fuerza para deliberar y reunirse. Tan solo la rapidez de las marchas, en mi concepto, pudo salvar tan valioso cargamento. Quizá López, gobernador de Santa Fe, no habría expresamente autorizado su captura, pero hubiera dejado hacer a sus subalternos y luego habría reportado las ventajas. Quien haya estudiado medianamente a este caudillo, no hallará exagerada mi sospecha.

popularmente el coronel
después fué tan célebre
y por su trágico fin.

Por entonces el mov
cididamente, y sólo lo
de autoridad de que acu
les y de crueldad referían
nador Motta. La parte il
interés en este cambio, pe
sumamente querido. Ad
han llamado unos, gauch
otros, pretendía sobrepon
miento que lo elevaba, ha
blación campesina.

Esta fué la primera
que cundió luego por to
podía dejar de hacer una
que desde entonces debió
que tuvieron noticia o pc
de él; pues, sin ningún
acostumbradas, fueron se
y mandados a Chile, los t
Ventura Alegre, los misi
país en graduaciones sup
tenido después, conocimie
que motivó la separación
su cualidad de orientales,
comprovincianos disidente
dentes, debieron influir e
en aparente calma, pero s
debían reproducir el incen

En la provincia de C
asegurarse que era más
siones políticas que se ag
diferencia; en Tucumán,
había manifestado cierta
era la más exaltada. Muc
crear estas fatales disposi
gar explicar, pues que me
mite esta memoria. Basta
en la ciudad, por licencia
Pilar, y que tuve ocasión
opinión y los sucesos que
se propagaban en los ejé
doso el resultado.

seo, sí, que lo hagan otras plumas/y otras mejores capacidades, abordando francamente dificultades, que si entonces produjeron fatales efectos, ahora no están aún vencidas del todo. Parece que se quisiera resolverlas evitándolas, sin advertir que ellas vuelven a renacer y que perpetúan la anarquía y el desorden. Se me figura nuestro cuerpo político, al de un enfermo cuya herida se quisiera curar solapándola y haciéndola cerrar superficialmente: ella se volverá a abrir, y la corrupción comprimida, brotará con nueva fuerza.

Contrayéndome al ejército, observaré que a las causas políticas que he indicado, podrán agregarse otras, que llamaré personales. El general Belgrano era un hombre generalmente respetado por sus virtudes y su mérito; más, su excesiva severidad lo hacía hasta cierto punto impopular.

Su viaje a Inglaterra había producido un tal cambio en sus gustos, en sus maneras y aún en sus vestidos, que hacía de los usos europeos quizá demasiada ostentación, hasta el punto de chocar las costumbres nacionales (1). Para colmo de desgracia, tuvo la debilidad de querer apoyar su poder en un círculo de ciertos jefes, a cuyo efecto organizó una sociedad secreta a que se proponía dar dirección. Aunque esta no fuese distintamente conocida, no pudo ser engañado el instinto público, y designaba, sin equivocarse, todos los afiliados, abriéndose de este modo un campo inmenso a sospechas injuriosas y a temores exagerados. Aunque los elegidos fuesen sujetos de mérito, era imposible que se guardase una perfecta equidad, y sin entrar ahora a averiguar si era con razón o sin ella, se acusaba al general de ejercer injustas preferencias. Sea que el objeto que se propuso, fuese sostenerse en el ejército, cuyo mando por otra parte nadie disputaba, sea que se quisiese balancear el poder del Directorio, o el del general San Martín, que se extendía del uno al otro lado de los Andes, el hecho es que esa pobre medida no produjo sino males, y que contribuyó a vigorizar los gérmenes de disolución que no tenían sino demasiada fuerza.

---

(1) En los años 1812, 13 y 14, el general Belgrano vestía del modo más sencillo; hasta la montura de su caballo tocaba en mezquindad. Cuando volvió de Europa, en 1816, era todo lo contrario, pues aunque vestía sin relumbres, de que no gustaba generalmente, era con un esmero no menor del que pone en su tocador el elegante más refinado, sin descuidar la perfumería. Con sus opiniones políticas habían variado sus gustos, porque de republicano acérrimo que era al principio, se volvió monarquista claro y decidido.

con las cortes del otro hemisferio. Tanto más alarmante era esta noticia, cuanto el modo de proceder era recatado y misterioso, y cuanto ella destruía la obra constitucional que acababan de entronizar. Los que pensaron así hubieran hecho mucho mejor conduciéndose como el general Belgrano, que no disfrazaba sus opiniones, y preparando la opinión pública para un cambio tan remarcable. Si no lo hicieron, fué probablemente porque comprendieron que sería mal recibido, y prefirieron obrar tenebrosamente.

Me hago un placer en asegurar que muchos hombres honrados y patriotas sinceros, asustados del desorden que nos amenazaba y de la anarquía que por todas partes asomaba su horrible cabeza, pensaron de buena fe que el gobierno monárquico era el que sólo podía salvarnos. Más, sin entrar en el fondo de esta cuestión, me será permitido decir, que se equivocaron grandemente en el modo de promoverlo. Sin contar que ellos mismos habían empujado antes a las masas con sus doctrinas y su ejemplo hacia los principios democráticos, haciéndoles aborrecer la monarquía, y consagrando como un dogma, el republicanismo; sin contar, digo, con esto, cuando pensaron hacerlas retroceder a las ideas contrarias, sólo emplearon el disimulo, la intriga, el misterio y la sorpresa.

Entre tanto; ¿qué se proponía el gobierno abandonando las fronteras del Perú y renunciando a las operaciones militares, tanto allí como sobre los puertos del Pacífico? ¿Qué pretendía con esa concentración de fuerzas de línea en Buenos Aires? ¿Era para oponerlas a algunos cientos de montoneros santafesinos, o para apoyar la coronación del príncipe de Luca? Basta de esta cuestión que cada uno resolverá según sus convicciones, mientras yo paso a otras consideraciones.

Concentradas las fuerzas de línea en Buenos Aires, quedaba todo el territorio de la república, fuera de la capital, a disposición de los caudillos que capitaneaban las montoneras, y consumada la conflagración de toda ella; ¿entraba esto en los cálculos del partido dominante? No temo en decidir afirmativamente, porque decían sus directores, que del exceso del mal resultaría el bien, y del sumo desorden nacería el orden que ya veían simbolizado en la soñada monarquía. Preservado Buenos Aires del incendio, y robustecido el poder del gobierno con un ejército numeroso y algún otro que podría traer el presunto monarca, hubiera recobrado su influencia, y cuando no, se hubiera emprendido una nueva con-

y el diputado de Charcas doctor don Mariano Serrano, que viajaban en comisiones diversas: fueron apresados, enchalecados con tiras de cuero fresco y conducidos a presencia de Ramírez (general en Entre Ríos); y sólo fué después que éste entró en Buenos Aires y que se hizo la paz, que pudieron marchar Balcarce a la capital, de donde había salido, y Serrano a Tucumán.

Estos fueron los primeros actos que nos revelaron el recomienzo de la guerra, y que dieron lugar a los preparativos del ejército. Era a mediados de Diciembre cuando nos movimos por el camino principal de posta con todo el tráfago de parque, tren de artillería, equipajes y demás; las marchas eran, pues, pesadas, y aun se hacían frecuentes paradas, que duraban uno o dos días. En una de ellas y hallándonos en el Fraile-Muerto, recibí la orden de retroceder con mi escuadrón a marchas forzadas, hasta incorporarme al general Arenales, que con una pequeña fuerza ocupaba la Villa del Rosario (Ranchos) a diez y ocho leguas de Córdoba e igual distancia del fuerte del Tío. El motivo era, que este último puesto había sido atacado por una fuerza montonera y se quería dar socorro a su diminuta guarnición de milicianos.

Desde el punto de partida, por el camino que me era forzoso seguir, tenía que andar treinta leguas o más, para incorporarme al coronel Arenales, y después, diez y ocho, para llegar al Tío. Confiando, pues, con el tiempo que necesitaba para la ida y vuelta, creí que el ejército debería estacionarse por algunos días, o marchar despacio, pues de otro modo debía serme imposible reunírmele desde que se hubiese internado en la provincia de Santa Fe y acaso penetrado en la de Buenos Aires. Habiendo llegado a los Calchines, seis u ocho leguas de la Villa del Rosario, fuí avisado por Arenales, de que la partida montonera, después de tomar a los milicianos del Tío, se había regresado, y que era inútil mi asistencia; en consecuencia, podía volver al ejército. Así lo hice; mas, cual fué mi sorpresa cuando volviendo por aquel desierto camino no encontré ni ejército, ni comunicaciones, ni noticia; en consecuencia, podía volver al ejército. Así lo hice; más penosa, por cuanto el espíritu de la tropa empezaba a darme serios cuidados. Mi escuadrón se componía, en su mayor parte, de santiagueños: un año antes habían atravesado conmigo su provincia, habían recorrido en toda su extensión la de Córdoba y habían combatido en la Herradura, sin que ninguno se hubiera manchado en el crimen de deserción; ahora era otra cosa. Cuando me vieron contramarchar al ejér-

sión. El objeto de ella era invitarme a que apoyase con mi fuerza el cambio que era inminente y de que ya no era cuestión sino en el modo como había de hacerse. Si González llega a tiempo, no sé positivamente lo que hubiera practicado, pero es probable que me hubiera prestado, atendidas las circunstancias y la calidad de las personas que lo reclamaban (1).

En Córdoba no había quedado ni un hombre perteneciente a los cuerpos del ejército y por toda guarnición había ochenta Granaderos, de los vulgarmente dichos de Terrada, a las órdenes del mayor don Francisco Sayós. De éstos es que tenía Arenales una parte en la villa del Rosario y más alguna milicia. Sayós se había ofrecido a la oposición para apoyar con esa fuerza el cambio deseado, pero ésta lo había rechazado por prevenciones personales que contra él había. Más bien prefirieron luego los descontentos mandar un comisionado a Tucumán (que si mal no me acuerdo fué uno de los señores Corro) pidiendo un destacamento de tropas regulares, que al paso que protegiese el pronunciamiento, evitase los desórdenes a que podía entregarse la plebe, porque en Córdoba, es forzoso repetirlo, era la primera clase la que lo deseaba. Efectivamente, el destacamento de Tucumán estaba ya en marcha y había llegado a Santiago del Estero a cargo del hoy general don Felipe Heredia, cuando el movimiento revolucionario del ejército hizo inútil su venida.

Cuando hube regresado al Fraile-Muerto donde había dejado el ejército, no lo encontré, y tuve que seguir en su alcance con tanta rapidez como lo permitían mis medios. Me causaba el mayor asombro no recibir orden alguna del General y que se hubiese marchado sin dejar la menor dis-

---

(1) Supe después que el general Cruz, que contaba de cierto con que se haría la revolución en Córdoba, después de la partida del ejército, dijo que se me había mandado regresar, persuadido de que la apoyaría o encabezaría, y aun para este objeto, aunque nada se me hubiese prevenido. No estoy lejos de creerlo, por cuanto coincide con las miras del partido dominante de que hice mención, pero miras que solo estaban reservadas al alto círculo de sus directores. Me inclino a creer que el gobernador Castro, supiese algo; mas, en cuanto al general Arenales, estoy seguro de que lo ignoraba, pues era puramente soldado y no estaba iniciado en los altos misterios. Sayós sí debía saberlo, porque cuando se ofreció contaba sin duda con la aprobación superior. El rechazo que se le hizo causó una divergencia en la oposición, pues los señores Piñero y sus amigos que lo habían aceptado, no pudiendo arrastrar a la mayoría, se separaron de ella, y desde entonces dejaron de pertenecer a ese partido. De todos modos, la elección que de mí se hizo para volver a Córdoba en circunstancias tan críticas, fué singular.

General para dar cuenta de mi comisión e hice saber al General la deserción de once hombres, me manifestó el más marcado disgusto, pero con la circunstancia de que pareció no quedar satisfecho con mi conducta. ¡Ah! ¡Qué deseos tenía de hablar con más franqueza! Quizá le hubiera dicho algo, no que comprometiese a mis compañeros, pero que le revelase el estado desfavorable del ejército, si es que no lo sabía o sospchaba. ¿Podría llegar a tanto la ciega confianza del General? No lo sé; lo cierto es que yo me retiré de su tienda con el más grande desagrado.

De allí me dirigí a la del General, jefe de E. M. G., de quien quise saber personalmente qué precedería al movimiento en cuestión, lo que conseguido, me retiré resuelto a participar y cooperar decididamente a él y arrostrar todas sus consecuencias. Todos mis amigos particulares estaban comprometidos y me resolví a seguir su destino.

Cuando volví a mi campo, me impuse de que los regimientos números 2 y 10 de infantería y toda la caballería estaban complotados, y que aunque se tenían muchas probabilidades de los otros cuerpos, no se había querido invitarlos por no comprometer demasiado el secreto y por no ser necesarios. Efectivamente, más de cien bocas hablaban en misteriosos corrillos de lo que debía verificarse dentro de algunas horas, sin que ni una sola traicionase su compromiso.

Puedo asegurar con la más perfecta certeza que no había la menor inteligencia ni con los jefes federales ni con la montonera santafesina; que tampoco entró ni por un momento en los cálculos de los revolucionarios unirse a ellos ni hacer guerra ofensiva al Gobierno, ni a las tropas que podían sostenerlo; tan sólo se proponían separarse de la cuestión civil y regresar a nuestras fronteras amenazadas por los enemigos de la independencia; al menos éste fué el sentimiento general más o menos modificado de los revolucionarios de Arequito: si sus votos se vieron después frustrados, fué efecto de las circunstancias y más que todo de Bustos, que sólo tenía en vista el gobierno de Córdoba, del que se apoderó para estacionarse definitivamente.

Supe también a mi llegada al ejército que el día antes una partida de mi regimiento a cargo de un cabo Torres,

---

como el general Cruz las de General en Jefe. Bustos dejó, en consecuencia, de mandar el núm. 2 de infantería, pero conservaba la influencia.

El general Bustos, cuando le pareció tiempo, y después de haber hecho uncir los caballos de su carretón y que iba a moverse, se dirigió a la tienda del general Cruz, a quien dijo: *Compañero, levántese, que en el ejército hay gran movimiento.* Dicho esto salió, sin dejar el carretón, a incorporarse con los revolucionarios.

Estos no hicieron más que marchar al frente seis u ocho cuadras, y formarse, esperando que fuese de día. Al rayar la aurora vino un ayudante de parte del General en Jefe, a preguntar, *qué movimiento era aquel y de orden de quién lo habían ejecutado,* previniendo al mismo tiempo que volviesen a sus puestos. La contestación fué: *Que aquellos cuerpos no seguirían haciendo la guerra civil, y que se separaban del ejército.*

Como la caballería había reunido las caballadas y boyadas del pastoreo, pidió el general Cruz que se le devolviesen los que correspondían al parque, comisaría y cuerpos que le quedaban, para continuar su camino a Buenos Aires; se le contestó afirmativamente, pero a condición de que entregaría la mitad de la comisaría y parque, como correspondiente a la parte del ejército que se había separado. En estas negociaciones se invirtió parte de la mañana, después de lo cual, y al parecer convenidos ambos jefes, nos retiramos hasta quedar los dos campos a una legua corta de distancia, pero a la vista.

Las boyadas y caballadas reclamadas, se entregaron al general Cruz, y a medio día empezaron a uncir los bueyes a las carretas y a prepararse para marchar. Todos creíamos que la mitad del convoy se dirigiría a nuestro campo; pero como a las dos de la tarde emprendió la columna su marcha, internándose en la provincia de Santa Fe y arrastrando cuanto tenía. Entonces se gritó en nuestro campo, que el General en Jefe faltaba a lo prometido, y para obligarlo a que lo cumpliese se mandó montar toda la caballería y ponerse en seguimiento de la columna, a las órdenes del coronel de mi regimiento, don Alejandro Heredia. Debo advertir que los jefes que fueron arrestados por la noche se habían ya puesto en libertad y se habían restituido a la parte del ejército que no había entrado en el movimiento; es decir, se habían reunido al general Cruz.

Sin exceder el aire de nuestra marcha de un trote regular, nos fuimos aproximando a la columna que seguía sin cesar su movimiento, en términos, que como a las dos leguas de su camino ya no nos separaban de ella sino diez y ocho o veinte cuadras, y quizá menos; la vacilación fué entonces patente,

acordó con él, ni quedaron establecidas más relaciones que las de mera ceremonia.

Luego que en Córdoba se supo el cambio del ejército, el gobernador doctor don Manuel Antonio Castro abdicó el mando, y fué elegido popularmente el coronel don José Díaz como gobernador provisorio. Casi al mismo tiempo, y sin que hubiese ocurrido acuerdo ni la menor combinación, sucedía en Santiago del Estero el movimiento que colocó en el mando al comandante don Felipe Ibarra, que rige hasta hoy en aquella provincia, y en San Juan se sublevaba el batallón número 1, de los Andes. El coronel Alvarado ocurrió desde Mendoza con el regimiento de Granaderos a caballo, para sofocar la rebelión, pero tuvo que volverse de medio camino y ganar Chile a toda prisa, temeroso de que se comunicase el contagio. En Mendoza y demás pueblos hubo también cambios de gobierno, reemplazando a los nombrados por el Gobierno Nacional, los elegidos por el pueblo. Los pueblos subalternos imitaron a las capitales y se desligaron en seguida constituyéndose en provincias separadas. De este tiempo data la creación de las trece que formaban la República, hasta que vino a aumentarse este número con la de Jujuy, que se separó últimamente.

el de Santa Fe; pero tampoco estas pasiones habían llegado, ni con mucho, al grado de exaltación en que las manifestaran sus vecinos. De todo, pues, había un poco, sin que se tocase a los excesos; para llegar a ellos, era preciso que ocurriesen circunstancias especiales, como podía acontecer de un momento a otro.

Tanto Bustos como sus contrarios deseaban aprovecharse de estas disposiciones; mas sea dicho en honor de todos, que ninguno pasó de los límites racionales, y que ambos partidos rehusaron a su vez entregar el país a los horrores de la anarquía y del desorden.

Carrera hizo cuanto pudo para anudar sus relaciones con Bustos; mas este lo supo conservar a una cierta distancia, hasta que la naturaleza de las mismas cosas produjo la ruptura. Así, a los fines del año 1820, se presentó el capitán Urra, chileno, graduado de doctor en su país, y que poseía toda la confianza de aquel; su misión consistía en reclamar a nombre de su jefe todos los chilenos que hubiese en el ejército, a lo que Bustos se negó redondamente. Es muy probable que traería el encargo secreto de tantear a algunos oficiales y promover una conspiración; lo cierto es que poco después se descubrió que el capitán Druet del número 9 (francés de origen e hijo del maestro de posta que arrestó a Luis XVI en Varennes, como me lo aseguraron otros franceses y él lo decía), seducía unos cuantos sargentos para que sublevasen la tropa que pudiese ir con ellos a reunirse a Carrera. Puesto Druet en prisión y sujeto a un proceso, se probó todo, lo confesó todo, y tenía él mismo por tan seguro su suplicio que sólo pidió por gracia que el día de su muerte se le permitiese dar un convite de despedida a sus amigos en la misma capilla. Hacía el *programa de la función*, y aun se ocupaba de algunos preparativos, cuando recibió la noticia de que el Gobierno, por una indulgencia que él no esperaba, mandaba sobreseer en la causa, y se limitaba a desterrarlo de la provincia. No se hizo de rogar, y salió inmediatamente para Mendoza, de donde pasó a Chile. Menos feliz el capitán Urra, fué algunos meses después tomado prisionero en San Juan, y fusilado.

Desde el momento en que López, gobernador de Santa Fe, escuchó las proposiciones pacíficas que le hizo el gobernador de Buenos Aires, no podía Carrera, que sólo quería incendiar todo, conservar sus buenas relaciones con él; las cortó, pues, levantando bruscamente su campo del Rosario del Paraná, o sus cercanías, e internándose al sud en busca de los indios pampas cuya amistad había procurado. Esto sólo bastaría para

de oficiales en que se había discutido un proyecto de revolución, en estos términos: Se quería desconocer la autoridad militar de Bustos, quitándole el generalato, ponerme a la cabeza del ejército, y hacerme que lo llevase a las fronteras que amagaban los españoles. Bravo me dijo: *Nada hay acordado aún, pero el negocio no deja de estar adelantado; yo no he querido prestarme hasta consultarlo con usted, cuya contestación espero.* Se la dí en estos términos: *Vaya usted y disuada a sus compañeros de semejante proyecto, que el Congreso que va a reunirse, y para el que han empezado ya a llegar algunos diputados, dispondrá lo mejor sobre estas cosas. Persuádase usted que si nuestras esperanzas fuesen engañadas, en cuanto a la reunión del Congreso y las cosas siguiesen el camino que llevan, yo mismo me pondré, entonces, al frente del movimiento.* Dos días después me aseguró Bravo, que los demás se habían adherido a sus persuasiones y que todo estaba tranquilo.

Era efectivo que Bustos había convocado un congreso, y que las provincias todas, incluso Buenos Aires, se habían prestado a su llamamiento; era también un hecho, que habían llegado algunos diputados, y entre ellos los de Cuyo. Por otra parte estaba fatigado de revoluciones, y desde entonces, si es que antes no tuviese aversión a todo movimiento anárquico, se fortificó ese sentimiento, que después he manifestado siempre en mi carrera. Cuando he dicho desde entonces, quiero significar desde Arequito, porque a pesar de que no mire ese suceso como lo hacen Alvarez y otros, no puede negarse que no llenó los fines que nos habíamos propuesto. Al paso, pues, que evitaba un nuevo escándalo, conteniendo a los oficiales, y que facilitaba la reunión del Congreso, presentando a los diputados un aspecto de orden y estabilidad en el lugar elegido para su residencia, no destruía las esperanzas de que los servicios de aquellos fuesen útiles a la patria, si los acontecimientos no tomaban un mejor rumbo.

Por este mismo tiempo el general San Martín preparaba, en Chile, su expedición a Lima, y solicitaba que Bustos u otro jefe se moviese por el norte de la República para llamar la atención de los españoles al Alto Perú. Mandó con este objeto a uno de sus secretarios, don Dionisio Viscarra, para que recabase de Bustos lo más que pudiese; y ya hemos visto lo que hizo, permitiendo que marchase Heredia con cuatrocientos caballos. En todo lo demás, tergiversó, entretuvo y paralizó el celo de Viscarra, con esa calma singular que tenía la virtud de comunicar a todo cuanto se le acercaba. Viscarra era conocido antiguo y amigo particular mío, con quien conservé correspon-

A consecuencia de mi conversación con el oficial Bravo, tuve una de confianza con el doctor don Lorenzo Villegas, que se me daba por amigo, y le referí algo de lo sucedido, recomendándole la correspondiente reserva. El malvado no solo aprobó el proyecto de los oficiales, sino que procuró alentarme para que me pusiese a la cabeza de él, y hasta ofreciéndose a redactar un manifiesto, que lo justificase después de realizado. Sin duda, se proponía obtener mayores revelaciones, mas como no las lograse, quiso especular con lo que ya sabía: fué, y se lo dijo todo a Bustos.

Un día supe que el teniente coronel don Daniel Ferreira y unos cuantos oficiales, habían sido arrestados, y yo recibí la orden que me separaba del E. M. G. Mandé llamar inmediatamente a Bravo, para saber si tomaba alguna luz sobre lo ocurrido y me contestó en un papelito, mandado secretamente, que no podía venir porque era vigilado; que se le había tomado declaración y que había dicho rigurosamente la verdad. Ya entonces lo supe todo, y también quién era el traidor que había vendido mi confianza, sin que ni aún hubiese el pretexto de mantener el orden público que Villegas sabía muy bien que no peligraba. Este protervo, que siendo secretario del gobierno de Salta, se pasó a los españoles, que después, cuando aquéllos flaqueaban se volvió a los patriotas; que ha corrido todos los partidos, traicionando a todos, siendo al fin despreciado de todos, vino a parar en una singular demencia, producida por sus infernales cavilaciones. Al fin, murió loco, dejándonos un elocuente ejemplo de que los perversos hallan muchas veces el condigno castigo en el teatro mismo de sus prevaricaciones.

El descontento de la tropa era grande, y aun después de separado del E. M. G., hubiera podido ensayar un golpe contra el gobierno; pero estaba cansado de la vida pública, y veía que los hombres más imparciales miraban con horror todo lo que pudiera conmover violentamente el orden social, tal cual estaba establecido. Otra vez la idea del Congreso venía a paralizar todo pensamiento que saliese de las reglas comunes. Además, no tengo embarazo en repetirlo, ni soy ni fuí jamás el hombre adecuado para las revoluciones; ni tengo esa audacia de carácter que hace sobreponerse a todo miramiento, ni poseo esa indiferencia por lo justo, equitativo y útil al público, que hace superior el interés individual a toda otra consideración. No se extrañará, pues, que en semejantes circunstancias sólo tratase de alejarme, y lo hice solicitando licencia para retirarme al campo, en una hacienda de un tío mío, que residía en el curato de Calamuchita.

ros. Los hermanos Torres secundaron a aquéllos, y se pusieron también en campaña, adoptando los mismos principios. La revolución tomaba entonces un giro amenazador, porque si la numerosa población de la campaña de Córdoba se conmovía y gustaba de los atractivos de la licencia, hubiera sido bien difícil traerla al verdadero sendero. Yo rehusé positivamente ponerme a la cabeza de ese desorden, pero ansiaba por tener una pequeña fuerza de línea que me sirviese de base para regularizar aquella montonera, lo que no era difícil conseguir, de Santiago o Tucumán, donde tenía amigos y estaban mis antiguos compañeros.

Con este fin resolví trasladarme a Santiago, para lo que pude facilitarme los medios, y logré después de mil peligros, Cuando llegué a la capital de la provincia, se celebraban las fiestas por la paz que se había ajustado con el gobierno de Tucumán, razón por la cual se habían marchado las tropas con que yo contaba, para Salta. Esto me contrariaba inmensamente, pero al mismo tiempo sucedía la crisis en Córdoba, que hacía inútil la proyectada medida. Peralta y Pintos atraídos vilmente a una emboscada, habían sido muertos por traición; don Vicente Moyano, jefe principal de la insurrección, había sido batido por sorpresa, y había después capitulado, habiéndolo hecho antes los Torres por interposición de su cuñado Villegas (ese mismo Villegas de quien hablé anteriormente). Otros emigrados que se habían asilado en Catamarca, volvieron poco después a sus hogares, reconciliados con el gobierno. Se me pasaba decir que don Faustino Allende, fiel a los consejos de su esposa, prefirió ir espontáneamente a presentarse arrestado en Córdoba, donde sufrió una prisión de poca importancia.

Es de notar, que entre las vicisitudes de este drama, que a veces puso a sus autores en serios conflictos, ninguno fué, exceptuando a los jóvenes Pintos y Peralta, a buscar el apoyo de Carrera y Ramírez, ni aun abrió relaciones con ellos. Sólo esos dos jóvenes se dirigieron al último, quien les ofreció su auxilio, y acaso fué lo que preparó la catástrofe. Sin duda eran, aunque jóvenes, los únicos hombres de audacia y resolución entre los que habían tomado parte en el movimiento, y por lo mismo, Pintos prometía ser un caudillo célebre y quizá peligroso.

Yo fuí bien recibido de Ibarra en Santiago, y aunque el gobierno de Córdoba se había anticipado a exigir mi seguridad, él me la dió completa, de que nada tenía que temer. Me propuse vivir tranquilo, y no mezclarme en tan pobres negocios.

cerca de tuna, o penca, que llaman *fuerte*, y que es precaución necesaria contra los indios, se puede decir, que estaba fortificado; además, había añadido algunas ligeras obras, que guarnecía también con su infantería. Para atacarlo, faltaban a sus contrarios medios adecuados, pues no tenían artillería ni infantería, y tuvieron que desmontar caballería para formar las columnas de ataque. Naturalmente, fueron rechazados en todas parte y Bustos proclamó su gran victoria.

Ya se aproximaba La Madrid, con lo que había reunido de su derrotado ejército, y López con sus santafecinos; la situación de aquéllos, se hacía en extremo crítica. No tuvieron más remedio que dejar a Bustos en la Cruz Alta, e internarse hasta el Fraile Muerto. Allí se separaron ambos caudillos, tomando direcciones opuestas. Creo que las razones que para esto tuvieron, fueron dos: primera la inclinación de Carrera, que no lo dejaba alejarse de Chile; y segunda, la disconformidad de los genios y caracteres de los mencionados jefes. Ramírez conservaba la subordinación y un orden riguroso en sus tropas, mientras Carrera les permitía la más desenfrenada licencia.

Ramírez se dirigió al norte, donde fué batido por Bedoya y muerto en la refriega; Carrera se dirigió al sur, donde derrotó al primer cuerpo de tropas que le opuso Mendoza, al mando del coronel Morón, con muerte de este (1), para ser después derrotado y hecho prisionero por otro cuerpo de ejército, al mando de don Albin Gutiérrez, hombre nulo e ignorante. ¡Lo que son los caprichos de la fortuna y los azares de la guerra! Carrera fué fusilado, y sepultado en el sepulcro de sus hermanos, que habían perecido allí mismo y del mismo modo. La historia imparcial los juzgará.

Una mañana muy temprano en Santiago recibí un mensaje de Ibarra, para que fuese inmediatamente a la casa de gobierno; cuando lo ví, me dijo: *Acabo de tener parte, de que Ramírez con su división, se ha aparecido en la provincia, y que se hallaba ayer en la posta de la Noria, a veinte y cinco leguas de la capital; quiero que vaya usted a su encuentro, a infor-*

(1) Mi hermano Julián estaba desterrado en el río Cuarto, y encomendado a la vigilancia del comandante de la frontera. Cuando Carrera se aproximó, huyó el Comandante y la mayor parte de la población: muchos se acogieron a mi hermano, pensando hallar en él un protector cerca de Carrera, pero él huía, siguiendo a sus guardianes, que poca cuenta hacían del desterrado. No dejaba de ser curiosa a situación de un proscripto que se vé precisado a huir de los que podía reputar amigos, para buscar la protección de sus enemigos. Los desórdenes de Carrera hacían estos milagros.

te, por la expedición del general San Martín, habían trasladado a Lima la mayor parte de sus fuerzas, dejando en el Alto Perú al general Olañeta con un cuerpo de tropas que si bien era respetable, no era suficiente para operaciones en grande escala. Sin embargo, era lo bastante no sólo para mantener en sujeción las provincias situadas al sur del Desaguadero, sino para incomodar a la de Salta (1).

Olañeta había visto, sin duda con placer, la guerra intestina que había estallado entre los gobernadores de Salta y Santiago, por una parte, y el de Tucumán por la otra, y se había guardado bien de interrumpirla con un ataque inportuno; pero cuando la capital de Salta se pronunció contra Güemes, ya creyó que podía sacar mejor partido. Contribuyeron también eficazmente a determinar sus operaciones las vivas solicitaciones de algunos de los prófugos de Salta, a consecuencia de la victoria de Güemes en Castañares, para que apoyase o hiciese resucitar la revolución que acababa de sofocar. Esto era ya renunciar a la causa de la independencia y hacer una verdadera traición a los principios políticos, porque se había derramado tanta sangre; ¡pero, a qué extravíos pueden conducirnos las pasiones exaltadas! Entonces se vió a patriotas ardientes, que habían hecho grandes sacrificios por la patria, ir a prosternarse ante sus enemigos para rogarles que volviesen a uncirla al yugo que pesaba por más de trescientos años, a trueque de que los libertasen de un hombre, que si verdaderamente mandaba con despotismo, sostenido exclusivamente de la plebe que acaudillaba, se veía constituído en circunstancias especiales, y que por grandes que fuesen sus defectos, era el único dique que se oponía al retorno de la tiranía peninsular. Si Güemes cometió grandes errores, sus enemigos domésticos nos fuerzan a correr un velo sobre ellos, para no ver sino al campeón de nuestra libertad política, al fiel soldado de la independencia y al martir de la patria.

Sofocada la revolución interior, presos unos y dispersos los más de sus enemigos, se ocupaba el general Güemes de organizar su gobierno, y montar de nuevo los resortes de la máquina que fuera pocos días antes desquiciada; trabajaba para ello con incesante tesón, y una noche, a mediados

(1) Quizá parecerá ajena de estas memorias, la relación que voy a hacer de los sucesos de ese tiempo, en Salta, y de la catástrofe que anonadó a su caudillo; más, como no carece de interés, y como el ocio de más de un año que yo quedé en Santiago, me da lugar a ello, trataré rápidamente el asunto y los que subsiguieron en Tucumán, para ligar lo que dice relación a mis sucesos personales.

que se estipuló con unos comisionados españoles, aquella célebre convención de paz, de que no hicieron el menor caso, ni aun tomaron en consideración los generales enemigos, y a que no prestaron su atención los gobiernos americanos, empeñados en la lucha, sin embargo de haberle dado en nuestro país una importancia excesiva.

El general don Juan Gregorio de Las Heras, llevando de su secretario al doctor don Severo Malavia, fue destinado a conducir ante el virrey del Perú la mencionada convención, y con este fin se presentó en Salta a principios del año 24, o fines del anterior. Inmediatamente hizo saber su misión al virrey La Serna, quien comisionó al después Regente de España, brigadier Espartero, para que viniese a encontrarlo, y sin duda, imponerse a fondo del negocio. Ambos jefes se encontraron en Salta, y haciendo servir esas relaciones misteriosas, que cada uno avalúa según su modo de pensar, estuvieron antes de dos horas, los mejores y más íntimos amigos del mundo. Generalmente se creyó, que el general Las Heras dió demasiada importancia a las mentidas promesas de Espartero (1), y se dejó conducir hasta Tupisa, halagado con la esperanza de que llegaría al Cuzco, donde estaba el Virrey. Allí fué detenido para esperar nuevas órdenes, que sólo llegaron para hacerle saber, que aquel potentado disponía que regresase al punto de donde había salido. No hubo, pues, negociaciones, ni aun se permitió que presentase sus propuestas, y mucho menos, que las discutiese.

Me expreso de este modo, porque no puede convenirse, que una de nuestras categorías militares fuese empleada con el solo objeto de presentar materialmente al jefe realista, el papel en que había sido redactada la convención. Debe, pues, suponerse, que algo era preciso negociar, aunque no fuese sino los términos, límites y forma de la suspensión de armas, que debía seguirse, cuya suposición se robustece con la circunstancia de haber traído un secretario, y en él, un hombre de letras y abogado. Pues bien, a esto es a lo que se negó el virrey La Serna, rehusando

(1) El doctor don Casimiro Olañeta, que poco después pasó a Buenos Aires en comisión secreta de su tío el General, me dijo: Que Espartero decía a sus amigos en el Perú, que sólo había llevado al general Las Heras, por asegurar sus caballos de las rapiñas de los gauchos, en el tránsito. Bien sabido era el empeño de los jefes españoles, de proveerse de buenos caballos, en las Provincias Bajas, y Espartero se había proporcionado algunos excelentes, entre ellos, uno que le regaló el general Las Heras. Sin embargo, el conducto por donde supe la noticia, no era muy bueno, y puede dudarse de ella.

APÉNDICE

1—Cartas sobre la campaña del Brasil y sitio de Montevideo

En la *segunda edición*, al fin del tomo primero, se lee la siguiente nota:

"Estos manuscritos, como los que corresponden a la defensa de la plaza de Montevideo, se encuentran en la biblioteca del finado doctor don Andrés Lamas, los que no hemos podido conseguir hasta ahora, como lo explican las siguientes cartas, no obstante la buena voluntad del señor Pedro S. Lamas, para entregárnoslos.

"Inmediatamente que los obtengamos, los publicaremos en un tomo por separado, quedando así completas las MEMORIAS PÓSTUMAS del general Paz.—*El Editor.*"

La Plata, Octubre 9 de 1892.

Apreciado señor don Pedro S. Lamas:

Están ya encuadernándose los dos tomos en que he dividido la reimpresión de las "Memorias póstumas" del general Paz, con excepción del Tomo I, que conservo aún sin terminar, como se lo he manifestado anteriormente, con el propósito de suprimir la nota de los primeros editores, relativa a los manuscritos del General, sobre la campaña del Brasil y sitio de Montevideo, y publicar en su lugar, lo que se sirva V. manifestarme, respecto a la entrega de esos documentos.

Espero, y agradeceré sobremanera su contestación, siéndome entre tanto, muy agradable presentar a V. las expresiones de mi consideración distinguida.

Ireneo Rebollo.

Buenos Aires, Octubre 10 de 1892.

Señor don Ireneo Rebollo.

De mi estimación:

No me ha sido posible hasta ahora entregar a V. los manuscritos del general don José María Paz, referentes a la guerra con

el Brasil, y defensa de la plaza de Montevideo, que se encuentran entre los papeles de mi finado padre, porque ha sido necesario seguir los trámites judiciales en el arreglo de la testamentaría, y porque estando esos manuscritos en legajos numerados e inventariados, con todas las demás existencias del archivo de mi padre, es indispensable la autorización judicial, que solicitaré oportunamente, para entregarlos a V., y cuya entrega es muy probable que pueda hacerla antes de dos meses, en el convencimiento de que no haya inconveniente de parte de los demás herederos.

Saludo a V. muy atentamente.

Pedro S. Lamas.

2—Datos relativos a estos sucesos

Los editores de la *primera edición* consideraron oportuno suplir las páginas ausentes de las MEMORIAS con una información complementaria, según lo explica la siguiente nota:

"Publicamos de la memoria biográfica del general Paz, escrita por don Domingo Faustino Sarmiento, el período de su vida, que corresponde a esta célebre y gloriosa campaña.

"Este manuscrito paraba en poder del general Paz, y consultado el autor, por los Editores, no recordaba cosa alguna, referente a él, por lo que nos exigió verlo, para cerciorarse de su autenticidad. Al examinar los papeles, ha recordado que estos apuntes los ha hecho en alta mar, como distracción, en 1845 ó 46; que ignora como se encontraron entre los papeles del general Paz, pues estaba persuadido que estaban entre los suyos, en Chile. Prevenimos esto, para mostrar lo genuino de los apuntes, habiéndose negado el autor a corregir nada, por no emprender un trabajo más serio.—*Los Editores.*"

"El general Paz, en su grado de coronel, se incorporó al ejército argentino, que abrió la campaña contra el Imperio del Brasil, en 1825. Por entonces mandaba un regimiento de caballería, y tan espléndida fué su conducta en la batalla de Ituzaingó, y tan eficazmente concurrió a asegurar el resultado incompleto de aquella victoria, que fué elevado inmediatamente al rango de General de división. En aquella batalla ocurrió una circunstancia que dice relación con los antecedentes que me he propuesto establecer, para señalar el lugar que ocupa el general Paz en las luchas civiles de la República Argentina. Mandaba el ejército el general Alvear, uno de los generales más antiguos y acreditados, por su talento y su valor reconocido. Este General, no sé si pagado de la superioridad incontestable de la caballería, o inclinado, como la mayoría de los argentinos, a hacer partícipe a su caballo de los laureles de la victoria, puso todo su ahinco en romper los cuadros enemigos, mandando estrellarse contra ellos los brillantes regimientos. La infantería argentina tomó una débil parte en la acción, y la caballería perdió como la mitad de su efectivo, y centenares de jefes brillantes, que se habían distinguido en la guerra

jefes de los antiguos ejércitos de la guerra de la Independencia, cargados de medallas y cicatrices, pero sin porvenir, puesto que, no habiéndose constituído la República, y gobernada cada provincia por un caudillo absoluto e independiente: todos esos centenares de jefes debían ser licenciados a su llegada a Buenos Aires, que no necesitaba para su defensa, sino una guarnición de doscientos hombres, a las órdenes de un coronel. Por otra parte, el ejército de línea era el enemigo nato de los caudillos de las montoneras que dominaban la República y habían echado por tierra la Constitución y la administración Rivadavia, que lo había creado y dádole campo tan vasto de gloria. Dorrego había triunfado fácilmente de un Congreso y un ejecutivo, compuesto de oradores, letrados, abogados y políticos; pero la cuestión cambiaba de aspecto, cuando se trataba de un ejército aguerrido, disciplinado y mandado por los jefes más valientes y más enemigos de su política desorganizadora. No es posible decir, si Dorrego, que había tenido una conducta tan subversiva con respecto al Presidente de la República, se prometía que el ejército respetase en él, lo mismo que él había enseñado a despreciar en su antecesor, esto es, el respeto debido al Gobierno, a las leyes e instituciones, aunque este respeto no se extienda a la administración que lo representa. Dorrego, concluída la paz, llamó al ejército para cumplir con lo estipulado, no obstante que sabía, a no dudarlo, que ese ejército venía a castigarlo, por haber estorbado la constitución de la República. Aún hay más todavía; los generales y coroneles del ejército veían en Dorrego el primer obstáculo para la organización del Estado, pero no el último, y aún antes de pisar el territorio argentino, estaba entre ellos acordada la batida general, que debían hacer por todo el territorio de la República, para desalojar de las ciudades los caudillos despóticos que se habían apoderado de ellas, y hacían ilusoria toda tentativa de organización, que no tuviese por base, dejarlos en quieta posesión de su conquista. ¿Pensaban con acierto, los jefes del ejército de línea? Puede desde luego decirse que no, puesto que el éxito no ha coronado la obra; que en las cosas en que la fuerza entra, no hay otra regla de criterio que el resultado. Una cosa había de positivo, empero, y debe tenerse presente, como atenuación, si no disculpa, de la conducta de los jefes del ejército. López, un gaucho de la campaña de Santa Fe, dominaba aquella provincia, a fuer de caudillo popular. El general Bustos, que se sublevó en Arequito con un ejército destinado a obrar en el Perú contra los españoles, se había apoderado de Córdoba hacía ya ocho años, y la gobernaba como una propiedad suya. Facundo Quiroga, en fin, había levantado de su "motu proprio", ejércitos en la Rioja, y paseaba su estandarte negro con una cruz roja, por las ciudades y campañas de las faldas occidentales de los Andes. Cuando se trataba de constituir la Nación, era preciso solicitar la cooperación de estos jefes, que nombraban diputados al Congreso, con instrucciones que les trazaban las opiniones políticas que debían sostener. A ellos era preciso someterles la Constitución, una vez formulada, y enviar cerca de ellos un agente público que apoyase de palabra las razones que el Congreso había tenido para decidirse por tal o tal forma de Gobierno. Ultimamente, los enviados eran recibidos en unas provincias, los caudi-

taba con los restos del 9 y el 10 de infantería, con que se había sublevado en Arequito, el año 1820, los Húsares y los Dragones, a más de un parque numeroso, de artillería. El general Paz, no sin vencer porfiadas resistencias, obtuvo, por fin, el riesgoso mando de la división expedicionaria sobre Córdoba.

"Domingo Faustino Sarmiento".

———